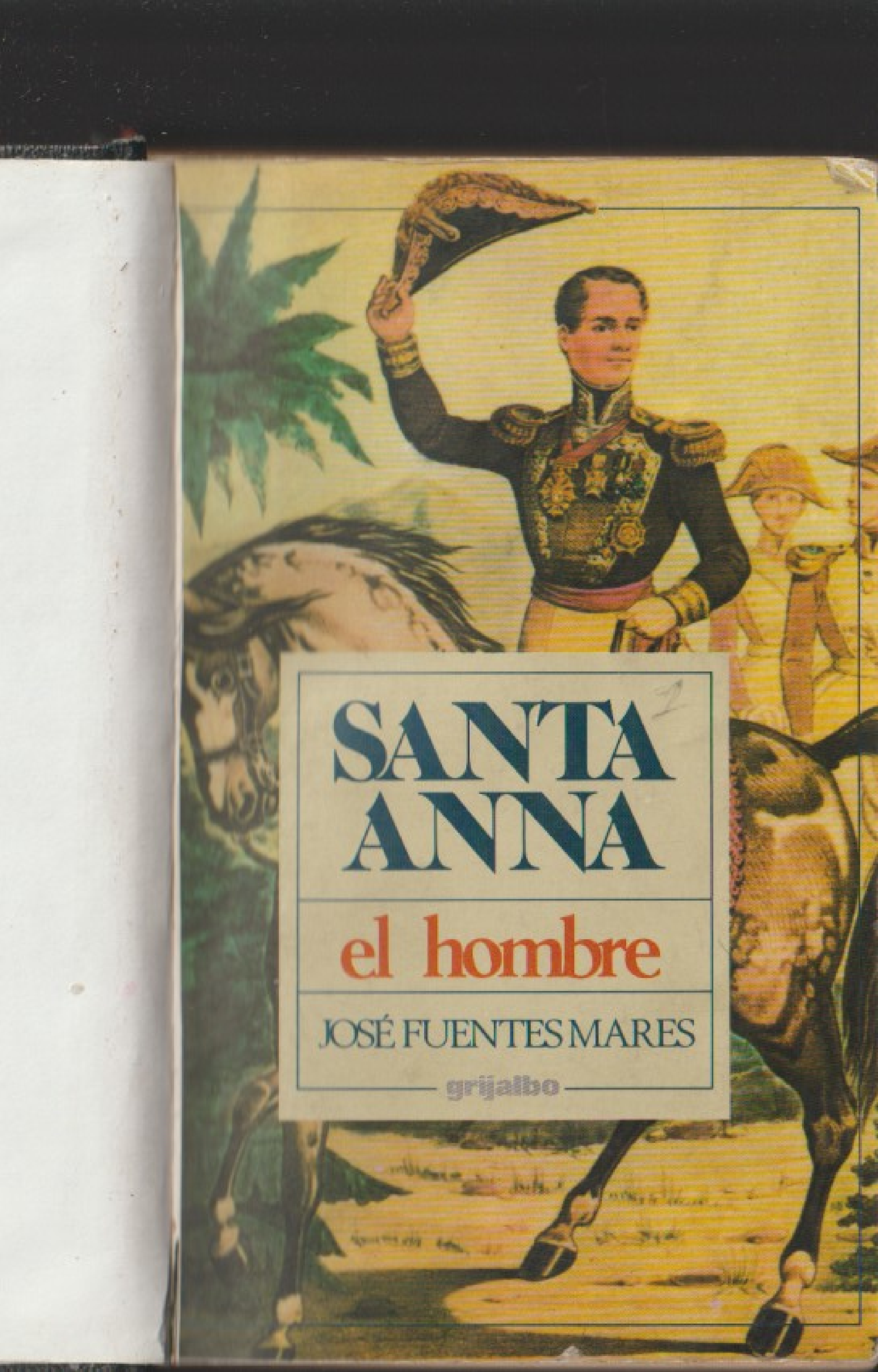

SANTA ANNA
el hombre
JOSÉ FUENTES MARES
grijalbo

SANTA ANNA
EL HOMBRE

SANTA ANNA
EL HOMBRE

grijalbo

MÉXICO BARCELONA BUENOS AIRES



SANTA ANNA, El HOMBRE

(1a., 2a., y 3a. ediciones, por Editorial Jus,
© 1956, 1959 y 1967, respectivamente,
4a. edición de Editorial Grijalbo © 1982)

D.R. © 1982 por EDITORIAL GRIJALBO, S.A.
Calz. San Bartolo Naucalpan No. 282
Argentina Poniente 11230
Miguel Hidalgo, México, D.F.

SEXTA EDICION

ISBN 968-419-214-2

IMPRESO EN MEXICO

Indice

Palabras a la cuarta edición

Ahora bajo el prestigio editorial de Grijalbo aparece mi libro sobre Santa Anna, en sus tres ediciones anteriores titulado *Aurora y ocaso de un comediante*. Se trata del mismo libro por supuesto, si bien en esta cuarta edición se han introducido algunas modificaciones de estilo y suprimido algunas líneas sin importancia. En beneficio de su lectura eliminé también la alusión a sus fuentes documentales, tan abundantes en las ediciones anteriores, pues una vez respaldados los hechos e interpretaciones por el cuantioso material antes inserto, no valía la pena reproducirlo una vez más si ahora se pretende un libro de lectura más fácil para mayor número de interesados. Quien llegara a pensar que alguna o algunas de mis conclusiones son gratuitas, para comprobar que no es así le bastará allegarse cualquier ejemplar de otras ediciones, donde consta la referencia a cada uno de los testimonios, la mayoría de ellos en el famoso archivo Genaro García, actualmente en la Latin American Collection de la Universidad de Texas.

Muchos tienen como mi mejor libro a *Santa Anna*, y al revisar las pruebas de esta edición he estado a punto de certificarlo, mas me abstengo de cualquier juicio en primer lugar porque la opinión del autor es la menos confiable, y en segundo porque el autor muy difícilmente llega a tener tales preferencias. Que me sienta orgulloso de *Cortés, el hombre*, y de *Miramón, el hombre*, explica en alguna medida la modificación del título anterior de este libro, que si algún mérito encierra es el de plantear la entrañable complejidad de don Antonio de Padua Severino López de Santa Anna, el hombre.

Como *Aurora y ocaso de un comediante* tuvo desde su publicación muy favorable acogida de crítica y público, no

es remoto que ahora, en edición de Grijalbo, lleve un análisis polémico a círculos más amplios. Se trata de un libro desmitificador, como todos los míos. De esa condición fundamental de las páginas que siguen he recogido abundante cosecha de alegrías y sinsabores.

Parque Nacional de Majalca, mayo de 1982

José Fuentes Mares

capítulo primero

FRENTE AL NUDO QUE SE DESATA

Fui el primero que juré
sobre las arenas de Veracruz
la ruina de los tiranos. . .

El soldado de la libertad

Las grandes citas con el destino las ajustó siempre junto al mar. En el destierro de Nassau, aguas de por medio el escenario de la sin par aventura, las recordaba todas. Septuagenario despojado de la patria tierra, redacta Antonio sus memorias, treta de que se valen los desterrados para reconquistar el pasado sustentado. Al correr de la pluma se desgranan los recuerdos, y Antonio, dueño de la ambición que fuera un tiempo briosa madre de la historia, alivia con los sueños su desamparo. Vuelve, una y otra vez, sobre su pertenencia —el pasado—, y rehace el camino allanado durante medio siglo, a partir del día de marzo en que proclamado el plan de Iguala, se apresuró a secundarlo porque deseaba concurrir, con su "grano de arena, a la grande obra de nuestra generación política".

Un amor oscuro le unía a la patria que amó con pasión pervertidora. Los recuerdos torcidos, por el tiempo, recaían en la vieja enfermedad de la grandeza, reacia al descanso de sueños aventureros, mientras describía no cómo vivió su vida sino cómo tuvo la ilusión de vivirla, una vez que consumado el plan de la Independencia sin figurar en él su nombre, forzó el paso para recuperar tiempo y lugar perdidos. Era entonces muy joven, sólo un efebo jalapeño de rostro aceitunado y grandes ojos delatores, intrascendentes, como dos bellos mundos vacíos. No fue llamado a la conspiración que condujo a la Independencia y defeccionó tarde, una vez que el país lo hacía; llamó a la puerta de la gran empresa, no como conspirador famoso, sino bajo

el signo de su futuro destino: el de un afortunado pescador en el río revuelto de las conspiraciones.

Mas el recuerdo produce la ilusión de vivir cuando todo ha muerto; recordar es vivir de ilusiones, vivir la vida híbrida cotidianamente muerta y resucitada. Los viejos de memoria vacía mueren primero, mas no era ese el caso de Antonio, incapaz de morir tranquilamente, apuntalada el alma con la transvida que humedece los veneros secos. No podía morir con la memoria encinta; morir sería perder el fruto, aniquilar los recuerdos, borrar de un golpe medio siglo de historia de México que estaba en él, que era él a partir de la traición a su jefe y maestro, casi su padre, el general José Dávila. Ahora, recordaba fielmente la figura de Dávila, gobernador de Veracruz, no un logrero como los que por lo común se sumaron a Iturbide, y obstáculo inicial para que el joven realista colaborara, "con su grano de arena", en la grande obra de nuestra regeneración política. Jamás dejó de pincharle la forma como traicionó a Dávila, quien, confiado en su honor, le encomendó encabezar la tropa del Fijo y de Lanceros de Veracruz en auxilio de las Villas de Córdoba y Orizaba, amagadas ambas por los insurgentes.

Encontrándose Antonio en Orizaba, se presentó el antiguo soldado de la Independencia, don José Miranda, y reclamó la entrega de la villa y la adhesión de sus defensores al plan de Iguala, mas nuestro héroe, realista todavía, fortificado en el convento del Carmen, rehusó de momento. En Nassau, medio siglo después, reía al recordar las frescas martingalas. ¡Pobre Miranda!, desprevenido estaba en los aledaños y Antonio, en la villa, resuelto a probar la eficacia de su futura regla de oro de conducta: triunfar siempre, a costa de los errores ajenos. Por primera vez, la puso en práctica y al descuidarse Miranda cayó sobre sus huestes, le hizo algunos muertos y se apoderó de vituallas y caballada. Consumó su fechoría y volvió al convento, donde los frailes, realistas a macha martillo, echaron a vuelo las cam-

panas sin sospechar que festejaban el último triunfo del soldado del rey, sólo en espera de ocasión para mudar bandera.

Los acontecimientos se precipitaron luego: el 29 de marzo se situó frente a la villa don José Joaquín de Herrera, antiguo jefe realista, hoy asociado a la empresa de Iturbide, y lo que Santa Anna rehusó hacer con Miranda efectuólo sin dilación con el recién llegado. Allí mismo, en Orizaba, se adhirió al plan de Iguala, un mes y cinco días después de su proclamación. Alamán, con intención venenosa, asegura que se unió a Herrera, y no a Miranda, porque habría tenido a menos hacerlo con un viejo insurgente.

Acababa de consumarse la defección del jalapeño, cuando un correo le hizo entrega de un pliego, sellado a lacre con el escudo de las Españas. Era del virrey, con su felicitación y un ascenso: la "hazaña" en Orizaba, sobre Miranda, le hacía merecedor de recompensa: ya soldado de la independencia recibía despacho de teniente coronel realista, grado que Iturbide ratificó más tarde, ascendiéndole a coronel. Asido a la vez a dos escalas surgía el nuevo astro. Distaba las alturas aún, pero desde su cima relativa percibía que el camino de la gloria tomaba el rumbo de la bandera de Iguala.

El 30 de marzo entraron Santa Anna y Herrera en la villa de Orizaba, y el 1o. de abril, en fulgurante ofensiva, se apoderaron de Córdoba. Aquí acordaron separarse: Herrera tomaría el rumbo de Puebla, para cortar el camino entre la costa y la capital del virreinato, en tanto que Santa Anna marchaba sobre los pequeños puertos del golfo, y amagaría de paso a Veracruz. Resuelto el plan, al frente de quinientos hombres cayó sobre la villa de Alvarado, defendida por el jefe realista Topete, donde entró el día 25. Santa Anna nos dice que colocado entre la victoria y la muerte, se decidió por la temeridad:

> Me presenté frente a frente de aquella tropa vacilante, y le hablé con tal ardor y entereza, que dejó la vacilación, prorrumpiendo en vivas a la Independencia. . .

Camino de Alvarado, en La Soledad, el 23 de abril se le presentó Guadalupe Victoria, oculto en las montañas durante los últimos años desafortunados. En una cueva –fue el anacoreta de la insurgencia– había vivido los tiempos difíciles; no se distinguía por sus luces, pero llevaba dentro un gran corazón, y cuando se presentó a Santa Anna lo hizo noblemente, como un soldado cualquiera, sin reclamar honores ni mando.

Sólo que el jalapeño era demasiado listo para desperdiciar la oportunidad: conmovido recibió a Victoria, y contra los deseos de éste le reconoció superior jerarquía y se puso a sus órdenes. El gran actor dramático jamás confía a la memoria los momentos supremos; prevé al instante, adivina gesto y palabra culminantes. ¿Adivinaba Santa Anna, en aquel momento, que Guadalupe Victoria sería el primer presidente de México?

Ya en Alvarado, recibió la noticia de que Herrera, batido en Tepeaca por el coronel español Hevia, buscaba refugio en la villa de Córdoba. En sus lares rayo bélico, al frente de trescientos infantes y doscientos cincuenta caballos se plantó ante la amagada villa casi al tiempo de morir Hevia, víctima de un disparo de la plaza. Faltos ya de jefe, y colocados entre los fuegos de Herrera y Santa Anna, los realistas aprovecharon la noche para escapar, y allá fue Antonio en su seguimiento, por el camino de Orizaba.

El 28 de mayo, sin tomar ni conceder respiro, se lanzó sobre Jalapa, donde al siguiente día capituló el coronel Orbegozo, dejando municiones y artillería en poder del vencedor, quien aprovechó la ocasión para inaugurar una carrera en la que luego figuró en lugar de honor: la de los préstamos forzosos. Ocho mil pesos dejaron los jalapeños en poder de su futuro hijo predilecto, con los cuales, más las armas y municiones recogidas a los realistas, vistió y equipó a su división, luego la undécima del ejército de las Tres Garantías. De Jalapa, ya dueño de la campaña, cayó Santa Anna sobre Puente del Rey, cuyos fortines le rindió el coronel Flores: "los rindió a discresión, a la primera intimación que le hice", escribía, campanudamente, cincuenta años más tarde.

A partir del 24 de junio, le encontramos embarcado en la mayor de sus empresas: el ataque sobre Veracruz. En la hacienda del Encero destinó algunos días a disciplinar su fuerza, pues allí no podría repetir las hazañas de Alvarado, Jalapa y Orizaba. Poderosamente fortificado, con tropas fieles a la Corona, y al mando de un general insospechable como Dávila, el puerto era a la vez acicate y advertencia. Si por regla general el riesgo es aguijón de los afortunados, en Santa Anna, además, la ambición era superior a todo cálculo. Un general no se habría lanzado sobre Veracruz en aquella circunstancia, pero un actor metido a soldado sí, y el 24 de junio, frente a las murallas del puerto, se dirigió a sus hombres en proclama, no la de un general sino también la de un actor metido a soldado:

> ¡Camaradas!, vais a poner término a la grande obra de la reconquista de nuestra libertad e independencia. Vais a plantar el águila del imperio mexicano, hollada hace tres siglos en las llanuras del valle de Otumba, a las márgenes del humilde Tenoya, donde tremoló por primera vez el pendón castellano. . .
>
> Soldados: Vais a cambiar la faz de dos mundos, y a recobrar el más glorioso nombre de que hemos sido despojados por tres siglos, pasando, aún entre nosotros mismos, por débiles y cobardes; vais, en fin, a cubriros de gloria. Lucháis con el furor de un clima que devora a los hombres, y con un puñado de miserables que, arrogantes, osan oponerse a nuestra empresa, fiados en sus débiles tapias y en sus pequeños baluartes. ¡Insensatos! En breve llorarán su temeridad; ya los veréis arrastrarse a implorar vuestra compasión; su orgullo es un fuego fatuo que se disipará al soplo de vuestro aliento, con sólo vuestra presencia. . . ¡Dichosos nosotros, a quienes la suerte colocó entre la Independencia y la muerte!

Absorto se encontraba Santa Anna frente a las "débiles tapias" como Napoleón ante las pirámides. Y se arrojó en

brazos del mito vengador, que durante más de un si
no dará la lata: el recuerdo de Cuauhtémoc, "quem
vivo en la plaza mayor de México" (?), y el de las vícti
de Cholula, "cuyos gritos han espantado a dos mund

El 2 de julio, un obús de siete, colocado en el méd
del Perro, rompió fuego sobre la plaza, mientras se ela
raban escalas para intentar el asalto del baluarte de la M
ced. A las cuatro de la mañana del día siete, consig
adueñarse del baluarte y de su puerta, que dejó guarneci
en tanto que, con el resto de sus hombres, se dirigía a
Escuela Práctica y a las baterías de Santiago. No cont
con el recibimiento que su paternal Dávila le reserva
ni con el fortísimo aguacero desatado en esos momen
que doblegó el espíritu de los atacantes, ya mermado p
los fuegos de las reservas de marinería, apostadas en el p
lacio. Santa Anna, en el muelle, se enteró de que sus ho
bres huían, y él mismo cruzó bajo la lluvia de proyect
para ponerse a salvo, al otro lado de las "débiles tapia
tras dejar en el puerto muertos, heridos y prisioneros. El
de julio llegó el jalapeño a Orizaba, avergonzado, aunq
en rigor sin fundamento. La empresa tenía que fracasar p
ajustarse a un plan inconsistente. Pero el valor no fue p
en el actor, y Alamán, nada entusiasta escribió que en V
racruz fue Santa Anna el primero en el ataque y el últi
en la retirada.

Sólo que el despecho de un ambicioso fracasado es
rrible. El hombre sin ambiciones adopta, al fracasar, reac
nes de diverso signo, máxime que el fracaso, al confirma
temores y limitaciones, amarga su alma más todavía.
diverso, en cambio, el caso del gran ambicioso, quien, al
lograr las metas propuestas, vuelca la pena de su alma no
hacia la amargura sino al despecho. Despechado es qu
se sintió capaz de poder, y no pudo; social o históricam
te, el despechado agotará sus resquemores inmediatamen
y no como el amargado, tipo peligroso por sus reaccio
a largo plazo. Este, sabrá esperar para cobrar las cuen

pendientes, y aquél no: agotado el despecho, dejará su alma limpia para nuevas aventuras.

Mientras Santa Anna huía por el camino de Orizaba, Dávila, en Veracruz, se mesaba los cabellos al no poder echarle mano. Todavía se valió de una argucia para prenderlo: mandó a Boca del Río al bergantín de guerra *Diligente*, con bandera angloamericana, suponiendo que el jalapeño acudiría a la nave en busca de auxilio, mas el cachorro había aprendido las mañas del maestro, y aunque vio el bergantín y su bandera, tomó la precaución de enviar un emisario, y frustróse la celada. Fracasó, pues, la treta del maestro, y Santa Anna, en Orizaba el 19 de julio, redactó, o mandó redactar a don Carlos María Bustamante, una proclama a la imagen de su despecho:

> ¡Veracruz!, la voz de tu exterminio será desde hoy en adelante el grito de nuestros combatientes al entrar en las batallas: en todas las juntas y senados, el voto de tu ruina se añadirá a todas las deliberaciones. Cartago, de cuya grandeza distas lo mismo que la humilde grama de los excelsos robles, debe ponerte miedo con su memoria. ¡Mexicanos! Cartago nunca ofendió tanto a Roma como Veracruz a México. ¡Sed romanos, pues tenéis Escipiones: Dios os protege!

Aun admitido algún rasgo de Escipión en su catadura, no sabemos qué podían tener de romanos quienes le seguían después de la paliza, cuyo autor, Dávila, al comunicar el suceso al conde del Venadito, se conducía simplemente como un soldado:

> Ayer mismo vieron los vigías de las torres que los insurgentes derrotados se fueron por los caminos de la Boca del Río, Vergara y otros rumbos, y no se han vuelto más a descubrir, quedando enteramente deshecho el sitio y destruidos los parapetos.
>
> Así, la tropa como los señores jefes y oficiales de mar y tierra, destinados en esta tierra y apostadero, son dignos del más alto aprecio.

Santa Anna, que el 12 de julio dirigió a Iturbide u nota petulante sobre las escaramuzas previas al ataque d Veracruz, no sabía qué excusa enhebrar después, mas tranquilidad renació en su alma cuando el libertador le i vitó a encontrarle en Puebla. El jalapeño aceptó lueg "así conoceré de cerca al héroe del septentrión y libertad de la patria", cumplimentó al disponerse a marchar. M poco antes de partir, el 28 de julio, dirigió otra proclam a los tabasqueños:

> Apresuraos a inscribir vuestros nombres en la lista d los héroes de la Patria. Es llegado el tiempo de decidi se: las grandes cadenas se rompen a grandes martillazo un paso atrás será el camino del sepulcro. Los opresores d tres siglos no perdonan. Humea todavía la sangre de l incas y de los moctezumas; humea la de treinta mill nes de indios sacrificados al furor y la rabia de los bárbar españoles.

Concluido el periodo retórico, Santa Anna se puso e marcha, y en Puebla Iturbide lo estrechó en sus braz en presencia de varios oficiales, y declaró heroica la acció sobre Veracruz. Restañadas en parte sus heridas, el fav del Primer Jefe le permitió instalarse, nuevamente, fren a las "débiles tapias". Tramaba un plan para arrebatar a l fortuna los favores negados meses antes, cuando acontec mientos ya viejos en el puerto vinieron a torcer la histori Desde el 30 de julio había desembarcado allí don Jua O'Donojú, con la investidura de Capitán General de Méx co, en vez de la de virrey, que llevaron sus antepasado Después de conferenciar con Dávila y los vecinos promi nentes, y sobre todo con el testimonio de los hechos ant sus ojos, el recién llegado comprendió hallarse ante una si tuación consumada. Hombre práctico, advirtió que frent a él se abrían dos caminos: uno, su regreso a la penínsul y el otro, la transacción. No se ha elucidado suficientement por qué optó por el segundo, mereciendo que España l declarara "de negra memoria", pero facilitando a los mexi-

... la consumación del programa de Iguala: desatar el ... sin romperlo.

La fortuna se encargó de lo demás. Santa Anna era el ... más próximo, y con él principió a entenderse. ...ron, resolviendo O'Donojú dirigir personalmente ... una comunicación —Santa Anna asegura que a ...ancias—, con miras al avenimiento. Por su parte, ...dillo de Iguala, que se valía de todos los medios para ... a este lado del mar la idílica nación de las Tres ...tías, aceptó que diera escolta a tan relevante perso... El jalapeño comunicó a O'Donojú los pormenores de ...revista y, siempre zalamero y petulante, agregó que se ... responsable de la seguridad de su persona. O'Donojú, ... pulido, pinchó en blando con su respuesta: "Nada ..., escoltado por el valiente que asaltó esas murallas", ... señalando las "débiles tapias". Santa Anna agradeció ...mplido, inclinándose en ángulo de noventa grados. Por ... frase como esa habría sido capaz de volver al servicio ... España.

En medio de lucida comitiva, el 19 de agosto tomó O'Donojú el camino de Córdoba, a donde llegó sin novedad ... de corta estancia en Jalapa. Por la noche, se presentó ...bide en medio de las aclamaciones del pueblo, y al si...ente día, a guisa de introito a las formales conversacio..., el libertador planteó a O'Donojú el problema de la ...pendencia: "Supuesta la buena fe y armonía con que ... conducimos en este negocio, supongo que será muy fá... cosa que desatemos el nudo sin romperlo".

Era la quinta esencia del plan de Iguala, y fue también ... de los tratados de Córdoba, no obstante las modificacio... que éstos introdujeron en aquél respecto de las personas ...madas a encabezar el gobierno de la nación recién lle... a la Independencia. Al genio conciliador de Iturbide ...ultó fácil desatar el nudo sin romperlo, mas no consiguió ... cambio que allí, donde el nudo se mantuvo por trescien... años, los tejidos, momentáneamente liberados, no salta-

ran en añicos al primer estirón. La sangre del héroe vertida en Padilla, y luego la que regó la tierra de México durante un siglo, vino a confirmar que el gran iluso, al pretender desatar el nudo sin romperlo, cayó en el pecado de Bolívar, que casi al mismo tiempo sembraba en la arena y araba en el mar.

El 24 de agosto firmaron Iturbide y O'Donojú los tratados de Córdoba, nulos de antemano en lo tocante a España si se considera que el Jefe Superior Político y Capitán General, a pesar de sus títulos abundantes, carecía de poderes para suscribir documentos de esa naturaleza. Legalmente inválidos, los tratados fracasaron también ante la historia por culpa de todos, por la de Iturbide en lo personal, y luego por las de México y España. Pero alguien obtuvo un beneficio efectivo con los acontecimientos de Córdoba. Allí estuvo Santa Anna cumplimentando a O'Donojú mientras granjeaba a Iturbide, sirviendo a Dios y al diablo con todas las argucias de su cortesanía. Concluidas las conversaciones y firmados los tratados, mientras el Primer Jefe volvía a sus tropas, prestas a consumar el sitio de la capital de la Nueva España, Santa Anna abandonó Córdoba con el nombramiento de comandante general de Veracruz en el bolsillo.

A partir de los días últimos de agosto, no se separó nuestro hombre del amurallado recinto, sólo que Dávila no era, ni con mucho, una pieza fácil, y las veces que reclamó la entrega de la plaza fueron las mismas que el jefe español le mandó a paseo. El 15 de septiembre, el vecindario de Veracruz dirigió una representación a Dávila urgiéndole la cesación de hostilidades, ya que había circulado el rumor de que el terco general, seguro de no poder conservar la plaza, se disponía a abandonarla, refugiándose en Ulúa para de allí tenerla bajo sus fuegos:

> Si el señor gobernador ha jurado y está a su cargo la defensa de esta plaza. . . no está en su arbitrio, ni depende de la voluntad, ofenderla y arruinarla con el castillo de San Juan de Ulúa, antes de consentir en una honrosa y prudente capitulación, que salvaría la vida e intereses de sus habitantes. ¿Qué se diría del general de un ejército que, habiendo perdido una batalla, mandase degollar su tropa para que no fuese prisionera de los enemigos?

¡Yo no he perdido ninguna batalla! fue seguramente la respuesta que el antiguo gobernador dio al vecindario. La situación, sin embargo, no podía prolongarse más y Dávila, con enemigo en casa, sólo pensaba en la forma de conciliar la entrega con la reputación de sus armas. Existía un obstáculo, sin embargo: Dávila rendiría la plaza a cualquiera, menos a Santa Anna.

Se movieron ahora influencias; representantes veracruzanos llegaron hasta Iturbide; le hicieron ver la conveniencia de salvar el obstáculo, y éste, ni corto ni perezoso, el 19 de septiembre ordenó al jalapeño entregar el mando de las fuerzas a don Manuel Rincón. Como un sol, alcanza su cenit en los días de Córdoba; luego, casi instantáneamente, Santa Anna se desploma. El 19 de septiembre le relevan del mando, y el 27, aquel jueves 27 de septiembre en que todos festejaban la entrada del Ejército de las Tres Garantías en la capital, el héroe de Iguala no fue siquiera para comunicar el suceso a quien, de un mes atrás, no despegaba los ojos de la muralla porteña. Se le hería donde nunca toleró la menor rozadura, y si el 3 de octubre todavía escondía las uñas, al congratular al libertador por la ocupación de la capital —aún le llama "Amado general, dueño y amigo"—, concluía, no obstante, con sutil acrimonia: "Nada sé de oficio. De la entrada del ejército en la ciudad de México me he enterado accidentalmente". Velada advertencia para quien supiera entenderla.

De momento, se conformaba Santa Anna con protestar, pues carecía, en rigor, de otra alternativa. En septiembre de 1821, la gloria de Iturbide dominaba sobre todas las insidias, y un solo acto de rebeldía, el más elemental, habría sido como arremeter contra molinos de viento. Conformó-

se, pues, aunque en segundo plano —el primero ya estaba ocupado por Rincón—, con gestionar de nuevo la entrega de la plaza, y el 20, seguro de no contar con el respaldo de su terco ex maestro, se dirigió resueltamente al tribunal del Consulado veracruzano:

> Veracruz es mi patria, y no hay género de sacrificio que yo no haga para preservarla de los males que la amenazan, y que serán inevitables si persisten en su vana y temeraria resistencia.

La situación tornóse insoportable para el jefe español, hasta el grado de que el día 25 entró en la plaza el general Rincón, entendiéndose libremente con las diversas corporaciones, sin prestar atención al gobernador, quien consciente de su desairado papel abandonó finalmente la ciudad, a la medianoche del 26, y llevó a la fortaleza de Ulúa el equipo, noventa mil pesos y doscientos hombres de la guarnición. A las cero horas quince minutos del 27 de octubre —un mes exacto después de la entrada del ejército trigarante en México—, el ayuntamiento de Veracruz resolvió, en primer lugar, investir con el mando supremo al general Rincón, de acuerdo con los deseos del vecindario, y, en seguida, autorizarlo para que, con el coronel Antonio López de Santa Anna, fijara día y hora para que las tropas mexicanas hicieran su entrada en el puerto.

El pequeño César consumaba sus sueños: al frente de lucida división pasearía su gloria por el primer puerto del virreinato, como el héroe de Iguala lo hizo en la capital. . . Pero soñó, también, que la gloria debía ser de él solo, y las malditas circunstancias le obligaban la compañía de Rincón. Ese día, que pudo ser el más luminoso de sus veintisiete años, se vio ensombrecido por la interposición de un cuerpo extraño entre su persona y el astro luminoso. Iturbide era el causante, el autor del eclipse. Jamás lo podría olvidar.

Dueños ya de Veracruz, la discrepancia de caracteres

no tardó en provocar situación tirante. Más que como un coronel al mando de tropas, Santa Anna se conducía como versión provinciana del mismo Iturbide, a cuya estatura no cedía, y el 3 de noviembre, sólo tres días después de la victoria porteña, Rincón, el molesto satélite, volcaba sus quejas al oído del Primer Jefe:

> En esta plaza ha dado y continúa dando (Santa Anna) cuantos empleos le ha parecido, así militares como civiles. Con degradación y atropellamiento de mi empleo ha hecho mucho, ya disponiendo marcha de tropas en posición, sin que quiera darme el más leve aviso, ya tocando orden general y dándola arbitrariamente y por ostentación a los jefes y oficiales de mi división, también sin mi consentimiento. Estas y muchas otras cosas he sufrido y prudenciado sólo por el honor de la Nación.

Para el engreído conquistador de veintisiete años, como si no existiera Rincón. Después de él, nadie, y después de nadie. . . los demás. Con la queja de Rincón llegó a manos de Iturbide la proclama que, el mismo 27 de octubre, dirigió Santa Anna a los veracruzanos:

> Atrás no dejo ríos de sangre que lleguen a vuestras costas, anunciando los horrores de la muerte por la fiera mano de un conquistador: Dígalo Alvarado, dígalo Jalapa y los pueblos todos de la Provincia, donde cogí laureles sin arrancar suspiros, y donde una generosa indulgencia salvó a nuestros más crueles enemigos.

Nunca fue despiadado y, salvo los episodios texanos, no le afama la crueldad. Político intuitivo con atuendo de soldado, era sobre todo un criollo de alma lírica, inclinado a la transacción, demasiado blando para la guerra y demasiado inquieto para la paz. Genial improvisador de glorias, buscó "coger laureles sin arrancar suspiros", al menos como regla general; le deslumbró la vida como empresa heroica y, si bien su gloria no resiste análisis, concedámosle al menos que si pudo soñar a su gusto una historia victoriosa fue

seguramente porque, con todos sus vicios, resultó supe
en su medio humano circundante.

Durante la primera quincena de febrero de 1822, le
contramos resuelto a recuperar el favor de Iturbide, qu
seguramente preocupado por la defección de Victoria, d
dió confiar de nuevo en el jalapeño, a quien encomendó
aprehensión del disidente en las montañas veracruza
lugar de antiguos escondrijos. A cambio, le prometía as
derlo a brigadier, pero Antonio nació demasiado listo y
mes después, evadía la persecución con el argumento d
salud precaria. El primer Jefe, por supuesto, retiró la of
del ascenso y produjo en Antonio nuevos desconsue
hasta el momento en que, reelecto Iturbide como Rege
acudió a él nuevamente, en humilde solicitud del grado
le ofreciera.

Un acontecimiento inesperado vino a alterar, de pr
to, el tono de las misivas plañideras. Encontrábase Ant
en Jalapa, la noche del 18 de mayo, mientras en la cap
nacía un pobre imperio de la grita de Pío Marcha. Sól
cretino que todo hombre lleva dentro pudo hacer que It
bide mudara su título de libertador por el de empera
con lo que de paso exhibía su escasa prudencia. Faltá
para cargar sobre sus espaldas esa responsabilidad. Por
pecado le negaron luego la honra que conquistó con su
razón más que con su espada, hasta retirar su nombre
calles y libros de texto a cambio de otros y que de Itur
recuerden exclusivamente los desaciertos.

Al recibir la noticia de la exaltación imperial, Sa
Anna pareció olvidar los viejos resquemores, sólo int
sado en recuperar el favor perdido. Mandó formar la tr
bajo sus órdenes, y la arengó:

> No me es posible contener el exceso de mi gozo
> corramos velozmente a proclamar y jurar al inmortal It
> bide por Emperador, ofreciéndole ser sus más consta
> defensores, hasta perder la existencia... Multiplique
> nuestras voces llenas de júbilo, y digamos sin cesar, c

placiéndonos en repetir: Viva Agustín I, emperador de México.

Y no contento con acumular esos votos de adhesión que en el curso del mismo año violaría escandalosamente, tomó la pluma y se dirigió al emperador:

> Viva V.M. para nuestra gloria, y esta expresión sea tan grata que el dulce nombre de Agustín I se transmita a nuestros nietos. . . sintiendo no hayamos sido los motores de tan digna exaltación, mas sí los primeros, en esta Provincia, que tributemos a V.M. nuestros sumisos respetos.

Con el plural empleado, en este caso Santa Anna se refiere a sus hombres, que con él estaban "prontísimos", segun la misma carta, a dar "tan político como glorioso paso", mucho antes de que lo hiciera Pío Marcha. Iturbide debió concretarse a responder que el infierno se encontraba tapizado de buenas intenciones, pero no lo hizo, y aceptó el besamanos. Antonio, por su parte, grabó en su conciencia una máxima de oro: "Adelantarse, siempre adelantarse a los acontecimientos". O como dicen los mexicanos: ¡hay que madrugar! para indicar las excelencias de pegar primero.

Tretas en torno a San Juan de Ulúa

Finalizaba el mes de agosto de 1822. En Ulúa, la situación de Dávila era por demás precaria y Santa Anna, que lo sabía, principió a urdir las añagazas conducentes al apoderamiento de la fortaleza. Comprendía que un éxito como éste elevaría sus bonos en el ánimo de Iturbide y la probabilidad estaba bien calculada si se piensa que Ulúa, en poder de los españoles, en primer lugar, limitaba al comercio internacional del país y, luego, constituía un serio peligro para la libertad recién conquistada, como cabeza de puente para futuros intentos de reconquista. Ciertamente no bastaban

los medios para conseguir el fin, pues los españoles, dueños de la fortaleza, resultaban poderosos ante la escasa capacidad ofensiva de los trigarantes, mas la situación no podía prolongarse, y en este punto no cabían discrepancias. Santa Anna, en vigilia constante, recordó otra máxima del pueblo: "Más vale maña que fuerza". Y urdió una treta.

La puso en práctica inmediatamente y vino a probar lo que la historia certificará cien veces: que nuestro hombre no tenía madera de intrigante, que era demasiado directo, demasiado español para que su naturaleza se acoplara al medio tono de la sombra. Para apoderarse de Ulúa mediante la maña, desprovisto de la fuerza, no se le ocurrió más que intentar el cohecho de la guarnición, a fin de que ésta, traicionando a su oficialidad, entregara el reducto a los mexicanos. Se valió de su ayudante, Pedro Vélez, para gestionar el negocio, mas sea porque Dávila fue demasiado zorro para dejarse sorprender, sea porque el patriotismo de la guarnición hizo imposible el éxito del proyecto, lo cierto fue que entonces recibió el jalapeño la última lección de su antiguo maestro. El 4 de octubre, Dávila regresó al ayuntamiento de Veracruz el oro con que Vélez intentara seducir a los defensores y no satisfecho todavía, advirtió, con clara dedicatoria al autor de la socaliña:

> Todo el oro que circula en la ingrata Nueva España, y pueden producir las corrompidas entrañas de sus tierras, no basta para inclinar a una traición al batallón de Cataluña. . .

Con la cola entre las piernas comunicó Santa Anna a Echávarri, capitán general de la provincia, que en vista del fracaso de "sus gestiones", consideraba reanudadas las hostilidades entre el puerto y el castillo. Mas no se descorazonó, sin embargo, y acudió a un nuevo ardid, mucho más perfecto que el anterior si se toma en cuenta que involucraba, además de la toma de Ulúa, la muerte del molestísimo Capitán General, su superior. Consistía el nuevo plan en

invertir los términos del primero, o sea en hacer creer al comandante del reducto que la guarnición de Veracruz, descontenta con Iturbide y el Imperio, encontrábase dispuesta a la entrega de la plaza, para lo cual bastaría que, durante la noche, los españoles practicaran un desembarco. Audaz era la idea, pero no del todo absurda, pues si conseguía sorprender a los españoles, y aniquilarlos rápidamente a la hora de tomar tierra, dueños los mexicanos de sus embarcaciones, armas y uniformes, y con ellos equipados, fácilmente podría adentrarse en el recinto de la fortaleza, como españoles falsificados, y allí atacar a los verdaderos con garantías de éxito.

Si Dávila se hubiera encontrado aún en el mando, Santa Anna habría recibido la segunda felpa en la misma quincena, pero para su fortuna el nuevo comandante, Lemaur, se dejó engañar. Por otra parte, Echávarri, sólo tonto y fuerte como un roble, no era problema; recién llegado a la provincia, con grado superior al de Santa Anna, creyó ver en el plan de éste un medio para justificar el ascenso y recoger fáciles glorias. Si la treta resultaba, pensó, se las arreglaría para presentar la aventura como obra suya, en tanto que, de fracasar la cargaría en la cuenta de un oficial inferior y ambicioso, con antecedentes en el renglón de la indisciplina. El mismo jalapeño debió haber fortalecido en Echávarri esta opinión, que ocultaba su propósito verdadero: primero, acabar con Echávarri, su inmediato superior, quien seguramente moriría "heroicamente" en la defensa de la plaza; luego, repeler la agresión española, a pesar de haberse consumado por la noche y traicioneramente; y por último, obtener los ascensos y glorias consiguientes.

Casi todos los historiadores niegan hoy el primero de los propósitos y se fundan en el hecho de que el mismo Echávarri se retractó de la acusación que, en aquel sentido, dirigió contra Santa Anna poco después de los acontecimientos. A pesar de la opinión general, sin embargo, subsisten poderosas presunciones en apoyo del diabólico pro-

yecto. Más todavía: sólo la Providencia pudo hacer q Echávarri saliera vivo del trance. Y si es casi seguro que los acontecimientos no se haga jamás luz definitiva, conf mémonos con el relato de lo que ocurrió esa noche, la d 27 al 28 de octubre de 1822.

Valido de alcahuetes menores —tarea en la que él hic ra las primeras armas—, Santa Anna comunicó a Lema que los mexicanos, decepcionados de la Independenc pretendían volver al antiguo sometimiento, entregando d de luego el puerto en prenda de la sinceridad de sus prop sitos. Aunque parezca increíble, el comandante de Ulúa, lugar de arrojar al agua a los comisionados, admitió con mar el desembarco, mientras el jalapeño, seguro ya d éxito, se apostó con sus hombres en el baluarte de Santia mientras Echávarri marchaba, con sus ayudantes y una casa guardia, a instalarse en el baluarte de la Concepció Allí le esperarían, para mayor garantía del éxito —según advirtió Santa Anna—, cincuenta cazadores del número

Conforme al plan, entrada la noche se presentó Ech varri en el baluarte, y lo que primero le sorprendió fue encontrar uno solo de los cincuenta cazadores anunciad Inquieto, avanzaba cautelosamente, cuando un ruido, en parte baja del pequeño fuerte, correspondiente a la est cada, le sugirió el envío de un explorador, que de buen a primeras se dio de narices con los españoles, que al man de Castrillón, ayudante de Santa Anna, se encontraban s bre la playa. Asegura Alamán que sólo la precaución los asaltantes, al dejar fuera de la estacada la mayor pa de sus fuerzas, salvó a Echávarri, quien por un momen atrapado por los españoles debió su libertad al auxilio d destacamento del muelle, cuya ayuda obligó a los incurs res a volver a sus lanchones. En el baluarte de Santiag mientras tanto, Antonio de Padua se concretó a repeler desembarco, sin que moviera uno solo de sus hombres defensa de la Concepción.

Las circunstancias apoyan la suposición de que, en lo

planes del jalapeño, entraba la muerte de su superior jerárquico. Miguel Lerdo de Tejada, contemporáneo de los acontecimientos, escribe en su valiosísima *Historia:* "Dejando a un lado todas las conjeturas que pueden formarse sobre cuál de los dos proyectos fue el que realmente tuvo Santa Anna, hay únicamente que notar que nada dispuso ni intentó respecto de ocupar el castillo con tropas mexicanas, cuando regresaron a él derrotados los españoles, y que, por otra parte, Echávarri, no habiéndosele dado la fuerza que le prometió Santa Anna para defender el baluarte de la Concepción, fue hecho prisionero por las tropas españolas que allí condujo Castrillón, no debiendo su libertad sino a la bizarría del corto auxilio que, como queda dicho, le fue del destacamento que estaba en la puerta del muelle".

Lo cierto fue que la operación proyectada se tradujo en el más completo de los fracasos: en el mástil de Ulúa continuaba el pabellón español y Echávarri quedaba vivo, además, sólo que ahora resentido hasta los huesos. Algo, sin embargo, cambió en la vida de ambos personajes: su grado de escalafón militar. No obstante, los desafortunados resultados, Iturbide mandó a Santa Anna despacho de brigadier con letras y, también, a pesar de que la conducta de Echávarri fue la de un valeroso vendedor de casimires, el emperador le hizo mariscal del Imperio. Frente a los resultados de la faena del 27 de octubre, el jalapeño era la imagen de la desesperación. Decididamente, Iturbide le resultaba de mal fario. De su famosa treta no sólo salía vivo Echávarri, sino además convertido en mariscal del Imperio. Por lo visto no pegaba una.

Ya no dudó que el Imperio no sería el camino de la gloria. Recordó, entonces, que algunos amigos habían deslizado en sus oídos dulces palabras republicanas, "pero educado bajo la monarquía, no estaba preparado para ese cambio, y les oía con desagrado", escribirá después. Poco menos de una semana antes, por otra parte, desembarcó en el puerto, y fue su huésped, un importante personaje.

Habíalo dejado en tierra la goleta *John Adams*, tipo
neo, de seductores modales y mirada de águila. El
llegado no era locuaz por cierto; se guardó muy bi
comunicar a qué llegaba, pero el jalapeño lo supuso,
dio tratamiento de lo que en el fondo era. Los dos jóv
raza de por medio, se resultaron agradables. Dionis
Apolo, Pasión y Razón. Uno Santa Anna; otro, Jo
berts Poinsett.

Poinsett desembarcó en Veracruz con el consenti
de Santa Anna, sin que hayamos podido averiguar, en
nitiva, si éste no recibió —o bien si pasó por alto— la
que el 5 de octubre dirigió don José Manuel de H
a todos los jefes militares de los puertos del golfo,
nada a impedir el desembarco del huésped indeseabl
cierto fue que no sólo resultó ineficaz la orden del mi
de Iturbide sino que Santa Anna se empeñó, adem
agasajar a Poinsett con una comida, a pesar de qu
ceremoniosa cena española, a los ojos del recién lle
resultaba "la más odiosa de todas las cosas". Finalm
vencida en este punto la oposición del puritano, le hi
dear de una buena escolta, en prevención de las mol
que, en su camino a la capital, pudieran ocasionarle l
teadores de caminos. Poinsett era valeroso y, en el f
no temía a los bandidos sino al clima, sobre todo, por
recer enfermedades poco a tono con la grandeza mo
un propietario de esclavos, nacido en Carolina del Sur
solamente son peligrosos, y poco decorosos, el vómito
y las fiebres biliosas, escribirá más tarde, sino que p
ro caer en las manos de los bandidos que dar en las
médico mexicano". De momento, se despidieron a
personajes pero, muy pronto, antes de concluir su m
confidencial, Poinsett escucharía de nuevo, alado p
fama, el nombre de Antonio López de Santa Anna.

Los acontecimientos se precipitaron en el curso d
dos últimos meses del año. El 31 de octubre mandó Itu
disolver el Congreso, instaló en su lugar la llamada "J

...ituyente" y, casi inmediatamente después, el 10 de no-
...iembre, no obstante las preocupaciones que le imponían
los acontecimientos de la capital, partió hacia Jalapa. Hasta
la fecha, permanece en el misterio el verdadero propósito
del viaje, a cuyo respecto son diversas las hipótesis vertidas.
Según la de Iturbide, sólo trataba de poner fin a la tirante
situación que padecía Veracruz, bajo los fuegos de Ulúa,
o sea, que había resuelto proceder, de una vez por todas, a
la ocupación del funesto castillo dueño del puerto. Tal ex-
plicación es infantil, ya que Iturbide, eminente guerrero,
sabía que la fortaleza de Ulúa, alimentada constante y rápi-
damente desde La Habana con hombres, armas, pertrechos
y vituallas, era asequible sólo mediante un estrecho bloqueo
naval, para lo cual, lo primero que se necesitaba, era una
flota capaz de mantener el cerco contra las naves españolas,
que seguramente intervendrían luego. Pues bien: Iturbide
sabía que el Imperio no contaba con flota alguna y que,
por lo mismo, era remoto que la resistencia de Ulúa pudiera
ser debelada desde tierra. Por otra parte, no era Jalapa,
ciertamente, el punto más adecuado para intentar operacio-
nes sobre la fortaleza y el emperador, después de perma-
necer quince días en esta ciudad, regresó tranquilamente a
la capital. Vuélvese a plantear, pues, el problema de cuál
fue el objeto del intempestivo viaje del emperador que, ade-
más, dejaba a la emperatriz en las angustiosas proximidades
de un nuevo príncipe. La verdad, aquí, parece ser la que
nos proporciona el propio Santa Anna en sus memorias:

> Días después, emprendió (Iturbide) viaje a Jalapa para
> sacarme de la Provincia, donde le causaba cuidado por las
> delaciones e instigaciones de mis émulos. Su Majestad
> Imperial, sabiendo que no había sido de los adictos a su
> coronación, me destituyó de todos los mandos que ejercía
> y dispuso mi traslación a la Capital, faltando hasta a los
> usos comunes de urbanidad.

Valadez rechaza esta posibilidad y aduce la por enton-
ces mínima importancia de Santa Anna, sin merecimientos

para el intempestivo viaje de Iturbide, máxime en el momento en que éste, por la disolución del Congreso, consumada sólo diez días antes, afrontaba serios conflictos políticos en la capital, sumados a la inquietud que naturalmente debía producirle el próximo parto de su mujer. Este punto de vista parece fundado, pero lo rebate el hecho mismo del viaje y el que, hasta hoy, no se le haya encontrado una explicación mejor. Por lo demás, el jalapeño no resultaba tan insignificante como se pretende y, prueba de ello es que el emperador le había confiado el mando de Veracruz, tal vez el más importante de todos en el Imperio, salvo el de la capital. La distinción con que veía a nuestro hombre no era corta; además, como lo certifican las líneas que, con motivo de estos sucesos, le dedica en su manifiesto de Liorna:

> Yo se lo había confiado (el mando, a Santa Anna) porque era valiente, calidad que estimo siempre en un militar, esperando, además, que el rango a que yo le elevaba contribuiría a corregirle de las faltas que yo no ignoraba. Esperaba, también, que la experiencia y el deseo de no disgustarme, le harían más racional. Le había confirmado en el grado de teniente coronel, que el último Virrey le concedió por una equivocación; le di la cruz de la orden de Guadalupe, le conferí el mando de uno de los mejores regimientos del ejército, el gobierno de una de las plazas más importantes y, últimamente, le hice segundo Jefe de la Provincia y General de Brigada. Siempre le había yo distinguido y no quería deshonrarle en esta ocasión. Ordené al Ministro de la Guerra que redactase la orden de su remoción en términos honoríficos, acompañando otra orden para que pasase a la Corte, en donde se le daría una comisión importante: nada de esto fue bastante para reprimir sus pasiones volcánicas.

Parece cierto, pues, que Iturbide, más o menos al tanto de la conspiración veracruzana, resolvió consumar el viaje para asegurar al jalapeño y llevarlo consigo a la capital. Apoya esta opinión el hecho de que, al mismo tiempo que invitaba a Santa Anna a la reunión de Jalapa, por medio

de su ministro Domínguez, dirigió comunicación reservadísima al brigadier don Manuel Gual, ordenándole que, en el caso de que los españoles de Ulúa renovaran el ataque, o bien, "en cualquier otra circunstancia que requiriese providencias extraordinarias, tomara el mando de Veracruz".

Obediente al llamado, acudió Santa Anna al palacio del ayuntamiento, en Jalapa, donde despachaba el emperador, que departía con varias personas, todas de pie en el centro del gran salón, cuando al recién llegado se le franqueó el acceso. Antonio hizo un mohín de disgusto, el de quienes piensan que son ávidamente esperados y descubren de pronto lo contrario. De mala gana, la mano sobre la empuñadura de la espada, inició nerviosa ronda frente a pinturas y tapices, en espera de que el emperador, al descubrir su presencia, suspendiera su charla con los cortesanos locales, y le llamara. Mas como Iturbide no parecía llevar prisa en atenderlo, con gesto resignado acabó por dejarse caer en el primer sofá a su paso. El episodio siguiente se desarrolló en un santiamén, en los pocos segundos que medio siglo de posteriores aventuras no podrán borrar: instante en que la voz de uno de los edecanes imperiales se impuso, pausadamente, sobre el medio tono de las conversaciones: "¡Señor coronel Santa Anna, cuando el emperador está de pie, nadie se sienta en su presencia!"

Antes de terminar la reprimenda, el jalapeño se encontraba erguido y en su persona convergían las miradas que le habrían llenado de orgullo un segundo antes. Ahora, esas miradas rezumaban lástima.

Concluyó la pesadilla cuando, sin inclinarse ante nadie, abandonó la sala; de cuatro zancadas bajó las escaleras y no paró hasta refugiarse en el jardín contiguo, donde, reclinado en un árbol y lejos de los testigos de la afrenta, consiguió poco a poco le volviera el alma al cuerpo, aunque el despecho no dejara hueco en su corazón.

Por fin, tranquilo en apariencia, volvió al ayuntamiento, cumplimentó al emperador y obtuvo su venia para empren-

der el regreso. Ahora, le recibió Iturbide afablemente y sin aludir a nada que pudiera poner una nota de tirantez en la entrevista, le pidió acompañarle a la capital, donde requería sus servicios. Meloso, Santa Anna adujo algunos motivos que, de momento, le impedían efectuar el viaje. El de falta de fondos fue resuelto inmediatamente por Iturbide al proporcionarle quinientos pesos de su bolsillo. Pero a mano del jalapeño quedaba otro pretexto: no podía marchar, inopinadamente, habiendo dejado en Veracruz ciertos negocios personales cuya conclusión le urgía; suplicó que se le permitiera ir al puerto sólo unos días, los indispensables para dejar en orden sus asuntos y despedirse de los amigos, y el emperador cedió. Le falló entonces el carácter, como será luego su costumbre, y no se resolvió a ordenarle que le acompañara. No habría, ciertamente, salvado a Iturbide una orden como esa, pero sí, al menos, retardado su caída.

Al mismo tiempo que la imperial comitiva tomaba el camino de regreso, Santa Anna abandonaba velozmente su ciudad natal por el camino de Veracruz. Cuarenta y ocho años después, frente a su mesa de trabajo, en la calma del destierro, el anciano tenía frescos los pormenores de aquellos días. Aún resentía, con dolor de herida mal curada, el golpe sobre su pundonor militar. Mucho había corrido el tiempo desde entonces, pero cada hora nueva, y cada minuto, arrastraban el eco de las palabras del criado que en pocos segundos le redujeron a soldado raso:

> Golpe tan rudo lastimó mi pundonor militar, y quitó la venda de mis ojos: vi al absolutismo en toda su fiereza, y me sentí luego alentado para entrar en lucha con él. Decidí en ese momento ocuparme seriamente de reponer a la Nación en sus justos derechos. . .

Sin ceder a la fatiga cabalgó noche y día, y antes de que se conociera su remoción del mando, se presentó en Veracruz el 2 de diciembre. En la capitanía recogió la guardia,

se dirigió luego al cuartel del ocho de Infantería; mandó tocar generala y repicar las campanas, congregó a un centenar de curiosos y, al frente de cuatrocientos soldados, inauguró medio siglo de pronunciamientos.

Poco después escribirá: "Bien sabéis que fui el primero que juró, sobre las arenas de Veracruz, la ruina de los tiranos".

3. *El hombre del dos de diciembre*

Que antes del 2 de diciembre se encontraba ligado Santa Anna a la conspiración antiiturbidista, es un hecho comprobado. No por republicano, pues para ser republicano, como para ser comunista o anarquista, se necesita tener ciertas ideas, y el jalapeño no las tuvo nunca, sino porque, seguro ya de no contar con la gracia del emperador, tenía que seguir nuevos caminos para materializar sus ambiciones. Recuérdese que el 3 de octubre de 1821 se quejaba porque no le participó siquiera la entrada en México del ejército de las Tres Garantías; luego, entre el 10 y el 15 de octubre del siguiente año, recibió la comunicación de Herrera, dirigida a los jefes militares de los puertos del Golfo, previniéndoles contra el desembarco de Poinsett, y la desobedeció expresamente, ya que el 19 de ese mes tomó tierra el aprendiz de procónsul. Y no sólo no participó Santa Anna de la animadversión imperial hacia el temido personaje, sino que insistió en que cenara con él, proporcionándole luego una escolta, para su seguridad, en el trayecto a la capital.



No se olvide, por último, que don Miguel Santa María, este sí republicano y hombre de ideas, expulsado del país por Iturbide varias semanas antes, había quedado en Veracruz con el pretexto de no encontrar medios para abandonarlo y que, precisamente en octubre, entró en relaciones con Santa Anna y fue redactor del plan que con la firma del jalapeño y de Guadalupe Victoria apareció publicado

en Veracruz el 6 de diciembre, como justificación política del levantamiento del día 2. Todo confirma, pues, que al marchar Santa Anna a Jalapa, a mediados de noviembre, su decisión revolucionaria se encontraba "casi" tomada. Digo "casi" porque si el emperador le hubiera colmado entonces de honores, habría sido capaz de mandar prender a Poinsett, donde se encontrara, y de arrojar al agua a Santa María. Pero como ocurrió lo contrario, y sus temores se confirmaron con creces, hasta recibir tan "rudo golpe en su pundonor militar", no hizo más que llevar a cabo los arreglos convenidos, que Echávarri se encargó, al siguiente día, de poner en conocimiento de Iturbide.

En diecisiete artículos y veintidós aclaraciones se publicó el plan que, redactado por Santa María, llevaba el largo título de: "Plan o indicaciones para reintegrar a la Nación en sus naturales e imprescriptibles derechos y verdadera libertad, de todo lo que se halla, con escándalo de los Pueblos Cultos, violentamente despojada por don Agustín de Iturbide, siendo esta medida de tan extrema necesidad, que sin ella es imposible el que la América del Septentrión pueda disfrutar en lo venidero de una paz sólida y permanente".

No pudo resultar menos prometedor el éxito inicial del pronunciamiento, pues sólo se le adhirieron los pueblos de Tlacotalpan, Alvarado, La Antigua y Puente del Rey, en tanto que el resto del Imperio, no habituado todavía a sucesos de esta naturaleza, manteníase en cautelosa espera. Con su nativo ingenio, pues la historia probará luego cien veces que Santa Anna nació para "pronunciarse", resolvió el jalapeño favorecer a los jarochos con todo cuanto les ligaría a la empresa; estableció contacto con el comandante de Ulúa, para que suspendiera las hostilidades entre la fortaleza y la plaza, al mismo tiempo que ofrecía ascensos, premios y gratificaciones, y dirigía cartas a Iturbide y Echávarri, con la mira de disculpar su conducta, mientras, por otra parte, restablecía el comercio con España y permitía

la extracción de dinero para granjearse la confianza y el apoyo de los comerciantes porteños.

Todo muy bien, pero. . . poco faltó para que el primer pronunciamiento del jalapeño fuera también el último. Sin esperar el ataque, arrebatado cazador de glorias, tomó la ofensiva sobre Jalapa al frente de su 8o. de infantería y, tras de sorprender a los granaderos de Plan del Río, incorporándolos a su tropa, atacó su villa natal la noche del veinte al veintiuno de diciembre. No contaba con la resistencia del brigadier Calderón quien, más experimentado, aniquiló por completo a los atacantes en tanto que su jefe, a duras penas, retrocedió a Veracruz. Al pasar por el Puente Nacional se encontró con Victoria y por él se enteró de que Alvarado y otros puntos se sometían de nuevo al gobierno. Acobardado, no pensó más que en huir a los Estados Unidos y así lo propuso al viejo insurgente, pero éste se negó: "Compañero —le dijo— vaya usted a Veracruz a sostener su puesto, y cuando le presenten la cabeza de Victoria, hágase a la vela, pero mientras yo viva, es honor de usted permanecer a mi lado, defendiendo la causa de la libertad". Y Antonio fue a lavarse la cara. Tras de golpeado, apaleado.

Alucinado Iturbide por los reveses de Santa Anna, dispuso lo que a su juicio bastaría para dar cerrojazo a la revolución. Hombre de grandes aciertos y recursos, se equivocó siempre en algún punto, y si pocas veces pudo realizar sus propósitos fue precisamente porque, por regla general, desestimó los obstáculos a vencer. En este caso, si Iturbide, contando con su prestigio personal, indiscutible todavía entre quienes reconocían en él al autor de la Independencia, hubiese marchado al frente de sus tropas hacia la sublevada provincia, hoy las cenizas de Santa Anna reposarían en el panteón de los mártires de la República. Pero no; recordó que Echávarri era personal enemigo del jalapeño y, suponiendo que los emperadores deben permanecer en Palacio mientras sus generales ganan las batallas, designó

al mariscal para que con dos mil hombres bajara al puerto y pusiera fin a la revolución.

En México, mientras tanto, la ofensiva literaria contra Santa Anna no dejaba punto de reposo a las prensas imperiales. Don Francisco de Paula Alvarez, secretario del emperador, contestó la carta del jalapeño y al hacerlo sometió a inventario los excesos, tropelías, inconsecuencias, villanías, traiciones, escándalos y demás gracias que pudo encontrar en el historial del hombre del 2 de diciembre, quien previamente se declaró traidor y despojó de sus empleos. Se acudió al cabildo eclesiástico, reclamando la excomunión de nuestro hombre, con la mira de atacarlo por todos los flancos, cerrándole a la vez los caminos de la tierra y la eternidad, pero el cabildo, sabiamente se resolvió a dejarlo en la situación que guardaba: en el purgatorio de Veracruz.

Echávarri marchaba con sus hombres por tierra caliente mientras tanto, y una vez que dejó a Victoria cogido en el cepo del Puente Nacional, ya con la colaboración de las tropas de Cortázar y Lobato, que elevaban sus efectivos a los tres mil hombres, puso sitio a Veracruz. Cierta noche se presentó en su campo un personaje misterioso. Dijo llamarse Crisanto Castro, oficial de Santa Anna, y encontrarse decidido a entregar a los sitiadores la Escuela Práctica de Artillería y el baluarte de San José. A leguas podía olerse la trampa, pero Echávarri era víctima titular del jalapeño y no la pescó. Confiado en la presunta traición de Castro, y al mando de un batallón de granaderos, se introdujo en la ciudad. Repentinamente, desde los baluartes de San José y Santiago, los fuegos de fusilería rompieron la noche y dejaron sin vida buena parte de los incursionistas, escapando milagrosamente el mariscal del Imperio.

Los meses pasaban, sin embargo, y Echávarri no lanzaba su ataque definitivo sobre la plaza. El acampamiento se prolongaba en medio de un clima mortífero, carentes los soldados imperiales de disciplina y estímulos inmediatos.

Seguramente la inactividad habría terminado por resolver la campaña contra los fallidos asaltantes si los acontecimientos no se hubiesen desencadenado para conseguir ese fin por diversos cauces. En la capital actuó en ese momento la tercera fuerza, al adherirse la gran logia escocesa al pronunciamiento de Veracruz.

Piénsese que Echávarri y los demás jefes habían sido afiliados recientemente en esa logia, y se comprenderá por qué el hermano novato, metido en otro orden de cosas a mariscal del Imperio, no pudo más que obedecer. Y no lo pensó siquiera: echó por la borda todo cuanto el libertador hizo por él, elevándolo a mariscal, cuando en el régimen virreinal no había sido más que un capitanzuelo, con mando en uno de los peores distritos; pensaba Iturbide, además, casarlo con su hija mayor, haciendo de él una figura simbólica de la unión entre mexicanos y españoles:

> El error que cometí —escribirá don Agustín amargamente en Liorna— fue no haber tomado el mando del ejército en el momento en que comencé a sospechar de la felonía de Echávarri: me engañé a mí mismo poniendo mucha confianza en los demás. Ahora conozco que semejante conducta es siempre perjudicial a un hombre de Estado, porque es imposible sondear la perversidad del corazón humano. Echávarri era capitán de un regimiento provincial, olvidado por el virrey y sepultado en uno de los peores distritos del virreinato. En poco más de un año lo elevé al grado de Mariscal de Campo, Caballero de la Orden imperial de Guadalupe, lo elegí por edecán, y lo hice capitán general de las provincias de Puebla, Veracruz y Oaxaca. Este es uno de aquellos españoles a quienes llené de beneficios, y destinaba a formar uno de los anillos de la cadena fraternal que yo quería establecer entre los americanos y los habitantes de la península española.

¡Pobre Iturbide! Jamás pudo sondear en la perfidia de aquellos en quienes confió sin límites. No era ajeno a accesos de furor, mas pasaban luego, y en la calma solía perdonar al mundo entero; así, entre otros, a Felipe de la

Garza, cuando se pronunció en su contra, y fue éste quien le llevó al cadalso de Padilla el 24 de abril de 1824. Mejores que Garza no fueron Echávarri ni Lobato, ni el marqués de Vivanco; todos desempeñaron su papel en el drama y con su pequeñez, prestaron mayor realce al hombre que fue Iturbide, héroe, sobre todo, por haber llevado en el pecho un corazón lleno del último grado de la heroicidad, que es la generosidad sin límites.

En Veracruz, mientras tanto, recibida por Echávarri y demás jefes la orden de la gran logia, no se hizo esperar la subsecuente adhesión al pronunciamiento, y el 1o. de febrero de 1823 se publicó el plan de Casa Mata, llamado así por ser éste el lugar de acampamiento de Echávarri durante las cinco semanas en que los mariscales de la logia lo redujeron a soldado raso. A resultas del convenio, el ejército puso fin al asedio y emprendió la retirada hacia las tierras sanas de la provincia, casi al mismo tiempo que se adherían al plan el marqués de Vivanco, Calderón, y la plana mayor de los jefes iturbidistas. Fue el emperador el último en conocer la traición de sus generales: "Se me quieren imponer con la fuerza armada —exclamó—, y yo haré ver que no se ha debilitado el brazo que conquistó la Independencia". Pero era nada más que una bravata, pues la tormenta no podía cesar por la intromisión de un brazo fuerte: Puebla, San Luis Potosí, Guadalajara, Saltillo, Cuernavaca, Querétaro, Guanajuato, todas las provincias seguían ya el ejemplo de Casa Mata. Al ser proclamado emperador, Iturbide había pedido a los mexicanos que no le obedecieran si no conseguía hacer su felicidad. "Manda nuestro emperador que ninguno le obedezca", fue la consigna de los alzados.

Cuando el 3 de febrero conoció la capital la traición de los generales, Iturbide, en lugar de ponerse al frente del ejército, resolvió abstenerse, como era costumbre, y acudió luego a extremos absurdos: el 17 de marzo decidió la reinstalación del Congreso y aun acarició la posibilidad de llegar

a un entendimiento con los pronunciados. Cuando se presentó en el Congreso, lo hizo como un criminal ante su jurado: "parecía confundido, embarazado, y sin saber él mismo qué haría después de este acto", escribe Lorenzo de Zavala, presente en el dramático momento. Entre los congresistas había varios Brutos decididos, y César optó por lo inevitable: el 19 de marzo, fiesta de San José, el ministro de Justicia Gómez Navarrete, comunicó al Congreso la abdicación a la corona.

Cómo vio —o cómo recordaba— Santa Anna los acontecimientos, lo ilustran las memorias que escribió medio siglo después:

> La victoria no podía ser más espléndida: árbitro en esos momentos de los destinos de mi patria, no falté en una letra al programa que di a luz al proclamar la República. . .

Mentía, sin embargo, el autor de tal desatino, pues tan no era el árbitro por entonces que destinará diez años más precisamente a serlo. Consiguiólo por fin, mas para ello tuvo que asesinar a la República, la hija de sus entrañas.

Guadalupe Victoria y Nicolás Bravo escoltaron a Iturbide hasta el embarcadero de La Antigua. Ambos insurgentes pudieron verlo de frente y extender su mano en despedida franca y sin simpatías. Ya en su destierro italiano, Iturbide recordaba a los muchos santa annas que dejara en México:

> No abdiqué el trono por un sentimiento de temor, pues conocía bien a todos mis enemigos, y sabía cuánto valían. . . Tampoco influyó en mi abdicación la consideración de haber perdido algo en el afecto del pueblo ni en el amor de la tropa. . . Todas mis contestaciones eran dirigidas a conservar la paz y testificar el horror que yo tenía a derramar sangre. . . El amor de la patria me condujo primero a Iguala; él mismo me obligó después a subir al trono y después a bajar de un puesto tan peligroso. . . El

mayor sacrificio que he hecho ha sido el de abandonar para siempre una patria tan amada. . . Mexicanos. . . vuestro amigo no ha faltado jamás al amor y a la confianza que le habéis prodigado. Mi reconocimiento se medirá por mi existencia: cuando leáis a vuestros hijos la historia de nuestra patria común, decidles que juzguen con benevolencia al jefe del ejército de las Tres Garantías. . .

Reclamaba benevolencia, y recogió sólo despiadada inquina. Cuando lo fusilaron, en abril de 1824, se encontraba Santa Anna en Mérida. Divulgada la noticia en la capital yucateca, asegura el jalapeño que los "aduladores del poder" llegaron a felicitarle por la muerte del tirano. "Señores —escribe que dijo—, si la patria reporta alguna ventaja con la muerte del caudillo de Iguala, felicítenla enhorabuena, mas a mí de ninguna manera." Algo de honradez quedaría en su alma.

capítulo segundo

AÑOS DE APRENDIZAJE

Me lisonjeo de haber dado
pruebas irrefragables
de ser un idólatra de la libertad.

1. *El protector de la libertad*

Las goletas *Minerva* y *San Esteban*, más los bergantines *San Cayetano* y *San Erasmo* zarpaban de Veracruz, el 19 de marzo, rumbo a Tampico. A bordo de la *Minerva*, un joven brigadier soñaba caer sobre el segundo puerto mexicano del Golfo, adueñarse de la tierra comprendida entre la costa y el altiplano, y ocupar finalmente San Luis, en brillante expedición destinada a facilitar la toma de la capital, dueño ya del secreto de "recoger victorias sin arrancar suspiros", como dirá después. Ignoraba que, para su desgracia, el día en que se hizo a la mar quedaba sin enemigo, ya que Iturbide abdicaba, en México, al tiempo de partir él.

De todo pudo enterarse el 15 de abril, al entrar en San Luis entre arcos triunfales y aclamaciones. Supo que en México otros tenían en sus manos las riendas del gobierno, y parecían olvidar que las debían a él. Encontró pliegos de los vencedores, quienes lejos de invitarle a pasar a la capital le recordaban su compromiso de marchar a Texas, en funciones de pacificador, y el jalapeño, que no era tonto, comprendió que se proponían alejarlo de la zona donde se disputaba el poder, para repartirlo sin atención a deudas con su espada. El panorama político se presentó a sus ojos con singular claridad, y el 15 de mayo, ya resuelto, comunicó al ministro de la Guerra su decisión de no ir a Texas, donde "sabía" que la tranquilidad hacía innecesaria su presencia. "La semana próxima salgo para esa capital", advertía para terminar. De continuar en San Luis —lo adi-

vinaba—, del postimperial banquete no le dejarían ni las migajas.

Mas un grave accidente, suscitado poco después de su llegada, dificultaba la partida. Sus jarochos del número Ocho, con quienes resistiera el asedio impuesto a Veracruz por los soldados imperiales y además sus acompañantes en la correría recién concluida, no se adaptaban a la vida potosina. Surgieron luego las primeras dificultades, provocadas por los forasteros, alborotadores, indisciplinados, enredados en constantes lances de riñas y amores. Por su parte los potosinos, aunque reposados, no tardaron en enseñar los dientes a quienes se conducían como dueños de la ciudad y a los dientes siguieron puñales y escopetas. La ciudad parecía campo de lucha entre razas enemigas, a pesar de los esfuerzos de Santa Anna, poco resuelto a volver la espada a los causantes del zipizape, los jarochos tallados a su imagen y semejanza.

La situación anunciaba males tan graves que el marqués del Jaral, gobernador de la provincia, optó por abandonar el puesto y dejar que Santa Anna resolviera el problema bajo su exclusiva responsabilidad. Mas no era la huida del gobernador, ni menos el "choque entre soldados y riñas sin importancia", lo que cargaba su ánimo de sombríos presagios. El astro, al nacer, sufría la inminencia de un eclipse definitivo: ya no se le ocultaba que en el plan de Casa Mata, obra de logias y generales pronunciados, moría su gloria personal, y las pruebas estaban a la vista: ajustaba casi dos meses en San Luis, sujeto a odiosos dimes y diretes, mientras en la ciudad de México otros, más afortunados que él, y menos ameritados, recogían la cosecha del 2 de diciembre.

Rápidamente, formuló un inventario de las fuerzas que luchaban en la capital. Una, la de los iturbidistas, con la mira puesta en la vuelta del emperador; otra, la que un día aglutinara a los adversarios de Iturbide y hoy, a su vez, enemigos entre sí: por una parte los borbonistas —propie-

tarios, alto clero y españoles—, partidarios de una República Central, y por la otra los antiguos insurgentes, bajo clero, burócratas y oficiales de escasa graduación, en pro de la República Federal. Santa Anna dedicaría prolongadas vigilias a tratar de comprender qué demonios significaba aquello de "República Central" y "República Federal" y, como seguramente no lo consiguió, se propuso averiguar quiénes eran los capitanes de los grupos en pugna. A su estilo, sabiendo quiénes eran los hombres, entendería si sus ideas le convenían o no.

Para comenzar descartó al partido iturbidista, cuyo programa le resultaba de fácil comprensión. Presumía que su cabeza estaba allí de por medio y Santa Anna experimentaba horror por el derramamiento de sangre, sobre todo si pensaba que la suya se vertería primero. Descartado el grupo iturbidista, volvió los ojos a los centralistas. Todos eran gente importante, miembros del alto clero, empingorotados españoles y la más elevada jerarquía militar. ¿Qué haría él a la sombra de un Echávarri o de un marqués de Vivanco? Los españoles, por otra parte, seguramente no le perdonarían ciertos capítulos de su historia y, en cuanto a obispos y arzobispos... ¡bueno, las malas lenguas decían tales cosas de él, que ciertamente no podía aspirar a que le llamaran "Antonio el Piadoso"! Entendió que no le quedaba otro extremo que el de los federalistas porque, si bien no comprendía ni pizca la significación de la palabra y el programa, sabía que estaban capitaneados por Victoria y Guerrero, para quienes él era, por lo menos, el hombre del 2 de diciembre.

A las cinco y media de la tarde del 5 de julio, la ciudad entró en conmoción. Sobre las armas estaban los malditos jarochos del Ocho, rumbo a la plaza principal, donde un oficial dio lectura a una proclama de Santa Anna, "pronunciándose" por la República Federal. Principiaba con un elogio de sí mismo, así como de sus compañeros de vigilias y victorias.

> Cuando en unión de los beneméritos patriotas y dignos conciudadanos militares que me acompañan tomé las armas para extinguir la tiranía del ilusorio gobierno de Iturbide, dando la memorable voz de la libertad el 2 de diciembre del año pasado. . .

Para terminar, exigía una Constitución federal y declaraba a sus jarochos "Ejército Protector de la Libertad Mexicana". Audacia muy suya, pues ya sabía que el Poder Ejecutivo, dominado por federalistas, acababa de lanzar la convocatoria para dar al país una constitución. Si la tendencia federalista dominaba en el grupo director —pensó—, la primera constitución de la República se ajustaría a los supuestos políticos federales y él, convencido de que quien pega primero da dos veces, se pronunció para "exigir" lo que ya suponía previamente resuelto. En otras palabras: que ante la actitud del gobierno, olvidadizo al parecer de sus méritos del 2 de diciembre, él, Antonio, subía al tren en marcha para adueñarse de los mandos.

Mas principió a sospechar haber errado el golpe cuando el Poder Ejecutivo le ordenó presentarse en la capital —tras de licenciar en Querétaro a sus jarochos— y, más todavía, al enterarse del nombramiento de un nuevo comandante militar de la provincia, en favor del general Armijo, quien no se contaba por cierto entre sus admiradores. Pronto comprendió que no había ido demasiado lejos en sus temores.

Al entrar en la ciudad de México, esperaba se le rindieran honores dignos de un "protector de la libertad", y se encontró. . . sujeto a proceso, por exigir a mano armada lo que sólo al Congreso competía resolver, o sea, la forma de gobierno, la base de la organización constitucional. Y, sin embargo, la influencia benéfica de Victoria no le abandonó en tan apurado trance; a pesar de haber recibido denuncias sobre los peligros que entrañaba la ambición del prisionero, lejos de arrestarlo en alguna prisión militar se le confinó en su casa solamente. Si no se le rendían hono-

res, tampoco se hacía gala de severidad; sólo una reprimenda al cachorro desbocado, en este caso, por la pasión federalista.

Como casi todos los grandes capitanes hispanoamericanos, Santa Anna fue hombre de espada y pluma y, si ahora las circunstancias le arrebataban aquélla, con ésta, en cambio, no dejó punto de reposo a ninguno de los personajes con injerencia en su caso. La primera víctima fue el fiscal de su causa, brigadier Joaquín Parrés, quien de acusador se convirtió en defensor del reo en su instancia al Poder Ejecutivo.

Jamás se había visto que un fiscal reclamara la libertad del procesado, como lo hizo Parrés el 7 de agosto, justificando la reprimenda que, con toda razón, le endilgaron los del Ejecutivo en el sentido de que debía concretarse a la acusación, "dejando la resolución del negocio a la autoridad judicial". El buen hombre sería un alma franciscana, pues sin poder digerir la píldora envió su renuncia, convencido de no servir "para brigadier ni para fiscal".

Sacrificado Parrés, fueron los propios señores del Ejecutivo los blancos de su metralla hasta que, finalmente, fatigados de sufrirla, resolvieron puntualizar que "siendo principal ventaja de un gobierno representativo la división de los poderes, y correspondiendo la causa de usted al Poder Judicial, no puede mezclarse el Ejecutivo en él".

Mas para el jalapeño no había concluido el capítulo de las penas. A los pocos días de iniciarse el proceso, no repuesto todavía de la herida moral que le produjo la desairada situación, llegó a sus manos la proclama potosina del general Armijo. Después de trece años de fatigas, pensaba dedicarse a descansar —decía Armijo el 15 de junio— "cuando apareció un otro tirano con el especioso título de Protector de la Libertad. . . quien quiso atar a la nueva águila con cadenas más fuertes".

Santa Anna no pudo terminar la lectura, y víctima de un ataque de furor echó mano de la pluma.

> El despotismo es odioso bajo cualquier forma, pero lo es mucho más en hombres que ostentan liberalismo al mismo tiempo que oprimen a sus semejantes. . . Y en lo que respecta a servicios, dígolo sin jactancia, no puede (Armijo) aparecer ante mí sino cubierto de rubor y de vergüenza.

Pretendía que los miembros del Poder Ejecutivo exigieran la retractación de Armijo y le dieran una satisfacción, mas como dichos señores hicieran poco aprecio de su queja, a ellos acudió nuevamente, ya en plano más modesto, conformándose con que se advirtiera al comandante de San Luis "que debía ser más moderado en el manejo de la pluma". ¡Quién lo decía!

La querella con Armijo, aunque le desbordaba en apariencia, no apartaba del problema de su situación personal. Y volvió a la carga en lo tocante a su actuación en San Luis. Partía del supuesto de la santidad del propósito, y sólo admitía haber errado en los medios.

> Y si me engañé tal vez en los medios; si por efecto de un patriotismo exaltado incurrí en alguna falta, no creo pueda considerarse como crimen en quien, como yo, se lisonjea de haber dado pruebas irrefragables de ser idólatra de la libertad y del bien de sus conciudadanos, de su amor a las leyes y su respeto a la autoridad legítima.

Mas el gobierno, sospechando que Santa Anna no era un "idólatra" de la libertad sino de su persona, resolvió mantenerlo asegurado a pesar de sus protestas. Pasaron de esta guisa varios meses; llegó diciembre; bajó la nieve de los volcanes en busca del valle, y Antonio añadió, a la nostalgia de la libertad, la del paisaje donde bugambilias y plátanos desconocen la huella de las estaciones. La sola contemplación de las nieves le resfriaba el alma y encanijaba las piernas, aherrojada la ambición en aquella jaula, a dos mil doscientos metros sobre el nivel del Médano del Perro, a cuya vera jurara, un año antes, la ruina de los tiranos.

Por fin, a pesar de no dejarle en paz la inquina potosina, y de que incluso la Diputación Provincial apoyó la acción emprendida el 22 de marzo, al fallarse la sumaria, se absolvió al jalapeño de todo cargo por su aventura "federalista". Mas pronto, cuatro días después, comprendió que sólo se mudaba la ubicación de su jaula, pues recibió órdenes de marchar a Yucatán. Recibió el nombramiento de comandante militar como un nuevo agravio; mas fue a Yucatán, sin embargo, con el propósito, dijo, de "unir los ánimos y aquietar las discusiones". Desembarcó en Campeche el 18 de mayo y, dos días después, pluma en ristre, daba rienda suelta a su pasión favorita:

> Bien sábeis que fui el primero que juré sobre las arenas de Veracruz la ruina de los tiranos. Yo, el mismo que a costa de muchos sacrificios y peligros contemplé, vencido y humillado, al feroz enemigo de la Patria. Yo, el que decidido por la República Federal, impulsé el movimiento de la revolución, que obtuvo los primeros prósperos resultados. Yo. . .

El problema yucateco, cuya solución encomendaba el gobierno a Santa Anna, aunque de raíces muy profundas, podía, en aquel momento, reducirse a dos puntos: la enemistad entre las dos principales ciudades de la península —Mérida y Campeche—, en primer lugar; y, en segundo, que encontrándose México en estado de guerra con España, el gobierno local, bajo la presión de los comerciantes, negábase a secundar dicha declaración so capa de que, sin posibilidades de comerciar con el resto del país, en razón de su aislamiento, sus medios de vida dependían del acceso de sus productos a las Antillas españolas, a Cuba fundamentalmente.

La aventura yucateca ilumina un ángulo desconocido en la personalidad del jalapeño, quien si de por vida creyó ser llamado al ejercicio de las armas, en realidad por genio natural, era un abocado a la política. Violentó su vocación

y, ésta, se vengó de él haciéndolo un mal militar y negándole la gloria del gran político. No en vano, empeñado en actuar como soldado, le vemos ganar la parte "política" de las batallas, que por regla general perdía en lo militar. En Yucatán, recibido zalameramente por campechanos y emeritenses, superó Antonio la querella, y acabó dueño de la voluntad de quienes, al principio, planearon apoderarse de la suya. Conciliada por su diplomacia, murió, por entonces, la vieja pugna entre Mérida y Campeche.

El segundo de los problemas entrañaba, en cambio, cuestiones más serias. En rigor, los políticos de la capital no podían comprender por qué un estado que formaba parte de la República, como Yucatán, se resistía a seguir la suerte de ésta, y en la negativa veían infidelidades, en tanto que los yucatecos la explicaban con base en argumentos tan poderosos como su existencia, pues ¿qué ocurriría el día en que Yucatán no comerciara con La Habana? Los yucatecos sabían que en ese comercio radicaba su prosperidad y aun su supervivencia, mas cuando el 4 de julio, entre aclamaciones y homenajes, llegó Santa Anna a Mérida, el hombre estaba lejos de admitir que esta verdad, más aferrada a la vida que a la razón, justificaba la actitud del pueblo.

Instalado en Mérida, y de momento fiel a sus instrucciones, Santa Anna gestionó ante el Congreso local el rompimiento de las relaciones de Yucatán con España, y el gobernador, don Francisco Antonio Terrazo, compelido por el enviado, y ante la renuencia de sus paisanos a obedecer las instrucciones del centro, prefirió abandonar el puesto, en tanto que en la ciudad ganaba adeptos una conjura para prender al recién llegado.

Sólo que no era fácil cogerlo en el cepo y, cuando los conjurados resolvieron el golpe, el jalapeño se encontraba en la fortaleza de Sisal, a cincuenta kilómetros de Mérida. Tranquilo en el refugio, junto a la prédica libre y rumorosa del mar, improvisó su nuevo papel. Si en el libreto que le

dieron en México no había receta para este pueblo, reacio al sometimiento, tomó la pluma, espada de sus mejores hazañas, y el 30 de junio mandó suspender el cumplimiento de sus instrucciones en lo tocante a la guerra con España. El gesto del político nato, como siempre que actuó de esa guisa, obtuvo lo que nunca habría logrado el comandante militar, y el congreso yucateco dedicóle una poesía:

El augusto Congreso de este Estado
¿quién más que tú, prudente y generoso,
nuestra paz, nuestro amor has restaurado?
Y ¿en quién se ha visto una intención más sana
que en el invicto general Santa Anna?

Mas los diputados supusieron que la lírica no colmaba las ambiciones de Santa Anna y, sin arredrarse ante el obstáculo de una resolución anterior de ellos mismos para que nuestro hombre no pudiera adueñarse del mando político, el 5 de julio lo designaron gobernador del Estado.

Antonio no debió aceptar, máxime que le extendían el nombramiento en premio a su rebeldía frente al gobierno federal, pero el honor era grande, y aun cuando escribió luego a Victoria y a Guerrero, en solicitud de consejo, por lo pronto aceptó el puesto al mismo tiempo que en nota al ministro de la Guerra intentaba la justificación de su conducta. Explicaba allí que las medidas violentas no podrían satisfacer las órdenes contenidas en sus Instrucciones, y que al no contar con la fuerza militar indispensable, como por estimar razonables los argumentos locales, había terminado por considerar perjudicial, más que benéfica, la ruptura entre Yucatán y España, salvo en el caso de que se acudiera en inmediato auxilio económico de la península: "Doscientos mil pesos luego, y después cien mil anuales, pues de lo contrario, no se puede obligar a Yucatán a que rompa con Cuba".

Aparte de que la situación de Yucatán implicaba problemas de toda laya, Santa Anna se condujo al fin como un

desorientado. Si bien acertó al señalar el riesgo de la secesión peninsular, explicable, y aun justificable, en el caso de que no se acudiera en auxilio de la provincia, no podía desconocer que, en cuanto militar, la razón que apoyaba a los yucatecos no bastaba para excusar la desobediencia de las órdenes superiores, y menos aún, aceptar el puesto de gobernador sin esperar siquiera la respuesta de Victoria y Guerrero. Al cabo de tantos ires y venires, la alternativa era la misma, sólo que hoy agravada por la responsabilidad del puesto que los yucatecos le confiaron. Ahora comprendía que no podía evadir el punto muerto: que declaraba la guerra a España, enemistándose con el pueblo y renunciando de paso a la gubernatura, como lo hiciera su antecesor, o permanecía fiel a los intereses yucatecos, en abierta rebeldía al gobierno federal y expuesto a sus represalias. Su situación, en aquel momento, era mucho más embarazosa que cuando tomó las de villadiego por el camino de Sisal.

Desde el 20 de julio en que otorgó juramento ante el Congreso, no volvió a conocer la paz. Su preocupación cotidiana era encontrar nuevas evasivas a las órdenes de México, mientras, por otra parte, halagaba con el comercio de Cuba a sus buenos yucatecos. Mas todas las argucias se estrellaron por fin un día, a fines de septiembre, cuando el gobierno de México le enseñó las uñas: o Yucatán declaraba la guerra a España, o. . .

Para entonces, Antonio no quería queso sino salir de la ratonera, y el 28 de octubre, en angustiada instancia al ministro de la Guerra, reclamó su retiro de la comandancia militar de Yucatán y su asignación a Jalapa, "su patria", por tiempo ilimitado. Como un gran actor, hacía de sus superiores un tribunal al que previamente lima las garras; hablaba de sus servicios a la patria; de la derrota de los españoles en Veracruz, la noche del 27 de octubre de 1822; del 2 de diciembre; del sacrificio de su amistad con Iturbide, y del clima de Yucatán, que lejos de ser una recom-

pensa para tamañas glorias, le aniquila sin misericordia. De su ingenio nacían figuras conmovedoras:

> No me queda más que ver y esperar de los hombres. Yo quiero quitar un blanco de la maledicencia encarnizada; quiero que el tiempo sincere mi conducta. . . La soledad y el olvido serán los asilos que aseguren en adelante mi quietud y bienestar. . .

¡Maldita la hora en que se metió a gobernador! Ya está dispuesto a todo, incluso a perder su grado en el ejército, conquistado a pulso, en la liza de fatigas innumerables, con tal de que se le permita salir de Yucatán sin ir a la cárcel. . . y de que le dejen también su sueldo, pues asegura no tener otra cosa de qué vivir, a pesar de que, poco antes, compró la hacienda de Manga de Clavo en la bonita suma de veinticinco mil pesos.

> Desde mi retiro me gloriaré de las ventajas de una patria que me ha sido tan cara y tan costosa, y si acaso algún día me necesita, entonces volaré. . . , etc.

Ha concluido el pliego de su relato de viejas glorias y hondo sabor de penas actuales. Seguramente el ministro de la Guerra dirá que sí a los reclamos de este hombre desesperado, que a los treinta años parece haber agotado el catálogo de los infortunios.

Despachada la instancia, respira. Duerme bien; descansa en el mejor clima de Campeche, y su espíritu principia a reaccionar ante nuevos estímulos. Su alma es una veleta al arbitrio de todos los vientos, tan sutil que el más leve soplo le impone sus rumbos. En el curso de los ocho días que siguieron a la instancia al ministro de la Guerra, alguna campechana guapa rozó agradablemente la pena de su vida y le devolvió la confianza en otros asilos mejores que la soledad y el olvido. Era otro cuando, el 5 de noviembre, escribió de nuevo al ministro de Guerra: ¡Qué ridículo suspirar por el reposo cuando la patria se hallaba necesitada

de su brazo! El castillo de Ulúa, en poder de los españoles, era un insulto constante y una burla a los mexicanos. Él acometerá la empresa de expugnarlo, lanzándose contra sus muros desde Yucatán, donde cuenta con pertrechos, hombres, y hasta un bergantín. La ambicionada meta, la conquista de la fortaleza que cierra el paso de Veracruz, es tan noble que no sabe cómo ha concedido tamaña importancia al problema local. Rápidamente vuelve a Mérida, y pasando sobre el augusto Congreso y los intereses regionales, declara la guerra a España y suspende el comercio entre Cuba y Yucatán. Era ya otro Antonio López de Santa Anna el 16 de noviembre de 1824.

Por lo pronto, estalla la tormenta local pero Antonio la resiste, convencido de haber encontrado salida al callejón que parecería no tenerla. Y en tanto que a los yucatecos, privados del comercio cubano, no quedaba otro remedio que correr la hebilla de los cinturones, el jalapeño formula su nuevo proyecto: la captura del castillo de La Cabaña, en La Habana, como primer paso para convertirse en libertador de Cuba "al frente de un puñado de valientes", con quienes asegurará luego los medios para desalojar a los españoles de San Juan de Ulúa.

Dos días después de haber declarado la guerra, con la tormenta yucateca sobre su cabeza, Santa Anna vive, sueña y alienta sólo para la empresa sublime de la conquista de Cuba. Escribe al ministro de Guerra:

> La empresa es digna de la gran nación mexicana y a ella exclusivamente corresponde acometerla. Yo, aunque soy el menor de los generales me encargo de la invasión si se me considera útil, y respondo personalmente de las resultas, con tal de que se me proporcionen tres cosas que están en las facultades del Gobierno, y que le son fáciles en el día, a saber: quinientos mil pesos, los batallones 7 y 10 de línea, y otros que como éstos se encuentren en regular pie de fuerza y disciplina, y la autorización de obrar según las circunstancias.

Mas a pesar de no proporcionársele lo que solicita —quinientos mil pesos, los batallones 7 y 10 de línea, y la autorización para obrar según las circunstancias—, "el menor de los generales" no se amilana; se entregó al adiestramiento del escaso contingente que mandaba, y se apoderó de los últimos catorce mil pesos que quedaban en el estado de Yucatán. El, Antonio de Padua Severino López de Santa Anna, ocupado en el renglón imaginativo de la empresa, siente desprecio por los yucatecos que se mueren de hambre. Pronto les entregará toda una isla para que dispongan de ella; con su genio hará posible que dejen de ser lo que hasta entonces fueran, fenicios comerciantes, para convertirlos en romanos conquistadores. Y él, su gobernador, al extraer la dolorosa espina de Ulúa de la carne de la nación mexicana, se convertirá, además, en el fundador de un vasto sistema mercantil encabezado por tres metrópolis: Veracruz, Mérida y La Habana. Reintegrada a la libertad por el vigor de su espada, Cuba dejaría de serlo para volverse isla Antonina tal vez, la hija natural de su genio.

En México, mientras tanto, los enemigos del jalapeño, que ya formaban legión, gestionaban que el gobierno autorizara la aventura cubana. Gómez Pedraza, uno de ellos, llegó a decir "que se dejara a Santa Anna ejecutar su empresa contra La Habana, pues si obtenía su intento, sería un suceso glorioso para la nación, y si perecía se lograba siempre la ventaja de deshacerse de él". Pero se impuso, al fin, la conmiseración hacia el hombre del 2 de diciembre y, a mediados de enero, se le notificó que el gobierno carecía de los medios para financiar la aventura, autorizándole a dejar Yucatán e instalarse en Jalapa, según sus deseos, de donde podría plantear al Gobierno sus proyectos sobre San Juan de Ulúa. Los sueños de Santa Anna torcieron el rumbo, y volvieron al antiguo cauce; las escaseces pecuniarias privaban a Cuba de un libertador. . . y a Yucatán de su gobierno. Renunció al puesto el 25 de marzo y, cinco días después, se hizo a la vela en el puerto de Campeche.

Ya en Jalapa, su dulce patria, liberado de la obsesión de Cuba y San Juan de Ulúa, Santa Anna se aparta del culto de Marte; las empresas militares no le interesan, y sólo acepta la jefatura de la dirección de Ingenieros, que se le confiere el 11 de junio. En agosto, a fines, el tarambana decide casarse, y lleva esa fecha su solicitud de licencia al ministro de Guerra para contraer matrimonio con María Inés de la Paz García, alvaradeña, hija de padres españoles, nacida el 24 de enero de 1811. Al margen de la solicitud sólo dice: Concedida. Contaba Antonio treinta y un años y catorce María Inés. Ella era una niña; él, por su experiencia, ya que no por sus años, un lobo de siete mares.

El 7 de septiembre, unos cuantos días después de la ceremonia nupcial, el congreso de Veracruz dio un decreto que le hacía vicegobernador, casi al mismo tiempo que el pabellón español se arriaba en su último bastión, pues el brigadier Coppinguer, que había sucedido a Lemaur en el mando de San Juan de Ulúa, falto de víveres y con la guarnición enferma, hizo entrega de la fortaleza al general Barragán, gobernador del estado. Presente, en el acto de la capitulación, se encontraba el recién casado vicegobernador. Las mieles del himeneo hacía más llevadero el amargo momento, mas no lo suficiente para evadir la certidumbre de que estaba allí como un figurón de segundo orden, él, ¡el hombre del 2 de diciembre!

2. *Pescador en río revuelto*

Hace poco más de un año que el jarocho contrajo matrimonio, y ya le cansan los tranquilos placeres que le proporcionan Manga de Clavo y María Inés. Vive inquieto, aguzada la mirada hacia los rumbos donde brillar a un foco de inquietud, y lo descubre por fin en Texas, donde un grupo de aventureros toma las armas en actitud levantisca, inmediatamente, sin esperar la confirmación de los

rumores, el 28 de febrero de 1827 comunicó al Presidente encontrarse resuelto a "sacrificarse por el interés y gloria nacionales. . .".

Marte señoreaba de nuevo en su alma, mientras Eros entraba en eclipse, mas no contaba con que Victoria ya le había cogido ojeriza, y el 8 de marzo le contestó agradecido por la oferta, mas declinando los servicios. Se consoló entonces, de seguro, al pensar que Victoria era ya un astro decadente y que, poco después, con la nueva elección a la presidencia de la República, llegaría a sus manos la oportunidad. Volvió pues a la vicegubernatura, a Manga de Clavo y María Inés, en espera de 1828.

Un imprevisto suceso vino a interrumpir la calma. A fines del año, en Otumba, el antiguo insurgente don Manuel Montaño proclamó el plan conocido por su nombre, dirigido, sobre todo, contra las sociedades secretas y la permanencia en México de Mr. Poinsett, ministro de los Estados Unidos. Iniciada la revolución, salió subrepticiamente de la capital don Nicolás Bravo, vicepresidente de la República, con el objeto de capitanear a los sediciosos, mientras Santa Anna, enterado del movimiento, abandonó Manga de Clavo, resuelto a poner su espada en el platillo más prometedor de la balanza, que supuestamente era el de los rebeldes. En el camino redactó una proclama contra Victoria y Gómez Pedraza, mas informado en Huamantla de que Guerrero había logrado sorprender y derrotar a los rebeldes en Tulancingo, apresuróse a mudar en la proclama los nombres, dejando los adjetivos. De "montañista" cambió a "guerrerista", y adherido a la legalidad, tomó el camino de regreso a Manga de Clavo.

La esperada oportunidad llegó en 1828, al enfrentar Gómez Pedraza y Guerrero sus candidaturas a la presidencia de la República. En Veracruz, Santa Anna se valió de todos los medios para asegurar el triunfo de Guerrero, mas la legislatura del estado mantuvo resuelta simpatía por Gómez Pedraza y la influencia del vicegobernador fracasó por

entero. Urdió, luego, que el ayuntamiento, con la representación de los pueblos, desconociera a la legislatura, mas ésta, frente a tan escandaloso ataque, no sólo se mantuvo firme, sino que ordenó a Santa Anna que mandara deponer a los individuos del ayuntamiento, notificándole además que él mismo quedaba sujeto a proceso. Por enésima vez cogido en el cepo, al jalapeño no quedaba otro camino que el de la revolución.

En el país, mientras tanto, la masonería yorkina, capitaneada en primer lugar por Poinsett, y luego por Zavala y Guerrero, perdía las elecciones generales, ante la mayoría de sufragios favorable a Gómez Pedraza. Las cuitas de Poinsett y Zavala, burlados, coincidían con las de Santa Anna, encausado por la legislatura de su Estado, y todos coludidos acudieron al expediente de una revolución, a la primera que, para modificar cómputos electorales, tuvo lugar en la historia de México. Que los yorkinos y el jalapeño tenían convenida la acción conjunta pruébalo el impreso aparecido en México el 7 de septiembre, y titulado Levantamiento del General Santa Anna, o Grito de la Libertad, vio la luz un día después de que la legislatura veracruzana resolviera encausar al vicegobernador y, casi al mismo tiempo de que, al frente de ochocientos hombres que reunió en Jalapa, marchara éste con destino a la fortaleza de Perote, de la que se apoderó sin dificultad.

En la quietud del amurallado recinto, sin molestar ni ser molestado pudo Santa Anna entregarse a la meditación. Comprendía no tener bandera, pero él era ya un hombre ducho en la materia; el nombre de Vicente Guerrero, superviviente de la vieja guardia insurgente, satisfaría el aspecto personal de la revuelta y en cuanto al programa, el grito de saqueo y muerte contra los españoles, que surgía de la entraña del partido yorkino, constituía una admirable bandera circunstancial. Nació de esta guisa un plan, cuyo primer artículo declaraba, "en el nombre del pueblo y el ejército", la nulidad de las elecciones para la presidencia de la República. El artículo segundo pudo haber sido suscrito por Poinsett o Zavala mismos:

> Siendo el origen de nuestros males los españoles residentes en la República, se pide a las Cámaras de la Unión una ley de su total expulsión.

Raquítico el plan, fue digna de su vena lírica, en cambio, la proclama que lanzó el pronunciado:

> Ha levantado su orgullosa cerviz la espantosa hidra de la tiranía. Los españoles insultan en la Capital a los beneméritos mexicanos; la mayoría del Senado, vendida a esa fracción liberticida, persigue a los buenos patriotas con ofensa de la nación y desprecio de las leyes. . . En estas circunstancias ¿cómo habría yo de permanecer indiferente? ¿Cómo habría de ver a sangre fría convertida la república en una vasta inquisición, y mi patria libre hecha la herencia de los que jamás hicieron otra cosa que males? . . . ¡No, mexicanos! Santa Anna morirá antes que ser indiferente a tales desgracias, a tan grandes males en su patria. Uníos a mí, como habéis hecho en otras ocasiones y corramos a sacar a la República de la opresión, de las desgracias que la amenazan.

Pero los mexicanos no corrían hacia él, ni mostraban interés en seguirlo. Más todavía: apenas llegada a la capital la noticia del pronunciamiento, el Congreso resolvió declararlo fuera de la ley, en unión de sus cómplices. Victoria debe haber estado hasta la coronilla cuando puntualizó:

> El General Antonio López de Santa Anna suspenso por la Legislatura del Estado de Veracruz de las funciones de Vicegobernador, se ha fugado de la villa de Jalapa con algunas tropas que, seducidas, condujo a la fortaleza del Perote, separándolas de la obediencia del Gobierno General, y renovando, con otras turbulencias, los escándalos del mes de enero del año presente.

Casi un mes había corrido desde que Santa Anna se encontraba en Perote, sujeto al asedio de los generales Rin-

cón y Calderón, y como los días pasaran sin que el país colaborara en la aventura, la situación del jalapeño tornóse desesperada. ¡Si al menos pudiera transigir! Pero no; el gobierno parecía dispuesto al escarmiento, y la sola idea de caer en manos de Gómez Pedraza le helaba la sangre. El 16 de octubre, bajo el acoso del hambre, resolvió jugar la carta decisiva; la espesura de esa noche cobijó la escapatoria; consiguió evadir el cerco y, al frente de sus jarochos, cayó sobre Orizaba, donde impuso un préstamo forzoso de diez mil pesos, que le produjo tres mil; fue, luego, sobre Tehuacán, y otro préstamo de ocho mil pesos, que ahora le rindió los ocho mil. Mas como le informaran que Rincón y Calderón se aproximaban, resueltos a saldar la burla de Perote, no perdió tiempo en contar el dinero recaudado y se internó en la serranía de Oaxaca.

En Etla, la guarnición capituló a su paso, y el 6 de noviembre a la cabeza de sus mermadas huestes, se refugió en los conventos del Carmen y Santo Domingo, en Oaxaca. Pronto comprendió que había escapado de la trampa de Perote para caer en otra más estrecha y peligrosa, pues la ciudad, como el estado, se encontraba dominada por las fuerzas del gobierno. Y, sin embargo, resistió un asedio de casi cuatro semanas en circunstancias legendarias. Nunca el valor y la astucia se conjugaron mejor; la carencia de víveres exigía correrías nocturnas que, aún le permitían fugaces, precipitadas aventuras de amor; una noche y otra regresaba de la pizca, en casas particulares y de comercio; el éxito acicateaba el arrojo, mas sólo un milagro podía evitar que la situación se resolviera, finalmente, por lo inexorable. Al concluir el mes, nadie habría dado un real por la cabeza de Antonio y, sin embargo, el milagro se consumó. Mudaron de signo los negros augurios cuando el 30 de noviembre, en la ciudad de México, estalló el motín de la Acordada, dirigido contra el presidente electo Gómez Pedraza, por el partido yorkino que encabezaban Poinsett, Zavala y Vicente Guerrero.

El éxito del motín fue casi instantáneo, pues aunque las fuerzas leales defendieron el palacio y varios otros puntos de la ciudad, la vergonzosa huida de Pedraza entregó la victoria a los pronunciados que finiquitaron el acto con el saqueo del Parián, especie de mercado o bazar, en el zócalo metropolitano, ubicación de varias tiendas de españoles, que como de costumbre pagaron los vidrios rotos de la revolución. En honor de los directores de la asonada diremos que no olvidaron al infeliz jalapeño, a punto de sucumbir en el cepo de Oaxaca: por extraordinario se mandó al general Calderón poner término al asedio, y Santa Anna, en medio de cohetes, repiques y aclamaciones, abandonó como un héroe el recinto de Santo Domingo.

En la legación de los Estados Unidos, mientras tanto, Mr. Poinsett historiaba el éxito de sus compinches, los autores de la primera revolución mexicana para modificar el resultado de unas elecciones presidenciales, aunque para el procónsul fuera sólo un acto natural y defensivo, "llevado a cabo por un pueblo oprimido". Y fue tan efusivo en su elogio al jalapeño, por sus éxitos en Perote y Oaxaca, que éste se apresuró a contestar:

> Yo me congratulo al verme apreciado por un americano tan ilustre como el representante de la primera República del mundo de Colón, tan apreciado por sus grandes talentos como respetado por sus virtudes y patriotismo.
>
> Es incuestionable que la gran Nación que usted representa, no desea otra cosa que la prosperidad de las nuevas Repúblicas del continente americano, así por la identidad de principios que nos unen a todos, como por la natural filantropía que distingue a los angloamericanos.

En Tehuacán, liberado al fin de la pesadilla, y lleno de satisfacción por el aprecio de Poinsett, recibió Santa Anna un pliego del general Guerrero, invitándole a conferenciar. El 23 de enero se reunieron los caudillos en Tepeaca, donde le ofreció don Vicente la cartera de Guerra en el régimen poinsetista que estaba a punto de inaugurar. Ignoramos por

qué dejó Guerrero de cumplir su ofrecimiento, ya que a principios de abril, encontrándose nuestro hombre en su ciudad natal, al frente del gobierno del Estado, llegó a sus oídos que se confiaba ese puesto al general Francisco Moctezuma. Sus razones tendría el Presidente para mudar de opinión. Es muy posible que voces amigas recordaran al "ídolo de los pueblos" los capítulos escritos por la espada del maniaco de la gloria, que ya lo era, también, de la infidelidad.

3. *César en Tampico*

La anarquía del país, por una parte y, sobre todo, la feroz persecución que Poinsett y sus admiradores desataron contra los españoles de México, proporcionaban a Fernando VII la dorada ocasión para intentar la reconquista. Uno y otro elementos, en manos de un monarca de mediano talento, habrían por lo menos provocado una situación peligrosa para la República, mas en las de Fernando sólo sirvieron para poner en ridículo a España y acentuar de paso los odios antiespañoles. Y como, aun cuando nos moleste la intentona peninsular, hoy no tenemos por qué juzgar los acontecimientos bajo el ángulo de aquellos días, seamos lo suficientemente sinceros para reconocer que la bárbara persecución desatada contra los españoles residentes explica, de sobra, la expedición resuelta por el gobierno de Madrid.

En la Habana se formó el cuerpo expedicionario, débil en tres o cuatro mil hombres, que al mando del brigadier Isidro Barradas tomó tierra, el 28 de julio de 1829, en el punto llamado Cabo Rojo, frente a la isla de Lobos, aproximadamente a sesenta leguas al N.O. de Veracruz. En este puerto se conocía la partida de Barradas por lo menos doce días antes, y Santa Anna, con los precarios elementos a su alcance, se dispuso a organizar la resistencia. El 4 de agosto, confirmado apenas el desembarco en Cabo Rojo, mar-

chó Antonio de Padua sobre el enemigo, al frente de una pequeña fuerza de mil hombres: por tierra fue la caballería, en tanto que él, con infantería y artillería, embarcóse con destino a Tuxpan, punto de reunión de las tres armas. Se lanzó a la aventura como de costumbre, sin medir los riesgos, uno de los cuales parecía seguro: su apresamiento por la misma escuadra que había desembarcado a los hombres de Barradas. Ignoraba el futuro vencedor que, por razones no averiguadas, las naves españolas abandonaron a Barradas tan pronto como dejaron en tierra al cuerpo expedicionario, y que a tamaño absurdo sería luego deudor de la vida y la gloria. Lo cierto fue que una vez más la Providencia, o su estrella protectora, llámese como se quiera al hado benéfico de este atolondrado capitán de mil combates, llamado a morir tranquilamente en su cama medio siglo después, le permitió escapar del lance e instalarse con su fuerza en Pueblo Viejo, poco después de que los españoles establecían en Tampico su cuartel general.

En Tampico dejó Barradas sólo un resguardo de quinientos hombres, y con el grueso de su división tomó el camino del interior, ocupando casi inmediatamente Altamira que, sin combatir, le entregó el general De la Garza, tan cobarde ahora ante los españoles como valeroso fue cinco años antes con un Iturbide solitario. Santa Anna, por su parte, al tanto de la situación, atacó el punto la noche del 21 de agosto, pero el inoportuno disparo de uno de sus hombres frustró la sorpresa y suscitó la lucha callejera que se prolongó hasta el mediodía siguiente, cuando los españoles, reducidos al solo recinto de las casas fuertes, enarbolaron bandera de parlamento.

Correspondió a Mejía, el siervo de Poinsett, acompañar al coronel Landero en la primera entrevista con el jefe español Salomón, mientras el jalapeño quedaba a escasa distancia, confiado en la rendición sin condiciones. De pronto, unas voces y tropel de caballería anunciaron la presencia de huéspedes inesperados: el brigadier Barradas, llamado

tal vez por algún correo, o por los disparos de la refriega anterior, comparecía con su división en el palenque, mudando de paso el cariz de la circunstancia, ya que la presencia del superior privaba a Salomón de poderes para tratar en el nombre de los expedicionarios. Esto por el lado español, porque por el mexicano la cosa resultaba más clara todavía: Santa Anna quedaba una vez más cogido en el cepo, entre las fuerzas españolas, armadas hasta los dientes, y el río a sus espaldas, donde sólo contaba con algunas canoas miserables para repasar a su gente.

Santa Anna no salía de su asombro cuando Barradas, contra toda lógica del universo, primero, se abstuvo de atacar y, envió luego emisarios al campo mexicano, pidiendo suspender por lo pronto las hostilidades. Antonio, que suponía habérselas con un león, se topaba con un cordero; en vez de encontrarse frente a un militar resuelto a capitalizar en su beneficio, la impericia del contrincante, estaba frente a un pobre hombre, que modesto como un cartujo le suplicaba repasar el río con sus fuerzas, a reserva de reunirse el siguiente día para convenir los términos del armisticio. Tropical, y con el demonio de los treinta y tres años en la sangre, nuestro hombre se creció ante el enemigo insignificante; engallado, petulante y generoso, pareció acceder a la súplica de Barradas, cuando en realidad escapaba de la trampa donde le arrojara su ardimiento. A tambor batiente y bandera desplegada abandonó Santa Anna Tampico de Tamaulipas. La primera piedra del monumento, coronado el día 11 del siguiente mes con la rendición incondicional del enemigo, se labraba entonces. Triunfaba sobre un inepto en paz, como fue luego su costumbre. El mundo es de los audaces, pudo decir entonces, sobre todo cuando los audaces actúan entre la tontería de los demás. La gloria del audaz Antonio, por ejemplo, fue sobre todo producto de la imbecilidad ajena.

Ya conocía Santa Anna la catadura moral de su enemigo el 25 de agosto, al recibir de éste invitación para con-

ferenciar. Mas Antonio se mostró altanero: "no me encuentro en Pueblo Viejo para entablar conversaciones sino para obtener una rendición incondicional", fue su respuesta. Ya respaldaban su gesto las mortíferas fiebres, que por lo menos tanto como el desamparo de su gobierno minaban la moral de los expedicionarios.

Barradas luchaba por mantener una situación insostenible, pero el jalapeño no parecía resuelto a esperar, y el 8 de septiembre conminó la rendición incondicional en las inmediatas cuarenta y ocho horas, advertidos los españoles de que serían batidos sin misericordia en caso contrario. El jefe español, sin medios para salvar, a la vez que su vida y la de sus hombres el honor de su bandera, aprovechó la coyuntura para responder, deseoso de evitar el derramamiento de sangre hermana, que estaba resuelto a evacuar el punto y nombrar comisionados que fijasen los términos de la capitulación. Pero la respuesta le dejó sin aliento: "al rendir sus armas, los españoles no discutirán condiciones, sólo confiarán en la generosidad mexicana". Santa Anna no podía prometer más.

Todavía a la mañana siguiente llegó al campo mexicano el coronel Salomón, en esfuerzo desesperado para conseguir una capitulación honrosa, pero Santa Anna le despachó con cajas destempladas, advirtiéndole que no se permitiría la entrada a nuevos parlamentarios, salvo en el caso de ser portadores de la rendición sin condiciones. Por cierto, que la única garantía que Santa Anna dejaba a los españoles para rendir sus armas —la generosidad mexicana—, se vio reforzada esa noche del 9 de septiembre por un vendaval, de violencia común en esas costas. El viento y el agua destrozaron parapetos y arboledas, mientras el Pánuco, desenfrenado, salía de su cauce. En el alma del jalapeño, los elementos desencadenados agitaron resortes de sueños y ambiciones; sugeríanle victorias dignas del contorno y resolvió valerse de la ocasión, acosados los españoles por los elementos, para aniquilarlos épicamente, en

lucha abierta, sin capitulaciones. La voz de la tempestad y de sus armas, confundidas, serían luego inseparables en esta victoria de su genio; los pintores reproducirían la gesta, y los poetas cantarían la gloria del jalapeño tormentoso.

Aunque fracasó el ataque, pues los españoles, a pesar de la furia de los elementos se defendieron valerosamente, en Barradas habían hecho crisis la desilusión y el abandono, y en la mañana del 11 comparecieron en Pueblo Viejo sus comisionados, los coroneles Salomón y Salas, resueltos a pactar la rendición sin condiciones. Santa Anna se redujo a mandar redactar el texto de la capitulación: los invasores rendirían armas y banderas al día siguiente, conservando sus espadas la oficialidad, y reembarcando la tropa para La Habana, en perentorio lapso, por cuenta del gobierno español.

Los españoles habían perdido en el intento cerca de mil hombres pero, sobre todo, la ilusión de consumar la reconquista, en tanto que Barradas, lleno de graves presentimientos, no volvió a La Habana y se quedó en Nueva Orléans. Allí murió algún tiempo después, pobre y olvidado. Santa Anna, por su parte, embarcó el 20 de septiembre para Veracruz, donde el pueblo entero le llevó a la iglesia como un héroe y en su honor se cantó el Te Deum de las grandes ocasiones. Nacía no sólo "el héroe de Tampico", sino un nuevo general de división, ascenso resuelto por el presidente Guerrero el 29 de agosto.

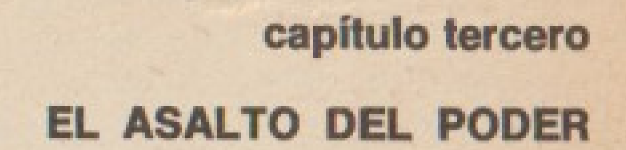
El jalapeño había dado el jalón decisivo en la carrera de la gloria. Las legislaturas de Veracruz, Puebla, Jalisco y Zacatecas lo declararon Benemérito, o lo titularon Ciudadano de Honor. Guanajuato decretó el obsequio de una espada, con empuñadura de oro, en memoria de su triunfo a orillas del Pánuco: "Estoy seguro de que ella aumentará su brillo en las manos de usted y de que, si alguna vez llega el caso de desnudarla, se servirá para recoger nuevos laureles de nuestros enemigos", le decía en esa ocasión Lucas Alamán.

El 15 de junio llegó a su destinatario la famosa espada de la empuñadura de oro. Desde el 17 de enero descansaba el héroe en Manga de Clavo, "pidiendo por gracia que no se le interrumpiera con ningún llamado". Aseguraba servirse del retiro en beneficio de su salud:

> Con el descanso y la mucha leche que tomo he recuperado algo de lo que había perdido. Continuando en esta vida, no dudo gozaré muy pronto de la mejor robustez: como con apetencia; duermo lo mismo, y mi espíritu goza de una tranquilidad extraordinaria. Cada día me cercioro que esta clase de vida es la mejor para un hombre cansado de padecer en el cuerpo y en el alma. Yo no cambiaría la mía por ningún título del mundo.

Mentira que Antonio de Padua se encontrara cansado de padecer en el cuerpo y en el alma. Mentira que no cambiara la vida de Manga de Clavo por ningún título del mundo. Con la mira puesta en la capital, dueño además de laureles frescos, bordará su papel de artista desesperado y quejumbroso en espera de la oportunidad. Por lo pronto ha trocado el sable por el arado; parece un soldado romano de la mejor época, cargado de glorias y desinterés; cultiva la tierra, descansa, y bebe mucha leche. ¡Si no fuera porque de noche las ambiciones no le dejaban dormir!

En México a resultas del pronunciamiento del ejército de Reserva, en Jalapa, un pobre hombre —Anastasio Bustamante— ocupaba la presidencia de la República. El Presidente no era nadie ¡nadie!, y él Antonio, era el primero en reconocerlo. Además ¿qué podría significar un presidente de la República frente al héroe de Tampico?



capítulo tercero

EL ASALTO DEL PODER

No os olvidéis de mí;
volaré a vuestro llamamiento,
y haremos ver al mundo
que ya no puede haber tiranos
ni opresores del pueblo
en la República Mexicana.

1. *Amanecer en Zavaleta*

En Cuilapa, el 14 de febrero de 1831, fue ejecutado Vicente Guerrero, víctima de la maniobra consumada por el gobierno bustamantista —la traición de Picaluga—, que provocó repudios aun entre neutrales, no habituados todavía a que el procedimiento tomara carta de naturalización en la historia de México. Y nada se diga de los yorkinofederalistas y demás colaboradores de Poinsett, quienes temporalmente emboscados para evadir la persecución del gobierno principiaron a dar la cara cuando el acto de Cuilapa proporcionó banderas para la unificación y la represalia.

Ahora, que por más que la historia oficial haya hecho de Picaluga un judas y de Felipe de la Garza un pequeño héroe, la felonía del genovés no ceja ante la perfidia del antiguo subordinado de Iturbide. El ministerio de Bustamante se manchó con un asesinato, pero al menos esos nombres no se entregaron a la veneración del pueblo, como el de los legisladores tamaulipecos que llevaron a Iturbide al patíbulo de Padilla. Amén de que los dos hombres autores de la Independencia fueron víctimas de sus propios amigos y de que la traición fue en ambos casos el camino, parece fuera de duda que el prendimiento y muerte de Guerrero maduraron la situación para el nuevo pronunciamiento. Mas los enemigos del régimen tropezaban con un obstáculo inicial: encontrar a un hombre de prestigio para fortalecer el éxito de la aventura. Uno, a quien se había corrido ciertos desaires por el gobierno, parecía disponible. Se conocía el fracaso de sus gestiones en favor de la vida de Guerrero,

emprendidas a ruego de la atribulada esposa de éste, y era del dominio público la respuesta de Bustamante, quien se limitó a decir que no podía acceder a sus deseos por haber llegado tarde a la súplica, cuando el antiguo insurgente había sido pasado por las armas.

Aludían al hecho los amigos del "Héroe del Sur", y aún recordaban al jalapeño sus antiguas ligas con el motín de la Acordada, mas él, cauteloso como nunca, permanecía irresoluto; comprendía que el gobierno de Bustamante se había mantenido durante dos años en el poder y que su tesorería, relativamente saneada, significaba un ejército posiblemente fiel. La empresa subversiva distaba, pues, de ser juego de niños, mas como arreciara el temporal contra el gobierno, a resultas de los excesos del general Inclán en Guadalajara, nuestro hombre cedió a la máxima tentación de su vida, sólo que ahora no a su estilo, arrebatadamente. Dio el "sí" a los conspiradores, mas *sub conditione*, reservándose el derecho para actuar según las circunstancias, advertencia que pudo ahorrarse ya que el hombre nació para valerse de la ocasión y no para enfrentarla; su vida y la circunstancia no corrían por cauces contrarios; eran, más bien, dos paralelas que jamás llegaron a cruzarse.

Poco después de que en Veracruz se ajustara el pronunciamiento, reclamando la remoción del ministerio, tanto por proteger el centralismo como por alentar sentimientos adversos a la libertad civil y a los derechos individuales, se presentó Santa Anna en el puerto para encabezarlo, mas no tonante como otras veces sino tocado con arreos de pacificador. Envió a Bustamante, como primer paso, una copia del Pronunciamiento "rogándole" obsequiar sus demandas, mas el Presidente comprendió que no podía iniciar la campaña con tan notoria debilidad, y aunque no rechazó del todo la diplomacia, puesto que comisionó a don Sebastián Camacho, gobernador de Veracruz, para que bajara al puerto y buscara entendimiento con los rebeldes, ordenó, a la vez, que se concentrara en Jalapa una fuerza de cuatro mil hombres, todos ellos a la orden del general Calderón.

Fracasada la persuasión, pues, los rebeldes rechazaron los buenos oficios del gobernador, a fines de febrero las fuerzas leales pusieron cerco a Veracruz, mas el jalapeño, en espera de la estación del vómito, concretóse a resistir tras las murallas, practicando en ocasiones jugosas correrías, alguna tan espléndida como la que le llevó hasta Loma Alta y Puente Nacional, donde se apoderó de pertrechos y dinero destinados a los sitiadores. Al aproximarse marzo, sin embargo, la inminencia de la estación mortífera indujo a Calderón a procurar mejor acampamiento y principió a movilizar su tropa hacia Jalapa. Desde su refugio observaba Antonio la retirada, y nada cauteloso ya, seguro de haber sonado la hora de la gloria, arengó a sus hombres y se lanzó en seguimiento del "ejército de cangrejos", como llamó a sus enemigos. Mas en Tolomé los cangrejos le dieron la cara. . . y una de las palizas épicas de su vida. Fue el 3 de marzo, y a duras penas consiguió el jalapeño volver a su refugio; si Calderón se hubiera jugado entonces la carta de un ataque decisivo, no es remoto que la ya próxima guerra de Texas habría quedado sin un episodio tan regocijado como la siesta de San Jacinto, pero se contentó con reanudar el asedio, y hacia fines de abril, temeroso Bustamante de que la prolongación de la campaña mejorara la fortuna de sus enemigos, envió al Congreso un decreto de amnistía, que sin agraviar a la tropa desafecta penaba a los jefes con el destierro, durante cuatro años, en el extranjero.

Bajaron al puerto los comisionados portadores del decreto y Santa Anna les dio con la puerta en las narices; cicatrizada la vergüenza de Tolomé, crecido ante la debilidad, no fundaba su arrogancia en los recursos, con los que en verdad no contaba, sino en la inminencia del mes de mayo, el de las flores en las tierras altas, que junto a la costa era sentencia del vómito y la muerte sobre sus enemigos. Luego, comprobará la historia cien veces que, sin el vómito

negro y las murallas de Veracruz, la estrella del jalapeño habría caído en el curso de la primera noche.

No se equivocaba por cierto el rebelde; las enfermedades de la tierra baja diezmaron en tal forma a los sitiadores que Calderón mandó levantar el asedio el 3 de mayo y tomó el camino de Jalapa al frente de lo que, más que un ejército en retirada —dice Lerdo—, producía el efecto de un gran hospital militar. Tras ellos fue nuevamente Antonio, flaca la memoria ante el recuerdo de Tolomé; ocupó sin resistencia su ciudad natal y se encontró, de pronto, casi inerme, ante el cuantioso remanente enemigo, en manos de cuyo jefe dejaba la oportunidad de vengar las afrentas recientes. Ineludible se anunciaba el nuevo descalabro, cuando el hado protector de los rebeldes produjo el vuelco de la circunstancia que mudaba por entero con la renuncia de los ministros de Bustamante, resuelta el 17 de mayo.

La revolución de Veracruz quedaba sin bandera y nuevamente intervinieron los comisionados, ahora Victoria en compañía de Camacho, el mismo don Sebastián, a quien tres meses antes despachara con cajas destempladas. Sólo que en esta ocasión, ante una trampa angustiosa, alejado de las murallas y del vómito, Santa Anna mostróse partidario de la transacción y el 13 de junio celebró con Calderón el armisticio de Corral Falso.

Un observador superficial pudo pensar que las cosas volverían a su antiguo cauce y que en el paraje de Corral Falso concluiría una más de las asonadas santanistas, el sarampión pretoriano de México, mas otro era el futuro sin embargo: bajo signo diverso repetían los días que inauguraron la era republicana, sólo que si la cosecha del 2 de diciembre de 1822 la recogieron los masones escoceses, enemigos de Iturbide, los frutos de Corral Falso, diez años después, cayeron en manos de nuevos segadores. Los años de aprendizaje nos entregan un Santa Anna instrumental, primero de los masones escoceses, y luego de los yorkinoliberales. En Manga de Clavo había resuelto la

alianza con quienes deseaban explotar su genio para el pronunciamiento; él lo comprendía y, por lo tanto, se dejaba utilizar como simple cosa de servicio en espera del día en que les utilizaría a todos, a los de éste y los del otro bando por igual, seguro de que los "hombres de ideas" le tenderían el puente hacia el poder absoluto.

En los días de Corral Falso desapareció la bandera ostensible de la revolución y nació la que se mantuvo en secreto, pues cuando Bustamante accedió por fin a la remoción de sus ministros se le exigió su renuncia de la Presidencia, con el fin de "restaurar el orden constitucional", interrumpido en 1830. Mas como Guerrero ya no vivía, y la restauración en su persona resultaba imposible, se acudió a un arbitrio que, según Arrangoiz, "habría resultado imposible en otro país": llamar a Gómez Pedraza, contrincante y vencedor de Guerrero en las elecciones de 1828, para que ocupara la presidencia de la República. En una historia de absurdos, éste era el mayor de todos, mayormente de pensarse que la primera ruptura del orden constitucional la produjeron quienes, invocando el nombre del "Héroe del Sur", vencido en las elecciones, se lanzaron a la revolución contra el vencedor Gómez Pedraza. Fue Santa Anna quien inició aquella revolución, de acuerdo con los discípulos de Poinsett y hoy, en Corral Falso, el mismo jalapeño era campeón del gran dislate: ¡la vuelta de Gómez Pedraza, para ocupar un puesto del que le arrojaron ellos mismos con el apoyo de la plebe de la capital y el motín de la Acordada!

Como quiera que la restauración del orden constitucional interrumpido y el llamamiento del antiguo depositario de la legalidad, acusa notable ingenio político, conviene discutir su origen. Redúcese el problema a saber si fue Santa Anna el autor de la idea, o bien sus administradores del momento, los remanentes del antiguo grupo yorkino. Lerdo de Tejada, por ejemplo, atribuye a don Valentín Gómez Farías el proyecto restaurador de la legalidad, ba-

sado en la vuelta de Pedraza, en tanto que Alamán y Arrangoiz cargan al jalapeño con la paternidad del plan. "Aquel mismo Santa Anna —escribe Alamán—, que en septiembre de 1828 había hecho una revolución para impedir que Pedraza fuese presidente, lo llamó ahora de los Estados Unidos para que viniese a serlo, y aquel mismo Pedraza, enemigo de Santa Anna, que había renunciado a la Presidencia, dio la renuncia por no sucedida y vino a ser presidente por unos cuantos meses, prestándose a ser escalón para que sobre él se elevara Santa Anna".

A nuestro entender, la solución que permitió al pronunciamiento tomar un cauce "restaurador" no fue de Santa Anna pues exigía consideraciones jurídico-políticas impropias del estilo de su conducta. Don Andrés Quintana Roo, por ejemplo, mucho más ducho en esta materia que el hombre de Manga de Clavo, ya el 13 de junio —día del armisticio en Corral Falso—, estimaba el regreso de Gómez Pedraza como la solución más apetecible, según minuta de su puño y letra que, sin destinatario, existe en la Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas y, meses después, ya en el poder, es el mismo Pedraza quien, al proponer a Gómez Farías que se encargara del ministerio de Hacienda, funda su ofrecimiento —y la obligación de Farías para aceptarlo—, en el hecho de pedírselo "quien ha venido a la República llamado por ustedes".

Con estas pruebas en la mano, y la presuncional que nace de la conocida impericia del jalapeño en materia de sutilezas constitucionales, no es aventurado concluir, en contra de la opinión de Alamán, que el proyecto de reanudar el orden constitucional, interrumpido por el motín de la Acordada, no es de la cosecha de nuestro hombre sino de sus ocasionales mentores, entre quienes figuraba, en primer término, don Valentín Gómez Farías.

Cosa diversa es que Santa Anna haya auspiciado el ingenioso proyecto como cosa suya y que, incluso, prestara su nombre a la comisión que marchó a Bedford Springs,

Pennsylvania, refugio de Pedraza, a pedirle que regresara al país y ocupara la Presidencia. La brutal contradicción entre los pronunciamientos de 1828 y 1832 —el uno para excluir, y el otro para reponer a Pedraza— no le quita el sueño; vencida sólo una migaja de amor propio, la lógica elemental le imponía la conclusión de que, en 1832, Pedraza era todavía legítimo presidente de la República. . . y que su periodo constitucional concluiría unos meses después, en abril del siguiente año. Para Antonio de Padua desaparecía el problema tan pronto como su migaja de amor propio cedió a un cálculo elemental: el de los meses que faltaban para que concluyera el periodo presidencial del recién llamado. Frente a tan halagüeña evidencia, confirmada una y otra vez con los dedos de la mano, ¿qué valor podía tener la contradicción, el hecho de que hoy fuera campeón de la misma causa que motivó su pronunciamiento de 1828? Pedraza, el "opresor de sus compatriotas" entonces, era, cuatro años más tarde, el titular de la legalidad.

Mucho qué ganar tenía el jalapeño, mas nada el veraneante de Bedford Springs, quien, pese a los antecedentes, se prestó al encumbramiento del hombre a quien tanto odiaba; mas el absurdo se consolidó, sin embargo, cuando el 5 de julio la guarnición de Veracruz respaldó la nueva Acta de Pronunciamiento, donde ya para nada se aludía al antiguo propósito de la revolución —la renuncia del ministerio—. Nacía la nueva bandera —la renuncia del presidente de la República—, quien de no poder transigir con ella tardíamente resolvió tomar personalmente el mando de la campaña, cuyos inicios no pudieron ser más prometedores: el 18 de septiembre, en el punto llamado El Gallinero, consiguió hacer pedazos a las fuerzas del general Moctezuma, apoderándose de San Luis Potosí.

Sólo que Santa Anna no permanecía ocioso y en San Agustín del Palmar, camino de la capital, derrotó al ejército del ex ministro Facio, apoderándose de Puebla el 4 de



octubre, la víspera del desembarco, en Veracruz, de Manuel Gómez Pedraza. Adheridos a la revolución los estados de Yucatán, Tabasco y Chiapas, la victoria de Bustamante en El Gallinero significaba poca cosa sin que el pobre presidente avizorara algún arbitrio para contener la marejada y el consecuente "retorno a la legalidad".

Ya con sus jarochos en Tacubaya y Guadalupe Hidalgo, Santa Anna exigió la entrega de la capital, mas como el general Quintanar rehusara, tal vez por conocer la proximidad de Bustamante, el jalapeño optó por retirarse a Puebla, perseguido por el vencedor de El Gallinero. Entre ambas ciudades trabaron contacto las fuerzas, sin librar el encuentro decisivo que al final se frustró por el convenio de los beligerantes en la Hacienda de Zavaleta, el 23 de diciembre. Sin probar combate —siempre fue un débil—, se sometió Bustamante a la revolución y, al hacerlo, allanó el camino para que Gómez Pedraza, el presidente legítimo de 1828, viniera a concluir su periodo, que expiraría poco después, el 1º de abril de 1832.

El 3 de enero, la ciudad de México presenciaba la entrada de los actores principales en la tragicomedia concluida en Zavaleta. En una sola carretela, engalanada, Santa Anna y Gómez Pedraza encabezaban la comitiva como un solo hombre. ¡Par de gandules! Pedraza olvidaba su ansiedad de otrora porque el jalapeño consumara su proyecto sobre Cuba, donde los españoles le habrían ahorcado sin miramientos, y éste, por su parte, no recordaba una sola de las lindezas que en 1828 dedicara a su compinche actual. El "Ministro astuto e intrigante" que "nunca hizo servicios señalados a la patria[4]", tenía ahora uno, señaladísimo, que hacer a la patria y a él: permanecer en la presidencia unos pocos meses, sólo los necesarios para entregarle el poder.

El artículo 2º del convenio de Zavaleta era el alma del espectáculo que, sin salir de su asombro, presenciaban los vecinos de la capital:

> Quedan cubiertos para siempre, con el manto soberano de la Patria, todos los actos de elección popular dirigidos a nombrar representantes para el Congreso General y las Legislaturas de los Estados, ocurridos en la Federación Mexicana desde el 1º de septiembre de 1828 hasta el día de la publicación de este Plan, y en consecuencia, no se tratará más de su legitimidad o ilegitimidad.

Era el artículo consumador del milagro. Durante los cuatro años corridos del motín de la Acordada al convenio de Zavaleta, no había pasado nada o, por lo menos, los mexicanos no recordaban lo que pudo haber pasado. Eran días sin huella; cuatro años fuera del tiempo y de la historia. Los mexicanos despertaban apenas de una larga, tenebrosa noche, hoy, 23 de diciembre de 1832, cuando reanudaba el orden del tiempo, y en Zavaleta brillaba nuevamente el sol.

2. *La silla dorada*

Pocos días quedó Santa Anna en la capital. Amante de besamanos, procesiones y desfiles, molestábale palacio, el aparato burocrático, la ciudad misma, tan diversa a Manga de Clavo, el paraíso donde las ambiciones se multiplicaban, como seres vivos, en el ambiente húmedo y propicio. Se despidió de Gómez Pedraza, y el 19 de enero lanzó el imprescindible manifiesto:

> Si alguna mano profana volviere otra vez a turbar siquiera el augusto templo en que dejamos colocada el arca santa de nuestra Constitución Federal, no os olvidéis de mí; volaré a vuestro llamamiento, y haremos ver al mundo que ya no puede haber tiranos ni opresores del pueblo en la República Mexicana.

Era mucho decir para el cazador a punto de cobrar la pieza. Ahora exhibía su retirada como la de un héroe del

desinterés, mas dejó todo previsto para que los comicios rindieran el fruto sazonado, y así fue: el 30 de marzo, reunidas ambas Cámaras en el salón de La Lonja, al conocerse los testimonios de las actas electorales, la mayoría de los sufragios favorecían a Santa Anna y a Gómez Farías para los puestos de presidente y vicepresidente de la República. Tal ocurría once años después de que el primero jurara, sobre las arenas de Veracruz, la ruina de los tiranos. El lunes Santo —1º de abril—, la tropa formaba lucida valla entre La Lonja y la Catedral, donde se cantaría el Te Deum de rigor, pero Gómez Farías hacía el recorrido solo. El presidente electo continuaba en Manga de Clavo, cuidando su salud precaria. Había escrito a México, disculpándose al no poder ir, desde luego, a "obsequiar, agradecido, la voluntad nacional", mas el achaque no era seguramente la miopía, ya que ahora veía muy lejos. No se le ocultaba ser deudor de la presidencia al grupo director de la revolución contra Bustamante, y Gómez Farías estaba a su lado para hacérselo recordar, pero ya tenía a éste como un fanático, dueño de cuatro ideas fijas, e intuía que bastaría dejarle actuar para que, como todos los fanáticos, se destrozara la cabeza con la violencia de sus propias embestidas. La sana política aconsejaba dejar al vicepresidente la responsabilidad del gobierno, y la dejó. Antonio estaba seguro de que si el grupo liberal le hizo presidente, Gómez Farías, él solo, le allanaría el camino de la dictadura.

Los acontecimientos se sucedieron en la forma prevista, pues don Valentín, seguramente por temor a las veleidades del presidente, precipitó la consumación del programa liberal. Abrió el fuego al finalizar su primera semana en el poder: el día 6 presentó a las Cámaras un proyecto para la creación de las milicias cívicas, claramente dirigido contra el ejército, profesional de la asonada; el 9 —una de cal por una de arena—, se propuso la restitución, a Santa Anna, de la banda de general de división, de la que le despojara la administración de Bustamante y, a principios de

mayo, la opinión capitalina se agitaba con el delicado negocio del Patronato eclesiástico, decidido el vicepresidente a que lo ejerciera la nación independientemente de la Santa Sede.

El sismógrafo de Manga de Clavo, mientras tanto, registraba el choque de los elementos y valoraba su fuerza. Hasta el jalapeño principiaron a llegar quejas y ofertas; las del clero amenazado; las de militares vejados y propietarios temerosos. Erróneamente, supuso que la esperada circunstancia había madurado, y el 15 de mayo entre los cumplidos de masones y clericales, consumó el caudillo su entrada en la capital. Su llegada había sido advertida a Gómez Farías, desde el 11 de mayo, por su amigo Carlos García, acompañante del presidente: "Viene solo —le dice—, y por consiguiente sin ninguna familia. Me parece que sería conveniente prepararle una cama, a más de aquello en que pensamos. . ."

Era un empeño desmedido el de todos en servirle.

Su llegada a México casi coincidió, ¿simple coincidencia?, con el grito de guerra. Por la religión y los fueros de la iglesia y el ejército, se pronunció el coronel Escalada en Morelia, el 26 de mayo, en tanto que el general Durán hacía lo mismo, en Tlalpan, el 31. Uno y otro pronunciamientos, reducíanse a proclamar a Santa Anna "Protector de la Nación", con facultades dictatoriales, mas el jalapeño parecía resistir la tentación:

> Deténgase usted, señor Durán, a la vista de los inmensos males que va a causar a la patria, y tiemble por la consideración de la responsabilidad que puede pesar sobre su persona.

Tranquiliza luego al gobierno con una sentida proclama:

> Acaso se invocará mi nombre para envilecerlo; yo os juro que repruebo todo conato que se dirija a destruir la Constitución. . .

En confirmación del juramento salió ese mismo día Santa Anna, acompañado de Arista, a batir a los alzados, mas a poco andar, en la serranía de Juchi, se consumó un episodio sin paralelo, digno de un mundo de hechicería más que de la historia: el general Arista se pronunció a favor del plan de Tlalpan, y puso preso al General-Presidente para obligarlo a aceptar la dictadura. Ese mismo día, en idéntico sentido, se pronunció en la capital el batallón de guardia de palacio, pero Gómez Farías, advertido a tiempo, y obrando con energía, sofocó el brote y mantuvo la tranquilidad. Casi inmediatamente, al tener conocimiento de la prisión de Santa Anna y con la mayor ingenuidad, escribía Gómez Farías:

> El presidente de la República ha sido preso en Juchi por los mismos traidores que, para lisonjear al ejército lo proclamaban dictador. . . ¡Guárdense los infames de atentar contra la vida del presidente! Yo les juro que se devolverá sangre por sangre, y que el escarmiento será del tamaño del crimen.

Por lo visto tirios y troyanos tragaron el anzuelo, y a nadie pasó por la cabeza que la prisión de Santa Anna fuera sólo martingala. El general Cortázar, su enemigo en los días de Zavaleta, mostrábase consternado:

> Me tiene lleno de sentimientos la acción cometida por Arista en la persona de Santa Anna; ella lo llenará siempre de oprobio. . .

Pero en rigor no había motivo de alarma, pues, tan pronto como el jalapeño se enteró del fracasado golpe de la capital, y contra sus cálculos pudo ver que Gómez Farías era más fuerte o menos indeciso que sus adversarios, resolvió la situación a su estilo, es decir, en función de nueva treta, y el 13 de junio escribió al vicepresidente, relatando su odisea en manos de los pronunciados, hasta el momento en que consiguió fugarse, al amparo de la noche, "disfrazado y con mil trabajos. . ."

Basta considerar la forma en que los hechos se consumaron para probar que la prisión de Santa Anna fue sólo comedia urdida para justificar la traición a Farías y su personal encumbramiento, y todo hace suponer que el éxito en la represión del brote revolucionario capitalino le orilló a modificar sus planes, en espera de mejor oportunidad. Miguel Lerdo de Tejada, contemporáneo de los hechos, sustenta parecida opinión, al escribir: "Viendo esto el general Santa Anna (el éxito de Gómez Farías, al abortar el brote revolucionario de la capital), quien parece que estaba ya de acuerdo con los planes de los sublevados, y conociendo que la revolución no era tan fácil de realizarse como se lo había figurado, se separó de las tropas de Arista, aparentando salvarse de la prisión, y volvió a México".

El 16 de junio, consumada la "fuga", hizo su entrada en la capital, donde Gómez Farías y el pueblo no cabían en sí de gozo, mas como alguien vertiera la especie de que el mismo presidente era el alma de los pronunciamientos, el jalapeño, curándose en salud, hizo llegar al Congreso un proyecto de ley para desterrar de la República a cincuenta y una personas desafectas al gobierno, cuyos nombres proporcionaba, no sin agregar, in-fine, que la medida se aplicaría igualmente a todos cuantos se encontrasen "en el mismo caso". Y como en el texto no se precisara éste, la obra pasó a la posteridad con el nombre de "Ley del Caso".

En el fondo de las cosas no había otro "caso" que el personal de Santa Anna, a quien por lo visto engañó el sismógrafo. Creyó maduro el fruto estando verde y la mano de hierro de Farías, al finiquitar el pronunciamiento capitalino, le aconsejó dejar lo de la dictadura para mejor ocasión. Poco después, el 10 de julio, confirmó su fidelidad al partido que le hizo presidente y salió en seguimiento de los alzados, a cuya campaña puso fin el 12 de octubre, con la final derrota de Arista y la toma de Guanajuato.

Al abrir los ojos, tardíamente, a la evidencia que surgía

de la entraña del pronunciamiento, Farías se avergonzó de haber comparado la prisión de Santa Anna con el prendimiento de Guerrero y, con el furor de un fanático engañado, se entregó a la obra reformadora. Juan de Dios Cañedo le escribía el 10 de julio:

> No dudo que aprovechando usted su popularidad. . . ponga en práctica las reformas que urgentemente necesita nuestro país. . . la reducción de nuestro ejército. . . la extensión de la autoridad civil y la disminución oportuna de los privilegios de la jurisdicción eclesiástica; una baja considerable en la cuota de los diezmos. . . la extinción de los noviciados y venta de las propiedades amortizadas, destinándose su producto al pago de nuestra deuda pública. . .

La carta de Cañedo encierra el programa de Farías durante el último semestre de 1833, tal vez el de más trascendental actividad legislativa que registra la historia de México. El 17 de agosto fueron secularizadas las misiones de California; el 19 de octubre se suprimió la Universidad Pontificia y se creó la dirección de Instrucción Pública y el 27 del mismo mes, a tiempo que Santa Anna entraba en la capital, concluida la campaña del Bajío, el Congreso decretó la cesación de la coacción civil para pagar el diezmo eclesiástico. No se reponía todavía la Iglesia de golpe tan rudo, ni Santa Anna de las fatigas de la campaña y vigilias de los agasajos, cuando el 6 de noviembre se publicó el decreto que suprimía la coacción civil en el cumplimiento de los votos monásticos. Santa Anna, seguramente temeroso de contraer compromisos con su sola presencia en la capital, prefirió "enfermarse" y, previa licencia del Congreso tomó el camino de Manga de Clavo.

Difícilmente imaginamos hoy la intensidad de la tormenta que desencadenaron estos decretos; la iglesia, los conservadores y el ejército veían en Gómez Farías al más abominable campeón de la impiedad y la opinión de Alamán, en este punto, revela la tónica del sobresalto: "todo cuanto el déspota oriental más absoluto, en estado de

demencia, pudiera imaginar más arbitrario e injusto, es lo que forma la colección de decretos de aquel Cuerpo Legislativo". Aquello, para don Lucas, no era más que una parodia de la revolución francesa, en la que Santa Anna había dejado al Congreso el papel de la Convención, asignando a Gómez Farías el de Robespierre, con la mira de hacer recaer, en su persona, la odiosidad de las medidas más audaces y que, por lo mismo, chocaban en grado mayor con la sensibilidad pública.

Y, sin embargo, exageraba el famoso historiador. Que, en lo fundamental, México exigía la reforma planteada por Gómez Farías, es algo fuera de duda; no se puede remontar la historia en contra y los tiempos nuevos imponen cambios inaplazables, en grado que si en el año 33 no se hubiera ensayado la Reforma, se habría consumado en el 57, y de haber fracasado entonces, la exigiríamos en estos momentos. La tragedia de la Reforma no radica en sus ideas madres, sino en la adaptación de banderas circunstanciales —el fanatismo federalista y antiespañol, pongamos por caso— que la vincularon a los enemigos de México. Federalismo y antiespañolismo empujaron hasta la traición a varios reformadores, y su caída nos duele porque en otro orden —en el que realmente importa— les debemos tanto.

¿Qué mexicano se abstendría hoy de respaldar el decreto supresorio de la coacción civil para el pago del diezmo, o para el sostenimiento de los votos monásticos? A Gómez Farías debemos el nacimiento de un poder civil independiente del eclesiástico, pero don Valentín era un fanático, además, y no hay uno de estos especímenes que no lleve madera de traidor, que no lo sea en potencia por lo menos. Las ligas de nuestro hombre con el antiguo partido de Poinsett acabaron por perderle y el federalismo fue la ocasión de su desgracia, la que le unció a la empresa de los texanos contra México y Santa Anna. Como un fanático perdió Gómez Farías la línea divisoria entre la patria y la facción, y se arrojó en brazos de ésta y contra aquélla.

La imagen de México desaparecía ante el ideal federalista. Fue esta, una de las cuatro ideas machihembradas en su alma, la que perdió a don Valentín.

3. *El protector de la nación*

El 4 de diciembre marchó Santa Anna a Manga de Clavo, concluida la campaña contra los que estuvieron a punto de ser sus compañeros de armas. Es difícil averiguar los planes que acariciaba entonces, aunque, convencido de haberlos precipitado en el mes de mayo anterior, seguramente animaba propósitos de mayor comedimiento. Encontrábase persuadido, por otra parte, de que el propio Gómez Farías habría de forzar el episodio próximo, y que el mejor de todos los proyectos se reducía a mantener cautelosa espera.

Y no abusó Farías de su paciencia, pues, seguro de que su estancia en el gobierno no prometía larga vida, dispuso asestar los golpes definitivos, en especial el correspondiente al ejercicio del Patronato eclesiástico, anunciado ya por los proyectos del mes de abril anterior. Resuelto, pues y, aun a sabiendas de que tamaña decisión colmaría la medida de la resistencia, el 17 de diciembre circuló el decreto que mandaba proveer los curatos, en ejercicio del Patronato que competía a la nación, y castigaba la desobediencia de obispos, arzobispos y gobernadores de mitras no sólo con fuertes multas, sino aun con el destierro en casos de contumacia.

La Iglesia, como era natural, no podía conformarse, y el 26 de enero el Cabildo metropolitano comunicó a Farías que no obedecería lo mandado por la ley del 17 de diciembre, decisión adoptada igualmente por los obispos y prelados del país, según tenían conocimiento del decreto, en tanto que voces y pliegos volaban a Manga de Clavo, en angustiosa solicitud de intercesión. "Desde el mes de

enero de 1834 —escribe el doctor Mora—, empezaron a recibirse en Manga de Clavo cartas de los disgustados de todas clases y colores, invitando al presidente, los unos a ponerse al frente de las clases privilegiadas, los otros a cambiar el personal de la administración, y todos a volver a ocupar la silla presidencial". Ciertamente, la Iglesia ignoraba la verdadera personalidad religiosa de Santa Anna, a quien mucho más que por su piedad conocían por su asiduidad en Te Deums y procesiones pero, por lo menos, no se encontraba manchado, como el vicepresidente, por la suscripción de los decretos persecutorios.

Por otra parte, aunque la Iglesia hubiera querido precisar el cariz de las ideas del jalapeño habría fracasado, pues era éste uno de los muchos problemas en que el cerebro de Santa Anna era un libro en blanco. Carecía absolutamente de ideas en punto al conflicto entre Iglesia y Estado; ni piadoso ni infiel, era un fervoroso no de la religión sino del Te Deum; se dejó querer de la Iglesia, porque la Iglesia le rodeó de favores, mas no se habría detenido para combatirla en caso contrario. En la lucha que se ventilaba en México bullían ideas y en el programa reformista las palabras no eran voces vacías sino conceptos llenos de sentido, a los que él era perfectamente impermeable. Como la mayoría de los hombres de formación cuartelaria, sentía inconfesada aversión por las ideas, y no por verlas por abajo o por encima sino sencillamente por sentirlas aparte, como los árboles o las piedras, bellas tal vez en alguna circunstancia, mas no si estorban el camino. En el fondo, intuía que las ideas imponían limitaciones a la acción y él, Santa Anna, no podía admitir ningún freno a su propia aventura.

El momento llegó a mediados de abril de 1834, con el fruto tan maduro que caería a la primera sacudida. Y Santa Anna no se equivocó esta vez. Tomó el camino de la capital, al tiempo que Gómez Farías, sabedor de su inminente regreso, mandó publicar el decreto del 22 de abril, fijando

a los obispos, cabildos y gobernadores de mitras, treinta días de plazo para que se sometieran al decreto de 17 de diciembre, bajo pena de destierro y ocupación de temporalidades en el caso de desobediencia. Cuando el jalapeño hizo su entrada en la ciudad de México, colmado de honores por la Iglesia y la gente de Farías, era el fiel de la balanza. Fue el fiel hasta el 29. Ese día la aguja se inclinó peligrosamente:

> Ni vuestra religión, ni vuestra libertad, ni vuestra seguridad, ni ninguno de los bienes que afianza y consagra la Constitución —dijo— serán impunemente atropellados. Me veréis, si fuere necesario, sacrificarme gustoso en su defensa, colocándome tan distante de la tiranía como de los excesos exterminadores de una libertad mal entendida.

¡Ya echaba mano de "la libertad mal entendida", bandera de que se han servido los militares de todos los tiempos para justificar la dictadura del cerebro hueco y de la espada!

Las Cámaras, alarmadas tanto como Gómez Farías por las palabras y medidas del presidente —que además ordenaba desarmar a los cívicos—, designaron cierto día a una comisión para preguntar si podían o no dedicarse a legislar con libertad, y Santa Anna, que de momento no supo si se encontraba frente a hombres peligrosos o simplemente ingenuos, resolvió el asunto a su modo: les aseguró que gozarían de completa libertad en el desempeño de sus tareas, mas al despedirse puso los puntos sobre las íes: "Así como tuve resolución para atacar la tiranía, la tendré para combatir la demagogia".

Ahora comprendían los legisladores cuál era la causa vencedora.

Faltaba sólo un pretexto para dar el cerrojazo a la primera reforma, y éste fue el pronunciamiento de Cuernavaca, el 25 de mayo, que declaraba a Santa Anna "la única autoridad" en condiciones de proporcionar al país la

debida protección. Se emplea un lenguaje casi idéntico al de los anteriores —Escalada, Durán y Arista—, lo que hace presumir la identidad del autor, que no era, por cierto, el jalapeño sino sus nuevos amigos, los que ya le titulaban "Protector de la Nación": "Mis obras, dijo Antonio mientras echaba doble llave a la puerta del Congreso, son la garantía de mis deseos". El cachorro republicano había cruzado el Rubicón.

Si doce largos meses fueron necesarios para fraguar al "Protector", ahora sí "árbitro indiscutido de los destinos de su patria", como lo soñara once años antes, unos cuantos días bastaron en cambio para desarticular programa y obra reformistas. No se anduvo el jalapeño con miramientos y, por lo pronto, se adjudicó la presidencia de la dirección de Instrucción Pública; ordenó, luego, la reapertura de la Universidad y pasó a derogar la famosa ley del Patronato Eclesiástico: "Santa Anna —escribe Alamán— fue considerado como el libertador de la opresión que sufría la nación y el Congreso, renovado para los años de 1835 y 1836, aprobó todas sus providencias". Le pagaba el famoso historiador, al menos en parte, por un favor recibido, ya que el Protector había mandado que se pusiera fin al proceso que se le seguía, en cuanto ex ministro de Bustamante, sospechoso de haber colaborado en la prisión y muerte de Guerrero.

Traicionado el grupo que le llevó a la presidencia de la República, no tardaría en adoptar idéntica conducta con el que le hizo Protector de la Nación. En 1834, ajustados apenas los cuarenta años, era ya el indispensable, el genio supremo de América: el Congreso le declaró Benemérito de la Patria en grado heroico, y mandó labrar su nombre en la columna que, a la ribera del Pánuco, se erigiría en recuerdo de la rendición de los españoles. Parecía en el cenit el sol de Santa Anna y no sabemos cuánto tiempo pudo haber quedado ahí de no haber sido porque, en Texas, maduraban los presagios de Lorenzo de Zavala.

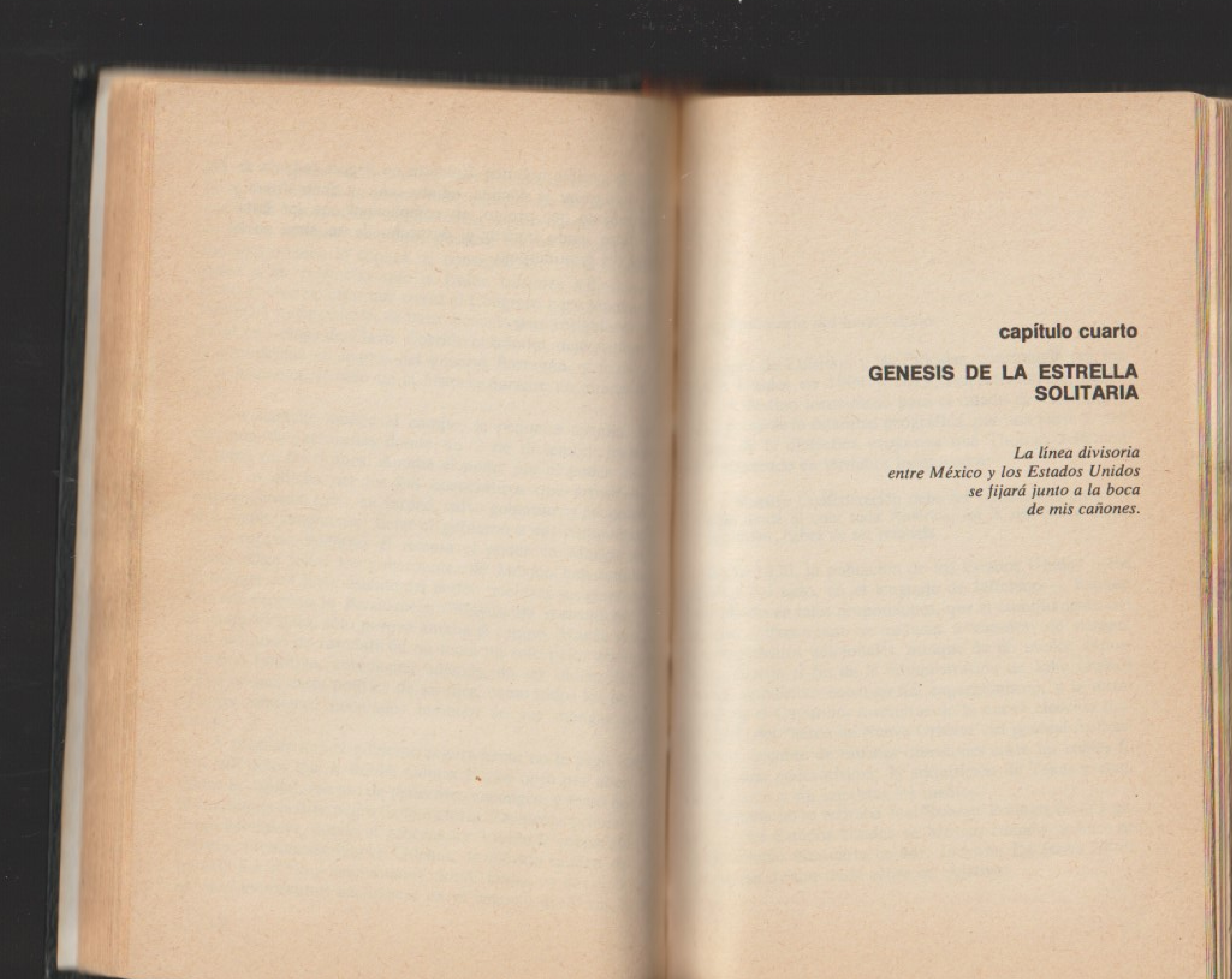
En enero de 1835, harto de avatares burocráticos, diri-

gió al Congreso su renuncia como presidente de la República. Maníaco de la gloria, fuelo también de las renuncias que sabía inaceptables de antemano, seguro de que si gran de honor confieren los altos puestos, mayor es todavía el que proporciona la súplica de conservarlos. Ya le tomaba gusto a las renuncias que le traían mayores adhesiones, como el caso de ésta, que sirvió al Congreso para renovarle fidelidad y concederle, de paso, licencia para restablecer su salud en Manga de Clavo. Corrido el trámite, dejó Antonio la presidencia en manos del general Barragán, y marchó a su hacienda, el nido de la historia durante un cuarto de siglo.

Ciertamente amaba el campo, la pequeña tertulia, la cercanía de las arenas donde un 2 de diciembre jurara la ruina de los tiranos. Amaba el poder por el poder mismo, y lo odiaba por los líos burocráticos que arrastraba consigo; amaba todo, en verdad, salvo gobernar, y encontró la solución finalmente: dejar el gobierno a sus comparsas, en la capital, mientras él retenía el poder en Manga de Clavo. Casi todos los gobernantes de México han tenido su Manga de Clavo, asiento del poder, mientras sus empleados desempeñan la Presidencia. "Mayúsculo romanticón", le llama Valadez, sólo porque amaba el campo. Mas la verdad era otra: de romanticón no tenía un solo pelo; era un práctico intuitivo, consciente, además, de ser indiscutible señor de una casta política de serviles, como todos los posteriores santanas, instalados también en sus mangas de clavo.

A pesar de que el gobierno seguramente no le pagó los diez mil pesos que le debía, Gómez Farías optó por abandonar la capital, asiento de poderosos enemigos, y tomó por el camino de la lista negra de la historia. Zacatecas primero; luego Monclova, donde el gobernador Viezca le preparaba refugio. Finalmente Nueva Orléans, la híbrida ciudad defendida por el río y los pantanos, donde tenían su domicilio los más importantes accionistas en el negocio de Texas, y

…que es posible que don Valentín no llegara todavía re…llo a engrosar la nómina, odiaba tanto a Santa Anna y el centralismo que pronto, en complicidad con los Estados Unidos, pudo invertir el despecho de su alma en la historia del gran despojo.



capítulo cuarto

GENESIS DE LA ESTRELLA SOLITARIA

La línea divisoria
entre México y los Estados Unidos
se fijará junto a la boca
de mis cañones.

La diplomacia del buen vecino

La compra de Luisiana y las Floridas, consumada por los Estados Unidos en 1804 y 1819, respectivamente, anunciaba un destino tormentoso para el estado de Coahuila y Texas, presa de la fatalidad geográfica, por una parte y, por la otra, de la dialéctica expansiva que Thomas Jefferson había planteado en términos inequívocos:

> Nuestra Confederación debe ser considerada como el nido desde el cual toda América, así la del Norte como la del Sur, habrá de ser poblada.

Hacia 1830, la población de los Estados Unidos —los polluelos del nido, en el lenguaje de Jefferson—, habíase desarrollado en tales proporciones, que el cumplimiento del vaticinio jeffersoniano se reducía a cuestión de tiempo. Acontecimientos adicionales, aunque de no menor importancia, fueron el fin de la administración de John Quincy Adams, nobilísimo enemigo del expansionismo, y la instalación en el Capitolio, a resultas de la nueva elección presidencial, del "héroe de Nueva Orléans", el general Andrew Jackson, hombre de muchas obsesiones entre las cuales figuraba una poderosísima: la adquisición de Texas a cualquier precio y sin importar los medios.

Todavía no se retiraba Joel Roberts Poinsett de la legación de los Estados Unidos en México cuando, a fines de 1829, recibió una carta de Mr. Jackson. De fecha 27 de agosto, no dejaba duda sobre su objetivo:

El coronel Butler, un viejo conocido y amigo mío, marcha hacia la capital de México, portador de despachos para usted. El asunto que le lleva hace innecesario insistir en el hecho de que habrá de merecerle entera confianza. Las instrucciones que se le remiten harán ver qué es lo que se desea. Es de vital importancia que llegue a tener éxito y se tiene gran confianza en el celo de usted y en sus habilidades para obtener un Tratado. Encontrará al coronel Butler bien informado de la topografía del país y, seguramente, habrá de resultarle sumamente útil en el curso de las negociaciones que se le encomienda. Deseándole éxito, salud y felicidad, soy de usted respetuosamente, su seguro servidor. Andrew Jackson.

Los despachos de que habla Jackson, suscritos por Martín Van Buren, secretario de Estado, contenían las instrucciones concretas para la adquisición de Texas:

Es el deseo del presidente —dice Van Buren— que sin dilación abra negociaciones con el gobierno mexicano para la compra de una extensión de la provincia de Texas tan grande como más abajo se describe, o de una porción de la misma, tan amplia como puedan ser inducidos a cedernos, mas siempre sobre el supuesto de que deberá sujetarse a las localizaciones que aquí mismo se le proporcionan. El presidente comprende las dificultades que deberá vencer para conseguir el objetivo que se busca, pero cree, al mismo tiempo, que los argumentos de que podrá echar mano, así como la compensación económica que se le autoriza ofrecer, le hará posible el cumplimiento de la negociación que se le encomienda. El presidente da este paso movido por la convicción que le anima en el sentido de que es absolutamente necesaria dicha adquisición territorial, no solamente como una defensa para nuestra frontera occidental —y la protección de Nueva Orléans— sino también con la mira de asegurar para siempre, a los habitantes del Valle del Mississippi, la posesión indiscutida y tranquila de la navegación de ese río, junto con la certidumbre de que el presente momento es el más favorable para este propósito. . .

No cabe en este libro detallar el fracaso oficial de la gestión poinsetista, ni tampoco inventariar las fuerzas que

...en acción para la consecución de su objetivo. Partió ...México a resultas del movimiento adverso que suscitó su ...creto merodeo en los asuntos interiores del país; dejó ...lado en la legación de los Estados Unidos al nuevo ...nistro, Mr. Anthony Butler, el "viejo conocido y amigo ...o" de quien habla Jackson, y abandonó la capital el 2 ...enero de 1830 con destino al Hermitage, donde se entre...tó con el presidente. La conversación entre ambos resultó ...gran interés y Poinsett mismo, en la "Oración sobre la ...da y el carácter de Andrew Jackson", que en 1845 pro...nció sobre la tumba del héroe, nos deja su versión en los ...as previos a que los acontecimientos armados cerraran el ...pítulo de las intrigas. Dijo entonces Poinsett:

Cuando regresé de mi misión a México. . . (Jackson) se veía perfectamente familiarizado con los asuntos mexicanos y me interrogó ansiosamente sobre Texas, así como sobre las probabilidades que había de que la adquiriésemos mediante compra. Pareció quedar muy decepcionado cuando le dije que no existía ni la más remota posibilidad de conseguirla; que el mexicano era un pueblo orgulloso, y que no consentiría jamás en vender un solo pie de su territorio; que yo no había hecho la oferta oficialmente, al saber que tal proposición no sólo sería rechazada, sino que sería considerada como un insulto a la dignidad nacional.

Existe una forma del disfrute fundada en la comproba...ción del cinismo ajeno. La historia diplomática muestra, por ejemplo, que cuando Mr. Vaughan, representante inglés en los Estados Unidos, sostuvo una conversación sobre el tema de Texas con el secretario de Estado Van Buren, en marzo de 1830, este último le aseguró que los Estados Unidos no alentaban mala voluntad hacia México, ni mucho menos deseaban adquirir porción alguna de nuestra provincia, por ningún medio que fuera. ¡Y esto ocurría precisamente seis meses después de que Jackson dirigiera a Poinsett la carta transcrita, y de que Van Buren le enviara instrucciones para la compra de Texas! Entre los estadistas

norteamericanos, y sus agentes en México, existía una coordinación perfecta: eran tales para cuales. Y los mexicanos quedamos con la certeza de que si Dios es el autor de todas las criaturas, el diablo procura —y consigue— la colaboración de las semejantes.

Hacia fines del año de 1835, el negocio de Texas entraba en la recta final. Jackson representaba el mayor número de acciones en la empresa, pues era presidente de los Estados Unidos. Accionistas minoritarios, aunque importantes eran Poinsett, Butler y Zavala, este último, sobre todo, por su extraordinario talento y probada carencia de escrúpulos. Al instalarse en Nueva Orléans Gómez Farías, en su carácter de vicepresidente de México, los gestores de la aventura texana adquirían un nuevo socio, inestimable por la investidura política de que hacía ostentación y por la cuantía y valor de sus relaciones en las ciudades más importantes de la República. Todos llevaban en el negocio un interés definido, y Zavala, en carta a Poinsett, le decía estar seguro de ser una de las víctimas, "pero por su cuenta y razón".

Cuando el nuevo ministro Butler llegó a México, en enero de 1830, todavía se encontraba Lorenzo de Zavala en la capital, sólo que de momento éste no quiso actuar, falto del consejo de su amigo el charlestoniano, quien abandonó la ciudad el día 1º de ese mes:

> Yo no he querido hacer nada —escribió entonces a Poinsett—, hasta recibir noticias de usted acerca de lo que convenga, especialmente con respecto a la compañía con Mr. Butler. Aún no he visto a éste.

Un mes y medio después, todavía en México, Zavala se arroga el papel de gerente mexicano —subgerente, diríamos—, del negocio de Texas:

> Es sumamente conveniente que usted mande cuanto antes personas que en nombre mío o de usted tomen posesión de los mejores sitios y arreglen la colonización, hacien-

> do entender a las gentes que allí están, que, si quieren permanecer, será de nuestra cuenta.

El destino de esta y otras muchas cartas era Charleston, la bella ciudad, domicilio de Poinsett, donde había quedado instalado el cuartel proconsular, que hasta el año anterior funcionó en la legación de los Estados Unidos en México. Casi no había "federalista" mexicano, de alguna significación, que no considerara timbre de orgullo escribir a Poinsett, y sobre todo el obtener respuesta. José Antonio Mejía, por ejemplo, íntimo amigo y entrañable colaborador de Gómez Farías, como se verá luego, le dirigía cartas enternecedoras:

> Mi amigo y dueño querido... Usted me conoce; conoce demasiado mis principios y mi firmeza para sostenerlos; lo que me propongo mover, perezco antes de faltar a su cumplimiento. Yo recuerdo a usted su promesa, espero sus órdenes, y después de que hablemos, haré lo que usted quiera que haga.

Por lo demás, ¿cuál será la promesa que José Antonio Mejía recuerda a su "dueño querido"? Seguramente nada en relación con Texas, y el hecho de que este hombre figure luego como jefe de los aventureros que, bajo inspiración de Gómez Farías, tramaron y consumaron el asalto sobre Tampico, debió ser pura coincidencia.

Los años de 1830 a 1832, o sean los correspondientes a la administración de Bustamante, los empleó Butler en tratar de conseguir un nuevo tratado de límites entre México y los Estados Unidos, convencido al parecer, como Poinsett, de que Texas y los territorios codiciados no podrían ser adquiridos por compra y sí, en cambio, mediante la negociación de un tratado. Admitidos, por ambas partes, los puntos oscuros y omisiones existentes en el tratado Adams-Onís de 1819, por supuesto en vigor aún, México no podía negarse a tratar lo relativo al establecimiento de

una línea divisoria que zanjara de una vez futuras controversias fronterizas.

Caído el gobierno de Bustamante en consecuencia de los convenios de Zavaleta, Butler tuvo que manejarse con otros personajes. Supo que los pocos ahorros en caja se habían derrochado con motivo del pronunciamiento de Veracruz, y su espíritu fenicio no le sugirió camino mejor que presionar por el lado de los pesos. Mucho más ingenua que perversa es la comunicación del 10 de febrero de 1833 a Andrew Jackson, obra de un cerebro tallado en bruto, seguro de haber descubierto la piedra filosofal. Después de sugerir al presidente la idea de una hipoteca sobre el territorio, empleando para este fin el dinero dispuesto para la compra, concluía:

> Me encuentro convencido de que un préstamo en tales condiciones equivaldría prácticamente a una compra, porque, en la condición actual del tesoro público, podrían pasar años en que los fondos estuvieran sujetos a un manejo juicioso y económico, disfrutando, además, de paz durante todo el tiempo, antes de que se encontraran en condiciones de satisfacer sus actuales compromisos, y este prestamo, indudablemente, tendría que ser considerado como extinguible únicamente mediante la entrega del territorio hipotecado.

Andrew Jackson debió sentir vergüenza de su socio; respiró tan hondo como fue necesario para contener un acceso de furia, y escribió al margen de la carta de Butler:

> La Convención de Texas se reúne el 1º de abril próximo, con el objeto de formar una Constitución propia. Cuando esto ocurra, México nunca más se encontrará en condiciones de someter a Texas a su jurisdicción, ni controlará su legislación, ni podrá ejercer acto alguno sobre su territorio. Consumado este acto, resultará del todo inútil celebrar un Tratado de Límites con México.

Y pasó el pliego a Livingston, su secretario de Estado, para que contestara a Butler, y le dorara la píldora según

su buen saber y entender. Los Estados Unidos no podían ya tener interés en invertir dinero en un negocio que se resolvería por otros medios. Los mexicanos eran trasnochados que anteponían al valor del dinero el fantasma de una dignidad nacional hecha pedazos. ¡Si todos fueran como Zavala, cuánto tiempo atrás se habría otorgado la escritura de venta, y ante escribano público! Mas el escollo estaba superado ya: El 1º de abril se reunía la convención en San Felipe, y por ello, diez días antes, pudo Livingston indicar a Butler que, en vista de que "los últimos acontecimientos" de México habían destruido toda la confianza que podían alentar los inversionistas para otorgar el préstamo hipotecario, el presidente de los Estados Unidos consideraba impracticable el plan propuesto. Y concluía siniestramente:

> Es aún dudoso si, en el curso de pocas semanas más, podría aún pactarse estipulación alguna sobre la materia. No se estiman necesarias nuevas discusiones con motivo de la cesión propuesta.

El 1º de abril se reunieron en San Felipe cincuenta delegados texanos, y allí permanecieron hasta el 13. Entre los convencionistas, había uno desconocido en la provincia hasta el año anterior. De él se sabía que había hecho vida entre los indios, donde por méritos personales le llamaron "el gran borracho"; era, además de Virginia, esclavista de corazón, al servicio del general Jackson desde 1813. Posteriormente, con el apoyo de éste, llegó a ser gobernador de Tennessee, y resultó tan semejante la catadura moral de ambos personajes que pueden ser considerados uno solo. El nuevo texano estaba allí, en la Convención, con la representación personal de su excelencia, el presidente de Estados Unidos. Su nombre era Samuel Houston, y su destino apoderarse de Santa Anna, en San Jacinto, y convertirse en libertador de Texas.

Mas los frutos de la Convención no correspondieron a los deseos de Jackson. Ciertamente se formuló enton-

ces una Constitución provisional, pero sólo para hacer de Texas un estado libre y soberano de la República, independiente de Coahuila, con el que hasta entonces formara uno solo. Austin gozaba todavía de gran reputación entre los colonos, y su lealtad a México, a lo que parece, mantenía firme, de modo que los convencionistas no fueron más allá de reclamar para Texas la condición de estado independiente como los restantes de la Federación, amén de pedir se derogaran ciertas normas legales que obstaculizaban la colonización por parte de ciudadanos de los Estados Unidos. Clausurada la Convención, se nombró al mismo Austin para llevar a la ciudad de México, con el Dr. James Muller y Erasmo Seguín, un memorándum con los acuerdos adoptados y, sin que sepamos por qué no le acompañaron Muller y Seguín, partió de San Felipe el 21 de abril, por el camino de San Antonio, y embarcó para Veracruz en el Brazo de Santiago.

El 1º de agosto se encontraba ya en poder del gobierno el memorial de Austin, y Butler, con el auxilio de fidelísimos espías dentro y fuera del palacio, escribió el 5 al secretario de Estado:

> El gabinete se ocupa en este momento en discutir el memorándum presentado por los ciudadanos de Texas, solicitando se les permita constituirse en Estado independiente. Mi informante me dice que en el gabinete se ha planteado el problema bajo la forma de las tres siguientes cuestiones:
>
> 1a.—¿Accederemos a la petición de los solicitantes, admitiéndoles constituyan un Estado independiente?
>
> 2a.—¿Intentaremos reducirlos al orden por medio de la fuerza militar?
>
> 3a.—¿Renunciaremos al territorio, cediéndolo a Estados Unidos?
>
> Según mi informante, la primera cuestión se decidió por la negativa, continuándose discutiendo las otras dos, aun cuando estoy seguro de que la segunda será resuelta negativamente también. La posibilidad de adquirir Texas es mejor en este momento que en otro cualquiera, desde que el secretario Alamán abandonó el puesto.

Mas en esta ocasión, como en tantas otras, se observó en México la costumbre de que las autoridades competentes —ignoramos por qué las llaman así— resolvieran dejar para un mañana incierto lo que debió finiquitarse inmediatamente. El negocio que llevaba Austin a la capital era digno de la mayor atención, y nada justifica la poca importancia que se le concedió, máxime que todos pudieron entender que aquella visita constituía el último puente entre la paz y la guerra. Pero Santa Anna se encontraba dedicado a su ocupación favorita —la guerra civil—, y sólo cuando en octubre venció a los sublevados, y se apoderó de Guanajuato, las Cámaras parecieron recordar que Austin se encontraba todavía en México, en espera de respuesta a su importante misión. Se le prometió entonces que el gobierno de Coahuila, mediante su legislatura, decretaría las reformas anheladas por los ciudadanos de Texas, aunque sin resolver nada en concreto, como esperaba y pretendía el delegado, sobre la definitiva separación de los dos estados. Posteriormente, en diciembre, se resolvió por fin lo que habría tenido gran importancia dos meses antes: la derogación de las restricciones que en materia de colonización establecía la ley del 6 de abril de 1832; la reforma judicial, que se recomendaba a la legislatura de Coahuila, a efecto de que los juicios se llevaran a cabo mediante jurado y la disposición del gobierno para tomar, en un futuro próximo, las medidas tendientes a convertir a Texas en un estado libre y soberano de la República. Austin finalmente, al parecer satisfecho, emprendió el viaje de regreso.

Mas un acontecimiento habría de precipitar la historia: el 2 de octubre, víspera de la victoria de Santa Anna sobre los sublevados, desesperado Austin al no hallar apoyo, dirigió al ayuntamiento de Béjar una nota destinada a desencadenar la tormenta: "Recomiendo que todos los ayun-

tamientos de Texas se pongan en comunicación, sin demora ninguna, a fin de organizar un gobierno local para Texas en clase de estado de la federación mexicana". Tal era el meollo del documento que los bejareños, lavándose las manos, remitieron luego a Gómez Farías, que lo estimó sedicioso y ordenó la aprehensión del comisionado, detenido el 3 de enero de 1834, a su paso por Saltillo.

Por no caer dentro de los límites de esta historia, no detallaremos el curso del proceso seguido a Austin en la ciudad de México; bástenos decir que obtuvo su libertad en el mes de junio del año siguiente y marchó inmediatamente a Veracruz, donde consiguió embarcar para Nueva Orléans, a tiempo de atestiguar el nuevo viraje santanista hacia el centralismo, y la consecuente caída del sistema federal. La suerte del federalismo, más las penalidades sufridas en la prisión, acabaron por decidirle, y tan pronto llegó a Nueva Orléans escribió que sólo se trataba de conseguir "una nutrida inmigración de buenas y trabajadoras familias durante el otoño e invierno. Si nosotros conseguimos esa inmigración, especialmente de familias del Oeste, todo estará hecho".

El torpe, pero decididamente trabajador Anthony Butler, mientras tanto, no perdía el tiempo. En vísperas de la caída del sistema federal, convertido ya Santa Anna en Protector de la Nación, escribía a Andrew Jackson:

> Llegado el momento en que tenga el gusto de verle, estaré en condiciones de probarle que no he estado ocioso; que todo se ha hecho tal y como las presentes circunstancias lo autorizaban, y que todo se encuentra maduro para concluir, satisfactoriamente, el negocio completo *(the whole subject)*.

Butler se pasaba de listo al valerse de términos sibilinos para escribir al presidente, por si algún día sus cartas caían en manos de algún curioso inquisidor. Al hablar del "negocio completo" *(the whole subject)*, indudablemente Butler

aludía a la adquisición de Texas, y así lo prueban sus palabras al comunicar a Jackson la marcha del asunto, en el mismo documento confidencial:

> Consumaremos todo en tres meses; sólo hay un obstáculo en el camino, que a usted compete remover. . . Requerirá pocos meses poner todo en marcha, pero yo le doy mi palabra *—mark me—*, le doy mi palabra que su administración no concluirá sin que la cosa *(the object)* se encuentre en su poder.

Lenguaje de pandilleros de la peor ralea. Su administración no concluirá sin que "la cosa se encuentre en su poder". Como bandoleros en espera de la noche para consumar el asalto a mano armada.

El nido de los piratas

Presionado por todas las armas de la administración jacksoniana, México accedía a trazar nueva línea divisoria favorable a los Estados Unidos, pero su sacrificio en este punto sólo satisfaría el pretexto de que el gobierno americano se valía para la obtención de "la cosa", y Butler, un jacksoniano *"pur-sang"*, no experimentaba el menor rubor al confirmar las ulteriores miras:

> Esto no es todo lo que ganaremos —escribía el 31 de marzo en relación con el proyectado nuevo tratado de límites—, pues mediante el establecimiento de la verdadera línea, se nos abrirá una puerta de la que nos serviremos para arreglar satisfactoriamente una cuestión que nos interesa mucho más profundamente que el simple establecimiento de una línea divisoria. . .

No cabe mayor impudicia, pues ¿a qué podía referirse Butler con lo de "la puerta abierta"? ¿A qué, cuando habla del arreglo de cuestiones que le interesan "mucho más profundamente" que una simple línea divisoria? Nada segu-

ramente en relación con el futuro despojo de California y Nuevo México; coincidencias, nada más que coincidencias empeñadas en manchar la filantrópica conducta del pueblo y gobierno de los Estados Unidos.

Varias cualidades sorprenden en Butler: su tozudez, su tontería y su capacidad de trabajo. Sólo le faltaba apelar a un extremo para entregar a Jackson "la cosa" que tanto deseaba, y a éste recurrió: un hombre como él no se la podía pasar sin intentar el soborno. Cuenta Butler que después de que Santa Anna ocupó la presidencia, a la caída de Gómez Farías, le invitó a mantener con él charlas de carácter íntimo como amigos, y que valido de la ocasión trató el tema obsesionante de los límites entre ambos países, que naturalmente involucraba el problema de Texas; que el presidente nunca respondió concretamente a sus preguntas, y menos todavía a las ofertas de su gobierno, guardando un estudiado silencio, hasta que una carta vino por fin a resolver el enigma. Santa Anna callaba porque pretendía "morder". Quería su parte en el negocio de Texas.

La carta famosa a que alude Butler le fue dirigida por el padre Ignacio Hernández, confesor de la hermana de Santa Anna, quien pasa fugazmente por nuestra historia como celestino del jugoso enredo:

> Mi estimado amigo y señor —dice a Butler el padre Hernández el 21 de marzo—: He tenido tan frecuentes y completas comunicaciones con usted sobre el asunto de su nota de fecha 17 del actual, que me queda poco qué agregar. La negociación que tan largo tiempo ha deseado usted consumar se encuentra, como repetidas veces le he dicho, perfectamente dentro de sus posibilidades. Sólo se precisa el adecuado empleo de sus caudales *(your means);* cinco mil, juiciosamente repartidos, concluirán el negocio, y cuando usted estime conveniente autorizarme para concluir el arreglo, habré de hacerlo a su entera satisfacción.

El diplomático estaba radiante, pero Jackson se puso necio. Al margen del despacho en cuestión, escribió: "Nada

hará el Ejecutivo que ponga al gobierno bajo la más remota imputación de haberse mezclado en soborno o corrupción". Además, no valía la pena correr los riesgos cuando "la cosa" maduraba tan rápidamente, y nosotros nos quedamos sin saber si los cinco mil, que el padre Hernández aplicaría "juiciosamente", se destinaban a incrementar los trabajos agrícolas en Manga de Clavo, si se distribuirían a prorrata entre los diputados, o si pararían en manos del piadoso confesor, como limosna o donativo de uno de sus más fervorosos admiradores y amigos, el ministro de los Estados Unidos en México.

Mas un sino adverso perseguía las gestiones de Butler, que siempre llegaba tarde con sus sugerencias. Así por ejemplo en 1833, al proponer a Jackson la hipoteca sobre Texas, se encontró con que el presidente, ilusionado por la convención de San Felipe, carecía de interés para consumarla. Anunciaba ahora el soborno, con el apoyo de su gran hallazgo, el padre Hernández, y Jackson le mandó a paseo. Es de observarse que el presidente, lejos del teatro de los acontecimientos, tenía de los mismos una visión más exacta que su ministro. En 1835 no podía interesar a Jackson el soborno porque, movido por su propia dialéctica, el "negocio" de Texas maduraba definitivamente, sobre todo al recibir la colaboración de los políticos mexicanos, entre los que se encontraba nada menos que un vicepresidente de la República.

Gómez Farías, que como se dijo abandonó la capital para refugiarse en Zacatecas, de donde salió una vez que Santa Anna emprendió campaña contra los cívicos del gobernador García, se mantuvo oculto en casa de Viezca, en Monclova, desde que este último se encargó del gobierno del estado de Coahuila y Texas, el 15 de abril. A partir del momento en que Viezca se hizo cargo del gobierno, cobró extraordinario auge la política protexana y anticentralista. El 3 de mayo, un decreto de la legislatura del Estado resolvió la dispensa de las disposiciones reguladoras de la enaje-

nación de baldíos en el estado, medida de la que se desprendieron consecuencias obvias respecto de las tierras de Texas; y cuando el general Martín Perfecto de Cos mandó publicar en Matamoros una vigorosa proclama contra Juan Alvarez, pronunciado en Texca contra Santa Anna, Viezca, seguro de que, por razones parecidas, de un momento a otro le echarían mano, abandonó furtivamente Monclova con varios miembros de su gobierno, rumbo a Texas, dirigiendo a sus amados colonos una invitación a la rebeldía en la que no se sabe qué admirar más, si el fanatismo político o la imbecilidad:

> Ciudadanos de Texas, ¡levantaos en armas o dormid para siempre! Vuestros más caros intereses, vuestra libertad, vuestras propiedades; algo más, vuestra propia existencia, dependen del veleidoso capricho de vuestros más enconados enemigos. Está resuelta ya vuestra destrucción, y sólo vuestra firmeza y vuestra energía peculiar pueden salvarlo.

Independientemente de que ninguna compañía podía resultarle más agradable, Gómez Farías no se resolvió a correr los riesgos de su amigo, y prefirió entregarse en Monclova al comandante Arriola, el 21 de mayo, quien lo puso a disposición de su superior Martín Perfecto de Cos. El 30 de mayo se dirigió éste al ministro de la Guerra, indicándole que, en cumplimiento de órdenes recibidas, se disponía a embarcar al ex vicepresidente con destino a Nueva Orléans, mas agregando que detendría la partida en espera de nuevas órdenes, por sospechar que de Nueva Orléans el señor Farías seguiría a las colonias, "donde puede perjudicarnos mucho". Cos, con la experiencia que le daba la vecindad de los acontecimientos, maliciaba que dejar en libertad a Gómez Farías era tanto como arrojar explosivos a la hornaza, pero de la capital no se recibió contraorden, y el fugitivo pudo llegar sano y salvo a Nueva Orléans a mediados de 1835.

A Viezca, mientras tanto, le alcanzaron el 6 de junio en la villa de Gigedo. Luego puesto a buen recaudo en Monterrey, se dispuso su traslado a San Juan de Ulúa, pero el 25 de octubre, en la hacienda de la Rinconada, cerca de Saltillo, se sublevaron los custodios, y todos ellos, soldados y ex prisioneros tomaron nuevamente el camino de Texas, donde ya circulaba el llamamiento de la Junta de ciudadanos coahultexanos:

> Conciudadanos: En Texas tenéis una obligación sagrada qué cumplir: desde vuestra niñez se os ha inculcado cuán cara es la libertad y cuán odiosa es la tiranía. . . Vuestros hermanos, los Estados Unidos del Norte, os desean muy mucho la victoria, y a la hora del peligro ocurrirán en millares en vuestro socorro. . .

En Nueva Orléans, convertido en el centro de la piratería antimexicana, encontrábase ya instalado Gómez Farías, quien, también, como los texanos, tenía una obligación sagrada que cumplir. Allí, en la puerta de la "escuela de la libertad", como Lorenzo de Zavala llamara a Texas, no vaciló en poner su representación política —todavía se llamaba vicepresidente de la República— al servicio de los negociantes, truhanes, alborotadores, proscritos y traidores, empeñados en provocar la revolución; entró en contacto con Zavala, el más inteligente y perverso del grupo, y con José Antonio Mejía, el más asqueroso de todos. El vicepresidente Gómez Farías no tuvo empacho en ligar su destino al de tan distinguidos caballeros, y el 28 de octubre, sin medir las consecuencias, otorgó a Mejía el bastón de mariscal de campo:

> Como las circunstancias en que se halla actualmente nuestra patria, y el llamado que de allí se nos hace por ciudadanos respetables, exige de nosotros los mayores sacrificios con objeto de establecer el imperio de la Constitución Federal que ha destruido el general Santa Anna, he creído mi deber dirigirme a V. como el jefe más adecuado

para una empresa de tal naturaleza. Confiado en su adhesión a la causa federal, no menos que en su capacidad y honradez, usando el poder que poseo legal y constitucionalmente como Vicepresidente de los Estados Unidos Mexicanos, le autorizo, por este documento, para que celebre los contratos que sean necesarios a fin de que pueda V. salir de aquí con las fuerzas necesarias al efecto, procurando siempre que se grave la Nación cuanto menos sea posible.

Para el pago de las sumas que puedan invertirse, puede V. comprometer el crédito de la Nación, la cual las satisfará tan luego como se reorganice el gobierno federal o antes si V. se hallare en disposición de poderlo hacer, permitiéndoselo las atenciones de la guerra.

Juzgo que bastará lo expuesto para que V. se ponga en aptitud de obrar, y para que se persuada de que la Nación a cuyo nombre hablo, espera de V. este nuevo e importante servicio.

Es de importancia observar cómo Gómez Farías, en funciones de vicepresidente de la República, facultaba a Mejía para celebrar contratos y costear expediciones contra México, pero es mucho más decisivo que ese mismo día, al responder Mejía en obvia confirmación de convenios verbales, le interpelara sobre su situación personal en caso de fracasar la expedición, sobre todo por las muchas obligaciones pecuniarias que habría de contraer:

Los gastos de la expedición —se apresuró a contestar don Valentín— se deben pagar de toda preferencia, y religiosamente de los fondos nacionales, si el éxito de la empresa corresponde a los nobles y patrióticos sentimientos de que está usted animado. Mas como por alguno de los azares de la guerra puede ésta no tener el resultado que usted se promete, soy del sentir que no se obligue a usted a pagar en este caso ni el dinero que le presten, ni el premio de él.

Y una duda nos asalta: ¿cómo podían conseguir Gómez Farías y Mejía el dinero para la expedición, sobre la base de reintegrarlo sólo en caso de triunfar? ¿Quién era el filántropo dispuesto a financiar la aventura, dispuesto a correr el riesgo de no ver más su dinero "ni el premio de él", según el sentir de Gómez Farías? Venturosamente, una carta de Mejía a Farías, en el archivo García de la Universidad de Texas despeja las incógnitas: Mejía y Gómez Farías se encontraban financiados por los texanos para llevar adelante sus planes contra México.

Con el dinero así obtenido, Mejía organizó la expedición que desembarcó en Tampico a principios de noviembre y fracasó, sobre todo, por la resistencia inesperada que encontraron en el puerto. A duras penas reembarcó parte de los expedicionarios, y naturalmente sus jefes, Mejía y Martín F. Peraza, también amigo íntimo de Farías, a quien volveremos más adelante en honor de su distinguida conducta. El 19 y 20 de noviembre, ambos desdichados capitanes participan a don Valentín el fracaso de la expedición, y poco después, en carta fechada en Velasco, Mejía descubre la identidad del filántropo prestamista:

Nuestro Viezca se halla con el doctor Grant y Zavala en San Felipe: a él se dirigió mi comunicación de anoche, aún ignorando si ejerce o no el mando, pero de todos modos él arreglará con la Convención los términos en que deben cubrirse los gastos que estoy erogando, que no son cortos. . .

O lo que es lo mismo: si, fracasada la expedición, los texanos pagaban los gastos de su jefe, nada impide suponer que los mismos texanos cubrieron los gastos de la expedición misma, pues ellos, y sólo ellos, podían llevar interés en una empresa que, de fracasar, les dejaría sin recibir "ni el dinero prestado ni el premio de él". En la historia, como en todas las ciencias del espíritu, la analogía colma lagunas, llena los vacíos existentes. Aquí, los hechos conocidos fuerzan la certeza de los desconocidos, y, entre éstos, que Viezca, Zavala, Mejía, Peraza, Gómez Farías, Butler, Jackson y la Convención texana eran accionistas del mis-

mo negocio; que a ellos se debe, al menos en gran parte, la independencia de Texas, sin importar que el nombre de don Valentín se haya estampado luego, con todos los honores, en los manuales de la historia oficial de México.

Antes decíamos que la expedición de Mejía sobre Tampico fracasó, sobre todo, porque falló la coordinación impuesta desde el cuartel general de Nueva Orléans. Evidentemente, Gómez Farías contaba con auxilios que no se le proporcionaron y, particularmente, con la colaboración de varios jefes militares "federalistas", entre quienes se encontraba el famoso general Esteban Moctezuma, a quien el 7 de noviembre, en vísperas de la expedición, había escrito don Valentín:

> Mi muy querido amigo: Ya no puede dudarse que la libertad se ha perdido en nuestro país, y aun que la independencia peligra, y en tales circunstancias, yo no dudo que V. desenvaine su espada para recobrar la una y evitar la ruina de la otra. Nuestro amigo Mejía sale de aquí con este intento. Los texanos han reclamado la Constitución, y es falso, falsísimo que quieren desmembrar el territorio mexicano. Unanse los amigos de la libertad, y V., que con ellos se ha cubierto tantas veces de gloria, vuelva a tomar una parte activa en defensa de los más caros intereses de su patria. Soy de V. con sinceridad su affmo. amigo y servidor que B.S.M.

¿En qué se fundaba Gómez Farías para sentenciar que era falso, "falsísimo", que los texanos pretendieran desmembrar el territorio mexicano? Se requiere cuantiosa dosis de tontería para suponer que los colonos luchaban sólo por la "libertad federal", y no por su independencia. El mismo Filisola, nada distinguido por sus luces, escribió que "era preciso cerrar los ojos" para no ver que los texanos pretendían independizarse de México, y cuando preguntan a Zavala si tal era el propósito de los colonos, el insigne yucateco respondió que, una vez iniciada una revolución, nadie

podría prever sus finales consecuencias. Unicamente don Valentín se encontraba seguro de que era falso, "falsísimo", que los texanos pretendieran desmembrar el territorio de México.

Mas si, por una parte, el fracaso de la expedición sobre Tampico fastidiaba a los conspiradores de Nueva Orléans, por otra, debió alentarles la noticia de que Martín Perfecto de Cos, abandonado, sin líneas de aprovisionamiento ni esperanza de refuerzos, rindió San Antonio de Béjar el 11 de diciembre. Prueba de que Tampico y San Antonio de Béjar eran sólo dos plazas por conquistar en el mundo federal, y consecuentemente dentro del mismo plan militar, es la ya citada carta que de Velasco dirige Mejía a Gómez Farías:

> Nuestros negocios por aquí, en la parte relativa a la campaña, en la que hasta ahora se han conseguido ventajas por los federalistas. Las fuerzas se hallan sobre Béjar, y las salidas que han intentado las fuerzas de Cos le han producido malos resultados. En la parte política, parece que hay alguna división entre los mismos miembros de la Convención. Algunos se quieren ocupar más de la organización local que de proveer a los medios de sostener la campaña, y esto hace que las operaciones sean más lentas de lo que debían. Algunos opinan que la llegada de Viezca podrá reconciliar todos los ánimos y que también mi presencia contribuirá a declinar las cosas al solo círculo de las operaciones de la Guerra. . .

El negocio de Texas había entrado en su etapa final, y en adelante sólo se oiría la voz de las armas, hasta el desenlace de la aventura militar, el 21 de abril de 1836, en el campo de San Jacinto. Entre los mexicanos, en grado mayor o menor favorecedores de la causa texana, ninguno se arrepintió, y muchos, como Gómez Farías, alcanzaron la edad provecta con la conciencia tranquila. Mas retiremos un nombre de la anterior afirmación global. Sólo uno se arrepintió, aunque no de primera fila; aquel cura de

Cunduacán, exaltado federalista en 1825, íntimo amigo y colaborador de Poinsett, masón yorkino y enemigo de Santa Anna, don José María Alpuche e Infante. A éste sí se le iluminó el alma con el arrepentimiento: "a un lado toda enemistad personal, me enderezo a usted un momento. . ." Así principia Alpuche su carta a Santa Anna, mea culpa que fecha en Nueva Orléans el 18 de enero de 1836:

> Fui a Texas a tomar posesión de mis tierras, y evitar que la revolución me despojara de ellas; con el doble objeto de oír, ver y tocar yo mismo la verdad de las cosas en ese ruido sordo de la Constitución Federal del año 24, por la cual he estado. Todo lo conseguí, y convencido de la perfidia me replegué a ésta, a llorar las desgracias que veo venir sobre esa pobre patria. . . Resuelto mi viaje a Europa, dando mil vueltas a la imaginación, no he hallado medio más seguro que dirigirme a usted y decir cuán interesante es a la patria hablar usted conmigo, o con uno de los que como yo estén en el fondo de los secretos, pasados, presentes y futuros de Texas. . . Demasiado he apuntado mi objeto: cuidado aquí en mi casa, con nadie me comunico, porque no quiero que sepan mis opiniones, de las que vendrían daños. En tal concepto resuelva usted si yo u otro de los que estamos aquí ha de ir a sólo enterar a usted, con toda garantía, entendido, en que hecho esto me vuelvo, a no ser que de otra suerte pueda prestar algún otro servicio en la expedición sobre Texas, que gobierne quien gobernara, debe sostenerse esta campaña, pues ni he estado ni estoy ni he de estar porque la República, sea federal o central, pierda una línea de su territorio, y mucho menos el de Texas, cuya conquista no es aislada, sino que se extiende a casi media República. He levantado la gambeta para que usted perciba mejor mi objeto. . . He concluido con mi conciencia diciendo a usted lo preciso. . .

El hombre que estaba en el fondo de los secretos pasados, presentes y futuros de Texas quería hablar, ponerse en paz con su conciencia. Si con el perdón se premia a los arrepentidos, varias calles de México debieran llevar el nombre de Alpuche, no el de Gómez Farías. ¡Lástima que Santa Anna, entregado, como siempre, a pensar en la guerra y las condecoraciones, no hubiese comprendido la enorme importancia de llamar a Alpuche para escucharlo! El antiguo colaborador de Poinsett se perdió en las soledades de Texas con su secreto. Sólo él, deshecha el alma por el remordimiento, pudo relatar la cabal historia de la traición que condujo no sólo a la pérdida de Texas, sino a la de una superficie "que se extiende casi a media República".

Remember the Alamo

El 11 de mayo de 1835 en sólo una batalla, Antonio López de Santa Anna había consumado el mayor de sus éxitos militares, al derrotar a los cívicos zacatecanos que, al mando de su gobernador García, se pronunciaran contra el despotismo militar y el sistema republicano central a punto de instaurarse. Después de este triunfo —escribió Miguel Lerdo de Tejada—, que destruyó la mayor fuerza armada de los estados, y con ella la única seria resistencia que los partidarios de la federación podían oponer a los hombres que se habían apoderado de la situación, creyeron éstos que era llegado el momento de abolir aquel sistema, al cual atribuían todas las desgracias que la nación o, más bien ellos mismos, habían de sufrir hasta entonces. Con este objeto, una parte del ministerio de acuerdo con el clero, comenzó a promover pronunciamientos en varias poblaciones, pidiendo que se cambiara la forma de gobierno, y convocando el congreso general, en el mes de julio, a sesiones extraordinarias para tratar de las manifestaciones que había ido recibiendo el gobierno en aquel sentido, declaró el 5 de septiembre con facultades para cambiar el sistema, convirtiéndose por sí y ante sí en congreso constituyente, reunidas las dos cámaras en una, y el 23 de octubre siguiente se publicaron ya las bases de la nueva Constitución que iba a formarse, en las que, por supuesto, quedaba desde luego excluida la palabra "federal". El 3 de octubre fueron

sancionadas las Bases Orgánicas, que hicieron de México una república central, y enviaron al archivo la Constitución de 1824, proporcionando de este modo a los colonos texanos la bandera que habían menester para levantarse en armas en defensa de los intereses de México, menoscabados por el centralismo y la dictadura militar.

Mientras en México se mudaba el perfil constitucional de la nación, en Texas se desencadenaron acontecimientos largamente preparados. En el mes de agosto de 1835, al llegar a Columbia noticias de la subversión constitucional se convocó a una reunión que adoptó varios acuerdos, fundamentalmente resistir, con las armas en la mano, la entrega de los derechos, intereses y ciudadanos texanos al arbitrio de los militares, invitándose allí mismo a las diversas municipalidades a enviar delegados, con miras a la salvación de Texas: "Este fue el primer acto público hacia la separación de México", comentó posteriormente Mr. Morfit, agente confidencial de los Estados Unidos.

Los aprestos militares coincidían, por otra parte, con las medidas políticas, pues los colonos, al mando de Austin, se situaron en actitud rebelde frente a San Antonio, ocupado por las recién llegadas fuerzas del general Cos, mientras en San Felipe los delegados suscribían una Declaración de Derechos que tres días después, el 10 de noviembre, adoptaba la forma de un plan de gobierno provisional. Cuando la noticia de los acontecimientos llegó a la capital mexicana, y de allí, por extraordinario, a Manga de Clavo, donde reposaba el vencedor de Zacatecas, San Antonio de Béjar era sólo un miserable islote mexicano en país enemigo.

Casi al tiempo que en Texas establecíase el gobierno provisional, el 17 de noviembre, poseído de fulminante actividad guerrera, se presentó Santa Anna en la ciudad de México. Se equivocaron cuantos pensaban que tomaría las riendas del gobierno; ahora sólo le importaba, al parecer, la idea de recoger laureles sin mancha de querellas intes-

tinas. Frescos estaban aún los de Zacatecas, frescos y marchitos a la vez, conquistados sobre los pobres cívicos del gobernador García. El caso actual era diverso: Antonio comprendía que bajo la inocente apariencia de una lucha civil, lo de Texas era guerra extranjera; que hoy los enemigos tenían otra lengua y otra religión, otras costumbres, diverso concepto del mundo y de la vida. La victoria tendría mayor profundidad que la de 1829 sobre los de Barradas que, al fin, en cierta forma, eran también antiguos compañeros de armas. No lo pensó siquiera, y prefirió "los azares de la guerra, a la vida seductora del Palacio. . .".

Cierto que en tesorería, como de costumbre, no había un peso, y sólo en cambio, como de costumbre también, derechos nacionales sobre aduanas y tabacos empeñados a los agiotistas. Mas la carencia de numerario jamás fue un obstáculo insalvable para el jalapeño, y el 26 de noviembre, al frente de lucida tropa, marchó a su cuartel general de San Luis. En el curso de los pocos días corridos entre su arribo y su partida, obsesionado por el sueño de la victoria, engallado como sus amados ejemplares de pura sangre en el palenque, el Protector reunió en palacio a los ministros extranjeros, altas personalidades del gobierno y considerable número de ciudadanos. Y habló directamente, sin velar acusaciones, indiscreto, como si fuera dueño de todos los ases de la baraja:

> El gobierno de los Estados Unidos pretende reclamar parte de nuestro territorio, y en apoyo de su pretensión ha instigado secretamente, y aun auxiliado, hace largo tiempo, movimientos revolucionarios en aquella región. Son ellos quienes han fomentado los actuales disturbios, pero yo marcharé personalmente a someter a revoltosos, y una vez que consume este propósito, la línea divisoria entre México y los Estados Unidos se fijará junto a la boca de mis cañones.

Butler, presente, apenas contuvo la rabia ante tales palabras: "sus denuncias y amenazas produjeron el mayor

asombro entre los oyentes, que relacionaron la escena co la muy similar representada en las Tullerías por el emp rador Napoleón, de quien Santa Anna probablemente h oído algo, y pretendido imitarlo", comunicó a su gobierno

Durante el mes de diciembre permaneció el Protect en San Luis, donde a su llegada recibió la noticia de qu Martín Perfecto de Cos capitulaba en Béjar, punto que es peraba convertir en centro de sus operaciones militare Empleó las semanas siguientes en formar el "ejército de operaciones", título de la chusma cuya hambre hacía ilus rio pisar algún día la tierra de Texas. Multiplicaba las pro clamas; acudía a los cuarteles, un día sí y otro no, y las frases balsámicas fluían de su boca para crear una moral entre los reclutas. Agobiado por la falta de numerario, hipo tecó Manga de Clavo en diez mil pesos, que sólo momentá neamente aliviaron las necesidades; el 15 de noviembre con certó un empréstito de cuatrocientos mil pesos con Juan M Errazu, garantizado con préstamo forzoso sobre los depar tamentos de San Luis, Zacatecas, Guanajuato y Jalisco, y por fin el 2 de enero, con el desierto de por medio, tomó el camino de Saltillo.

Sobre la reseca tierra quedó la huella de los desertores definitivos. Lo que con él llegó a Saltillo no era un ejército y, sin embargo, carecía de otro para cruzar el mundo vacío hasta San Antonio de Béjar. Todavía dedicó un mes allí al adiestramiento y organización de los reclutas, de nuevo bajo el apremio financiero, pues el préstamo de Errazu agotóse a la mitad del camino, en tanto que el jalapeño su pervisaba los detalles más nimios.

> Su Excelencia, por sí mismo, despacha todos los asun tos, sean grandes o pequeñísimos. Veo con asombro que en su persona están resumidas las facultades y atribuciones del Mayor General. . . del Cuartel Maestre, del Comisa rio, de los generales de brigada, de los coroneles, de los capitanes, y hasta de los caporales de los tiros de artillería, proveedores, arrieros y carreteros.

Tal escribía un oscuro soldado en campaña, metido a ...rato, especie de Bernal Díaz con su *"Historia Verdade... de la Guerra de Texas.* Y concluía:

> ¿No sería mejor que, desprendiéndose Su Excelencia de tan engorroso trabajo, que le ha de quitar el tiempo cuando más lo necesite para el desempeño de las altas fun ciones de su empleo, conservara a cada individuo de los del ejército en el pleno ejercicio de sus facultades. . . ?

Cuerdamente razonaba el soldado, pero Santa Anna ...aba por encima de la cordura. Veía el cronista, con ...ombro, que en la persona del general en jefe se reunían ...s facultades de coroneles, capitanes, caporales, arrieros y ...rreteros, sin percatarse, por supuesto, de que los enfer... como Antonio son hombres de una pieza: ellos son el ...ma de sus empresas, y el alma no se reparte, toda es una.

El 2 de febrero, por fin, seis mil hombres tomaron el ...amino del río Grande, por Monclova. Gente del interior ...n su mayoría, con el hábito de la vida dulce y miserable, ...dentraba el paisaje solitario roto apenas por palmas del ...esierto y gritos de coyote, lúgubres y metálicos sobre el ...astizal helado: "¿Para dónde marchan en esa forma?", pre...unta el soldado cronista, y con él cada uno de los seis mil ...ventureros inermes. ¿Para dónde marchan en esa forma —pensarían todos—, cuando atrás quedaba la vida con ...tro color y alguna esperanza? Al norte del río Grande, a la pena del desierto sumóse la del frío, bastante más gravosa que el hambre, tan familiar en su cercanía:

> Fecha 26. De río Grande, habiendo pasado por el río a San Ambrosio, hace un frío terrible; es una completa derrota la que en ruta manifiestan las brigadas que van delante. . .

El primer capítulo del drama concluyó el 23 de febre...ro, al apoderarse de San Antonio la brigada de vanguardia, sin trabar combate, pues el comandante Travis, con fuerza

insuficiente, se replegó con ciento cuarenta y seis hombres al reducto de El Alamo, antigua misión inconclusa, de fuertes y elevados muros. Su segundo era James Bowie, el marido de Ursula Beramendi, hija del que fue gobernador de Coahuila y Texas.

Dueño de la plaza, y fortificados en El Alamo los defensores, Santa Anna convocó a consejo de guerra para justificar un plan de ataque, resuelto él por el asalto en tanto que la oficialidad, menos belicosa, se inclinaba por el asedio. Se impuso finalmente su decisión contra la opinión de todos, incluso de la tropa, poco enterada del fin perseguido con aquella campaña: "Se ha decidido el asalto —apunta el soldado cronista— ¿por qué será que el señor Santa Anna siempre quiere ver que sus triunfos y derrotas se marquen con sangre y lágrimas?"

Y, sin embargo, por esta vez la razón asistía al jalapeño. Ya era demasiado ridículo que cinco mil hombres formaran círculo en torno a una pequeña y maltrecha fortaleza, reducto de sólo ciento cuarenta y seis colonos rebeldes, para que además, se pretendiera vencerlos por agotamiento físico. Lo menos que se podía esperar de un ejército, con mil quinientos kilómetros en busca del enemigo, es que lo atacara al encontrarlo, sobre todo, cuando la proporción en perseguidores y perseguidos favorecía a los primeros en la proporción de treinta a uno. Formáronse pues las columnas de ataque, en número de cuatro, provistos los asaltantes de hachas, barretas y escalas manuales, en tanto que la caballería se apostaba en las salidas de la plaza, para evitar la fuga de los defensores. Cuando, al amanecer del 6 de marzo dio principio el ataque, los texanos, resueltos a marcharse al otro mundo en compañía del mayor número de mexicanos, desencadenaron el fuego, y tantas fueron las bajas que alguna de las columnas reculó por un momento. Mas los mexicanos se impusieron al fin, y al pie de los muros, allí donde el fuego de las aspilleras no les llegaba, consumaron el escalamiento, y batieron cuerpo a cuerpo a los

defensores del recinto. Muerto quedó el comandante Travis, y sus compañeros corrieron la misma suerte. En el Diario del soldado Sánchez, la sencillez del relato realza el momento:

> Nuestros jefes, oficiales y tropa, como por encanto, coronaron a un tiempo las murallas y se arrojaron dentro, siguiendo el conflicto a la arma blanca. Para las seis y media de la mañana no existía ningún enemigo. Vi acciones que envidio, de heroico valor. Algunas crueldades me horrorizaron, entre otras la muerte de un anciano que le decían Cocran, y de un niño de cosa de catorce años. Las mujeres y criaturas se salvaron. Travis, el comandante de El Alamo, murió como valiente. Buy (Bowie), el fanfarrón yerno de Baramendi, como un cobarde. A la tropa se le concedió el saqueo.

Ciertamente no quedó un texano con vida, salvo un chico de catorce años, dos mujeres, y el criado negro de Travis. En México, comúnmente, se ha hecho hincapié en el denuedo de los asaltantes, y es de lamentarse que todavía se conmueva alguien con la gloria de quienes vencieron luchando en la proporción de treinta a uno. Decidámonos por la gloria de los defensores de El Alamo, y envidiemos sus acciones, como el cronista soldado. Santa Anna les condenó a degüello por falta de capacidad para la reverencia. Los defensores de El Alamo fueron dignos de fundar un pueblo libre, y con su sacrificio entregaron a la revolución texana la bandera moral: *Remember the Alamo* fue la consigna que les llevó a la victoria, mes y medio después, en el campo de San Jacinto.

Mientras en San Antonio de Béjar redactaba Antonio, el parte grandilocuente de la acción, el soldado cronista garrapateaba en su cuaderno de notas:

> "con otra victoria como ésta nos lleva el diablo. . ."

capítulo quinto

ADAGIO LAMENTOSO

Como el cansancio y las vigilias producen sueño, yo dormía profundamente. . .

1 *Apocalipsis en Llano del Perdido*

La suerte de Texas se encontraba resuelta antes de que los delegados texanos, reunidos en New Washington, declararan la Independencia, y las actividades de Santa Anna sólo precipitaron los acontecimientos. Una contradicción fundamental, además, radicaba en la campaña misma, pues si, por una parte, la penuria exigía concluirla en lapso breve, por la otra, en cambio, al hacerse la guerra como en país enemigo, los frutos de la victoria pendían de una ocupación militar, continua y suficiente, fuera de las posibilidades de México. Por ello Texas no habría de salvarse en modo alguno, y tal era la desgraciada alternativa: abandonarla en el caso de fracasar la campaña, y evacuarla en el supuesto de vencer.

El artículo XI de la Ley del 6 de abril de 1830, obra de Alamán, prohibía a los norteamericanos (extranjeros limítrofes) colonizar Texas, y aunque una medida como ésta justificada en el caso de contar con los medios para hacerla obedecer, resultaba inoperante, en cambio, frente a la circunstancia sagazmente expresada por Zavala, cuando escribió que esa ley era "un dique de papel, opuesto a los torrentes impetuosos del Niágara".

Texas pudo haberse protegido de la secesión, mas no mediante prohibiciones reducidas a "diques de papel", sino con actos tendientes al afianzamiento de la hegemonía racial y nacional. Digamos, en honor de nuestros abuelos, que no se desconoció esta solución para garantizar la supervivencia de Texas como tierra de México, mas que fracasa-

ron sus empeños, el de Alamán primero y luego el de Santa Anna, hasta resolverse la alternativa fatalmente.

El primer obstáculo para una idónea colonización en Texas radicaba en el carácter de los mexicanos, unos en tierras pobres, amplias y solas, otros agolpados en zonas fértiles y climas benignos, pero todos sedentarios, sin aficiones aventureras los pobladores del pequeño paraíso y los habitantes del inmenso purgatorio.

Cuando se proyectó colonizar la provincia con familias mexicanas, unas cuantas mostraron interés en aprovechar las franquicias, y el fracaso del intento probó la seriedad del problema desde el lado doméstico. Se pretendió entonces ceder la provincia a Inglaterra sola primero, y luego en unión de Francia y España; se consultaron opiniones; se empeñó en ello la intriga y la contraintriga, sin que los diversos proyectos concretaran al fin. Incluso llegó Santa Anna a pensar en importar carlistas, vencidos en la guerra civil española, para darles tierras y un hogar en Texas. La idea era buena en términos generales; pero nacía tarde, cuando ya eran "diques de papel" todas las medidas defensivas. Quédanos la certidumbre de que sólo poblada por españoles, o por mexicanos, pudo Texas ser parte de México y que, fracasados ambos empeños, la segregación resultaba inevitable, independiente de la victoria o la derrota militar de Santa Anna. Después de vencer a los texanos, de haber sido ese el caso, Santa Anna habría vuelto a la capital a recibir honores, condecoraciones y posiblemente la dictadura absoluta; su tropa habría regresado a los hogares miserables, como siempre. . . y los colonos rebeldes a ocupar nuevamente sus tierras. Igual que un día antes de principiar la campaña.

Dueño de San Antonio de Béjar, el vencedor se encontraba, sin embargo, abandonado. Embarcado en la aventura, su plan era llegar al río Sabina, frontera con los Estados Unidos, antes de principiar la estación de las lluvias, con Béjar como vértice para consumar una operación en aba-

nico, que el jalapeño consideraba ya propiamente "acción de limpia", vista la superioridad de los efectivos mexicanos y el pánico que la captura de El Alamo provocó entre los colonos. A la notoria reducción de la moral bélica en el frente doméstico, los delegados texanos, reunidos en New Washington, opusieron un hecho consumado: la Declaración de Independencia. El 2 de marzo, mientras Santa Anna planeaba en Béjar su "campaña de limpia", y en el sur vencía Urrea a Diego Grant cerca de Goliad, los delegados resolvieron: "que sus relaciones políticas estaban rotas para siempre con la nación mexicana, y que el pueblo de Texas se constituía en República libre, soberana e independiente, investida con todos los derechos y obligaciones que a las naciones corresponden". Lorenzo de Zavala, delegado por Harrisburg, firmaba la declaración en unión de veinte más, de otras tantas municipalidades o distritos.

En la ciudad de México, mientras, la burocracia y el pueblo alternaban las funciones fúnebres con las de regocijo. El primero de marzo, casi al tiempo de la captura de San Antonio por Santa Anna, fallecía el presidente Barragán, inmediatamente sustituido por don Justo José Corro, en tanto que, por otra parte, Tornel conseguía se aprobara el decreto que fundaba la Legión de Honor y sus diferentes grados y condecoraciones, con miras al glorioso retorno del héroe de la campaña. "El ostensible propósito de la Legión de Honor —escribía entonces Butler a su gobierno—, es recompensar los distinguidos servicios del ejército que se bate en Texas, aunque de hecho no venga a ser sino la primera piedra para levantar un trono al nuevo Napoleón, a su regreso de la conquista de Texas". ¡Si Butler hubiera podido saber que por entonces el nuevo Napoleón dejaba de serlo, convertido en un pobre diablo resuelto a entregar a su madre a cambio de vida!

Pero volvamos a Texas, donde Santa Anna, en Béjar, tenía resuelta su "operación de limpia". Vértice en San Antonio, partieron los cuerpos en tres secciones y en forma

de abanico: formaban el ala izquierda las tropas de Gaona que por el norte tomaba el rumbo de Nacogdoches; la columna central marcharía directamente a San Felipe de Austin, mandada por Santa Anna en persona, más Filisola, Cos, Woll y otros jefes; el ala derecha, por último, o sea la del sur, al mando de Urrea, expedicionaría por Guadalupe Victoria, Matagorda, Lavaca, Goliad y otras. La operación, admirablemente combinada, se inició en movimientos escalonados, siendo Santa Anna el último en abandonar Béjar, al frente de su división, el 31 de marzo, diez días después de que Urrea tomara Goliad y derrotara a Fannin en el Encinal del Perdido.

Este hecho de armas, con pérdidas mexicanas de once muertos y cuarenta y nueve heridos, a cambio de capturar nueve piezas de artillería, tres banderas, más de mil rifles, varios carros y cerca de cuatrocientos prisioneros, estaba llamado a dejar una huella memorable en la historia de Antonio López de Santa Anna. Dueño Urrea de tan cuantiosa cosecha de prisioneros, puso en conocimiento del general en jefe de la victoria, e inquirió, además, por el destino de los vencidos. Todavía en Béjar, Santa Anna se limitó a contestar:

> Espero, pues, que en contestación me diga V.E. hallarse satisfecha la vindicta pública con el castigo de tan detestables criminales.

Sobre cuál era el castigo en que pensaba el general en jefe, ninguno de los colaboradores podía ignorarlo, máxime que desde el 29 de febrero, poco antes de la toma de El Alamo, había escrito a Ramírez Sesma: "En esta guerra, sabe v. que no hay prisioneros", y el 27 de marzo, ya vencidos Fannin y acompañantes, Urrea recibió del mismo Santa Anna la orden para pasarlos por las armas: "Toda la división se consternó con la noticia, y el general Urrea sintió sobremanera esta catástrofe", escribió en sus *Memorias*, el general Filisola.

Posteriormente, vuelto el jalapeño de su cautiverio, los acontecimientos del Encinal del Perdido le quemaban la memoria. El 20 de mayo de 1837 llegó a pedir que se le instruyera sumaria, pues la muerte de Fannin y sus compañeros —decía— dañaban su reputación militar:

> Como soldado he hecho siempre la guerra, y fundo mi orgullo en no haber manchado la victoria con sangre, y en que se me haya juzgado, como me glorío de ser, humano y justo; y si en la última campaña, en la que no se peleaba con una Nación, estrechado por la Ley y por las órdenes terminantes del Supremo Gobierno, quise aplicar a los delincuentes una pena aunque severa, legal, y de cuya aplicación no podía dispensarme, no soy por esto menos sensible a los ataques que se me dirigen contra aquella reputación. . .

Y tanto insistió Santa Anna en que la carnicería del Encinal del Perdido fue consecuencia de la ley, y sobre todo de las "órdenes terminantes del Supremo Gobierno", que el fiscal de la sumaria, el 25 de octubre, le requirió para que exhibiera las tan llevadas y traídas instrucciones, a lo que el encausado se limitó a responder que "ningunas instrucciones por escrito recibí del Supremo Gobierno para la dirección de la campaña de Texas, y sólo tuvo a bien facultarme ampliamente para llevarla a cabo del modo más conveniente a la Nación, dejando a mi genio e influjo el proporcionarme la tropa, dinero y cuanto necesitare para el efecto".

O lo que es lo mismo: que habiendo fiado a su genio el éxito de la campaña, fue también su genio la fuente de pormenores tales como la matanza del Encinal o Llano del Perdido. Si cabe discutir la actuación del jalapeño en los años anteriores, la campaña de Texas exhibió de lleno el temple de su alma. A partir de entonces acentúase en Santa Anna la irresponsabilidad de sus actos: "los demás" van a convertirse en paño de lágrimas, y las culpas ajenas cubrirán piadosamente las propias:

Urrea participó su triunfo —escribirá en sus *Memorias* con el máximo descaro, refiriéndose a la acción de Llano del Perdido—, y al final de su parte decía: estando fuera de la Ley y los aventureros que se introducen en Texas. . . los prisioneros se han pasado por las armas. . .

Más de cuatrocientos texanos fueron ejecutados, y no porque así lo resolviera Urrea sino porque las órdenes de Santa Anna no le dejaron escapatoria. Juan José Holzinger, testigo presencial, relata cómo se consumó la matanza: Fannin repartió su dinero entre la tropa que formaba el pelotón y dio su reloj de oro al jefe del mismo; a Holzinger entregó una carta con la súplica de hacerla llegar a su esposa, y a todos rogó dieran sepultura a su cuerpo, cosa de la que nadie se ocupó después. No fue, ciertamente, una página gloriosa para las armas mexicanas la escrita en el dramático contorno del Encinal del Perdido el 27 de marzo de 1836. Allí, como poco desnués en San Jacinto, Santa Anna se mostró cual era: como un pequeño pirata tocó a degüello sobre los desventurados prisioneros, y como otro, de parecida catadura, abandonó su uniforme de General Presidente para vestir las ropas de un villano, y a su amparo trató de escapar el día en que los texanos le sorprendieron dormido. Ciego a los valores, casi siempre le fallaba el resorte moral en la hora crítica. Híbrido espécimen, rugía como león y huía como gacela. Tal era, en pocas palabras, su drama interior.

2. *La siesta de un fauno*

El 31 de marzo, azotada por los vientos de la incipiente primavera, la columna de Santa Anna abandonó el cuartel general de Béjar, en su marcha al Sabina. Proponíase avanzar por el centro, como Gaona lo hacía por el norte y Urrea por el sur, para consumar la "operación de limpia" tantas veces anunciada.

Tres días después alcanzó el río Guadalupe, frente a la villa de González, abandonada e incendiada por los colonos. Dejó allí a Filisola, encargado de pasar la corriente con el tren de guerra, mientras él activaba la marcha al paso del Atascosito, donde se le unió la división de Ramírez Sesma, y el 7 de abril, en la madrugada, se presentó frente a San Felipe de Austin, sobre la orilla occidental del río Brazos, también en llamas como Goliad y González. La política militar de los texanos tendía a ganar la última batalla y no las intermedias; en un país sin recursos, y a un ejército que luchaba a más de mil kilómetros de sus centros potenciales de aprovisionamiento, aplicaban la técnica de la tierra quemada, la misma de los rusos para vencer a Napoleón en 1812. La "operación de limpia" se haría sobre una tierra en llamas. Así llegó el cuerpo expedicionario a las proximidades de Harrisburg, el 13 de abril, tras de coronar una serie de victorias silenciosas.

En Harrisburg se encontraba el gobierno texano desde que al saber lo de El Alamo abandonó New Washington. Estaban allí Burnett y Zavala, presidente y vicepresidente de la recién nacida República de la estrella solitaria, y Santa Anna no lo pensó más: dejó en Paso de Thompson a Ramírez Sesma con la tropa de su división, más un pliego cerrado con instrucciones para Filisola, y se lanzó sobre la codiciada presa.

La noche del 15 entró en Harrisburg, con seis compañías de granaderos y cazadores y una pieza ligera de campaña, mas efectuó la marcha a su modo, indiscretamente, y cuando se adueñó de la villa encontró el nido vacío: los hombres del gobierno, y su querido Zavala con ellos, habían partido por el río, a bordo de un pequeño vapor, para refugiarse en la isla de Galveston. Chasqueado en su propósito, con imprevisión culpable, resolvió atacar al general Houston una vez al tanto de que éste, con efectivos aproximados a mil quinientos hombres, se encontraba en Linch-

burg, en aparente marcha al río Trinidad. La soberbia le cegaba hasta no imaginar que Houston pudiera esperarle, calculador, valeroso y confiado, a orillas del arroyo de Búfalo, en el punto de su reunión con el río de San Jacinto. . .

Alguna escaramuza se suscitó entre ambas fuerzas, pero llegó la noche, y todos la aprovecharon para mejorar sus posiciones. A las nueve de la mañana del siguiente día, se presentó en el campo mexicano el general Cos, al frente de cuatrocientos hombres, la mayor parte de ellos reclutas sin experiencia, tomados por leva en San Luis y Saltillo, y para colmo fatigados hasta lo último. El jalapeño, no obstante, pretendió lanzar el ataque, mas Cos le hizo desistir con el argumento de que sus efectivos no habían comido ni dormido en veinticuatro horas. Accedió finalmente Santa Anna al descanso de los hombres de Cos, y cundió el ejemplo. Todos, incluso él, se dispusieron a dormir allí, a escasos ochocientos metros del enemigo que vigilaba sus movimientos con el alma tensa por los ultrajes. Cedamos la palabra un momento a nuestro hombre, en una de las cruciales coyunturas de su vida:

> Fatigado de haber pasado la mañana a caballo, y desvelado de la noche anterior, me recosté a la sombra de unos árboles, mientras la tropa alistaba sus ranchos. Hice llamar al general don Manuel Fernández Castrillón, que funcionaba de mayor general, y le previne que vigilara el campo y me diese parte del menor movimiento del enemigo; le encargué, asimismo, me recordara tan luego como la tropa hubiese comido, porque era preciso obrar cuanto antes decisivamente. Como el cansancio y las vigilias producen sueño, yo dormí profundamente. . .

Fue un horrible despertar. Con la violencia del rayo cayeron los texanos sobre el campo mexicano, y en pocos minutos se perdió la guerra de Texas, y Texas en consecuencia. Difícilmente registrará la historia una siesta más costosa: México, ahora sí que en un abrir y cerrar de ojos,

perdía una porción de territorio superior a medio millón de kilómetros cuadrados:

> Júzguese mi sorpresa al abrir los ojos y verme rodeado de esa gente, amenzándome con sus rifles y apoderándose de mi persona. . .

Así habría deseado los hechos este bovarista, empeñado en torcer la realidad para convertirla en simple reproducción de sus sueños. Soñó que así hubo de ser la escena de San Jacinto, y así la dio por hecha en sus *Memorias*, aunque la verdad fuera otra: en medio de la baraúnda, el jalapeño consiguió escapar, enloquecido por el despecho, y al siguiente día, en una casa abandonada, cambió su comprometedor uniforme por ropas campesinas e intentó llegar a Paso de Thompson, donde suponía encontrar a Filisola con el grueso del ejército, mas el sitio encontrábase infestado de colonos en su busca, y el propósito se frustró. Al atravesar una llanura, casi al mediodía del 22, un grupo de jinetes le dio alcance; preguntáronle si había visto al general Santa Anna, y éste contestó que sí, "que iba adelante", mas nada valió la socaliña, ya que los texanos, desalentados por no encontrar a quien buscaban, se conformaron con echar mano al hombrecillo aquel. Atado codo con codo, mientras le denostaban en una lengua incomprensible, tomaron el camino de San Jacinto. Venturosamente no sospecharon quién era. . . la fortuna todavía le guiñaba un ojo.

Su vida pendía del anonimato, mas un presidente de los Estados Unidos Mexicanos y, además, general en jefe del Ejército de operaciones, no podía ocultarse largo tiempo y cuando la comitiva llegó por fin al campamento, los captores vieron cómo los soldados prisioneros se cuadraban al paso del recién llegado. Alguien gritó finalmente: "Es Santa Anna ¡muerte a Santa Anna!" Se desató la batahola llena de voces violentas, pero a tiempo intervino Houston, hombre práctico, seguro de que un Santa Anna vivo resultaba más ventajoso que un Santa Anna descuartizado:

Sin embargo se me apreció la vida, y no creyendo útil a mi patria sacrificarla en un patíbulo. . .

Independientemente de haber resultado muy útil el sacrificio del jalapeño en un patíbulo, de ninguna manera entraba en sus cálculos tan dramático "finale". En los planes de Houston mucho menos: él no era un colono ofendido sino un representante, en Texas, del presidente de los Estados Unidos. Dióle la mano; ordenó que, junto a la suya, armaran su tienda de campaña y fue, luego, al grano, sin perder el tiempo en cumplidos excesivos. Propuso al general presidente la inmediata cesación de la lucha, como medio para evitar tanto su personal sacrificio como el de sus compañeros, y éste no tuvo empacho en dirigir a Filisola, en Paso de Thompson al frente del ejército, una de las notas más repugnantes nunca suscrita por un jefe militar en desgracia. Fechada en San Jacinto el 22 de abril, decía:

He resultado estar como prisionero de guerra entre los contrarios; habiéndoseme guardado todas las consideraciones posibles; en tal concepto, prevengo a Vuestra Excelencia prevenga al general Gaona contramarche para Béjar a esperar órdenes, lo mismo que verificará Vuestra Excelencia con las tropas que tiene a sus órdenes previniendo asimismo al general Urrea se retire con su división a Guadalupe Victoria, pues se ha acordado con el general Houston un armisticio, interín se arreglan algunas negociaciones para hacer cesar la guerra para siempre.

. . . Espero que sin falta alguna cumpla Vuestra Excelencia con estas disposiciones, avisándome, en contestación, de comenzar a ponerlas en práctica.

Mas el portador del pliego no encontró a Filisola en el cuartel general. Siguió su huella, sin embargo, y el día 28, finalmente, puso en manos del destinatario cuando el ejército vadeaba el arroyo de San Bernardo, en retirada hacia el río Colorado. Ahora bien: ¿qué significaba el hecho de que el segundo en Jefe no se encontrara en el punto donde lo suponían? Significaba que el mismo día 22 por la

tarde un soldado presidial, escapado de San Jacinto, había llegado hasta él, comunicándole la noticia del desastre. La primera reacción de Filisola fue correcta, pues envió extraordinarios a los generales y jefes subalternos. Decíales que con las fuerzas a su mando acudieran a reunírsele, mas despachadas las órdenes, la llegada de nuevos dispersos, con relatos exagerados de la derrota y la cuantía de los efectivos enemigos, bastó para que el segundo en Jefe modificara su resolución, y en esta virtud, "no siendo a propósito el punto de Oldford (Old Fort?), por su situación, para una defensa segura, y mucho menos para contener en sí reunidas todas las fuerzas que intentaba concentrar, determinó trasladarlas, y trasladarse con ellas, a la habitación de madame Powell, distante tres leguas de San Felipe de Austin".

Parece adecuada la explicación de Filisola hasta este momento, pero en el fondo, como se verá luego, sólo busca un apoyo para descargar, sobre otras espaldas, la culpa de la retirada. El 25, reunidos los cuerpos del ejército en la casa de madame Powell, el segundo en Jefe convocó a una junta de guerra en la cual, ya anónimamente repartida entre varios la responsabilidad, se convino en la "necesidad de repasar el Colorado, restablecer las comunicaciones con el interior de la República, y esperar los auxilios del gobierno". Aproximadamente tres mil hombres principiaron a retroceder, el 26 de marzo, hacia Guadalupe Victoria: tres mil hombres que, sin lugar a dudas, pudieron batir a los texanos y aniquilarlos, aunque tal cosa hubiera costado la vida del general en jefe, pues obviamente los texanos la respetaban sólo para mantener en jaque a los mexicanos, obteniendo, de paso, los pingües beneficios que luego veremos.

En sus *Memorias*, Filisola da a entender que la defensa de la vida de Santa Anna le decidió por la retirada, mas basta revisar sus argumentos, al abandonar el cuartel general de Oldfort, para comprender que el destino del general

presidente fue sólo una preocupación de última hora. Además de la orden de retirada de 22 de abril, en que apenas hace referencia a su persona, Santa Anna envió a Filisola una carta —entregada, como aquélla, al vadear el arroyo de San Bernardo—, que concluía en términos inequívocos:

> Recomiendo a Ud. que cuanto antes se cumpla con mi orden de oficio sobre retirada de las tropas, pues así conviene a la seguridad de los prisioneros, y en particular a la de su amigo y compañero Q.B.S.M.

Aunque era obvio que el presidente había dejado de ser general en jefe —apunta el mismo Filisola—, y por consiguiente no se debía prestar obediencia a sus órdenes, "sin embargo, y considerando también que podía tener fatales resultados una negativa, cité una nueva junta de generales, en la que, haciendo mérito de la posición crítica del ejército, rodeado de pantanos. . . y el peligro en que se hallaba el presidente. . . se determinó contestar al general Santa Anna como si se hubiesen de llevar a efecto sus órdenes".

Tal es la explicación del segundo en jefe respecto de su retirada, y sin embargo, pese a las argucias, es claro que nada pudo relevarle entonces del cumplimiento de su deber militar, una vez que el descalabro de San Jacinto dejó en sus manos el mando del ejército. Pretende cubrirse con las órdenes del jalapeño, respecto del cual pudo "tener fatales resultados" su desobediencia, pero la verdad de las cosas fue que, antes de trabar contacto con el general en jefe, resolvió la retirada en aras de una estrategia más en consonancia con el terror que con la técnica militar, y bajo todas las inclemencias marchó a repasar el río Colorado, defensa natural entre los hombres de Houston y su miedo.

En México, mientras tanto, a pesar de que la lejanía del teatro de la guerra pudo favorecer a los encargados del gobierno, permitiéndoles adoptar fríamente medidas inteligentes, se actuaba sin el menor discernimiento. Al recibir el despacho de Filisola, comunicando la acción de San Jacinto y el apresamiento del general presidente, Tornel, el 15 de mayo, le ordenó actuar con "suma prudencia" a fin de no comprometer, en manera alguna, la vida del ilustre general Santa Anna", mandato por entero ajustado a las previas decisiones de Filisola y sus generales. Pero cuatro días después, el 19, Tornel mudó de parecer, y al dirigirse nuevamente al segundo en Jefe ya suponía que "entre más imponentes sean las fuerzas del ejército más segura debe considerarse la existencia de S.E. el General en Jefe", a quien, por otra parte, se juzgaba despojado de la libertad necesaria para "acordar lo mejor y más conveniente a la Nación". A resultas del nuevo punto de vista, más razonable sin duda, se ordenaba a Filisola que, sin consultar "otro principio que la conveniencia pública, ni obrar por otras reglas que las sabiamente detalladas en la ordenanza legal del ejército", conservara las posiciones logradas a costa de tanto sacrificio en tanto enviaba el gobierno refuerzos para reanudar la ofensiva.

Sólo que ya era demasiado tarde, pues en ese momento el ejército había prácticamente consumado la retirada, y Santa Anna, además, desde el 14 del mismo mes de mayo, suscribió en Velasco los tratados de ese nombre, en cuyos términos se establecían las bases para el reconocimiento de la independencia de Texas y la evacuación del ejército más acá del río Grande.

Filisola, jefe secundario al fin, ha carecido de abogados de fuste para su defensa, mas no así el general presidente, quien contó y cuenta con admiradores en relación con los acontecimientos texanos. Para ser justos, un documento del archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional presta a su causa una sombra de respaldo. Se trata de la comunicación que el 20 de junio de 1836 dirigió el general Urrea al ministro de la Guerra respecto de la misión que el general Adrián Woll desahogó en el campo texano. Es sabido que cuando Filisola recibió en el arroyo de San Bernardo la orden de retirada, contestó a Santa Anna mediante Woll.

quien ya en el campo enemigo, todavía en San Jacinto, tuvo oportunidad de conversar con el general presidente y sus compañeros de infortunio. Casi dos meses retuvieron los texanos al emisario, al fin de los cuales consiguió reintegrarse a su corporación hecho al que se refiere Urrea en su comunicación del 20 de junio:

> El general Woll me ha manifestado el sentimiento que causó a S.E. el General Presidente la retirada del ejército pues quería que sin consideración a su crítica posición se marchase sobre el enemigo. Así lo encargó a aquel general, y me mandó decir que a todo trance tomase el mando del ejército y cargase al enemigo hasta exterminarlo, pues que así convenía al honor nacional.

Como el que nos ocupa, casi no existe acontecimiento de importancia en la historia del jalapeño que no se preste, por lo menos, a dos interpretaciones opuestas. En los momentos culminantes, Santa Anna produce la impresión de adivinar el juicio adverso de la posteridad, e intuitivamente se cubre las espaldas, máxime en el caso presente, sabedor de que Filisola se retiró al Colorado antes de recibir su orden del 22 de abril.

Y, sin embargo, dicha orden, y la verbal que se dio a Woll el 20 de junio, se compaginan en la siguiente forma: enterado Santa Anna de que, antes de recibir Filisola la orden de retirada había contramarchado con el ejército hacia el Colorado, y seguro ya, por otra parte, de que la estación de las lluvias impediría las operaciones militares, resultóle fácil conseguir dos objetivos a la vez: rehabilitarse ante la historia, al proporcionar a Woll esas instrucciones, que de paso descargaban toda la responsabilidad sobre Filisola, y eliminar el riesgo de perder la vida, pues comprendía que el ejército no podría, en junio, cargar sobre el enemigo "hasta exterminarlo", impedidas las operaciones por las torrenciales lluvias. El jalapeño, que como guerrero perdía todas las batallas, en cuanto actuaba entre bambalinas lo hacía con verdadero genio. Al convertir a Woll en el emi-

...rio de sus instrucciones a Urrea, aseguraba por lo pronto ...os valiosos defensores sin exponer nada en cambio, pues ...tendía que si el ejército no fue en su auxilio cuando pudo ...cerlo en abril, mucho menos lo haría ahora, cuando la ...aturaleza oponía un valladar a las nuevas "instrucciones".

Hasta el 5 de mayo permaneció Houston en San Jacinto, de donde llevó al prisionero primero a la isla de Galveston y luego al puerto de Velasco. A raíz de la siesta y el desastre de San Jacinto, Santa Anna y su captor principiaron a sostener conversaciones del mayor interés, tales como la cesación de la guerra y el reconocimiento de la Independencia texana; el *status* de los prisioneros de ambos bandos y, aun el de si los límites de la provincia se extendían al río Bravo del Norte o sólo al de las Nueces. Entre el 22 de abril y 14 de mayo se conversó informalmente; se tantearon posiciones y sofocaron conflictos de conciencia para concertar finalmente los tratados suscritos en Velasco ese 14 de mayo. Los tratados fueron dos: uno público, con la firma de Santa Anna como general en jefe del ejército de operaciones en Texas, y el otro secreto, en el que figuraba además como "Presidente de la República Mexicana ante el gobierno establecido en Texas". En la cláusula sexta de este último se estipulaba que, una vez firmado, el tratado quedaría cerrado y sellado hasta que, "concluido el negocio", se devolviera el documento a "S.E. el general Santa Anna". Sólo Henry M. Morfit, el Agente Confidencial de Jackson en Texas, tuvo acceso a uno y otro documentos.

El tratado público consta de diez artículos, en el último de los cuales se habla de proporcionar a Santa Anna los medios para regresar "tan luego como sea conveniente", mas los tres primeros, por la superlativa importancia de sus términos, ameritan reproducirse a la letra:

> PRIMERO. El general Antonio López de Santa Anna conviene en no tomar las armas, ni influir en que se tomen, contra el pueblo de Texas, durante la actual contienda de independencia.

SEGUNDO. Cesarán inmediatamente las hostilidades por mar y tierra entre las tropas mexicanas y texanas.

TERCERO. Las tropas mexicanas evacuarán el territorio de Texas, pasando al otro lado del río Grande del Norte.

El tratado secreto, aunque el adjetivo lo rodea de un halo de misterio, no es mucho peor que el público, pues establece que Santa Anna "preparará las cosas", en México, para recibir a la comisión texana encargada de negociar el reconocimiento de la independencia, obligándose el gobierno de Texas, por su parte, a disponer el embarque del prisionero, para ponerlo en condiciones de "ejecutar tan solemnes juramentos", uno de los cuales consistía en celebrar "un Tratado de comercio, amistad y límites entre México y Texas, *no debiendo extenderse el territorio de esta última más allá del río Bravo del norte*", según el artículo cuarto del documento en cuestión.

El tratado de McLane-Ocampo y los de Velasco son documentos con la carga necesaria para llenar de vergüenza a cualquier pueblo. Los de Velasco reconocían tácitamente la independencia de Texas, y confirmaban la cobarde orden de retirada del general en jefe, dada el 22 de abril en San Jacinto. Mas no todo era eso: al admitir la evacuación de las tropas mexicanas hasta *el otro lado del río Bravo del Norte*, y contraer la obligación de celebrar un tratado de límites, según el cual el territorio de Texas no podría extenderse *más allá* de dicho río, se reconocía tácitamente que este era el límite entre Texas y los restantes estados mexicanos, a pesar de que los mismos colonos, y las cartas geográficas más reputadas, establecían la línea sur de la provincia sobre el río de las Nueces. En rigor, tanto la cláusula tercera del tratado público, como la cuarta del secreto, fijaban no la verdadera línea de Texas sino la futura frontera de los Estados Unidos.

Cuando en 1847 y 1848, con motivo de la guerra americana surgió nuevamente el problema de los límites entre

México y Texas, nada valdrá la exhibición de mapas, relaciones, testimonios, y antiguas cartas geográficas para justificar que, por el sur, los límites de Texas corrían sobre el río de las Nueces. Los texanos mismos pudieron argüir que once años antes un presidente de la República, accidentalmente en Texas, exigió sólo que el territorio de la provincia rebelde no se extendiera *más acá* del río Bravo del Norte. O en otras palabras: que cedió implícitamente cuanto quedaba *más allá* de dicha corriente.

En México, mientras tanto, la noticia del desastre de San Jacinto produjo la natural conmoción y el gobierno mandó circular el siguiente decreto:

En la orden diaria del ejército de las plazas y de todos los cuerpos, se asentará el periodo siguiente: "En 21 de abril de 1836 fue hecho prisionero el Presidente de la República, general don Antonio López de Santa Anna peleando por salvar la integridad del territorio nacional. Mientras dure en prisión S.E. el Presidente de la República, se pondrá a las banderas y a los guiones de los cuerpos del ejército un lazo de crespón negro".

Tal cosa se ordenaba, curiosamente. seis días después de suscribir Santa Anna los convenios de Velasco. Por esto debió colgarse crespón negro en todas las banderas, no por la prisión de un soldado de fortuna, indigno del infortunio de un momento.

En Velasco habló Santa Anna con los texanos y sus colaboradores, los mexicanos del tipo de Zavala. Pudo haberse negado por lo menos a tratar con éstos, pero volvemos al riesgo de su epidermis, y Antonio no tuvo empacho en sostener con el renegado yucateco conversaciones "del más alto interés". Así, por lo menos, lo dice éste a su compinche José Antonio Mejía:

Aún permanece el general Santa Anna prisionero en nuestro poder. Muy difíciles materias se han ofrecido a nuestra discusión, y yo, mexicano por nacimiento, y siem-

pre afecto a mi patria, me he visto combatido por deberes y sentimientos opuestos. Al fin, creo haber cumplido con mis sagradas obligaciones a mi nueva patria y mis sentimientos de simpatía natural hacia los mexicanos. No se ha derramado una sola gota de sangre después del combate. Aquí no fusilamos como los semibárbaros españoles y sus imitadores.

Probablemente regresará Santa Anna a Veracruz muy en breve; sus conferencias conmigo han sido del más alto interés, y espero que de ellas las dos partes sacarán ventajas, Texas y México.

No todas las cosas, sin embargo, se desenvolvían en la forma prevista por los dirigentes texanos. Los aventureros nada sabían de política y persistían en su decisión de cobrar los perjuicios de la guerra de Texas en la cabeza del general presidente, de donde, temerosos de que en algún momento se violaran las seguridades personales de Santa Anna, Burnett, Rusk y Zavala acordaron llevarlo a la goleta *Invencible*, anclada en el puerto, en la que, también, se pensó transportarlo a Veracruz de acuerdo con lo convenido en los tratados. Seguro ya del inminente viaje, nuestro hombre redactó un discurso de despedida:

¡Amigos! Me consta que sois valientes en la campaña y generosos después de ella; contad siempre con mi amistad, y nunca sentiréis las consideraciones que me habéis dispensado.

Mas se frustró la partida. Un grupo de aventureros contratados en Nueva Orléans, llegados a Velasco al mando de Thomas J. Green, atizaron el descontento, asaltaron la *Invencible* el 2 de junio y llevaron nuevamente a tierra al prisionero, quien escribió inmediatamente al presidente Burnett para declarar sin validez los convenios del 14 de mayo. Ahora, los repudiaba porque los texanos habían faltado a su palabra y ponían nuevamente en peligro su existencia. Sentía peligrar su epidermis, ¡siempre su epidermis! Los texanos se conducían como lo que eran, como piratas, y la ruptura de los convenios produjo una especie de

querella intestina, pues un grupo, encabezado por Zavala, sostenía la inviolabilidad de lo pactado:

Me cansé y me retiré hace cuatro meses —escribió luego a Poinsett—, especialmente después de la falta de fe al tratado hecho con Santa Anna, en el que no tuve parte, pero que habiendo cumplido Santa Anna por su parte, aquí no sólo no se llevó con respecto a él lo estipulado, sino que se le ha tratado indignamente. Yo opinaba al principio porque Santa Anna fuese tratado como él trató a los nuestros. Esto era tolerable en el calor de las pasiones, pero después era político sacar de él ventajas.

Un tal Fisher, con el jalapeño a bordo de la *Invencible*, relató a José Antonio Mejía el estado de discordia que prevalecía en el gobierno, a resultas de los mismos tratados, hasta el grado de que Zavala, fastidiado de sus nuevos correligionarios, renunció en esos días a la vicepresidencia y marchó a su rancho primero y luego a Harrisburg, donde el Señor dispuso finalmente de su alma y la mandó a donde seguramente se encuentra.

Rusk, que en nada compartía las opiniones de Houston sobre el tratamiento al prisionero, le retuvo primero en Velasco, sujeto a grilletes y a todo género de befas, mas ante la creciente animosidad pública temió no rendir luego buenas cuentas a su jefe y resolvió encerrarlo en un recinto más seguro —el cortijo de Orazimba—, donde se le encadenó en unión de su intérprete, el coronel Almonte. Hasta allí le siguió la grita de los aventureros, reclamando su cabeza, mas los penosos días concluyeron con el retorno de Houston, hasta entonces en Nueva Orleans, ocupado en la curación de la herida recibida en San Jacinto y, por supuesto, en los importantes negocios que tocaban a la consolidación de la independencia texana.

Durante su prisión en el cortijo, bajo el apremio del terror, Santa Anna pensó en un árbitro, componedor amigable cuya influencia sobre los texanos garantizara el éxito de sus gestiones. El presidente Jackson, con quien, para

mayor ventura, se encontraba Houston entrañablemente ligado, colmaba los requisitos, de modo que cuando el jefe texano fue a Orazimba, y con sentidas palabras le pidió que "olvidase las demasías de Rusk, a quien había reprendido", no tuvo empacho en aprovechar la visita para comunicarle sus deseos. Houston encontró correcto el procedimiento, y así nació la célebre carta del 4 de julio, en la que, tras relatar a Jackson los más importantes acontecimientos desde su llegada a Texas —anexándole copia de los convenios de Velasco—, agregaba al referirse a su reaprehensión a bordo de la *Invencible:*

> Semejante incidente obstruyó mi llegada a México desde principios del mes pasado y él ha causado que aquel Gobierno, ignorando sin duda lo ocurrido, haya separado del ejército al general Filisola, ordenando al general Urrea, a quien se ha concedido el mando, la continuación de sus operaciones, en cuya consecuencia se encuentra ya este General en el río de las Nueces, según las últimas noticias. En vano algunos hombres previsivos y bien intencionados se han esforzado en hacer ver la necesidad de moderar las pasiones y de mi marcha a México, como estaba acordado: la exaltación se ha vigorizado con la vuelta del ejército mexicano a Texas, y he aquí la situación que guardan hoy las cosas.
>
> La continuación de la guerra y sus desastres serán, por consiguiente, inevitables, si una mano poderosa no hace escuchar oportunamente la voz de la razón. Me parece, pues, que v. es quien puede hacer tanto bien a la humanidad, interponiendo sus altos respetos para que se lleven a cabo los citados convenios, que por mi parte serán exactamente cumplidos.

Todavía a principios de septiembre no recibía Santa Anna la respuesta, e inquieto, recluido nuevamente en Orazimba, suplicó al agente especial Morfit el favor de una visita. Al encontrarse frente al representante de Jackson, le comunicó sus cuitas y se extendió en amplias consideraciones sobre México, sus hombres y su gobierno. Los mexicanos, dijo Santa Anna, forman un pueblo peculiar, fácil-

mente dirigido por quien tiene en sus manos las riendas del poder; en esas condiciones —agregó—, estaba seguro de que podría resolver sin dificultades el problema de la guerra con Texas, estableciendo las bases para un inmediato reconocimiento de su independencia. Morfit, entre incrédulo y azorado, preguntó si el pueblo no tomaría parte en el asunto, oponiéndose a la pérdida del territorio y, consecuentemente, a sus propósitos; mas Santa Anna contestó que los negocios de la nación se encontraban manejados por unos pocos individuos que formaban el gobierno, y los asuntos de interés público no se hallaban fiscalizados, ni mucho menos sujetos a la sanción ciudadana, agregando, "*with much mortification*", que muchos hombres del gobierno no sabían siquiera dónde se encontraba Texas y que, por lo mismo, no sería imposible desviar su atención de la cuestión de la guerra, cuyas causas ignoraban, y respecto de un territorio que la mayoría de ellos no se percataban, siquiera, que reclamaban.

Morfit, concluido el despliegue de lacras domésticas en casa ajena, se concretó a callar y a transmitir el texto de la conversación a su gobierno, sobre todo porque el prisionero decía encontrarse investido con todas las facultades y el carácter de un presidente de la República. Un día, por fin, llegó la respuesta de Jackson, que por cierto distaba de ser la que Santa Anna esperaba. En realidad, el presidente de los Estados Unidos se salía por peteneras:

> Aquel Gobierno (el de México) nos ha notificado que mientras usted permanezca prisionero, ningún acto suyo será considerado como obligatorio para las autoridades mexicanas. . .

La fatalidad parecía cerrar la única escapatoria. México quedaría condenado, por lo pronto, a la desgracia de su ausencia, mientras el prisionero veía cómo la nieve cubría nuevamente los campos de Texas.

3. *La estrella solitaria en busca de sus congéneres*

Pocas semanas después de llegar a Washington la noticia de la victoria de San Jacinto y la copia de los convenios de Velasco, principiaron a moverse los resortes anexionistas. El 18 de junio, en el Senado, Henry Clay recomendaba el reconocimiento de la independencia texana y, el 23 del mismo mes, fue Mr. Forsyth, secretario de Estado, quien dio instrucciones a nuestro conocido Henry M. Morfit para que, como agente especial del gobierno de los Estados Unidos, se trasladara a Texas y proporcionara la más exacta información sobre el estado de las finanzas, el número, carácter y equipo de sus fuerzas militares, la posibilidad de que se repelieran posteriores invasiones por parte de México, el monto de las fuerzas mexicanas en el país y, sobre todo, si la Constitución y el gobierno respondían a las aspiraciones del pueblo texano.

El 23 de agosto, ya en Velasco, informaba Morfit sobre la lucha intensa sobre la suerte de Santa Anna, pues si los moderados pensaban que el honor de Texas valía más que la vida del prisionero, los radicales, en cambio, sostenían que el crimen se castigaba mejor con la ley del talión que con actitudes humanitarias. Un par de semanas después, el agente urgía a los Estados Unidos el reconocimiento de la independencia texana y fundaba su opinión tanto en el peligro de que los mexicanos fuesen capaces de invadir el país durante el invierno como en el riesgo, no menor, de que en el caso de que los Estados Unidos mantuvieran su abstinencia, el espíritu de los colonos viniera a menos, y muchos de los emigrantes resolvieran volver a su país de origen. Texas —es la opinión del agente especial— no podría sostenerse sin ayuda del exterior, y su seguridad futura dependía, más que de su propia fuerza, de la debilidad e imbecilidad del enemigo.

> Si fuera posible prever la condición futura de este país bajo las mismas presentes circunstancias, o bajo las que le depararía a continuar siendo una parte de México, donde persistiría sujeta al despotismo militar retrogada por generaciones en la escala de la civilización, y comparar luego su situación con la que alcanzaría en industria, comercio, artes y relaciones sociales con la anexión a nuestro país, la humanidad resolvería violentamente su redención, y la filatropía de las naciones sancionaría desde luego el acto.

Los ciudadanos de Texas veían la anexión con simpatía, en la opinión de Morfit, no sólo en razón de la consanguinidad entre ambos pueblos, sino porque tienen la impresión de ser los verdaderos fundadores del Nuevo Mundo, sostenes de la causa común de la humanidad que bebieron los principios del gobierno libre en la fuente de sus antiguos hogares. Mas si todo ello fuera poco, Texas ha exhibido ante el mundo, con evidencia, su capacidad para resistir al enemigo, llegando incluso a invadir el territorio de éste, hasta reunir los elementos indispensables para estimar que un grupo de hombres se encuentra en el disfruté de la soberanía, que simplemente significa gobernarse por sí mismos, independientemente de cualesquiera potencias extranjeras.

Ya para el mes de marzo de 1837, tenía Jackson resuelto el reconocimiento, hasta el grado de que, habiéndose presentado en Washington los señores William H. Wharton y Memucan Hunt, como ministros de Texas ante el gobierno de los Estados Unidos, el presidente "lamentó no poder recibirlos como representantes diplomáticos de Texas", sólo porque sus cartas credenciales no se encontraban en forma. "Mientras tanto, sin embargo, decía el secretario de Estado a estos caballeros, podéis asegurar a vuestro gobierno que los derechos de Texas como una potencia independiente se encuentran reconocidos en modo tan cabal, como si sus ministros hubiesen sido recibidos formalmente. El presidente considera que la bandera de Texas se halla habilitada con todos los privilegios en vigor respecto de la bandera mexicana, estipulados en los términos del tratado celebrado entre los Estados Unidos y México".

Ya en buen orden, las cartas credenciales no tardaron en llegar, y el 1º de julio envió Memucan Hunt al secretario de Estado una copia, acreditándose como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la república de Texas ante el gobierno de los Estados Unidos. El 5 del mismo mes, el original se puso en manos de Jackson, consumándose de este modo, formalmente, el reconocimiento de la independencia. Ya faltaba sólo el último paso, el de la anexión, que mantuvo durante ocho años la espera angustiosa de los impacientes. Fue el 29 de diciembre de 1845 cuando el presidente Polk refrendó la resolución conjunta de las Cámaras, que hacía de la república de Texas un estado de la Unión. Ese día escribió Polk a Anson Jones, último presidente texano:

> Texas, por su libre consentimiento, se ha convertido en uno de los estados de nuestra gran Confederación republicana, y ha sido recibida, en cordial bienvenida, dentro de la familia de sus hermanas. El acontecimiento señala una era nueva y gloriosa en la historia de la humanidad...

Tal era la verdad, y Polk, el mendaz, por esta vez no mentía: desde el día de su nacimiento, Texas, el estado de la estrella solitaria, se hallaba destinado a sumarse a sus estrellas congéneres. Tal era la decisión del padre de su independencia, el excelentísimo señor don Andrés Jackson, presidente de los Estados Unidos de América.

4. *Hogar, dulce hogar*

Un día, al finalizar el año de 1836, se resolvió la situación del prisionero de Orazimba. La influencia de Houston sobre los texanos había vencido, máxime que desde el mes de septiembre era nuevo presidente de la República, y como tal fue a visitar a Santa Anna, comunicándole la buena nueva de su libertad. Sólo se permitía una súplica final:

...no regresara a su patria sin entrevistarse antes, en Washington, con el presidente Jackson. El jalapeño no lo ...ó un minuto, ahora que la escapatoria, prevista durante ...os meses al sur, se resolvía de improviso hacia el norte. ...rigor, no le preocupaban los caminos sino el fin, y para conseguir éste ¿qué importaban los rumbos?

A punto de emprender la marcha, se enteró de la muerte de Zavala, ocurrida en Harrisburg el 16 de noviembre. Don Lorenzo murió fiel a las normas fundamentales de su vida, ...adenado a pasiones contrarias, traidor de raza, alma re...gada y española sangre:

> Nada podía hacer de útil entre gente ignorante y presuntuosa —escribió a Poinsett, poco antes de rendir su alma—; este pobre Burnett es el hombre más frívolo, presumido y falto de todo conocimiento que yo haya conocido en las personas de su estado, inclusive Zerecero... ¿se acuerda v. de las Horcas Caudinas? Yo no puedo vivir en Texas. Desde que llegué estoy enfermo, hace año y medio, y he visto mi cama después rodeada de la familia casi moribunda...

La frase entrecortada, los rudos conceptos, traslucen animosidad contra todo y contra todos, desesperanza, y tal vez también arrepentimiento. Lo español de su sangre se revolvía en afirmaciones y negaciones tajantes. Disconforme, irrealista y aventurero, quijote de valores contrarios, el hombre se lanza contra la nueva sociedad texana, cuya gestación cantó antes de vivir en ella. La "escuela de libertad" le tenía hasta la coronilla, y el frívolo Burnett, y los necios mexicanos. Tal vez llegó incluso a perder la fe postrera, su fe en los Estados Unidos, y murió solo, trágicamente solo, como mueren los hombres de su tipo.

En compañía de Almonte, escoltado por los coroneles Bernard Bee y George Hockley, no sabemos si como viajero distinguido o como fascineroso, partió Santa Anna del río Brazos de Dios rumbo a Washington. Era el 25 de noviembre de 1836. Pronto cruzaron el río Sabina, que mar-

cara la frontera entre México y los Estados Unidos, donde nuestro hombre se proponía finiquitar el tratado de límites junto a la boca de sus cañones. Por el Mississipi navegaron durante veinte días rumbo al norte, a bordo del *Tennesse,* hasta desembarcar en Louisville, tras de seguir el curso del Ohio. En la marcha lenta por un paisaje de clavos, grandes ríos y nevadas llanuras y montañas, recordaría Antonio que un año antes, en diciembre de 1835, partió de San Luis para consumar la cita con su destino. Ahora tenía la intuición de haber vivido una existencia entera en sólo doce meses, desde los campos de su patria dejados de la mano de Dios, hasta las fértiles llanuras de Kentucky y Maryland.

El 4 de enero de 1837, en medio de gran nevisca, llegó Santa Anna a la todavía miserable capital federal, donde Jackson le esperaba más o menos al tanto de la catadura moral de su huésped. Debió pedir le mostraran un retrato, mas como no lo hubiera, se contentó con releer la carta de Columbia, la del 4 de junio de 1836, un verdadero retrato moral. Ahora, ante la inminente visita, le cogió mayor sabor a la lectura:

> Entablemos mutuas relaciones para que esta nación (Texas) y la mexicana estrechen la buena amistad, y puedan entre ambas ocuparse amigablemente de dar ser y estabilidad a un pueblo que desea figurar en el mundo político y que, con la protección de las dos naciones, alcanzará su objeto en pocos años. . .

Es difícil saber de qué se ocuparon ambos personajes. Según el jalapeño, Jackson le habló de indemnizar a México con seis millones de pesos, a cambio del reconocimiento de la independencia de Texas, a lo que él contestó que sólo el Congreso mexicano podría resolver la cuestión. Arduo resulta, a estas alturas, admitir un Jackson tan torpe y un Santa Anna tan digno. En realidad, las conversaciones debieron carecer de importancia, pues, por una parte, ambos

habían jugado sus cartas ostensiblemente, y, por la otra, Santa Anna había entregado ya tanto a los texanos que nada podría hacer en adicional obsequio al presidente de los Estados Unidos. Un mes y medio después, se despidió de Jackson, y a bordo del barco de guerra *Pioneer* embarcó en Norfolk para Veracruz, a donde llegó el 21 de febrero.

Las cosas habían cambiado, mientras tanto, en el país. El mismo día que bajó a tierra, la Cámara de diputados resolvió desconocer su autoridad como presidente de la República, y aunque su amigo Tornel mandó echar al vuelo las campanas de los templos, el pueblo no respondió. En realidad, no podía responder. Se había extendido la sospecha de que el antiguo ídolo había suscrito convenios abyectos, y en el Congreso la mayoría votó por exigirle responsabilidades: "El Congreso —decía la resolución— exigirá al general don Antonio López de Santa Anna, luego que llegue a la República, instrucción documentada de su viaje a Washington, resultado de él, y compromisos que pueda haber contraído desde la acción de San Jacinto". ¡Y eso que barruntaban, que apenas barruntaban la verdad!

El 4 de marzo, de Manga de Clavo, dirigió una nota al comandante general de Veracruz, en la que expresaba su decisión de no volver a la vida pública, y de prestar como un simple ciudadano el juramento de las Siete Leyes Constitucionales, ahora código fundamental de la nación. El comandante no se creyó en el caso de consultar esa decisión tan sensata, y el día 9, en presencia de las autoridades, juró Antonio la nueva Constitución.

Renacía el político, el de la transacción con las circunstancias. Tomó la pluma, y durante meses escribió relaciones y defensas sobre los sucesos de Texas; habló de San Jacinto, del hambre y la desnudez de sus hombres, de las praderas heladas, los tempestuosos ríos y los pantanos insalubres; de la persecución atroz, y de la fatiga que le forzó la siesta que redujo los límites de México hasta el río Bravo del

Norte. De Velasco, mejor no hablar. Su fino ingenio le re-
comendaba callar, o negar simplemente, y no embarcarse
en la búsqueda de explicaciones a lo inexplicable. Pluma en
mano, cubría sus espaldas. Y escondió la espada, que tan-
tas desventuras le proporcionó, y tan escasas glorias.

> Bendije mi bella soledad, y gustoso entré a las ocupa-
> ciones del hogar doméstico, que en mi melancolía se le
> presentaba como el oasis del desierto al fatigado pere-
> grino. . .

Y nunca, que sepamos, le hirió el remordimiento.

capítulo sexto

CUANDO CESAR PERDIO UNA PIERNA

> *A Dios pedía fervorosamente*
> *que cortara el hilo de mis días*
> *para morir con gloria. . .*

El que escapó de conocer París

Finalizaba 1838, y Antonio López de Santa Anna continuaba en Manga de Clavo, convalecientes los sueños, maltrecha la fama por la inquina filibustera. A caballo, por la tarde, gustaba llegar a la playa y dejar sobre la arena su huella efímera, al arbitrio del mar, como su gloria quedara un día sujeta a las resultas de una siesta.

Vagaba silencioso entre palmares y ceibales. La ceiba, con su tronco en quilla, era una especie de navegante inmóvil, lo contrario del mar brillante, confundida la epidermis con las entrañas, inestable como su destino. Y bajaba un día y otro hasta los médanos, en busca de diálogo silencioso con las olas.

Y por el mar llegó a sus manos la nueva oportunidad, disfrazada a la francesa. Resuelto S.M. Luis Felipe a cosechar algunos lauros a costa de los mexicanos, los barcos de su escuadra habían fondeado en Sacrificios y Antón Lizardo desde el mes de marzo anterior. A bordo se encontraba el barón Deffaudis, hasta poco antes ministro plenipotenciario de Francia en México. Traía consigo un catálogo de reclamaciones, el mismo que, al no ser resuelto satisfactoriamente por nuestro gobierno, había motivado el abandono de su puesto. El 21 de marzo, desde el buque insignia, comunicó nuevamente sus términos, sólo que ahora bajo la forma de un ultimátum que contenía, entre otras cosas, las exigencias siguientes: que a más tardar el 15 de mayo siguiente debían ponerse a su disposición, en el puerto de Veracruz, seiscientos mil pesos para cubrir reclamacio-

nes de ciudadanos franceses por los daños y perjuicios resentidos en México; que el general Gregorio Gómez, el coronel Francisco Pardo y el juez Tamayo fueran destituidos de sus empleos; que se garantizaran a Francia los mismos privilegios de la nación más favorecida; y, por último, que en ningún caso se impusieran préstamos forzosos a los súbditos franceses, ni se les restringieran sus derechos para ejercer el comercio al menudeo.

Entre las reclamaciones francesas había de todo, desde razonables hasta impertinentes, mas resultaba absurdo, más que nada, el tono de las mismas, adecuado para conminar al reyezuelo de una tribu polinesia, no a un gobierno con el cual se cultivaran relaciones diplomáticas normales.

Era motivo de asombro la reclamación económica, ya que del monto de la suma exigida correspondían ochenta mil pesos a un pastelero francés, que en el curso de alguno de los motines padecidos por la ciudad de México perdió, en el estómago de los revoltosos, la existencia de su repostería, y la actitud del pastelero resultaba tan desproporcionada que el pueblo bautizó con ese nombre la acción militar: fue la Guerra de los Pasteles, episodio grotesco del que resultó la rehabilitación de Santa Anna.

Siete meses duraba el bloqueo impuesto por los franceses sin que el gobierno de México pareciera dispuesto a ceder, hasta que el 27 de octubre, a bordo de la fragata *Nereida,* e investido de plenos poderes, llegó el contralmirante Charles Baudin, quien el 17 de noviembre conferenció en Jalapa, durante cuatro días, con don Luis G. Cuevas, ministro de relaciones. Mas como tampoco allí pudieron zanjarse las diferencias, volvió Baudin a su nave tras de fijar el 27, a mediodía, para romper las hostilidades en caso de no atenderse las reclamaciones.

Los disparos franceses de ese día, al cañonear a San Juan de Ulúa, llegaron a oídos del jalapeño, quien "arrebatado por aquel entusiasmo que me conducía a los campos de

batalla" se presentó al general Rincón, comandante militar del estado. Al amparo de la noche, por encargo de Rincón, fue Antonio a la fortaleza, para inspeccionar el estado físico de la misma, y la moral de la guarnición; dirigió palabras de aliento a la tropa, mas comprendió que ninguna ventaja importante se obtendría porque ni el general Gaona, comandante de Ulúa, podía esperar ayuda de Veracruz, ni tampoco este puerto de la capital de la República. En la fortaleza, por ejemplo, se llegaba al extremo de carecer de una bandera mexicana para izarla frente al enemigo: Francia jugaba a la guerra con un país inerme, como si sólo pretendiera facilitar el aprendizaje militar del hijo del rey Luis Felipe, el príncipe de Joinville.

Vuelto Santa Anna a Veracruz, encontró al general Rincón inclinado a la capitulación, finalmente convenida a bordo de la *Nereida,* suscribiéndose allí los documentos que, remitidos luego a México por extraordinario, merecieron no sólo la desaprobación del Congreso sino que se sometiera a consejo de guerra a sus otorgantes, los generales Rincón y Gaona, al primero de los cuales se mandó entregar el mando militar al general Santa Anna.

El 3 de diciembre, ya cumplida la orden, bajó el jalapeño al puerto, ocupado por los franceses, y notificó a Baudin que su gobierno consideraba nuevamente rotas las hostilidades. Muy poco esperó la respuesta del contralmirante: aunque por la fuerza podía obligarlo a retirarse —le decía—, se abstendría de hacerlo por misericordia a la ciudad indefensa y a sus pobladores, salvo que en ella fueran molestados los franceses residentes. Antonio tragó la amenaza; contestó que no pretendía molestar a los súbditos de Francia; ocupó luego el puerto, y una vez que discutió la situación con el recién llegado general Arista, se fue a la cama.

Aflojemos un poco las amarras de la fantasía; suprimamos la cama e imaginemos una encina; olvidémonos de diciembre y pensemos en abril. Supongámonos a la vera

de un río y no junto al mar. Iba a repetirse, punto más o punto menos, la historia de San Jacinto.

A las cuatro de la mañana, una detonación rompió el silencio y el sueño de Santa Anna. Con un petardo los hombres de Baudin habían volado la puerta del muelle, al amparo de la niebla, para inutilizar los baluartes de La Concepción y Santiago, clavar la artillería y conducir a la escuadra, prisionero, al general en jefe.

—¡Giménez! ¿Qué es eso? —gritó Santa Anna abriendo los ojos.

—No sé, señor. . .

En eso irrumpió un guardia de La Concepción:

—Señor, los franceses han desembarcado en la plaza y volado la puerta del muelle para entrar; ¡son muchos. . .!

Las últimas palabras del guardia se perdieron entre el fuego de la fusilería y las voces junto al dormitorio: *¡Vive le Roi! ¡Vive la France. . .!*

El señor Santa Anna principió a vestirse. . .

Los franceses atacaban y penetraban en la casa; el fiel ayudante Giménez, cayó herido, y poco después el general Arista fue hecho prisionero en su dormitorio. Cuando al príncipe de Joinville, jefe de las fuerzas de asalto, se le dijo que Santa Anna había caído en manos de los franceses, se dejó llevar por un entusiasmo tan desproporcionado como el chasco que le produjo la presencia del prisionero: imprecó en tres idiomas ¡era Arista, y él buscaba al otro. . .! Furioso, en unión de sus ayudantes, se dio a hurgar en todos los rincones; inspeccionaba retretes y tapancos, volcaba muebles, se detenía ante cada uno de los caídos. . . buscaba al otro, y el otro no aparecía.

Jadeante, llegó a su lado uno de sus hombres:

—¡Señor, el general Santa Anna ha conseguido escapar. . . !

—¡Ah! —masculló el príncipe— ¡escapó de ir a educarse a París!

Efectivamente, Santa Anna, el que escapó de conocer

París, cubierto por la niebla y a medio vestir, logró abandonar la casa, cruzar la plaza entre los mismos atacantes, y ponerse a salvo en los cuarteles. Allí improvisó la defensa; mandó levantar trincheras con sacos de arena, y aún pudo sostenerse contra un destacamento francés, durante algunas horas, hasta el momento en que Baudin ordenó el reembarco, toda vez que no entraba en sus planes apoderarse de la ciudad sino de su comandante.

En aquellas condiciones, consumada la evacuación francesa, la única actitud sensata habría sido abstenerse de todo movimiento, más el jalapeño confundió el reembarco con la retirada, y tomó la ofensiva. Casi solo, rodeado por doscientos hombres a lo sumo, marchó sobre los invasores. Desnuda la espada, iba Santa Anna a la cabeza de su tropa hasta situarse a cien pasos del enemigo, que al parecer sin preocuparse por la presencia de la columna, concretóse a disparar una pieza cargada de metralla. El artillero de Baudin ignoraba ser el autor de uno de los disparos más costosos de la historia de México, casi tan oneroso como la siesta de San Jacinto:

> Aquel tiro —escribe un testigo presencial—, disparado a cien pasos de distancia, fue bien funesto, pues sus proyectiles hirieron gravemente al señor Santa Anna en una pierna. . . La columna se desordenó enteramente. Los franceses no dieron paso adelante hostil, y se embarcaron haciéndolo los últimos el príncipe, el almirante, y su estado mayor.

Así, tontamente, acosando con doscientos jarochos a más de mil franceses, se le murió a Antonio López de Santa Anna una parte de su cuerpo. Porque no pudo sobrevivir la pierna herida, amputada luego en Pocitos, de donde ya inválido se le trasladó a Manga de Clavo. Frente a sus enemigos, para siempre, será ya "el funesto cojo", " el mocho", y hasta a sus corifeos persiguió la invalidez, ya que el pueblo les llamó "los mochos". Y, sin embargo, el alto

costo del disparo francés no ha de medirse en remoquetes sino en futuras desgracias, pues el ídolo, aniquilado al parecer en San Jacinto, irá nuevamente en pos de la gloria perdida en una pierna sólo, amputada la otra en "el glorioso servicio de la patria".

Poco antes de que se consumara la mutilación, creyendo morir, Santa Anna dictó al coronel García Conde uno de los partes militares más inteligentes de su vida.

> . . . Tuve la gloria de rechazar la invasión, no obstante la sorpresa que lograron, precisándoles a reembarcarse a la bayoneta, quitándoles en el mismo muelle una pieza de a ocho, que será para siempre el monumento de valor a los nuestros. Vencimos, sí, vencimos. . . Probablemente será la última victoria que ofrezca a mi Patria. . . Yo muero lleno de placer, porque la Divina Providencia me ha concedido consagrarle toda mi sangre. . . al concluir mi existencia, no puedo dejar de manifestar la satisfacción que también me acompaña, de haber visto principios de reconciliación entre los mexicanos. Di mi último abrazo al general Arista. . .

Esto por si no moría. Mas en el supuesto contrario o sea de verse en el caso de entregar su alma al Creador, recordando el testamento de Julio César, y el efecto que produjo en el populacho, cerró el parte en forma testamentaria para legarnos el epitafio soñado:

> Pido también que en estos mismos médanos sea sepultado mi cuerpo, para que sepan todos mis compañeros de armas que es la línea de batalla que les dejo marcada. . . que los mexicanos todos, olvidando mis errores políticos, no me nieguen el único título que quiero donar a mis hijos: el de buen mexicano.

A fines de enero de 1839, convencido el gobierno de que los franceses no parecían dispuestos a renunciar al bloqueo, abandonó las nubes donde vivía, y con la intervención amigable de Mr. Pakenham, ministro inglés, designó a don

Manuel Eduardo de Gorostiza y a don Guadalupe Victoria para que, auxiliados por el inglés, abrieran nuevas negociaciones con el contralmirante Baudin. El 6 de enero, a bordo de la fragata inglesa de guerra *Madagascar*, se reunieron los cuatro personajes y el 9 firmaron los preliminares del tratado de paz, que ponía fin a las diferencias pendientes.

En los términos de la convención y del tratado, aprobados y ratificados en México el 19 y 20 de marzo, México entregaba a Francia, por la mala, lo que con mayor sagacidad política pudo haber conseguido por la buena con sólo considerar el asunto desde ángulos menos empecinados. Más aún que los franceses, piensa Lerdo de Tejada, fueron responsables los políticos mexicanos por las calamidades sufridas:

> En efecto —escribe—, ellos y sólo ellos son los verdaderos responsables de todas las desgracias y de toda la mengua que durante aquella funesta lucha sobrevinieron a la República, porque es indudable que si oportunamente se hubieran atendido y examinado las reclamaciones de súbditos franceses habrían sido todas cubiertas con cien o doscientos mil pesos; y sólo por no haberse hecho esto así, y por sostener el gobierno la ruin y mezquina idea de conservar el derecho de poder imponerles préstamos forzosos y prohibirles el comercio al menudeo, se vio el pueblo mexicano empeñado en una contienda, en la que después de perder su erario tres o cuatro millones de pesos por consecuencia del bloqueo y por los premios y ascensos militares que se dieron, en su mayor parte inmerecidos; después de perder los pocos buques que formaban su pobre marina de guerra y algunos de la mercante; después de recibir el ultraje de que, por primera vez, flameara un pabellón extranjero en la primera de sus fortalezas; después de perder una parte de la artillería que se hallaba en ésta; después de hacer sufrir a la desgraciada población de Veracruz daños sin cuento, y al comercio general de la República la ruina consiguiente a una paralización mercantil por espacio de un año; y después, en fin, de dejar perecer en aquel puerto algunos centenares de hombres por la guerra y las enfermedades, vino a concluirse, como se conclu-

yó, por conceder con ignominia lo que antes pudo y debió concederse de buena voluntad. ¡Apenas puede concebirse tanta imprevisión!

Así terminó la Guerra de los Pasteles, que si por una parte obligó a México a pagar seiscientos mil pesos que no debía, por otra consiguió la rehabilitación del astro caído. Si el mexicano es un pueblo de sentimentales, ¡cómo no perdonar a quien, tras de perder una parte de su cuerpo, redactaba un parte digno de los grandes maestros! El 11 de febrero, el Congreso decretó la entrega de una placa y una cruz de piedras, oro y esmalte, con dos espadas cruzadas y enlazadas por una corona de laurel, con el siguiente lema: "Al general Santa Anna, por su heroico valor en el 5 de diciembre de 1838, la patria reconocida". Además, por supuesto, nadie tuvo inconveniente en que el héroe, recién vuelto al sueño de la gloria, pudiera transmitir a sus hijos el título de Buen Mexicano.

La sombra de César patrocinaba los acontecimientos, e incluso la intervención de los médicos, en Pocitos, hacía recordar de algún modo la puñalada de Bruto. La sangre vertida el 5 de diciembre fue tan poderosa que fecundó 15 largos años de poder, durante los cuales el jalapeño iría en pos de la gloria, en sólo una pierna, como hiciera antes en las dos. En rigor ¿qué podía significar la amputación física, si dejaba intactos los resortes de la ambición?

"A Dios pedía fervorosamente que cortara el hilo de mis días para morir con gloria. . ."

Mas Dios no le escuchó. Quería morir gloriosamente, como un héroe, y el Señor le condenó a morir como un don nadie abandonado.

2. *La pierna que borró los pecados del hombre*

En octubre, en tanto que los franceses rompían hostilidades sobre Veracruz, el gobierno de Bustamante afrontaba un

nuevo pronunciamiento, ahora bajo bandera "federalista". Por lo pronto, mientras los generales Urrea y Mejía se apoderaban del puerto de Tampico, en amigables relaciones con los franceses, Bustamante, cogido entre la espada y la pared, por obra y gracia del atraco extranjero y la querella doméstica, optó por ocuparse primeramente de aquél, según hemos visto, sin arrostrar el amago de ésta.

Mas al principiar 1839, resuelta la cuestión francesa, Bustamante, aunque con su lentitud habitual, se dispuso a combatir a los revolucionarios. Y como el presidente decidiera dirigir en persona las fuerzas sobre Tampico, el Supremo Poder Conservador, excitado por el Congreso, declaró "ser voluntad de la Nación" que, durante la ausencia del ejecutivo, y en virtud de encontrarse físicamente impedido el del Consejo, "se encargue del gobierno supremo el general don Antonio López de Santa Anna", quien, sin poder esquivar "el nuevo llamamiento de la nación", abandonó Manga de Clavo y se presentó en México el 21 de febrero, en espera del día en que, al partir Bustamante, debería encargarse de la presidencia.

Mejía y Urrea por su parte, dueños de Tuxpan, concibieron el atrevido proyecto de apoderarse de la capital y, con ese fin, tomaron el camino del interior en lugar de marchar, por lo pronto, sobre Veracruz, como la prudencia aconsejaba. Al tanto Santa Anna del movimiento, y a pesar del mal estado de su pierna, a medio cicatrizar la amputación, salió de México a fines de abril, por el camino de Puebla, en cuya cercanía confiaba resolver la vieja querella. Colaboró, esta vez eficazmente, el general Valencia, luego su enemigo acérrimo y el 3 de mayo, en la hacienda de Santa María la Blanca, contigua al pueblo de Acajete, derrotó por completo a las huestes pronunciadas; el general Urrea consiguió escapar, mas no así José Antonio Mejía, que cayó en poder de Valencia y cuya epidermis, al arbitrio del jalapeño, valía bastante menos que un comino. No se corrieron demasiadas formalidades. Llamó Tornel a Gi-

ménez, y no conforme con hacerle portador de la orden para que se procediera a la inmediata ejecución del brazo militar de Gómez Farías, le instruyó para no regresar sin haberla presenciado. Cuando dijeron a Mejía que sería fusilado dentro de tres horas, el famoso traidor sólo agregó: "si Santa Anna hubiese caído en mis manos yo le habría concedido sólo tres minutos".

Así se amaban ambos perillanes, el uno con suerte y el otro sin ella. Mejía, por cierto, no se acobardó a la hora de rendir las últimas cuentas; pidió un sacerdote, y en su compañía estuvo hasta caer frente a sus ejecutores. Así tocó a su fin la vida de este cubano metido a mexicano primero y a texano después. Siervo de Poinsett, a quien llamaba su "dueño querido", quedó incardinado al poinsetismo cuando el procónsul abandonó el país, e instalado luego en Texas, a la caída del régimen de 1833, fue gestor de negocios del mismo charlestoniano, y luego de Zavala y de Farías, quien en su tiempo le confirió el mando de la expedición armada por los texanos contra México.

Reconozcámosle fiel hasta la muerte, pues nunca se supo que volviera la espalda a su cofrade: "Yo recuerdo a usted su promesa, espero sus órdenes, y después de que hablemos, haré lo que usted quiera que haga", le escribió un día a Poinsett. Gómez Farías lo enredó luego en la primera y fracasada expedición contra Tampico, pagada con el dinero de la Convención texana, de la que por milagro escapó con vida y hoy, también Gómez Farías, el hombre de su mal fario, lo llevó al patíbulo de Acajete. Murió como un valiente, como una mala bestia valiente, como no hubiera muerto Santa Anna, pero como habría muerto Zavala si le hubieran cogido, porque ambos eran traidores de una pieza, sin cisuras, como lo malo es malo, sin componendas.

La fuga de Urrea y la muerte de Mejía, que dejó "profundas señales de dolor en el corazón de los amigos de la libertad", como decían a Gómez Farías a la hora del pésa-

me, vino a poner término al pronunciamiento. Santa Anna volvió a la capital, mas sólo de paso; disfrutó besamanos y funciones en su honor, y marchó a Manga de Clavo, aduciendo "motivos de salud".

Por supuesto que nadie tragó el anzuelo de la salud precaria, pues jamás se le vio mejor. Se recordaba, además, la historia reciente: si ocho años antes el jalapeño se pronunció contra Bustamante, y fue su sucesor, ahora, con la relativa gloria conquistada a costa de su pierna y los franceses, frescos además de los laureles de Acajete ¿no sería lógico esperar que se repitiera la historia de 1832? Muy parecida era la circunstancia, e idéntico el fin: "El desprestigio de Bustamante hacía imposible su gobierno", escribirá después.

Seguramente proyectaba consumar sus planes en el curso del siguiente año —1840—, mas Gómez Farías y sus federalistas le tomaron la delantera. En las primeras horas del 15 de julio, soldados del regimiento número cinco, confabulados con la guardia de palacio, se apoderaron del edificio y arrestaron al presidente, en sus habitaciones en el mismo edificio. De paso habían liberado a Urrea, preso entonces en el antiguo palacio de la Inquisición, quien como primera providencia mandó llamar a Gómez Farías, *deus ex-machina* de la revolución, oculto en la capital desde su vuelta al país, y "odioso fanático político, demagogo, demócrata furibundo en su lenguaje y execrable tirano en todos sus actos", según le veía el ministro español, testigo del pronunciamiento, don Angel Calderón de la Barca.

Mas la sublevación de Farías no halló sin embargo el eco esperado, pues Valencia, aunque enemigo de Bustamante, éralo más aún de los pronunciados y, fiel al gobierno, se apoderó de La Ciudadela, al tiempo que Almonte, ministro de la Guerra, conminaba rendición a Urrea y Farías sin más garantía que la vida. Para el 23 de julio, a don Valentín le interesaba sólo escurrir el bulto y pretendió abandonar a Urrea, pero éste le retuvo a su

lado, "manu militari", para evitar, sobre todo, exhi desunión entre los rebeldes, mientras la capital "vivía com un campamento, expuestos días y noches a recibir la mu te por una de las muchas balas que la cruzan, o a manos del populacho, en un saqueo" decía el ministro de España

La noticia del pronunciamiento fue llevada por extra ordinario a Manga de Clavo, y el jalapeño se dispuso a dejar caer su espada en uno de los platillos de la balanza aunque de momento no pudiera asegurar en cuál. Por lo pronto, tomó el camino de México, donde la sola noticia de su marcha enfrió los ánimos hasta avenirse a transigir pronunciados y gobierno. Todos temían su llegada: Bustamante por saber lo que significaban sus intervenciones; Valencia porque, convertido en el brazo defensor del gobierno, no deseaba que Santa Anna llegara a comprometer sus ambiciones; y el pueblo la temía también "porque su administración es siempre dilapidadora, violenta, efímera, dado que acostumbra retirarse cuando principia a ser más necesaria la prudencia, y la inteligencia que la energía", según el mismo diplomático hispano.

El día 27, antes de llegar Santa Anna, se consumaron los arreglos entre rebeldes y el gobierno mediante una vergonzosa capitulación en virtud de la cual los primeros conservarían, además de la vida, sus grados y propiedades. Increíble y funesto arreglo, pues ningún tribunal humano —y quién sabe si el divino—, podría absolver de sus crímenes a Urrea y Gómez Farías, al fin sólo penados con el destierro. Bustamante aseguró que la conducta del gobierno se fincaba en poner término al saqueo y demás calamidades, mas en el ánimo de la mayoría quedó la certeza de que la sombra de Santa Anna forzó la paz, pues al aproximarse el jalapeño con sus tropas "se apresuró el gobierno a capitular, para arrancarle la gloria del triunfo y evitar que se apoderase, según lo ha practicado en ocasiones semejantes, del mando supremo", decía Calderón. Chasqueado a medio

mino, Santa Anna emprendió el regreso a Manga de Clavo, y el 29 de julio, de Perote, felicitó al ministro de la Guerra por su triunfo sobre "los horribles intentos" de los pronunciados, confiado, sobre todo, en que habría quedado satisfecha la vindicta pública". "En este caso —concluye—, le hago patentes mil felicitaciones". La congratulación de Antonio de Padua no era absoluta sino condicional. Por lo pronto, hacía reserva de sus derechos para ejercitarlos en el nombre de la vindicta pública, y en la ocasión oportuna.

La capitulación de julio, sin embargo, no resolvía los problemas de la administración de Bustamante, en la que bullían tantas ambiciones pretorianas que aproximadamente un año más tarde, el 8 de agosto de 1841, se pronunció en Guadalajara el general Paredes; Santa Anna hizo lo mismo poco después, apoderándose de Perote, y el día 31 fue Valencia, el fidelísimo y salvador Valencia del año anterior, quien asestó su puñalada de pícaro. Aparentemente resuelto salió Bustamante en busca de los pronunciados, mas la defección de la guarnición de Querétaro dejó el paso franco a Paredes, quien se apostó en Tacubaya el mismo día —23 de septiembre—, en que por arte de magia se presentaba Santa Anna en el mismo lugar. El 28, los tres generales suscribieron un convenio —las Bases Tacubaya—, en trece artículos, en cuyos términos los Poderes Supremos establecidos por la Constitución de 1836 cesaban en sus funciones, "por voluntad de la nación". El artículo segundo de las Bases, al preparar el nuevo encumbramiento del jalapeño, tenía más gracia que una pieza del género chico:

> No conociéndose otro medio para suplir la voluntad de los Departamentos, que nombrar una Junta compuesta de dos diputados por cada uno, nacidos en los mismos o ciudadanos de ellos y existentes en México, los eligirá el Excmo. señor General en Jefe del Ejército Mexicano, con el objeto de que éstos designen, con entera libertad, la

persona en quien haya de depositarse el Poder Ejecutivo provisionalmente.

"Por voluntad de la nación" cesaban en su ejercicio los poderes de la República, y no conociéndose otro medio para suplir la voluntad de los Departamentos, o sea la del pueblo, que integrar una Junta formada por dos diputados de cada uno de ellos, se nombrarían estos "por el general en jefe del ejército mexicano", con el objeto de que luego los representantes designaran a su vez, "con entera libertad", a la persona que debería ocupar el poder ejecutivo. ¡Claro que los señores diputados, a pesar de su "entera libertad" de acción, sólo podían designar para ocupar el poder ejecutivo a la persona que les había nombrado a ellos, o sea el general en jefe del ejército mexicano, el general Santa Anna, quien no obstante haber llegado tarde al teatro de la asonada se hallaba ya en el palco de honor!

"Los tres soberanos aliados", como llama a los pronunciados la señora Calderón de la Barca, representando cada uno de ellos intereses independientes, se reunieron en el palacio arzobispal de Tacubaya. Paredes, por ejemplo, tenía mucho prometido a los departamentos de Guanajuato, Jalisco, Zacatecas y Aguascalientes; Valencia, por su parte, se encontraba comprometido con los federalistas; en tanto que Santa Anna, si de algún compromiso pudiera hablarse, se reduciría al que él, por propia decisión, tenía contraído consigo mismo: "Ha resuelto (Santa Anna) mandar sobre los demás, a quienes permite luchar entre sí, mientras él gobierna", escribió la esposa del ministro español.

El 10 de octubre entregó Bustamante el poder a Santa Anna, quien quedó en Tacubaya. "Ama mucho el campo, y odia en extremo, según dicen, la residencia de este palacio llamado ahora nacional", escribía el nuevo ministro de España. Pero todo el mundo sospechaba que los convenios de Tacubaya sólo abrían un compás de espera en las ambiciones del hombre "temido por la energía de su carácter y por su decisión, dotes poco comunes entre sus paisanos". La

opinión de Pedro Pascual de Oliver era compartida por la ciudad y el país entero: "Hombres de esta clase, no se arrojan en vano a una revolución", decía Oliver.

El 10 de junio de 1842 se reunió el congreso constituyente, previsto por el artículo cuarto de las Bases de Tacubaya, entre cuyos miembros predominaban los federalistas, como era de suponerse, al haber caído, con Bustamante, una administración de ideas contrarias. En dirección federalista pues se desarrollaron los trabajos de la nueva Constitución, ciertamente carente de viabilidad pues los representantes parecían olvidar que estaban allí a resultas de un pronunciamiento, obra de pretorianos desafectos, a quienes sólo interesaba la supremacía de su individualidad tallada en bruto. Santa Anna por otra parte, "más temido que amado", encontrábase en palacio, a cargo de la presidencia, dedicado, como de costumbre, a cultivar su oportunidad.

Seguro de la incompatibilidad mayúscula, a punto de hacer crisis entre sus proyectos y la obra del Constituyente, resolvió el problema a su modo: el 26 de octubre dejó la presidencia en manos de Bravo, y aduciendo motivos de salud se fue a Manga de Clavo. Aparentemente huía del invierno capitalino, mas la gente no se dejó engañar. Sabíase que el Congreso propendía al federalismo, y Santa Anna no sólo odiaba esa forma de gobierno sino que se encontraba "decidido a resistir a todo trance". Los partidarios del jalapeño, casi todos militares, esparcían pronósticos sin el menor recato, y la opinión se unificaba en el sentido de que el Congreso, instalado cuatro meses antes, no tardaría en correr parecida suerte al de 1833. Todas eran hipótesis en torno al viaje de quien abandonaba la capital en busca del verano permanente; se elucubraba en clubes y terrazas, y se cruzaban apuestas sobre la conducta futura del héroe "más temido que amado". En un punto coincidían tirios y troyanos: lo del restablecimiento de la salud no era más que una treta, y en esta ocasión, como en otras tantas, el retiro

del hombre a Manga de Clavo preludiaba la revolución. Desde el mes de junio, a punto de iniciar el Congreso sus labores, el perspicaz Oliver había escrito a su gobierno: "No me atrevería ya a predecir cuál sea en lo venidero la conducta de este caudillo, si la obra del Congreso Constituyente no corresponde a sus deseos". Y concluía:

> El general Santa Anna no es un gran entusiasta por la libertad. La acepta en cuanto le sostiene la Independencia de su patria, pero la quisiera reducida a la menor expresión. Los Congresos le parecen embarazosos, y juzga que con la espada se gobierna mejor, pero oculta estos sentimientos y marcha con las circunstancias, esperando tal vez poderla dominar.

Dos brillantes éxitos, uno militar y otro político, abonaban la sospecha de quienes veían al jalapeño en camino al poder absoluto. La expedición armada por los texanos contra Santa Fe de Nuevo México fue aniquilada por el general Armijo, y sus componentes llevados prisioneros a la capital, en tanto que el distrito de Soconusco, situado entre Guatemala y Chiapas, territorio neutral desde la caída del imperio de Iturbide, pidió su incorporación a la República y Santa Anna firmó el correspondiente decreto de anexión.

Los éxitos acicateaban las ambiciones de Antonio, quien dueño de un arsenal de conocimientos no vaciló en ponerlo en juego. El 11 de diciembre, las "miras ocultas a la dictadura", de que hablara Oliver, se exhibieron sin reticencias al pronunciarse en Huejotzingo un grupo de vecinos contra los trabajos del Constituyente, y reclamando la reunión de una Junta de Notables que, apartada de los excesos de la demagogia, diera al país la Constitución que había menester. El episodio siguiente no se hizo esperar: al pronunciamiento de Huejotzingo siguió el de las tropas de San Luis, y luego el de Puebla, Jalisco, Michoacán, Zacatecas y Querétaro. El 19 tocó el turno a la guarnición de la capital a

cuyo frente se puso el general Valencia, acto que proporcionó al gobierno la ocasión para dejar a un lado la máscara de sus afectos. Los "rebeldes" colocaron un batallón en la puerta del Congreso, e impidieron la entrada a los diputados, luego reunidos en la casa de su presidente, mas al no obtener una respuesta categórica del gobierno sobre si debían o no considerarse expulsados del recinto legislativo por la fuerza armada, acordaron disolverse. Finalmente, para consumar la farsa, el gabinete se pronunció también: todo era moneda entendida en el país de títeres que movía su dueño, el señor de Manga de Clavo.

Desairadamente volvieron a casa los diputados; en su lugar se instaló una Junta de Notables, formada por sesenta y nueve personas, y el 13 de junio de 1843 dieron éstos al país las Bases Orgánicas, instrumento del "absolutismo constitucional". El ministro español, liberal a macha martillo, temía las consecuencias del movimiento iniciado en Huejotzingo, llamándolo con evidente exageración "el más grave de cuantos han ocurrido desde la caída del imperio de Iturbide". Carecía Oliver de experiencia mexicana para comprender hasta dónde el nuevo vuelco político se encontraba falto de raíces, y por lo mismo se reducía a nueva farsa, por esta vez a cargo del consorcio entre burócratas, militares, y la llamada "gente de bien". Un alto personaje le dijo un día que sobraban las discusiones del Constituyente, puesto que al fin Santa Anna daría la Constitución al país: "aquel señor ministro era el de Guerra, y los sucesos que han acompañado al pronunciamiento de Huejotzingo, prueban que el autor de ellos ha sido el gobierno, y los militares sus principales agentes", escribió a Madrid.

El 5 de marzo, en medio de música y tropa, formada desde el Peñón Viejo y la Garita de San Lázaro hasta palacio regresó a México Santa Anna, el "hombre afortunado a cuya voluntad parece doblegarse todo en esta nación, con la circunstancia sorprendente de que no hay nadie que no conozca sus defectos", decía Oliver. Previamente se advir-

tió al pueblo que no estaba en buena salud, y sólo el intenso amor a la patria le forzó al abandono de su refugio. Su existencia "era la de un padre por la que respiran innumerables hijos. . . tan amante, que por la salud de sus hijos la ha expuesto a riesgos inminentes", escribía el gobernador de Oaxaca don Antonio León. Y hasta la *pantera del sur* —el famoso don Juan Alvarez— ensalzaba su regreso "para que la patria deba, a los esfuerzos de su genio, la felicidad de fijar su destino para siempre". Era el momento cenital del héroe, resuelto a la entrega de sus últimas energías en beneficio de la nación desvalida. Por ello en noviembre, al resultar electo presidente por el voto de la mayoría de los departamentos, hasta los menos avisados dieron por un hecho que a la larga no se conformaría con título tan precario.

Bastaron siete años al taumaturgo para trocar en palmas las espinas de San Jacinto y de Velasco. Desde el 26 de septiembre del año anterior se llevó al cementerio de Santa Paula la pierna muerta en Veracruz, y frente al pequeño mausoleo se pronunciaron cálidas oraciones fúnebres. A ese monumento peregrinarían los mexicanos, en los días solemnes, como los buenos cristianos al Santo Sepulcro. Mas ya se iniciaba el principio del fin: el gobierno de Santa Anna, fiel a la profecía de Oliver, iba de cabeza al absolutismo, y más todavía, a una administración convertida en negocio para él y sus amigos. Todo bajo el altar de la pierna. De la pierna que borró los pecados del hombre.

3. *El astro en eclipse*

Si en el centro del país las cosas marchaban admirablemente, en la periferia, en cambio, Santa Anna enfrentaba situaciones como las de Texas y Yucatán, llagas en la carne de su reciente gloria. El problema yucateco, herencia del gobierno bustamantista, se agravaba por momentos, sobre todo a resultas de la acción de Gómez Farías, el inefable

conspirador de quien nadie sabe cómo pudo morir en su cama. Tramó ambos golpes, el de Yucatán y el del 15 de julio de 1840 en la capital, mas fracasado éste por el apoyo que Valencia prestó entonces a Bustamante, y consumada la vergonzosa capitulación entre gobierno y pronunciados, pudo don Valentín abandonar libremente el país.

Tomó el camino de Filadelfia, la capital espiritual del poinsetismo, asiento de la Gran Logia donde Poinsett recibiera poderes para su misión mexicana, mas todavía en Veracruz, poco antes de embarcar, comunicó a Rejón sus últimas órdenes:

> Protejan ustedes la Revolución por Tabasco, Chiapas, Oaxaca y Veracruz, y México recibirá la Ley o se quedará aislado, formando, con algunos lugares del centro, plagados de las clases privilegiadas, un grupo semejante a los Estados Pontíficos.

En Filadelfia permaneció algunos meses don Valentín, mas una vez harto de vivir allí, falto de dinero o por recibir las órdenes conducentes, resolvió su traslado a Mérida, el foco de la revuelta. Encontrábase decidido a vender su alma al diablo con tal de acabar con el jalapeño: "¡No más transacciones con los malvados!", escribía el día de año nuevo de 1841.

Apenas llegado a Mérida, no tuvo empacho en reclamar nuevamente el auxilio de sus amados texanos, de quienes, por cierto, ya no podía suponer que fuera "falso, falsísimo" que pretendieran su independencia, pues la habían consumado varios años antes. En su nuevo domicilio profesional —don Valentín fue un técnico en conspiraciones—, gestionó el viaje de Martín F. Peraza a Texas, con la misión de establecer una alianza militar entre Yucatán y la República de la estrella solitaria. En Austin, el 18 de septiembre, Peraza y el gobierno texano celebraron un convenio, en cuyos términos se proporcionarían a Yucatán tres buenos barcos de guerra, tanto para que colaboraran en operacio-

nes ofensivas y defensivas contra la escuadra mexicana, como para que apresaran cargamentos de ciudadanos mexicanos, ocuparan puertos y poblaciones dependientes del gobierno central, y, en general, consumaran todos los actos favorables al éxito de la causa yucateca.

Ajustado el infame convenio, Peraza regresó al siguiente día a Yucatán, y Gómez Farías pudo cantar victoria el 20 de noviembre, al escribir a Justo Sierra:

> El señor Peraza y los buques de guerra que se esperaban de Texas, llegaron a Sisal antes de ayer.

Gómez Farías estaba dispuesto a todo, y el pacto con los texanos lo confirmaba de sobra: "No me abatiré ante el genio del mal", escribía poco después, refiriéndose a Santa Anna. Mas sólo un fanático de la talla de don Valentín pudo, siendo como era, permitirse el lujo de juzgar el mal en los demás.

Y, sin embargo, su excitación contra el jalapeño no culminaba todavía. Alcanzó este punto al recibir noticias de que, en el seno del Congreso Constituyente, se dejaba sentir el predominio federalista, e ingenuamente olvidó que Antonio era un maestro en el arte de echar doble llave a los congresos cada vez que éstos obstaculizaban sus planes. Entusiasmado, Farías no preveía el pronunciamiento de Huejotzingo:

> Si se toman medidas enérgicas y prontas, la libertad se salvará. . . Pronto tendremos el gusto de ver restablecida la federación. El cruel dictador de México va a caer cubierto de ignominia y de maldiciones. ¡Ay de él y de los que se obstinen en seguirlo!

Un día llegó a sus oídos la piadosa especie de que el jalapeño había sido derrocado; pidió, entonces, cien pesos prestados para cubrir su pasaje y ya se disponía a salir para Veracruz cuando supo la terrible verdad: resultaban falsos los rumores; Santa Anna no había caído, y el pronuncia-

miento de Huejotzingo le situaba a un paso de la dictadura. Fuera de quicio, entregóse nuevamente a la pluma: "¿Estará reservado a un poder exterior castigar los excesos de ese malvado?" Don Valentín vivía el colmo de la desesperación y la pregunta, al parecer, entrañaba un viejo deseo escondido.

En México, mientras tanto, endiosado por el servilismo, Santa Anna perdía todas las proporciones. Se mantenía por lo común en Manga de Clavo, mientras sus empleados desempeñaban la presidencia como Dios les daba entender y, a partir de 1842, con el sepelio de la seca pierna en el mausoleo de Santa Paula, se le agudizó más aún la enfermedad de la grandeza.

Creía entonces Oliver, y muchos más con él, que el caudillo "aspiraba a coronarse", mas, contra las apariencias, una corona para su cabeza no entraba en sus planes. Muerta la imagen napoleónica de su juventud, se encontraba obsesionado por un nuevo tipo de caudillaje, el que, por ejemplo, ejercía en España el general Espartero, una especie de rey sin corona. No fue muy discreto el jalapeño, por cierto, en la charla que sostuvo con el ministro español en el mes de junio de 1843: "Nuestra situación es la misma —dijo Santa Anna refiriéndose a Espartero—; ambos estamos destinados a sostener el imperio de las leyes, y a hacer compatibles la libertad y el orden. Yo admiro la firmeza del general Espartero; yo estudio en su libro, me complazco en imitarlo, y espero ser tan feliz como deseo lo sea Su Alteza".

Aconsejado seguramente por Alamán, Santa Anna llegó a pensar en la posibilidad de un príncipe español para el trono de México y, así lo indican referencias numerosas en la correspondencia de la legación de España. La idea bullía en su mente seis meses antes del pronunciamiento de Huejotzingo por lo menos, e incluso llegó a instruir a Bocanegra, su ministro de Relaciones, para hablar con Oliver, confidencialmente, sobre su propósito de establecer "lazos

más íntimos" entre México y España. Era el fantasma del plan de Iguala que volvía por sus fueros, ahora bastante más viable que en 1821. Las ideas y propósitos del jalapeño, en esta época, constituyen la base de las gestiones auspiciadas diez años más tarde, cuando por última vez ocupó la presidencia de la República. Inalterable se mantuvo este ideal en el largo lapso de 1843 a 1853: el de un príncipe extranjero, español preferentemente, en el trono de México, y él, Antonio de Padua Severino López de Santa Anna, en la butaca contigua.

En la pasión de mandar producíase un eclipse, y el indispensable, el "genio supremo de América", parecía vencido de mala gana a su destino. Prolongaba cada vez más las estancias en Manga de Clavo, mientras sus favoritos oteando el desenlace, exprimían las últimas oportunidades. El 3 de junio del 44 volvió a la capital, para prestar juramento e iniciar un nuevo periodo, y aunque "el recibimiento fue magnífico, casi regio", no impidió que las faenas burocráticas le fastidiaran de nuevo: el 10 de septiembre regresó a Manga de Clavo, con el pretexto del fallecimiento de su esposa, mientras en la capital quedaba el ambiente cargado de rumores, unos, los menos importantes, en el sentido que de inmediato renovaría los lazos del matrimonio con una señorita veracruzana, a quien había visto pocos días antes por primera vez; otros, más serios, acusaban a Trigueros de impureza en el manejo de los fondos públicos, "con indicaciones bastante claras de ser partícipe en este defecto el mismo jefe supremo de la nación". La tormenta prevista se desató en un instante, al pronunciarse el 1º de noviembre el general Paredes en Guadalajara, y el 29, mientras el presidente se ausentaba en busca de los rebeldes, estalló la revolución en la capital, dejándole cogido entre dos frentes. Pudo, sin embargo, al mando de once mil hombres de buena tropa, haber vencido a Paredes, e incluso regresar a la capital y escarmentar a sus enemigos, mas le dejó inerme la noticia de que una

partida de léperos extrajo de Santa Paula su pierna, reliquia venerable, arrastrada luego por las calles.

El solo pensamiento de que una turba profanara un pedazo de su cuerpo, perdido en la defensa de la patria, pesaba sobre su alma más que otra consideración cualquiera, y como un misántropo dejó el camino de la guerra por el de la paz, resuelto a abandonar el país. El era el héroe —¡el héroe!—, y frente a su personal emoción carecía de valor toda la lógica del universo. Dañados los resortes fundamentales de su vida, agrupó a su tropa en cuadro, mientras él permanecía a caballo, sin prestancia, aniquilado el centauro de mil aventuras:

> Compañeros de armas; con orgullo soportaba la falta de un miembro importante de mi cuerpo, perdido con gloria en servicio de la Patria, como presenciaron algunos de vosotros, mas aquel orgullo se ha convertido en dolor, en tristeza y desesperación. Sabed que ese despojo mortal ha sido vilmente sacado de la urna funeraria, rompiéndola para burlarlo por las calles públicas. . . Advierto vuestra sorpresa y que os ruborizáis; tenéis razón, esta clase de excesos era desconocida entre nosotros. ¡Mis amigos! Voy a partir obedeciendo al destino; allá, en lejanas tierras, os recordaré, sed siempre el sostén y ornato de vuestra Nación. . . Quedad con Dios.

En el Paraje de las Vigas despidió a la escolta, y quedó en compañía de dos criados. Amaba sobre todo la partida, y como en el éxito fue también irrealista en la desgracia. Desde el 12 había renunciado a la presidencia y solicitado pasaporte para salir del país, mas las Cámaras, reunidas en gran jurado, rechazaron la solicitud tres días después de que, al pasar por el pueblo de Xico, le aprehendieran por órdenes del comandante militar de Jalapa.

Entre sus pertenencias encontráronse cuatro cartas, una dirigida a Manning, Mackintosh y Cía., rogándole situar, bajo protección del pabellón británico, el dinero guardado en esa casa, pues temía la confiscación de los fondos por

sus enemigos, y las restantes a personas de su amistad, en Jalapa, también custodios de depósitos en efectivo. Don Manuel Ruiz, primer ayudante de los voluntarios de Jalapa, recibió encargo de trasladar a Perote al prisionero, con instrucciones tanto para reforzar la guarnición, que debía ser de toda confianza, como para privar al ex presidente del derecho de recibir visitas, excepción hecha de sus familiares más cercanos. El grupo pernoctó en un lugar llamado La Joya, donde varios conjurados, parte del resguardo, habían resuelto asesinarle. Sólo que el brillo de su estrella, empequeñecida y todo, no amainaba definitivamente, y como en San Jacinto, como en Veracruz, frente a los franceses, en La Joya su infortunio fue superior a la fortuna de los demás. La vigilancia frustró el atentado, y Antonio pudo ingresar por fin, sano y salvo, en la fortaleza de Perote.

El 20 de febrero tomó la pluma, único desfogue a su alcance, y se dirigió al ministro de la Guerra:

> Ciudadano de la República, no gozo de los derechos de tal. Estoy hace un mes preso, pero ningún juez me ha dicho la causa: se me ha leído una acusación y nada más, pero no se me permitió comunicarme, ni siquiera que me quejara. Todos mis bienes, todos los de mis hijos y aun la ropa de mi esposa entran bajo el entredicho de una confiscación general, que sin mi anuencia se ha decretado.

Cuando quería, sabía escribir como César, y lo hacía sobre todo cuando se encontraba en la situación de un césar en desgracia. Hay en sus palabras cierto halo de grandeza, mas en verdad carecía de posible defensa. Don Pedro García Conde, ministro de la guerra, no fue parco a la hora de la réplica.

> Jefe V.E. de la República por la Constitución, ha bajado de tan alto rango por la Constitución misma. Atacada por V.E. con escándalo, no puede encontrar en ella otro título que el de ser juzgado con arreglo a sus terminantes prevenciones.

Pero había algo más. Santa Anna se quejaba por los excesos de que el "movimiento revolucionario" le hacía víctima, y, ofendido el ministro por el calificativo dado al gobierno de que formaba parte, se apresuró a poner los puntos sobre las íes:

> ¿Qué nombre podría darse a las sediciones que ha acaudillado V.E. durante largo periodo de veintidós años, contra todos los gobiernos y sistemas establecidos?

Era el colmo del cinismo, por parte de Santa Anna, sentirse limpio de culpa y arrojar la primera piedra. Otro colmo era sostener que, confiscados sus bienes raíces, se le dejaba en la miseria. "Las cartas que le retiraron al aprehenderlo —puntualizaba el ministro de la guerra— comprueban que V.E. tiene depósitos en efectivo superiores a los de cualquier otro mexicano".

El 26 de febrero las Cámaras, reunidas en Gran Jurado, declararon haber lugar a la formación de causa contra Santa Anna, por sus procedimientos atentatorios contra las autoridades de Querétaro; por su injustificada violencia contra el sistema de gobierno establecido. . . sin faltar el cargo de enriquecimiento ilícito, cuando los mexicanos, sin evolución todavía, no se acostumbraban a que el desempeño de un puesto público, medianamente importante, resolviera los problemas económicos del funcionario y sus causahabientes hasta por tres generaciones.

Y tan no se habían acostumbrado, que fue esta acusación la que más dolió al jalapeño:

> Yo excito a todos los habitantes de la República, les ruego, les conjuro a que denuncien los bienes que sepan ser de mi pertenencia, de cualquier especie que fueran, ya dentro, ya fuera del territorio nacional. . .

Olvidaba las cartas que le encontraron al hacerle prisionero, y entregadas a su criado, el *Moreno*, para hacerlas llegar a sus destinatarios. Los hechos no se compadecían

con su lógica, mas la desventura exaltaba reacciones de gran artista caído en desgracia: "El mayor acto de barbarie es insultar al que se calcula que impunemente puede ser insultado". Y no satisfecho con el gesto, termina con un gallardo pinchazo en el amor propio del ministro: "Debo callar cuando hable con V.E. del bienestar y de la libertad de la patria, porque V.E. no me entendería".

Se conduce en Perote como nunca lo hizo en San Jacinto, en Velasco, en Orazimba o en Washington: vive un capítulo brillante de la comedia heroica, y sus reacciones son ahora las de un criollo delicado y superior, parecidas a las que adoptará muchos años después, al apresarle Juárez en Veracruz. Fue una pena que enseñara el oro en casa, y el cobre en el extranjero.

El 23 de mayo aprobó el congreso una ley de amnistía en beneficio de los reos políticos, quienes conservarían sus grados y puestos. Mas la ley tenía una excepción, porque su artículo tercero excluía de esa última gracia a Santa Anna, favorecido por la amnistía sólo en lo tocante al sobreseimiento de causa, y al permiso que se le daba para abandonar la República. A las 6 de la mañana del 29 de mayo se puso en marcha la caravana hacia la costa. Sobre el camino, un montón de nombres familiares: El Encero, Puente Nacional, Manga de Clavo . . . Doloroso cruzar por tierras donde señoreara como emperador: hasta aquí llegaban los grandes y los pequeños, todos en busca de una gracia, de una sonrisa o un apretón de manos.

El 3 de junio llegó por fin la caravana al puerto, y sus custodios le dejaron a bordo del vapor inglés *Midway*, en unión de su familia y treinta y siete bultos de equipaje. Por primera vez tuvo la certeza de vivir el fin de su gran aventura, mas en verdad sólo una nube producía el eclipse. Movido por el viento el vaporoso estorbo, brillará de nuevo su estrella con poderosa luz. Nadie, ni aun él mismo, podía suponer que su gloria continuaba en ascenso, y que dos lustros le alejaban aún del ocaso definitivo.

capítulo séptimo

HACIA EL GRAN DESPOJO

Declarada la guerra,
los buenos mexicanos recordaron
mis servicios y popularmente
me llamaron.
Me introduje en el puerto
de Veracruz, burlando
el bloqueo. . .

1. *El canto de la sirena*

En La Habana, a fines de julio de 1845, Antonio López de Santa Anna era huésped del capitán general de Cuba don Leopoldo O'Donell. Casi al mismo tiempo, el presidente Jones, de Texas, jugaba su carta decisiva contra la agregación de la naciente república a los Estados Unidos, y la perdió en fecha simbólica, el 4 de julio, al ratificar la Convención texana el decreto del congreso norteamericano que resolvía la anexión: "La última esperanza de Jones se ha desvanecido. . . añádase que fuerzas americanas y texanas, en número de cinco mil hombres y seiscientos caballos, se dirigen a las orillas del río Bravo del Norte", escribía el ministro español. Ya era la guerra. El colofón, tanto como los inicios de la intriga conquistadora, sería obra del presidente Polk, quien el 29 de diciembre, al ratificar la resolución que hacía de Texas un estado más de la Unión, escribió al último presidente de la república recién desaparecida: "El acontecimiento señala una era nueva y gloriosa en la historia de la humanidad".

Poco después, el viernes 13 de febrero de 1846, un individuo relativamente joven, con cara de traficante, modoso a la española, se presentaba en el despacho del presidente de los Estados Unidos. Polk ordenó se dejara pasar al recién llegado, colaborador cercano de Santa Anna en sus últimos gobiernos y suficientemente listo para no agotar la paciencia del presidente. Alejandro Atocha, tal era su nombre, fue inmediatamente al grano. Un mes antes había estado en La Habana con Santa Anna, quien estaba

en comunicación con México, al corriente de sus negocios y no ocultaba su opinión en pro de la celebración de un tratado de paz con los Estados Unidos a fin de cancelar, de una vez, el foco de las viejas querellas, no sólo por establecer la frontera de Texas sobre el río Bravo del Norte sino al rectificar satisfactoriamente la completa línea divisoria entre ambos países, obteniendo, a cambio, una compensación económica valiosa cuando más en treinta millones de dólares, fondos con los que podría México no sólo cubrir sus deudas más apremiantes, sino sostener decorosamente a su ejército y fortalecer su economía.

Polk, viejo zorro, callaba, mientras Atocha continuaba con los pormenores. Santa Anna —agregó— se encuentra sorprendido por los procedimientos militares adoptados por los Estados Unidos y considera absurdo que el general Taylor permanezca en Corpus Christi, en vez de estacionarse en el río Bravo. Hace un mes, al despedirme del general Santa Anna en La Habana —concluyó Atocha—, sus últimas palabras fueron: "Cuando vea usted al presidente, dígale que tome enérgicas medidas y, entonces, podrá hacerse el tratado y yo lo sostendré".

El presidente no pareció sorprendido y sí, en cambio, vivamente interesado en el tema de la conversación. Tanto, que apenas concluida ésta convocó a una reunión del gabinete, donde expresó, a la vez que los pormenores de la entrevista, su propósito de comisionar a un agente para trasladarse a Cuba y conferenciar con Santa Anna. Buchanan se opuso, y varios más, pero Polk estaba resuelto, poseído por el señuelo de poner fin a la guerra y retirar, con mínimo costo, la cuantiosa ganancia prometida. Acabó por salirse con la suya, a pesar de la resistencia secretarial, y el 5 de julio, en misión confidencial del presidente de los Estados Unidos, desembarcaba en La Habana el almirante Alex Slidell Mackenzie.

Pocas horas después, se presentó el agente en la casa de Santa Anna, pero el jalapeño tenía visitas, y, al tanto del

objeto de la misión, prefirió excusarse. Ambos personajes se reunieron finalmente a las siete de la mañana del siguiente día, prolongándose la entrevista por tres horas. El gobierno de los Estados Unidos —aseguró Slidell Mackenzie al entrar en materia— no ha hecho más que resistir, por medio de las armas, el injusto ataque del gobierno que encabeza el general Paredes, mas, a pesar de todo, el presidente Polk se encuentra resuelto a poner término, cuanto antes, a la guerra provocada e iniciada por México. Sólo tropieza con un obstáculo para dicho fin: el despotismo militar de Paredes, quien se adueñó del poder y fomentó a los mexicanos sentimientos hostiles a los Estados Unidos. Si ese gobierno fuera reemplazado por otro, más en armonía con los intereses y sentimientos del pueblo mexicano, la guerra concluiría rápidamente, y considerando que él, Santa Anna, reunía las cualidades para establecer ese gobierno, el presidente de los Estados Unidos confiaba en la posibilidad de su restauración en el poder. En prenda de la sinceridad de dichos votos —apostilló Slidell Mackenzie—, el presidente ha dado órdenes al comandante de la escuadra que bloquea Veracruz, para que se le permita libre acceso en el caso de pretender desembarcar.

Santa Anna, que escuchaba atentamente la lectura del extraño documento, con todas las características de un soborno, trató de interrumpir en ese punto, para inquirir seguramente por el precio, pero el agente confidencial le impuso silencio y continuó:

> Algunas porciones del territorio Norte de México consisten en tierras baldías o en lotes escasamente poblados, y, en parte, habitadas ya por nativos de los Estados Unidos. Estas porciones de su territorio, que probablemente se encuentran ya en estos momentos en poder de los Estados Unidos, serían las que México tendría que ceder al ajustar ese tratado, a cambio de una amplia compensación en dinero efectivo que serviría para restaurar sus finanzas, consolidar su gobierno e instituciones, y cimentar su poder y prosperidad, con tendencias a protegerlo contra futuras

usurpaciones y asegurarle la posición entre las repúblicas del Nuevo Mundo que el presidente de los Estados Unidos desearía verlo ocupar, con lo cual cree que contribuiría al mismo tiempo a la grandeza y felicidad de México, así como de los Estados Unidos.

Cuando Slidell Mackenzie terminó la lectura, Santa Anna se puso en pie y, en actitud abstraída, principió a pasear por la habitación. Tomó finalmente la palabra, para hablar en primer término de su visita a Washington, en enero de 1837, cuando se conmovió hasta las lágrimas al ver que el presidente Jackson, enfermo, dejaba su lecho para recibirle cordialmente, "como a un hermano de armas caído en desgracia". Advirtió, luego, a Mackenzie que si se frustraban sus esperanzas de volver a México, o bien, si el país caía en los horrores de la monarquía, él, Santa Anna, tenía resuelto radicar permanentemente en Texas, naturalizándose ciudadano de los Estados Unidos, para compartir con sus hijos los destinos de ese gran país... Inmediatamente después formuló una minuta, con sus puntos de vista sobre el negocio propuesto. Slidell Mackenzie redactó luego otra, que leyó a Santa Anna con esmero, hasta asegurarse que coincidía con el original, y destruyó éste a continuación. La minuta final condensaba, en los siguientes términos, la interesante charla:

> El señor Santa Anna dice: que deplora la situación de su país; que si estuviera en el Poder no vacilaría en hacer concesiones antes que consentir en que México estuviera gobernado por un príncipe extranjero, que los monarquistas están tratando de elevar (al trono); que una vez restaurado a su país, entraría en negociaciones para arreglar una paz por medio de un tratado de límites; que prefiere un arreglo amistoso, a los estragos de la guerra que pueden ser calamitosos para su país, que aunque los republicanos de México trabajan por llamarlo y colocarlo a la cabeza del gobierno, éstos se encuentran obstruccionados por los monarquistas, encabezados por Paredes y Bravo; que desea que los principios republicanos triunfen en México y que se establezca allí una constitución enteramente liberal y que este es ahora su programa; que si el gobierno de los EE.UU. estimula sus patrióticos deseos, ofrece responder con una paz tal como se ha descrito. Desea que no se acepte la mediación de Inglaterra o de Francia, y que todos los esfuerzos se encaminen a favorecer su regreso al poder de México, protegiendo al partido republicano. Para obtener este objeto, considera necesario que el ejército del general Taylor avance a la ciudad de Saltillo, que es una buena posición, obligando al general Paredes a luchar, puesto que considera fácil su derrocamiento, y hecho esto el general Taylor puede avanzar hasta San Luis Potosí, cuyo movimiento obligará a los mexicanos de todos los partidos a llamar a Santa Anna.
>
> El general Santa Anna desea también que se guarde el mayor secreto respecto de estas conversaciones, y que se comuniquen únicamente por mensajero hasta donde sea necesario, puesto que sus compatriotas, sin apreciar sus benévolas intenciones de librarlos de la guerra y de otros males, podrían formarse una opinión dudosa de su patriotismo. Que todos los cruceros americanos deberían recibir instrucciones, bajo el más estricto secreto, de no impedir su regreso a México. Aconseja igualmente que el pueblo de las ciudades ocupadas por el ejército americano no sea maltratado, para no excitar su odio. Considera importante atacar Ulloa (Ulúa) y juzga que sería mejor tomar primeramente la ciudad, cuyas murallas no son fuertes, lo cual podría efectuarse fácilmente desembarcando tres o cuatro mil hombres. Considera importante la ocupación de Tampico, y le sorprende que no se haya efectuado, puesto que habría podido hacerse tan fácilmente, pues el clima es sano en octubre y continúa siéndolo hasta marzo. Finalmente, desea que se cuide de su buena reputación en los periódicos de los Estados Unidos, y que se le represente como el mexicano que mejor entiende los intereses de su país, y como republicano que nunca transigirá con los monarquistas, ni estará jamás en favor de una intervención extranjera europea. Dice que sería bueno no bloquear los puertos de Yucatán, puesto que él cuenta con ese estado, y está en comunicación con sus autoridades; y tal vez se dirigirá a ese punto si las circunstancias hacen considerarlo favorable.

Cuando el agente confidencial de Polk abandonó la casa, dudaba no haber soñado. Algo esperaba de Santa

Anna, y posiblemente mucho, pero nunca que llevara su desvergüenza hasta señalar las plazas fuertes o propicias para el establecimiento del ejército americano. Recordaba que, sorprendido por la mención de Saltillo, habíale preguntado si Monterrey no sería posición mejor, a lo que Santa Anna contestó que no, que el ejército debía situarse en Saltillo para avanzar de allí sobre San Luis, movimiento "que obligaría a los mexicanos" a llamarlo al poder. El almirante supuso llegar a una entrevista, y se encontró ante una cátedra de técnica militar: ¿por qué no apoderarse de Tampico, cuando el clima es sano en octubre y continúa siéndolo hasta marzo? Confundido Mackenzie, y al momento de despedirse, inquirió sobre la conveniencia de comunicar tan valiosos puntos de vista al general Taylor, para que los aprovechara luego, y así lo dijo a Santa Anna. Todavía recordaba cómo éste se rascó la mollera. "Pregunté —escribió el agente— si el general Taylor era reservado e incomunicativo".

El 16 de agosto llegaba a Veracruz, a bordo del mercante inglés *Arab*, y el comodoro Conner, comandante de la escuadra, le permitió desembarcar, pues desde el 13 de mayo George Bancroft, secretario de Guerra, le había comunicado el siguiente mensaje: "Comodoro: si Santa Anna trata de entrar a puertos mexicanos, le permitirá v. pasar libremente". Disciplinado, Cooner abrió el cerco y dejó pasar al nuevo aliado, mas inconforme, formuló su protesta:

> Le he permitido entrar sin molestias, y sin siquiera ponerme al habla con el barco. . . Es ya casi seguro que todo el país —esto es, las guarniciones de todas las ciudades y fortalezas—, se han declarado en su favor. Pero a menos que haya aprendido algo útil en la adversidad, y se haya convertido en otro hombre, lo único que hará es aumentar el desorden del país, y será echado del poder en menos de tres meses. . .

Mientras en Washington y La Habana se movían las cuerdas de la intriga, en México la noticia de los reveses mi-

litares en Palo Alto y Resaca de la Palma, los días 8 y 9 de mayo, forzaron tanto el relevo del general Arista como que el propio Paredes se encargara de la dirección de la campaña. En manos de Bravo dejó éste la presidencia el 29 de julio, y marchó al norte, a pesar de no haber conseguido sofocar el pronunciamiento de Guadalajara, favorable a Santa Anna, iniciado dos meses antes. Aisladamente considerado, este pronunciamiento carecía de importancia, pero el 4 de agosto, apenas salió Paredes, Salas dio el golpe en la capital, bajo la dirección de Gómez Farías, reclamando la vuelta de Santa Anna y el sistema federal.

En compañía de Haro, Rejón y Basadre desembarcó el jalapeño, quien, para principiar, lanzó un manifiesto destinado en sus dos terceras partes a la apología de sus antiguos sacrificios por la patria y, en la última, a su resolución de exterminar sin misericordia a los invasores. Se fue luego a Manga de Clavo, mientras Rejón seguía camino de México, tanto para dar los últimos toques a la recepción como a su obra maestra: la nueva amistad de Santa Anna y Gómez Farías que, sumada a las gestiones de Atocha cerca del presidente Polk presagiaba el fin de la guerra, mediante un tratado de límites a satisfacción de los Estados Unidos.

El 14 de septiembre, montado el escenario a tono con las escaseces, consumó Santa Anna su enésima entrada triunfal en la ciudad de México. Lo hizo en carretela, en compañía de Gómez Farías y a su derecha una lámina de la Constitución de 1824, plantada en un asta, para indicar el restablecimiento del sistema federal. Vestía, además, muy democráticamente, paletó de camino, pantalón blanco, y nada de cruces ni relumbrones. En el asiento delantero iba Farías, "ambos callados, más parecían víctimas que triunfadores", escribió don José Fernando Ramírez; mas don José erraba al suponerles víctimas, ya que el alborozo de don Valentín no tenía límites: "Dos días bastaron para consumar la obra —escribió poco antes—; Santa Anna. . . ha restablecido, como me lo había ofrecido, la Constitución

Federal de 1824 que rige hoy en la República. Esta medida ha desvanecido la desconfianza que había respecto de su persona. . ."

A todos sorprendió, empero, que el jalapeño se mostrara tan serio en la carretela. En realidad, presente su cuerpo en el convite, su alma vagaba más allá de las aclamaciones. "Sumido en un rincón del asiento principal", como le vio Ramírez, dos problemas le quitaban el sueño y con sobrada razón: cómo salir de su compromiso con los americanos, y cómo tomar nuevamente el pelo a don Valentín.

2. *Las nupcias del pueblo y el ejército*

En el patio de palacio ha rematado el gran desfile. Para colmar las delicias del día, Antonio de Padua anunció su resolución de no ocupar la presidencia sino tomar personalmente el mando del ejército, cuyo cuartel general instalaría en San Luis. No ambicionaba honor más elevado que su nombramiento como general en jefe del "Ejército Libertador Republicano". Y, sin embargo, hemos dejado oculto el episodio previo al renacimiento de la tormentosa amistad, los manejos que acabaron por unir a personajes tan diversos en la misma carretela.

Ahora no podremos prescindir de Manuel Crescencio Rejón, inquieto y famoso yucateco, esta vez en funciones de celestinaje. Principió su faena poco después del destierro de Santa Anna, quien, como sabemos, abandonó el país el 3 de junio de 1845, y fue tan activa su intervención que sólo un mes más tarde, de La Habana, escribía a Gómez Farías:

> Me atrevo a ofrecerle mis servicios para ayudarle desde aquí en lo que crea que puedo ser útil. Agrego, además, que firme el señor Santa Anna en su propósito de no volver al mando de la República, contribuirá gustoso a los nobles designios de v., obrando como soldado y auxiliando con toda la influencia que tenga, con tan sólo que se le deje pasar sus últimos días en el rincón que eligió hace tiempo para descansar en su vejez. . . ¿Por qué no entendernos con el indicado señor cuando los desengaños que ha tenido, y que le predijimos tantas veces, lo alejan para siempre de esa facción liberticida?
>
> Ultimamente creo que hemos llegado al punto de que v. en el Gabinete, y ese señor en el campo de batalla, fijen de una vez los destinos de la Patria, salvándola del peligro que la amenaza.

J. Ignacio Basadre, también en La Habana y colaborador de Rejón, escribía el 9 de noviembre al diputado Olaguíbel:

> . . . Conviene halagar al general Santa Anna, cuyo sujeto está plenamente convencido de que los serviles fueron los que lo arrojaron del puesto, y se halla dispuesto a tomar de ellos "une éclatante vengance".

En realidad, a partir de los acontecimientos que culminaron con su destierro, Santa Anna tenía resuelto mudar de ideas, y no por considerar las de ayer inferiores a las de hoy, sino por cifrar en éstas la esperanza de restablecer su predominio, como en 1852 se ligó de nuevo a los conservadores para ejercer con ellos, y por última vez, el poder. En 1846, frente a los conservadores que le arrojaron de palacio, y permitieron la profanación de su pierna, Santa Anna "se regeneró", respaldado por los federalistas, con toda la prosopopeya de un gran comediante. Ya en su carta del 8 de marzo es evidente el cambio de bandera, mas como su pasado pareciera obstáculo insuperable, no rehuía la palinodia:

> Buscando siempre lo que me ha parecido conveniente a la Nación, he sostenido con tenacidad determinadas ideas, que si no han dado buen resultado, han sido hijas de la sinceridad y buena fe. . . Creo que estará usted convencido,

lo mismo que yo, de que ya es preciso dar esa nueva dirección a los negocios, y por lo mismo le encargo influya cuanto esté de su parte para avenir a los liberales, viendo al señor Farías y sus amigos para que se entiendan con los nuestros. . .

Tampoco le arredra el absurdo, ni la evidencia de su historia, suficiente para que lo calificara con acierto hasta un chamula. Piensa que es de sabios mudar de opinión, y sin el menor rubor estampa declaraciones y confesiones que superarían la capacidad del ridículo en cualquier hombre normal.

> Con la misma buena fe con que sostuve la administración unitaria desde el año de 1834, apoyaré en lo sucesivo las pretensiones de las masas. . .

Concluía como siempre en "prima donna", con el *do de pecho* que sólo su extraordinaria personalidad le permitió prodigar sin que a la segunda vez le arrojaran con las butacas:

> Al retirarme para siempre de la escena política, deseo marcar este acto solemne de la vida, autorizando con mi firma el Código fundamental de la Nación, después de haberle dado una prueba decisiva de mi respeto y sumisión a sus voluntades soberanas. Concluido esto, con lo que quiero reconciliarme con mi país, no permaneceré veinticuatro horas más en el Poder, siendo mi propósito irrevocable no volver jamás a él, para limitarme a servir como soldado.

Ya era dueño Santa Anna de la fórmula sacramental, la que el 14 de septiembre se leía en el gran arco erigido para festejar su llegada: "Sea desde luego nuestra divisa —dice a Teulet—: unión del pueblo y del ejército, como lo fue el año de 1832".

Un mes después, la fórmula comunicada a Teulet evolucionaba bajo la tutela de Gómez Farías:

> Es ahora importante que nos unamos estrechamente para correr una misma suerte, establecida una amistad franca, leal, caballerosa y eminentemente patriótica, a fin de que en nuestra conducta futura se vea siempre el nombre de usted enlazado con el mío y podamos, así, realizar una verdadera fusión entre el pueblo y el ejército, de manera que cada uno inspire tanta confianza a las dos clases, como si los dos formásemos una sola persona.

Los nombres de Santa Anna y Farías enlazados para siempre, como si los dos formasen una sola persona. ¡Cuánta ternura! ¡Qué gran pícaro Santa Anna y qué gran ingenuo don Valentín, al tragar de un golpe anzuelo y cordel! "Venga v. pronto a desempeñar la empresa importante que ha tomado a su cargo. Haciendo v. lo que me anuncia, ocupará un lugar muy distinguido en los fastos de nuestra patria", escribía alborozado, en respuesta a la carta del jalapeño recién llegada a sus manos, muy breve y todavía escrita a bordo:

> Cumpliendo el encargo de v. estoy en marcha para Veracruz. Mi vapor se ha atrasado un poco, pero si los americanos no nos estorban, estaremos en el citado puerto el 15 del corriente.

¿Conque si los americanos no le estorbaban llegaría el día 15? Por lo visto olvidaba que el viaje se encontraba auspiciado por su nuevo patrocinador, el presidente de los Estados Unidos de América.

A fines de septiembre, marchó Santa Anna para su cuartel general y el 5 de octubre se instalaba en San Luis, quedando Salas en México, encargado del poder ejecutivo, por haber sido el brazo militar, o autor material del pronunciamiento contra Paredes. Fue Salas quien convocó la reunión del Congreso Constituyente para reformar la Constitución de 1824 y el jalapeño, contra su costumbre, no intervino en las decisiones electorales. Finalmente, el 21 de diciembre, consumada la elección, el país conoció la

buena nueva: Antonio López de Santa Anna era presidente de la República, y vicepresidente Gómez Farías, como en 1833. Y en cuanto la noticia llegó al cuartel general, nuestro hombre se dirigió a su socio:

> Con las mayores efusiones de mi alma felicito a V. por la confianza que ha merecido. . . Por lo que a mí toca, medité y vacilé mucho sobre si admitiría o no. . . Me decidí venciendo mi natural repugnancia, a admitir tan insigne y espinoso honor, teniendo también presente que ha de durar poco la investidura de presidente, y que no he de ir a desempeñar las funciones.

Ahora modesto franciscano, no suponía Antonio cuán exacta era su predicción sobre lo poco que esperaba disfrutar la investidura. Por lo pronto. nadie podría entender por qué no le interesaba el problema político, si por una parte enfrentaba el hambre y la desnudez de dieciocho mil hombres, y por otra recibía noticias de que Zacarías Taylor partía de Monterrey para ocupar Saltillo, a corta distancia de un sitio, posteriormente famoso, "que forma un puerto y puede compararse con el célebre Paso de las Termópilas", según él calificó a ese lugar en el parte militar de la batalla.

Mas Farías se hacía ilusiones, pues en aquellas circunstancias no podía haber compradores para los bienes de la iglesia y la ley votada en el congreso, sobre no producir un solo real, suscitó en cambio motines y rebeliones en Puebla y en Oaxaca, promovidos por el alto clero. Por otra parte, se extendía como reguero de pólvora la sospecha del entendimiento de Santa Anna con los invasores, que el mismo gobierno de los Estados Unidos propalaba interesadamente. El abandono del puerto de Tampico, sin intentar combate siquiera, respaldaba la verosimilitud del convenio, ya que si la importancia del punto quedaba fuera de duda, "no se concibe cómo se (le) manda evacuar sin tener un solo enemigo a la vista, y contando con guarnición suficiente para impedir el desembarco". Tal proceder —informaba el ministro español— "ha dado nuevos visos de probabilidad a los rumores que atribuyen la inexplicable conducta de aquel general a sus convenios con el gabinete de Washington".

Al concluir noviembre permanecía Santa Anna en San Luis, donde "las únicas órdenes que ha dado han servido para el abandono de Tampico y Ciudad Victoria", según el mismo diplomático. Además, poco se pensaba allí en la guerra, pues según cartas de la capital potosina, "raras veces se hacen evoluciones y ejercicios, y el juego consume gran parte del tiempo para los jefes y para los soldados". Finalmente, como descarga en almacén de explosivos, cayó una noticia publicada en el *Herald*, de Nueva York: "Allí se dice que Santa Anna ha celebrado un tratado secreto con los Estados Unidos, por el cual se obligó a abandonarles los estados invadidos, o parte de ellos, disponiendo las cosas de manera que nuestras tropas opongan débiles resistencias a fin de que, después de varios reveses, la nación se preste a celebrar la paz de cualquier manera. En premio de esto garantizan los Estados Unidos a Santa Anna la presidencia por diez años". Tal escribía entonces don José Fernando Ramírez y "desgraciadamente su conducta da cada vez más motivos para sospechar", confirmaba, poco después, don Alejandro Arango y Escandón.

El jalapeño no pudo más. Sabedor de que su trato con los americanos existía, también consciente de haber resuelto el problema a su manera, el 18 de enero, en carta a Gómez Farías, se enfrentó audazmente a la situación:

> Se atribuye a traición la inacción del ejército: ¡infames! Ignoran esos periodistas la triste situación que guardan estas tropas. . . Y puesto que el abandono en que me tiene el Gobierno da lugar a que se interprete mi inacción de la manera más siniestra y más amarga a mi corazón, espero que v. me sacará de esa situación, o nombrará a un General que tenga más fuerzas que yo para hacerse cargo de este ejército, que yo, renunciando también a la presidencia de la República, tomaré el camino de algún puerto, para salir de mi patria y deplorar lejos de ella sus desgracias.

El general en jefe del "Ejército Libertador Republicano" se encontraba en callejón sin salida al principiar la segunda quincena de enero de 1847. La inmovilidad en San Luis no sólo parecía confirmar la sospecha en circulación sino que, al prolongarse, dañaba los frutos obtenidos con grandes trabajos. La desmoralización cunde más fácilmente en el vivac que frente al enemigo, y la suerte del precario ejército no podía eludir ese destino. Todos los días desaparecían reclutas, primero aisladamente, luego en grupos más o menos numerosos. "La deserción se verifica diariamente en bandadas", escribía angustiado, resuelto por fin a echar mano del remedio extremo, el único que le quedaba: enfrentar a sus hombres, en aquellas condiciones, al ejército invasor. Es patética, digna de un actor de primera línea, la despedida:

> Para poder movernos de aquí, he puesto a disposición de esta comisaría toda mi fortuna y la de mis hijos. Sepa V., y sepa el mundo, que ciento ochenta mil pesos he empleado, hipotecando mis bienes todos, y girando algunas libranzas contra mis amigos, que no dudo honrarán mi firma. Yo no he vacilado en este sacrificio cuando voy a exponer mi vida. Tal vez quedará a perecer mi inocente familia, pero tal es el destino que me ha cabido en mi desventurada patria, donde se me insulta y se me llama traidor en los momentos en que todo lo sacrifico por servirla.

Gravó en treinta mil pesos, es cierto, sus bienes de Veracruz, mas no dijo que al salir de San Luis se apoderó de ciento veinte mil pesos de plata, depositados en la Casa de Moneda; que también exigió cincuenta mil más, en calidad de préstamo forzoso y que recogió, por último, en los estados vecinos, los productos de la venta del tabaco. Todo ello independientemente del rumor, muy extendido entonces en México, de haberse apoderado también de cuatrocientos mil pesos, en barras de plata propiedad de particulares, destinadas a la exportación.

El 28 de enero, por fin, los pesados trenes de guerra

principiaron a moverse. Primero la artillería y el material bélico, custodiados por los zarpadores y el batallón de San Patricio; luego, el 29, la división del general Pacheco; el 30 la de Lombardini, y el 31 la de Ortega. El 2 de febrero, cerrando la marcha, dejó su cuartel general de San Luis.

El desierto no auguraba cosa buena a sus dieciocho mil improvisados visitantes. A poco andar, en la Hedionda, dejó la división Ortega tres muertos de frío, y aunque la modesta cifra no alarmaba, sí era una advertencia. Entre el cinco y el once de febrero, el enemigo no fue ya el frío sino el sol, el astro rey de los poetas, la mayor maldición en el norte de México, pues allí no se conjuga con el agua para fecundar la tierra. Sin el agua, el sol es astro asesino, gestor del mundo gris y yermo, enemigo del hombre, rebelde a la bondad de Dios.

El 14 principiaron a escasear los víveres, y el hambre se sumó a la nostalgia de la sombra: sólo mantos interminables de "gobernadora", esa mala hierba que cubre las formas elementales de la tierra soltera, infecunda. Por fin, la hacienda de la Encarnación. Aquí, a la vera del agua, con el auxilio de algunos víveres, que en algo remediaron la escasez, se concentró el ejército, y un día, el 21 de febrero, Santa Anna pasó revista a la tropa: eran catorce mil hombres, o cosa parecida a hombres. Cuatro mil había costado la batalla del desierto.

Pero ahora los que llegaron iban a conocer la razón de su marcha, porque el enemigo estaba cerca. Se le suponía en Agua Nueva, mas cuando las avanzadas alcanzaron este punto encontraron el campo abandonado, pues los americanos, seguros de la inminencia del combate, retrocedieron en busca de una posición más ventajosa, ya localizada en el camino de Saltillo. Quebrada allí la llanura en dos series sucesivas de lomas y barrancas, en cada loma ubicaron una batería: era un paso montañoso, coronado por un puerto sobre el valle, admirable apostadero conocido por los lugareños como *La Angostura*, el mismo con que lo recibió la

historia: "... lugar que forma un puerto, y puede compararse al célebre paso de las Termópilas..."

Entre el 22 y 23 de febrero, en el palenque de La Angostura, jugó el jalapeño su carta decisiva. Las excelencias de la fortaleza natural desmerecieron en el curso de la batalla del día 22, pues algunos cuerpos mexicanos consiguieron coronar las alturas y apoderarse de banderas y baterías, pero al fin se impuso la superioridad americana en equipo y disciplina, y se contuvo la gran ofensiva lanzada al amanecer del 23. Miñón se indisciplinó luego, y no atacó cuando pudo y debió hacerlo; Ampudia era un inepto probado en cien combates, y como él la mayoría de los oficiales de elevada graduación. Lo mejor en La Angostura, como en todas partes, era el pueblo, siquiera no cobarde, como sus oficiales, a pesar del hambre:

> Lo único que aflige en estos momentos mi situación es no tener ni una galleta, ni un poco de arroz siquiera para alimentar a tanto herido, pues con sólo carne hemos pasado estos días...

Cerca de mil quinientos mexicanos había mordido el polvo, mas Taylor padecía semejante número de bajas, con la desventaja de ser inferior, casi en la relación de tres a uno, el número de sus efectivos. Faltaba un instante, sólo un gramo de decisión para que Santa Anna, autor de tantos pronunciamientos, conquistara por primera vez la gloria verdadera. Se mostraba orgulloso y confiado:

> ... Puedo gloriarme en decir que estoy a la cabeza de un ejército de héroes, que no solamente saben combatir con bravura, sino sufrir el hambre y la sed por cuarenta horas continuadas, como lo he visto, porque así lo ha exigido el servicio de la nación.

Inesperadamente, un poco con la cola entre las piernas, como si ocultara sus propias palabras, el anuncio de retirada:

> Pienso, por lo tanto, trasladar mañana temprano a mi campo a Agua Nueva, tres leguas distante, para proveerme de alguna menestra, que debe haber llegado a la Hacienda de la Encarnación, y si logro hacerme de lo necesario, y me aligero de los heridos que tanto entorpecen los movimientos, volveré a cargar, no obstante habérseme abierto mi herida por la fatiga que me ha producido andar a caballo doce horas por cada día. Dios y libertad. Campo en La Angostura, sobre Buenavista. Febrero 23 de 1847.

Se retiró, sospechosa e inesperadamente, la víspera de la victoria. La víspera del día en que pudo titularse héroe. Y, a cambio de una gloria cierta, nos legó el acertijo cuya clave guarda la tumba del cementerio del Tepeyac, donde un día sepultaron su cuerpo: la clave del porqué se retiró de La Angostura aquel 23 de febrero.

En la búsqueda de la causa de la retirada, dos hipótesis son verosímiles: la primera es obra de Santa Anna, y ciertos hechos la respaldan. Recordemos que en su parte del 23 de febrero habla de regresar a la hacienda de La Encarnación para proveerse de "alguna menestra", decisión razonable si se piensa que su ayudante Giménez venía a retaguardia, con regular cantidad de víveres. En este lugar pudo enterarse tanto de las escaramuzas previas al levantamiento de los polkos como del inminente desembarco de Scott en Veracruz, y posiblemente en un arranque de apatía, muy suyo, decidió contramarchar a la capital. Tal es su versión consignada en su carta a Gómez Farías, fechada en Matehuala el 6 de marzo:

> Profundamente afectado por el escándalo en esa capital, he dispuesto salir para San Luis Potosí, con el ejército que estaba escalonado en esta línea, para que se repusiera de tantos padecimientos. Por lo pronto marchan ya cuatro mil hombres para sostener a los Supremos Poderes, y para atender a la línea de Veracruz.

Aunque vista la historia en su conjunto nadie podría justificar que un general en jefe abandonara la línea de

combate para sofocar un pronunciamiento local, no fue ésta, sin embargo, la opinión de Gómez Farías, quien el 11 de marzo aprobaba la resolución del jalapeño, asegurándole que ambos veían "bajo el mismo aspecto el escándalo que hoy presenta esta capital".

Por cierto que Farías quedaba corto al calificar de "escandalosa" la situación capitalina, donde la guardia nacional, formada por "gente bien" —los polkos—, principió a enseñar las uñas desde la tarde del 22 de febrero en apoyo de un plan que, inicialmente desconocido, en cuanto se hizo público les enajenó las pocas adhesiones con que pudieron haber contado por entonces. Se reducía el plan a desconocer la forma de gobierno republicana y federal, establecida en el mes de agosto anterior, y en el fondo sólo tendía a garantizar al clero el absoluto disfrute de sus bienes. Preparado desde el 22, el motín principió el 27 de febrero, encabezado por el general Matías de la Peña y Barragán, sugiriendo a Mr. Black, cónsul de los Estados Unidos, las más pintorescas reflexiones: "¿Qué pueden pensar las naciones extranjeras de esta gente, que bajo ninguna circunstancia deja de entregarse a luchas civiles para aniquilarse recíprocamente, no obstante que más de la mitad de su país se encuentra ocupado por fuerzas extranjeras, y la otra mitad en peligro de seguir la misma suerte? Su conducta les exhibe como incapaces, tanto para gobernarse por sí mismos, como para ser gobernados por los demás, aunque su proceder les arrastra hacia este último destino, hasta el grado de que, si persisten un poco más, no dejarán otra alternativa a nuestro país que someterlos a su protección paternal".

Y un hombre actual —el que escribe— pregunta a su vez: ¿qué pueden pensar las naciones extranjeras de un país como los Estados Unidos, que a través de su representante oficial se asombra de nuestras criminales desavenencias, cuando valido de otro representante, también oficial, se convirtió en autor directo e inmediato de las mismas? Pocas

veces los Estados Unidos suelen dejar huella ostensible de sus maquinaciones, pero en el caso del pronunciamiento polko no extremaron por cierto la discreción, y se aliaron ostensiblemente con el alto clero como después lo hicieron con los liberales, con la única mira de aniquilar al país. Aunque brevemente, revisemos la actuación americana en aquella trágica coyuntura.

El 21 de noviembre de 1846, en Washington, James Buchanan, secretario de Estado, daba instrucciones a Moses Y. Beach para marchar a México como agente confidencial de los Estados Unidos, conduciéndose como un comerciante salvo en su relación con Mr. Black. En enero, por el camino de Cuba y Veracruz, Beach llegó a la capital, y en vez de acercarse a los liberales, siguiendo el precedente de sus antiguos colegas, se puso al habla con obispos y arzobispos, para quienes llevaba cartas de altos dignatarios de la iglesia norteamericana y cubana. "No es sino un acto de justicia reconocer —dirá más tarde— que el importante logro de ganar la confianza del clero, en México, se facilitó, sobre todo, por el amistoso consejo y recomendaciones de algunos altos dignatarios de la iglesia católica de los Estados Unidos y Cuba, dirigidas a sus correspondientes en la capital mexicana".

Beach encontró al clero poco dispuesto a colaborar con Santa Anna en la lucha contra Estados Unidos, pues en la opinión de los altos dignatarios, como en la de todo mexicano sin sable y uniforme, se daba la convicción de que la paz, más que la guerra, favorecía al despotismo militar, enemigo a la vez del pueblo y de la iglesia. En este punto, Beach invirtió varias semanas en convencerlos de que los Estados Unidos era el país de la libertad, donde la iglesia católica gozaba de los mayores privilegios, sobre todo el de poseer y disfrutar sus bienes. "No encontré gran dificultad —escribirá luego— en persuadir a los influyentes obispos de Puebla, Guadalupe (?) y Michoacán, de que rehusaran toda ayuda, directa o indirecta, para la prosecución

de la guerra". Y no satisfecho todavía, obtuvo de ellos la promesa de "aleccionar a sus amigos de más confianza, con curul en el congreso, para que apoyaran la paz en el momento oportuno".

Mas la dorada coyuntura para la misión de Beach se presentó poco después, cuando el gobierno, en bancarrota, echó mano de los bienes de la iglesia, la antigua obsesión de Gómez Farías. Sin el menor rubor, confesaba el agente que fue entonces cuando incitó al clero a una resistencia organizada, hasta obtener su consentimiento y recoger los frutos de su misión, ya que, "en el momento en que el general Scott desembarcaba en Veracruz, ejecutaron la más importante maniobra en su favor, al desatar la guerra civil en la capital, en Puebla, y en cierto grado en Michoacán".

La rebelión de los polkos, auspiciada por el clero a instancias de Beach, distrajo la actividad de cinco mil hombres de todas las armas, y consumió municiones y recursos de todo género durante veintitrés días, impidiendo al gobierno toda posibilidad de que auxiliara a Veracruz, o fortificara ciertos puntos claves en el camino de la costa a la capital. Una de las declaraciones más infames contenidas en el informe de un quintacolumnista extranjero, es la que cierra el pliego del agente confidencial:

> Al correr el décimo día del pronunciamiento, fui informado que se pedían al clero cincuenta mil dólares para sostener la revolución otra semana, mas que sólo se entregarían en el caso de que la importancia de la crisis justificara la erogación. Como el general Scott apenas había desembarcado su artillería en Veracruz, y tenía que detenerse allí por algún tiempo, estimé que cualquier erogación se encontraba plenamente justificada, sosteniéndose así la revolución hasta que la repentina llegada del general Santa Anna puso fin al asunto.

Cuando estalló el pronunciamiento polko, el cónsul Black se permitió el lujo de imaginar qué podrían pensar las naciones extranjeras de un pueblo, como el mexicano, entregado a la lucha civil mientras un ejército de invasión

embarcaba en sus costas. Y yo pregunto qué pensaría mundo entero de saber que el dignísimo presidente de los Estados Unidos era el gestor de esa revolución, a través de comerciante apócrifo, el señor Moses Y. Beach, colu-do, a través de amistosas recomendaciones "de algunos dignatarios de la Iglesia Católica de los Estados Uni-dos y de Cuba", con sus correspondientes, los obispos y arzobispos mexicanos. Con sus correspondientes ya que no sus iguales. En beneficio de la iglesia supongamos que aquellos altos dignatarios no pudieron tener iguales.

Si la primera hipótesis para explicar la retirada de Santa Anna de La Angostura se funda en su prisa por volver a la capital y reprimir el motín de los polkos, la segunda en cambio, nada despreciable por cierto, toca a la visita que en La Habana hizo al jalapeño el almirante Alex Slidell Mackenzie. Santa Anna, según el pacto habanero, no era en México sino un agente americano más, a quien los invasores habían ofrecido el poder a cambio de su colaboración. La opinión que hacia fines de 1846 y principios del 47 prevalecía en la ciudad de México apoyaba esta segunda hipótesis, y Bermúdez de Castro, atento a cuanta novedad circulaba por las calles, se apresuró a transmitirla a su gobierno. El plan de campaña trazado, por ejemplo, era de lo más a propósito para infundir sospechas: después de permanecer cinco meses en San Luis —escribe— "se adelantaba al encuentro de la división americana situada en las gargantas de la sierra madre, cuando el enemigo concentraba sus fuerzas en Tampico y en la isla de los Lobos para apoderarse de Tuxpan y Veracruz, dirigiéndose en seguida sobre México. En el momento de necesitar defensa la capital, se alejaban las tropas: cuando los invasores iban a operar en el sur, el ejército mexicano emprendía su marcha para el norte. . ."

No carecen de fundamento las apreciaciones del juicioso ministro español, que hoy respaldan muchos otros elementos que él no tuvo a su alcance. Tal parece que en La

Angostura, a punto de consumar una victoria inesperada, Santa Anna retrocedió, en el momento en que las fuerzas se equilibraban peligrosamente, sólo por temor a la victoria. Se retiró en cumplimiento del pacto de La Habana, y sólo su fortuna, probada en cien escaramuzas, vino luego a proporcionarle la excusa satisfactoria, en este caso el levantamiento de los polkos en la capital.

Frente a la duda, bástenos la certidumbre de que Antonio, el apasionado amante de la gloria, perdió la oportunidad de ganar lo que tanto amó y nunca tuvo. Pudo allí haber sido César. Leónidas si lo quería, pues encontraba semejanza entre La Angostura y las Termópilas. Pudo ser lo que siempre soñó sin conseguirlo: el héroe. Abandonó la ocasión, y con ella la posibilidad del título ambicionado. En La Angostura el héroe se nos fue de las manos, dejándonos al Don Juan de los pronunciamientos y préstamos forzosos, como le llama Justo Sierra; nos quedó el héroe fallido, que renunció inconscientemente a la victoria, o el traidor que conscientemente se apartó de ella. La cortina de polvo que levantaba el ejército, en retirada sobre el campo de Agua Nueva, era telón sobre el secreto del más afortunado de los grandes mimados de la fortuna.

"La Angostura. . . forma un puerto, y puede compararse al célebre paso de las Termópilas. . ."

capítulo octavo

EL DESASTRE

Si el enemigo avanza un paso más,
la independencia nacional se hundirá
en los abismos del pasado.

1. *Cerro Gordo*

Sobre su propia huella repasaba Santa Anna el desierto, hacia San Luis, mientras Taylor permanecía en La Angostura, "tan espantado y destruido que no podría moverse para ninguna parte", según la opinión del general presidente. Mas el jefe americano no quedaba espantado ni destruido sino sólo inmóvil, por instrucciones de su gobierno, que no pretendía utilizar aquel camino para la conquista de la capital si mejores atajos quedaban a su arbitrio. Otros objetivos tenía la campaña del norte: apoderarse de los territorios cuya cesión exigirían luego, y sobre todo excitar. en los actuales estados fronterizos, la poderosa tendencia a la segregación.

El 28 de febrero, casi al tiempo de la retirada de La Angostura, el general Heredia y el gobernador Trías perdían la batalla de Sacramento, y Doniphan entró en la ciudad de Chihuahua. Aquí los invasores propusieron al Congreso un entendimiento, sustentado, fundamentalmente en la neutralidad del estado durante la contienda, a más de suspender los impuestos que gravaban las mercaderías americanas introducidas en su territorio, pero era más grave la tendencia dispersiva que cundía en Yucatán, Durango, Zacatecas, Sonora y Sinaloa, por ejemplo, con los que se trataba de formar una nación soberana, independiente a la vez de México y los Estados Unidos.

Tal era el panorama el 9 de marzo, día en que, mientras Santa Anna hacía su entrada en San Luis, seguido por un ejército de fantasmas, el general Scott principiaba

el desembarco de sus hombres en las cercanías de Vera-cruz, camino natural de todos los invasores, allanado por la historia y la impericia de sus guardianes. Varios días principió el bombardeo del puerto, con tan certera puntería que la destrucción de hornos y talleres impidió propor-cionar pan a tropa y población. El 24, los cónsules de Es-paña, Francia e Inglaterra, solicitaron un armisticio, con el propósito de poner a salvo mujeres, niños y connacio-nales, mas el jefe americano no accedió, resuelto a llevar el ataque hasta la rendición incondicional. El día 27, aun-que decididos a consumarla, todavía pretendieron los de-fensores discutir algunos puntos, mas los americanos no les escucharon y exigieron la capitulación incondicional, redac-tada en idioma inglés y al fin suscrita por los vencidos sin comprender siquiera su contenido: "contra todos los usos de la guerra, aparece únicamente el acta original de la capitulación en el idioma de una de las partes beligeran-tes", escribía poco después, no sin nostalgia, el ministro español.

La guarnición de Veracruz no se distinguió por su he-roicidad, y menos todavía sus jefes, tan mezquinos que no pudieron proporcionar a México la primera lección ética de la guerra. En Palo Alto, Resaca de la Palma, Monte-rrey y Veracruz principió a exhibirse, ante los ojos de in-vasores y neutrales, el México que no era una nación sino alma sucia en cuerpo moribundo. Se había caído tanto que no podía bastar, para cubrir la deshonra, el sacrificio de los niños de Chapultepec, el único punto luminoso de una guerra tramada y consumada en la clandestinidad.

En Matehuala y San Luis, mientras las bombas caían sobre Veracruz, Santa Anna tomaba posiciones... políti-cas. Para no variar la costumbre, también ahora había mudado de opinión sobre el motín de los polkos al grado de que, si inicialmente pareció resuelto a respaldar a Gó-mez Farías, luego principió a inclinarse hacia los pronun-ciados. En rigor, el federalismo había sido en sus manos

su máscara, sólo instrumento para recuperar el poder, y el escandaloso pronunciamiento del 27 de febrero le pro-porcionó la ocasión para deshacerse de ambos estorbos a la vez —la máscara y Gómez Farías—, y tomar las rien-das del gobierno en sus solas manos.

El 10 de marzo ya no pensaba en castigar a los polkos, sino en capitalizar el motín para deshacerse de su socio en el gobierno:

> Entretanto me presento en esa capital, lo que será muy pronto —escribió a Farías—, sírvase ordenar se suspendan toda clase de hostilidades, en obsequio de la razón y de la humanidad, a quien se ofende impíamente con el derrama-miento de sangre mexicana, que solamente debía verterse en los campos de batalla, repeliendo a nuestros injustos invasores. Al señor general don Matías de la Peña y Barra-gán, jefe de los pronunciados, hago igual recomendación. . .

Uno era vicepresidente y el otro jefe militar rebel-de y, sin embargo, a los dos escribía como a iguales. Por cierto que don Valentín, al contestar esta carta, puntua-lizó, con desaliento no falto de dignidad, el hecho de que el presidente de la República interviniera en favor de los facciosos:

> No es esta la primera ocasión que v. se engaña. Yo veo con dolor que han sido infructuosas las lecciones de la ex-periencia; la política del país se va a complicar mucho más de lo que está, y sin temor a equivocarme le diré que ni ha logrado v. hacer amigos a los que no lo son, ni pueden serlo, y se ha enajenado v. a muchos de sus verdaderos amigos.

Toda la razón asistía en este caso a Farías, mas el ja-lapeño jugaba sus cartas, y como de costumbre se encon-traba resuelto a servirse del desorden capitalino para ganar ventajas personales. Ni por un momento fue digno de su responsabilidad, que habría salvado con enviar a la horca a los polkos y sus patrocinadores. Nada hizo, salvo aper-

sonarse en la capital el 21 de marzo, despedir a Gómez Farías, y tomar el gobierno por su cuenta. Pareció recordar, al fin, que los americanos se hallaban en Veracruz, y se dispuso a formar un nuevo ejército para cerrarles el paso. Bastóle una semana para reunir doce mil hombres y treinta piezas de artillería, suficientes a su juicio, para defender las gargantas de la sierra. Ahora contaba con mayores recursos que cuando le tenían abandonado en San Luis, pues el cese a Farías le devolvió la confianza del clero, y le abrió sus arcas también: "Ha sabido ganar el apoyo del clero —comentaba Bermúdez—, y cuenta con más recursos que sus antecesores".

Fue la tarde del 2 de abril cuando el jalapeño tomó el camino de su ciudad natal; en Perote supo que Canalizo se había retirado de Puente Nacional sin combatir, abandonando allí sus cuatro piezas de grueso calibre, y seguramente no dejó el punto forzado por el enemigo puesto que Santa Anna le ordenó regresar al Puente a recoger las piezas, y el valeroso ex-presidente substituto pudo hacerlo. En El Encero, finalmente, quedó instalado el cuartel general, y allí contra la opinión de sus ingenieros, inclinados a tomar posiciones en el punto llamado Corral Falso, Santa Anna dispuso fortificar Cerro Gordo, a treinta kilómetros de Veracruz, sobre el camino de Jalapa. Ciertamente no era un mal punto, ubicado en el confín de la tierra caliente: a la derecha del camino quedaba el Cerro del Telégrafo, y a la izquierda una profunda cañada, lecho del río del Plan. Un lomerío, de laderas en apariencia inaccesibles, consumaba la defensa natural, sólo vulnerable porque, otra vez contra la opinión de los ingenieros, el general en jefe resolvió dejar desguarnecidas las alturas del Telégrafo. Entre el 11 y 12 de abril fue avistado el enemigo en Plan del Río y la tropa, ya fortificada en Cerro Gordo, se dispuso al encuentro. Sin atender consejos, Santa Anna, revisaba líneas y fortificaciones, "despreciaba la voz de la ciencia", y aun "exigía la humillación de los que le

rodeaban". Por la noche, rendido por las muchas horas a caballo y, sobre todo, por la tensión nerviosa, en compañía de sus ayudantes se retiraba a sus habitaciones, "mientras a veces una música militar, colocada por fuera, ejecutaba sonatas escogidas", según un relato contemporáneo del encuentro.

Concluyó la espera el 18 por la madrugada, al atacar los americanos las alturas del Cerro del Telégrafo, mal defendidas y nada fortificadas, de las que se adueñaron pocas horas después, contra las previsiones del general presidente. Y cuando por la falda derecha descendieron luego, cortando las posiciones y envolviendo a las fuerzas defensoras, el terror se apoderó de todos: el general Jarero capituló sin combatir apenas; se dispersó el batallón de granaderos y el 6º de infantería capituló también; la brigada de Arteaga, el 11 de infantería y los batallones ligeros y de línea marchaban y contramarchaban, en infernal confusión, acobardados, sólo en espera de la ocasión para rendirse o huir. Un oficial, desde su cabalgadura, pretendía reanimar, con palabras encendidas, el espíritu de la chusma; el general Bananeli "vomitaba mil horribles imprecaciones contra sus soldados", y con su pistola amartillada sobre el cuerpo de uno de sus oficiales trataba de empujarlo al combate. En medio del desorden, Santa Anna se mesaba los cabellos y arrojaba la culpa del desastre sobre los demás.

Finalmente, por los lomeríos de laderas cortadas que quedaban a la izquierda del camino, atacó de improviso el general Worth. No quedaba ya más que la huida vergonzosa y los presuntos defensores se entregaron a ella, sin rumbo, mientras el enemigo hacía de los fugitivos blanco de sus fusiles y lanzas, "acrecentando más y más el terror de la multitud, que se arrojaba por el desfiladero, impulsada a cada instante por una nueva velocidad", escriben los glosadores contemporáneos de la batalla mientras Santa

Anna a caballo, como un fantasma en desgracia, se abría paso por la barranca, contigua al teatro de la batalla, y tomaba el camino del Encero. De aquí, por extraviadas veredas, a Huatusco primero, donde redactó el parte de la acción. En Orizaba encontró a los generales León y Tornel, quienes le improvisaron una recepción, en la que no faltaron vivas al "héroe de Tampico" y al "Libertador de México", que el jalapeño seguramente no agradeció, pues, aunque inaccesible al ridículo cuando su vanidad estaba en juego, no pudo evadir la certidumbre de ser, en aquel momento, nada más que un comparsa en desgracia.

Mientras los invasores ocupaban sin oposición Jalapa y Perote, Santa Anna a principios de mayo, al frente de tres mil hombres, y tras de asolar con sus exacciones los distritos de Orizaba y Córdoba, salió de Tehuacán con destino a Puebla, donde entró el día 11, "pero el desprecio y el odio que inspiraban su egoísmo y su ineptitud, hicieron que fuese recibido con suma frialdad por el pueblo. Las fuerzas americanas avanzaban, y nadie quería defenderse ni resistir", escribía Salvador Bermúdez de Castro.

Lo ocurrido en Cerro Gordo, sin embargo, no fue todo, y Puebla probó luego hasta dónde podía llegar la desvergüenza, la ineptitud y la cobardía. Desde Amozoc, al frente de cuatro mil hombres, el general Worth intimaba la rendición de Puebla, en tanto que Santa Anna, sin respaldo a sus propósitos de resistencia, se replegaba a San Martín Texmelucan. "Inconcebible parece que tan escasa fuerza se aventurase en una gran ciudad, a tanta distancia de su base de operaciones, y más inexplicables son aún la apatía, la indiferencia del pueblo", que por cierto trocó pronto en curiosidad su temor: "las mujeres se hallaban en los balcones, y el pueblo discurría por las calles o llenaba las azoteas... El clero se ha manifestado desde el principio indiferente en esta cuestión. Amenazado del com-

pleto despojo de sus propiedades, sin participación en los negocios públicos... ha preferido, a la autoridad de su gobierno, el yugo de los invasores", escribía el ministro de España.

A partir de la capitulación de Veracruz, modificóse el criterio norteamericano, pues la guerra, por falta absoluta de patriotismo, distaba de ser una *cuestión nacional* para los mexicanos —tal fue la obligada conclusión—, y por lo mismo había de considerarse desde ángulos diversos a los que normalmente sirven para juzgar otros casos, sólo en apariencia semejantes. Descubrieron algo que seguramente no esperaban, más valioso que todo el oro de las Californias: encontraron que no se trataba de una guerra entre nación y nación, sino de un paseo militar a la vera del cual tres partidos políticos, enemigos entre sí, trataban de ganar su apoyo y su confianza. Esta, y no otra, era la terrible verdad que iluminaba la contienda entre México y los Estados Unidos.

Los tres partidos en pugna agudamente caracterizados por el ministro español en México eran en primer lugar *el moderado,* deseoso, antes de la guerra, de llegar a un entendimiento honorable con Estados Unidos y, consumada la ruptura de hostilidades resuelto a concertar la paz al menos oneroso de los precios. En segundo lugar el "*ultrademocrático*", decidido a valerse de la guerra para obtener la definitiva intervención norteamericana en los negocios interiores de México, en la que cifraban el triunfo y predominio de su programa político: y en tercero y último, finalmente, el grupo de quienes al ir más allá del federalismo deseaban acabar para siempre con la supremacía de la ciudad de México sobre los estados, y deshacer los vínculos nominales que les unían entre sí, "para formar, con sus restos, repúblicas independientes y soberanas bajo el protectorado o con el apoyo de los Estados Unidos". Los liberales puros, en sus diversas modalidades, se agrupaban en los dos últimos partidos descritos por Bermúdez de Cas-

tro. Frente los moderados y los clericales, la guerra con los Estados Unidos brindaba a los *puros* la ocasión largamente esperada: era instrumento providencial para finiquitar viejas querellas y asegurar, de paso, el programa del "partido de la libertad".

A tales términos se reducían las fuerzas políticas *nacionales* —por llamarlas de algún modo—, al adueñarse los americanos de Puebla. La proximidad de los invasores acentuó la actividad de los partidos, y no para defender al país sino para utilizar la contienda, y el inminente triunfo de los Estados Unidos, en beneficio de sus respectivos programas. El ejército americano luchaba, pues, contra un fantasma solamente: contra el fantasma de la nación mexicana, inexistente fuera de los sellos oficiales y el territorio que depredaban propios y extraños. Fuera de ambos hechos presuncionales —territorio y sellos—, nada, salvo hombres cuyo recuerdo nos deja mal parados todavía.

A fines de mayo estaba Scott en Puebla, agasajado por autoridades civiles y eclesiásticas, sin que a su ejército, en su marcha desde Cerro Gordo, se le hubiera disparado un solo tiro. En Amozoc mientras tanto, el 11 de mayo, Santa Anna se entregaba a muy serias consideraciones sobre historia patria: Se habla de que un puñado de españoles bastó un día para conquistar este país —razonaba—, "mas ¿qué se dirá de la presente generación cuando se escriban los sucesos de la época, y se refiera que cuatro mil soldados de los Estados Unidos del Norte se internaron hasta la capital del poderoso estado de Puebla, sin que les disparasen un solo tiro por ningún pueblo del tránsito"?

En realidad, a nadie podía ocultarse el peculiar cariz de la situación. "En la disolución de esta república —comentaba Bermúdez de Castro—, ningún plan es temerario ni peligroso, siendo hoy, ciertamente, mucho más fácil sojuzgarla, que pudo ser a Hernán Cortés la conquista del Imperio de Moctezuma."

Cuando la noticia de la capitulación de Veracruz se recibió en México, Santa Anna, recién llegado a su vez de La Angostura, expidió una proclama: "Si el enemigo avanza un paso más, la independencia nacional se hundirá en los abismos del pasado". A Winfield Scott parece haberle hecho gracia la frase, pues se apresuró a remitir el documento a Washington, bizarramente apostillado:

"Hemos dado ese paso. . ."

Darlo, ciertamente, carecía de grandeza, pues el partido liberal "puro" era la avanzada que allanaba el camino. Aunque casi ninguno en ese partido era indio, todos representaban el papel de tlaxcaltecas en la nueva conquista.

También la paz tiene un precio

La historia no es necesariamente lógica, sino a veces tan absurda como los hombres que le fuerzan el rumbo y, sin embargo, el remolino de México, a partir del verano de 1847, colma la medida de lo inverosímil. La consideración de los acontecimientos nos enfrenta a un mundo platónico invertido, donde la realidad quedara en el interior de la caverna, y en el exterior las apariencias. Por ello, nadie comprenderá el sentido de esos días si no pasa de la superficie, porque es en el subsuelo, como tantas otras riquezas, donde se encuentra la verdad entera de la paz y la guerra.

En La Angostura, en Cerro Gordo, y luego en la batalla de México, Santa Anna es un campeón desafortunado de la guerra hasta el fin. Todo en apariencia, por supuesto, ya que mediaba su conversación habanera con Slidell Mackenzie, y su decisión de pactar la paz por todos los medios, que luego veremos cuáles fueron. También en apariencia los liberales *puros* se muestran empeñados en lu-

char hasta la muerte, en tanto que en el subsuelo de su programa alentaba la consigna de obligar a los Estados Unidos, por medio de la guerra, a la ocupación total y permanente del país. En la superficie, por último, los moderados, resueltos a pactar la paz a cualquier precio, incluso al de la entrega de la mitad del territorio nacional, difícilmente evaden la calificación con que la historia oficial de México los tiene registrados, mas, si cavamos serenamente caeremos en la cuenta de que su programa —la paz a cualquier precio— se destinaba a neutralizar el proyecto de los liberales *puros*, que pretendían luchar hasta el fin, pero hasta el fin de consumar la entrega del país a los Estados Unidos. Cada cual era diverso de cómo se mostraba; ni Santa Anna quería la guerra, ni los pacifistas eran traidores, ni patriotas los belicosos. Leamos sí donde ellos dijeron *no*, y nos acercaremos a la entraña de aquel mundo de simulaciones.

El 19 de mayo, al frente de una división de tres mil hombres, "en el estado más miserable posible", consumó Santa Anna su entrada en la capital, asqueado, a pesar de su maravilloso estómago, por la actitud de los poblanos. Su impopularidad era muy grande y se pretendió hacer una revolución para impedir su regreso e, incluso Anaya, presidente sustituto, comisionó al ministro de Relaciones para hacerle ver la conveniencia de volver a su cuartel de San Martín Texmelucan, pero nadie como el jalapeño conocía mejor a sus paisanos, máxime de sus militares, y sabedor de que Valencia era el jefe de los descontentos le prometió el mando del ejército del norte. El fervor revolucionario decreció, y el jalapeño se apersonó sin escándalo en la capital.

Se encontraba resuelto en favor de la paz, aunque temía exhibir abiertamente su resolución. Mas llegó un momento en que la tirante situación se volvió insostenible; por una parte, Almonte, ambicioso de la presidencia, encabezaba una conspiración para arrebatársela; luego, re-

sentidos por sus desaires, los generales Bravo y Rincón dimitieron mandos y renunciaron a sus puestos, en tanto que los *puros*, saboteadores de toda transacción, no parecían resueltos a dejarle en paz. No quedaba a Santa Anna otro camino que la renuncia, y se avino a seguirlo, aunque a su estilo, seguro de que no se le aceptaría la dimisión y su gesto estimularía la belicosidad de sus amigos para dar en el Congreso la batalla en su favor, y allí mismo le confirieran poderes para ajustar la paz.

Muy pronto salió de su error sin embargo. Confiaba en que se le ofreciera la dictadura en respuesta a su renuncia, y aun alguien tan listo como Bermúdez, al corriente de que el jalapeño era a esas alturas "un presidente imposible", consideraba inminente que le dejarían de nuevo en el puesto, rehabilitados los gravísimos errores de su conducta". Mas ambos se encontraban equivocados: Santa Anna esperaba "recibir súplicas, elogios y nuevas facultades" y, de pronto, se enteró de que le aceptaría la renuncia. Comprendió, entonces, que sólo su soberbia pudo aconsejarle un paso que le iba a dejar en manos de sus enemigos y se apresuró a retirar la dimisión pese al sacrificio que para él representaba conservar la investidura presidencial: "Así —comenta irónicamente el ministro español—, desde el 28 de mayo al 2 de junio habían desaparecido las gravísimas razones en que fundaba la necesidad de su separación".

Una semana más tarde, en el cuartel general del ejército americano, en Puebla, se corría el telón para dar principio a una grotesca y sucia aventura, que dejó al nivel del barro a quienes la corrieron. Poco después de la acción de Cerro Gordo, habíase presentado en el cuartel americano Mr. Nicholas P. Trist, alto funcionario del departamento de Estado, en misión confidencial del presidente Polk, quien, presionado en Washington por los enemigos de la guerra, deseaba una paz inmediata, sin renunciar, por supuesto, al tratado que asegurara, en beneficio de los Esta-

dos Unidos, los extensos territorios situados al norte de una línea que, partiendo de la desembocadura del río Bravo, en el golfo de México, siguiera hasta tocar el grado treinta y dos de latitud, continuando entonces, en paralelo hasta alcanzar el océano Pacífico. Era portador Trist de una nota de Mr. Buchanan, secretario de Estado, dirigida al gobierno mexicano, y para hacerla llegar a su destino solicitó los servicios de Mr. Bankhead, ministro de Inglaterra en México, a quien escribió de Puebla el 6 de junio.

Lícitamente pudo Mr. Bankhead aceptar la comisión de Mr. Trist, pues el mismo gobierno mexicano veía con buenos ojos la intervención inglesa en su querella con los Estados Unidos. A lo que nunca debió prestarse el inglés fue a entrar en relaciones secretas con los norteamericanos, a través de Mr. Thornton, secretario de la legación, quien a caballo, por veredas extraviadas, hizo varios viajes a Puebla a partir del 10 de junio. El curso de los acontecimientos fue el siguiente: Mr. Bankhead, una vez que don Domingo Ibarra ocupó el ministerio de Relaciones, puso en sus manos la nota de Mr. Buchanan, de las que inmediatamente se dio cuenta al presidente. Oficialmente se dijo a Buchanan que la decisión de negocios tan importantes competía sólo al Congreso, mas conocedor Santa Anna de que los propósitos de paz contenidos en la nota serían bloqueados por los diputados liberales puros empeñados en llevar la guerra hasta el fin no vaciló en llamar a Mr. Thornton para proponerle un plan. . .

Los acontecimientos se desarrollaron tal y como Santa Anna y Thornton los previeron: la nota de Mr. Buchanan estaba detenida en el Congreso, donde la ausencia de los liberales puros impedía obtener el quorum necesario para resolver el asunto: "todos los días acude la mayoría al salón de la Cámara, y siempre falta el número para la apertura de las sesiones. . . hace una semana ya que conserva infructuosamente el gobierno, en su poder, la nota de Mr. Buchanan" comunicaba Bermúdez de Castro. Mr. Thornton, mientras tanto, fue nuevamente a Puebla, a entrevistarse con Trist y con Scott: ya era dueño de la solución para resolver el negocio sin mayor derramamiento de sangre, bastando para ese fin que se pusiera una determinada cantidad de dinero a disposición del ejecutivo mexicano, para ganar el voto y la voluntad de los que se oponían a la reanudación de relaciones amistosas.

Mr. Thornton comprendía que su papel no era precisamente honroso, pero era un inglés, y como tal luchaba por negociar la paz en beneficio de su país. Conocía las pretensiones de los Estados Unidos, que Mr. Trist le comunicó en su primera entrevista: "Respecto a la cuestión de límites, la línea divisoria entre ambas Repúblicas partiría de la embocadura del Bravo, siguiendo el curso de este río hasta tocar el grado treinta y dos de latitud, y continuando entonces, por medio de una paralela, hasta el gran océano. Los Estados Unidos adquirirían, por tan ventajosa transacción, el territorio disputado de Texas, todo Nuevo México, una parte de Sonora, Coahuila, Tamaulipas y Chihuahua, y los fértiles terrenos y los magníficos puertos de la Alta California".

Las condiciones de la paz que los vencedores imponían eran duras, y nadie lo ignoraba, pero Inglaterra las apoyaría con miras al futuro, sabiendo que las exigencias del gabinete de Washington resultarían más onerosas cuando el ejército americano se adueñara de la capital. Sacrificó Mr. Thornton sus remilgos morales, y ya en pleno celestinaje volvió a Puebla el 24 de junio. Según el inglés, en cuanto Santa Anna estuvo frente a Trist y Scott dijo hallarse dispuesto a tratar el negocio sobre las bases propuestas en la entrevista anterior, si bien necesitaba tiempo para deshacer la resistencia del Congreso. Necesitaba tiempo. . . y que desde luego se pusieran a su disposición diez mil pesos para gastos menores, asegurándole un millón más en el momento de concluirse el tratado. El comentario que de esta gestión debemos a Castañeda es exacto:

> Hay que reconocer que la propuesta de Santa Anna era magistral para el caudillo. Si se aceptaba, se suspendía el avance de las fuerzas a México mientras continuaban las discusiones. Esto daría una admirable oportunidad a Santa Anna para reorganizar la defensa, si, en efecto, intentaba resistir, y tiempo para calmar los exaltados ánimos, poniendo fin a la reinante confusión. Si ganado este primer objetivo lograba obtener una suma considerable de dinero por un tratado de paz que pudiera llamarse favorable a México, tanto mejor. Quedábale abierta siempre la puerta para romper las discusiones, alegando su inhabilidad para convencer al Congreso, con el cual pretexto salvaba su responsabilidad.

Todo era cuestión de dinero, y como el Congreso de los Estados Unidos había votado tres millones para "gastos secretos", Trist, seguro de tener resuelto el asunto de su incumbencia, al siguiente día escribió a Mr. Buchanan: "Considero muy fuertes las posibilidades de una paz inmediata". Y luego, en texto cifrado: "Santa Anna dice ahora, secretamente, que permitirá al ejército americano aproximarse a esta ciudad (a la de México), hasta el Peñón, y entonces tratará de hacer la paz".

Pero, casi inmediatamente después, cayó al pozo el inefable gozo de Mr. Trist, pues Thornton volvió a Puebla con las nuevas exigencias del zorro jalapeño: ahora reclamaba que el ejército americano contuviera su avance y suspendiera el fuego, al aproximarse a la capital, sin el requisito de armisticio o bandera blanca por parte de los mexicanos. Como era natural, la última exigencia planteaba al general Scott una serie de problemas espinosos, y alteraba por completo el cariz de los proyectos que tan prematuramente desataron los entusiasmos de Mr. Trist. Se había entendido que Santa Anna se valdría de la presencia del ejército enemigo en el Valle de México para impresionar al Congreso y a las clases acomodadas —sobre todo a estas últimas, con el fantasma del saqueo de la plaza—, de modo que fueran ellos, y no él, quienes reclamaran la paz. La artimaña salvaría su responsabilidad, sin evitar que se metiera en la bolsa, de paso, algo más que un millón de dólares.

Pero suspender de pronto el ataque, sin el requisito de bandera blanca, planteaba riesgos y responsabilidades que no podían ocultarse al general Scott. Santa Anna —dice Castañeda— pedía se hiciera un ataque formal, sin ofrecer una sola garantía en cambio. El avance sobre la capital era arriesgado en sí, pues las fuerzas efectivas norteamericanas no pasaban de diez mil hombres, y las mexicanas llegaban a cerca de veinte mil. Comprometerse entonces a consumar un ataque formal sobre las defensas exteriores de la plaza, intentar tomarlas a sangre y fuego y, una vez logrado el intento, suspender la ofensiva en espera paciente de que Santa Anna tuviera a bien enviar comisionados de paz, era ciertamente cosa inaudita.

Scott intentó todavía una transacción: propuso que llevaría adelante el ataque tal y como Santa Anna lo deseaba, pero exigió que la suspensión del fuego se pidiera del lado mexicano, a lo que nuestro jalapeño se opuso rotundamente. El no comprometería su pedestal, solicitando públicamente la cesación del fuego. En vista de su resistencia —concluye Castañeda—, estaba Scott a punto de ceder cuando Trist relató la situación al general Pillow, explicándole que Scott había resuelto transigir en ese punto. Pillow se violentó al oír semejante cosa y con la claridad deslumbrante de la centella vio lo ventajoso para Santa Anna de su última propuesta. Si el ejército norteamericano, después de tomar las avanzadas, suspendía las hostilidades sin solicitud visible del enemigo, Santa Anna, absuelto de haber pedido tregua, tendría amplia oportunidad para rehacer sus fuerzas y reconstruir las defensas de la capital, entreteniendo a Scott con arreglos preliminares, mediante un armisticio que rompería a buena hora. El ejército norteamericano, en cambio, tendría que librar nueva batalla para apoderarse de la capital. Santa Anna podía, en

todo tiempo, gloriarse de no haber iniciado el armisticio. Si, por desgracia, los norteamericanos fracasaban, estarían a su merced, y podían ser destruidos sin piedad. "Juzgué tal proposición", dice Pillow en una carta al secretario de Guerra, "una infatuación miope, un experimento criminal con la sangre y vidas del ejército. No podía aceptarse. Era inadmisible".

O sea que el jalapeño tiraba la piedra y escondía la mano, dejándonos sin saber cuál era su propósito, si burlarse de los americanos, entreteniéndolos con el señuelo de la paz mientras él reorganizaba la defensa, o bien si se encontraba decidido a traicionar por la razonable compensación de un millón de dólares.

Ciertamente el anticipo de diez mil que exigió, y Mr. Trist puso en manos de su agente, habla en contra de las patrióticas intenciones del general en jefe, como también vota en contra su decisión de hacer cuantiosas entregas territoriales: "No tengo inconveniente en ceder la Alta California, que nosotros no podemos poblar ni defender —dijo el 27 de julio a Bermúdez de Castro—; pero no consentiré nunca en que sea el río Bravo el límite entre ambas Repúblicas. Es indispensable un desierto entre ambos países. Exigiré el río Colorado, y en último caso la corriente de Las Nueces. Pero, cualquiera que sean las condiciones de la paz, pediré a España, a Inglaterra y a Francia que garanticen nuestros límites, y espero que si va usted a Europa, podrá y querrá ayudarnos en el arreglo definitivo de esta cuestión".

El proyecto, desde un exclusivo punto de vista teórico, no estaba mal concebido, aunque prácticamente fuera difícil convencer a España, Inglaterra y Francia que jugaran en México una carta tan importante. Pero engañó también a Bermúdez de Castro cuando le habló de *exigir* a los Estados Unidos la línea del Colorado como frontera entre ambos países. Tenía recibidos diez mil pesos del ejército enemigo, en calidad de anticipo a un millón más, y consecuentemente no estaba en condiciones de ponerse muchos moños.

3. *El programa de los héroes*

Tras de forzar los últimos bastiones, que las victorias de Padierna y Churubusco dejaron en sus manos, se aproximó a la capital el ejército de los Estados Unidos. Era el 20 de agosto, y la noche de ese día, reunidos en palacio altos personajes del gobierno y varias personas de distinción, exponíales Santa Anna el fracaso de las medidas para contener al enemigo, el estado lamentable de la tropa defensora, y la necesidad de concertar una tregua, por lo menos, como un respiro previo a la batalla por la ciudad. En la reunión jugaba el jalapeño su carta más comprometedora, prevista en los convenios de Puebla.

Trist, en la postdata de su comunicación a Buchanan —23 de julio—, había escrito:

> Santa Anna dice ahora, secretamente, que permitirá a nuestro ejército aproximarse a esta ciudad (México), hasta el Peñón, e intentará entonces hacer la paz.

Los invasores a extramuros, ninguno de los personajes reunidos en palacio sospechaba que era sólo una pieza de ajuste en el jalapeño plan. Por cierto que esa noche del 20, Santa Anna caminó con más suerte que nunca, pues aterrorizados los vecinos prominentes ante la perspectiva de la ocupación violenta, le facultaron para que, a nombre del gobierno mexicano, y valiéndose de los amistosos oficios del ministro español y del cónsul inglés, negociara una tregua honorable: "Al efecto, el señor Pacheco, ministro de Relaciones, se dirigió a los señores Bermúdez de Castro y a Mackintosh, quienes se prestaron a llevar a cabo esta combinación, *mas los acontecimientos se efectuaron de una manera mucho más favorable al decoro nacional.*

El ejército americano, no obstante sus triunfos, estaba también desfallecido; necesitaba un descanso, y el general Scott para lograrlo, pasó al general Alcorta, ministro de la Guerra, una nota. . ." Esta era la ilusión mexicana, la de que la nota de Scott *había venido a salvar el decoro*. Se ignoraba naturalmente, que la nota en cuestión había sido convenida previamente en Puebla, contra la opinión de la mayoría de los generales americanos, uno de los cuales —Pillow— había estimado la tregua como "un experimento criminal con la sangre y vidas del ejército". Scott, contra el parecer de su oficialidad, dirigió pues a Santa Anna la nota *salvadora del decoro nacional*, o sea la comunicación convenida dos meses antes en Puebla:

> Demasiada sangre se ha derramado ya en esta guerra antinatural entre las dos grandes Repúblicas de este Continente. Ya es tiempo de que las diferencias entre ambas se resuelvan de modo amistoso y honorable, y es del conocimiento de Su Excelencia que un comisionado de los Estados Unidos, revestido de plenos poderes para dicho fin, se encuentra con este ejército a fin de facilitar el establecimiento de negociaciones entre las dos Repúblicas. Estoy decidido consecuentemente a firmar sobre la base de términos razonables, un breve armisticio. . .

Para Santa Anna, como se ve, las cosas marchaban admirablemente, tanto que cuando ya le autorizaban a procurar el armisticio, la invitación llegaba precisamente del bando enemigo. Alcorta se apresuró a contestar, haciendo suyas las palabras del yanqui sobre "la guerra antinatural", y "el inútil derramamiento de sangre". Aceptó el armisticio propuesto, y Winfield Scott cargó sobre sus espaldas, él solo y sin necesidad, con la responsabilidad de no haberse apoderado de la ciudad. Así lo veía Mr. Trist claramente:

> Sin duda nuestras tropas podrían haber penetrado en la ciudad sin necesidad de alguna otra batalla, si esto

> no hubiese sido impedido por consideraciones de humanidad hacia los habitantes inermes, por no decir nada de las razones políticas que están de por medio. . .

De sobra sabemos cuáles eran las "razones políticas" a que se refiere Mr. Trist. Eran las mismas que, de paso, habían enriquecido en diez mil pesos el patrimonio de Antonio López de Santa Anna.

El día 22, se reunieron en Tacubaya los comisionados que acordaron la cesación de las hostilidades mientras se entablaban las negociaciones de paz. Dos días después, se ratificaba el armisticio y el 27 de agosto a las cuatro de la tarde, en el pueblo de Azcapotzalco los comisionados mexicanos, generales José Joaquín Herrera e Ignacio Mora Villamil, más los abogados José Bernardo Couto y Miguel Atristáin —acompañados del intérprete Miguel Arroyo—, pudieron conocer, a través de Mr. Trist, las exigencias del Gobierno de los Estados Unidos: I. La cesión, por parte de México, del territorio de Texas; II. La cesión del territorio contiguo a los límites de dicho Estado, desde la ribera izquierda del río Bravo hasta tocar, por el sur, el límite de Nuevo México; III. La cesión de la totalidad del territorio de Nuevo México; y IV. La cesión de los territorios de Baja y Alta California. Fijaba el 2 de septiembre, además, para que México resolviera el ultimátum.

Confundido Santa Anna por el sesgo que tomaba el asunto, al conocer las exorbitantes demandas territoriales, no volvió a recordar el millón de pesos que pensaba meterse en el bolsillo; tampoco devolvió los diez mil ya recibidos, y se redujo a dar nuevas instrucciones a los comisionados y a rechazar la línea fronteriza propuesta por Trist, haciéndole saber que la máxima concesión de México podría ser la de tratar de obtener autorización para ceder a Estados Unidos el territorio de Nuevo México, amén de renunciar a todos los derechos de México sobre Texas.

Parece indudable que cuando Santa Anna, con la com-

plicidad de Mr. Thornton, se propuso llevar a cabo el negocio de la paz, no sospechaba el devorador apetito de sus socios. Un mes antes de conocer la terrible verdad, decía confidencialmente a Bermúdez de Castro:

> No tengo inconveniente en ceder la Alta California, que nosotros no podremos poblar ni defender, pero no consentiré nunca en que sea el río Bravo el límite entre ambas Repúblicas. Es indispensable un desierto entre los dos países. Exigiré el río Colorado, y en último caso la corriente de las Nueces.

Ahora, cuando Mr. Trist ponía las cartas sobre la mesa, y sólo él se reservaba el derecho de exigir, Antonio sentía que algo parecido a una montaña se desplomaba sobre su cabeza. Resolvió, entonces, dar la batalla por la capital, aprovechando, astutamente, la segunda de las alternativas que tenía en la mano: ya que no para firmar la paz y llevarse al bolsillo una jugosa parte en el negocio, el armisticio le proporcionaba la oportunidad de reorganizar la defensa. Así jugó Antonio sus cartas, y el ingenuo general Scott acabó poco después ante un Consejo de Guerra, que lo juzgó por tonto más que por malvado.

La tregua no condujo, pues, a ningún arreglo, y el 6 de septiembre Mr. Trist suspendió las conversaciones. Fracasada la avenencia, las hostilidades se reanudaron mientras Santa Anna, purgada a su modo la conciencia, se refugiaba en el gesto heroico:

> No se me oculta que la verdadera, la indisimulable causa de las amenazas de rompimiento de hostilidades, que contiene la nota de V.E., es que no me he prestado a suscribir un tratado que menoscabaría considerablemente, no sólo el territorio de la República, sino también esa dignidad y decoro que las naciones defienden a todo trance.

Roto el armisticio los americanos atacaron y vencieron en el Molino del Rey, edificio situado al occidente del

cerro y castillo de Chapultepec, cuya resistencia fue también debelada el día 14, y el 15 de septiembre, veintiséis años después de haberse consumado la independencia, el ejército de los Estados Unidos ocupaba la ciudad y colocaba su bandera, como Scott decía, "en el palacio de los Moctezumas".

A raíz de la caída de la capital principian a definirse las aristas de ciertos oscuros manejos de los liberales *puros*. No olvidemos que desde el punto de vista liberal *puro*, criterio consagrado en la historia oficial de México, el calificativo de traidores se guarda para quienes entonces se mostraban dispuestos a tratar con los americanos, y el de patriotas para los resueltos a llevar la *guerra hasta el fin*. Mas, ya dijimos, que la lógica fracasa en este mundo de las apariencias. Veamos el asunto de mayor interés que plantea la guerra con los Estados Unidos: el *programa secreto* de los liberales *puros*.

El 17 de agosto, mientras los americanos ganaban la batalla de México, escribía Valentín Gómez Farías:

> Por acá estamos muy mal, amigo mío. La capital ya está amenazada por el enemigo, y muchos conjeturan que el éxito va a ser desgraciado. Otros muchos calculan que si se triunfa del enemigo exterior, los Estados Unidos se van a ver muy pronto atacados en su soberanía y amenazada la libertad por la dictadura.

Y en la misma fecha:

> Según las noticias que tenemos de la capital, no se ha decidido nada todavía. Todos desean la salvación de la patria, pero temen todos que al triunfo de Santa Anna y del ejército siga irremediablemente la destrucción del sistema federal.

Manuel González Cosío, a quien Gómez Farías había hecho gobernador de Zacatecas en agosto de 1846, recibía

una carta angustiada de su mentor: "por desgracia parece que ya sólo se trata de comprar la paz a cualquier precio. . .", y él, González Cosío, pensaba eso mismo por su parte: "estoy y he estado siempre conforme con v., en que no debe hacerse la paz, tope en lo que topara. . ." Pero la paz se hizo por fin, y el 2 de febrero de 1848, en Querétaro, concluyó el drama que exhibiera tan infinita indecencia en conquistadores y conquistados. Ese día se aprobó el tratado de paz, perdiéndose para siempre Texas hasta el río Bravo del Norte, y la totalidad de los territorios de Nuevo México y la Alta California.

Pese a la obstinada batalla que dieran contra el tratado los liberales *puros*, Gómez Farías, ya radicado en Querétaro, fue testigo del doloroso final: "Ayer se ha aprobado el ignominioso tratado por cuarenta y ocho votos contra treinta y seis —escribía luego a sus hijos—; en el senado se aprobará dicho tratado de la misma manera y con más celeridad, y así es que la obra de perfidia quedará pronto consumada". Y pocos días después, también a sus hijos:

> La venta infame de nuestros hermanos está ya consumada. Nuestro gobierno, nuestros representantes, nos han cubierto de oprobio y de ignominia.

Mas eran palabras, sólo palabras de los liberales *puros* para ocultar su programa secreto. Palabras cuyo tono patriótico apenas si oculta la inquina hacia los hombres del partido moderado, gestores del tratado de paz. "Nuestro conde don Julián", escribió Gómez Farías refiriéndose a Luis de la Rosa, ministro de Relaciones en el gobierno que iba a cargar con la responsabilidad del tratado y de la paz. Era una forma de llamarle traidor, y para ello acudía al recuerdo del conde don Julián, quien llevado por su rencor a don Rodrigo, el monarca visigodo, abrió las puertas de España a los musulmanes. Mas en verdad, y en ese tiempo, no hubo más conde don Julián que él y los

suyos. Así lo barruntaría algún anónimo enemigo de Gómez Farías, autor de una curiosa carta en el archivo García de la Universidad de Texas, con la firma de don Valentín ciertamente falsificada.

En dicha carta, fecha de 29 de octubre de 1846 y dirigida a Manuel Crescencio Rejón, se dice:

> Es muy difícil que el general Cojera (Santa Anna) pueda más con su cobarde ejército que Taylor con su estrategia, bizarría y conocimientos. Este sujeto tiene dinero, está de acuerdo conmigo, y tenga v. segura la derrota completa del Cojo, por lo que estando nosotros aquí bien agarrados, los Estados Unidos son dueños de esto, y nosotros hombres grandes.

Si la caligrafía no es de don Valentín, y su firma se encuentra falsificada ¿quién pudo ser el autor de la comprometedora carta? A mi juicio sólo cabe una respuesta: la carta fue jugarreta de sus enemigos para comprometerle ante la posteridad, sin sospechar que en 1846 don Valentín se encontraba ya en las listas negras de la historia por méritos en campaña. O para decirlo en otras palabras: que la carta no es de Gómez Farías, pero la conducta del grupo de don Valentín, y de él mismo en la guerra con los Estados Unidos, justificaría sobradamente su paternidad.

Manuel González Cosío, por ejemplo, liberal *puro* de Zacatecas, nombrado gobernador del estado cuando los prosélitos de Gómez Farías derribaron a Paredes en 1846, era, 22 años más tarde, decidido partidario de seguir la guerra "hasta el fin", como lo prueba su correspondencia con don Valentín, a quien escribía el 11 de febrero de 1848:

> Estoy y he estado conforme con usted en que no debe hacerse la paz, tope en lo que topara.

Y es también el mismo González Cosío quien dos años antes, al comenzar la guerra, le había escrito:

> Si como la posición geográfica de nuestro desgraciado estado es tan central fuera limítrofe, siquiera como Chihuahua, habríamos proclamado nuestra independencia, y aun nuestra unión a los Estados Unidos. Si, nuestra unión a aquella República, porque en la forzosa y dura alternativa de perder la libertad o la nacionalidad, la elección es muy obvia. Texas ha hecho mil veces bien, y lo mismo hará California.

Si tan definido campeón de la "guerra hasta el fin" pensaba, que Texas hizo mil veces bien en "liberarse" del yugo de México, y que Zacatecas haría lo mismo si su posición fuera limítrofe, "siquiera como Chihuahua"; si estaba convencido de que ante la alternativa de perder la libertad o la nacionalidad *era obvio* el sacrificio de esta última ¿qué sentido podía tener en sus labios la resolución de "luchar hasta el fin", y "tope en lo que topara"? La respuesta, apenas creíble, nos la proporciona el despacho del 25 de octubre de 1847, dirigido por Trist al secretario de Estado norteamericano:

> La querella se mantendrá entre los dos partidos (el moderado y el liberal puro) —dice Trist—, y será tan intensa como si uno de ellos se encontrara movido por la más temeraria animosidad en nuestra contra, cuando en realidad su lucha no tiene otro fin que el de incorporarse a nosotros y, en el caso de que esto no fuera posible, por lo menos obligarnos a que les proporcionemos el apoyo y ayuda necesarios para mantener un orden de cosas respaldado por un Gobierno fundado en principios republicanos.

El agente vertía aquí conceptos decisivos para comprender la meta de los liberales *puros*. Este grupo se presentaba como campeón de la lucha armada contra los invasores, mas sólo para conseguir la definitiva anexión de México a los Estados Unidos. So capa de rehusar el trato con los americanos, en realidad se proponían continuar las hostilidades hasta forzar la ocupación militar del país. Odiaban más a los moderados que a los ultramonta-

nos, pues éstos, aunque por motivos diversos, optaban por la guerra, mientras aquéllos estaban resueltos a pactar la paz, y los *puros* entendían que el tratado dejaría un México notoriamente mermado en cuanto a superficie, pero también independiente, y en consecuencia fuera de su alcance para disponer de él a su arbitrio. Trist hacía incluso cálculos sobre la tropa norteamericana que sería menester para la empresa: 25 o 30 mil hombres, del ejército regular, consumarían en pocos años el sueño de los poinsetistas:

> Es un fenómeno sin paralelo en la historia del mundo la posición en que nuestro país se encuentra en este caso: una Nación a cuyos principios, hábitos e instituciones resulta extraño el espíritu de conquista y al que se carga, de pronto, con la tarea de adquirir un país, por el empeño de sus propios habitantes; país rico, más allá de todo cálculo, en innumerables fuentes de prosperidad comercial, y abundante en cuanta cosa se requerirá para hacerlo deseable. . . He expresado mi convicción de que depende sólo de nosotros proporcionar aquí la preponderancia a los anexionistas. . . Más y más me satisfago cada día con la certidumbre de que una fuerza de veinticinco a treinta mil hombres sería suficiente, y que los gastos que causaran se allanarían sin dificultades con los productos de las fuentes ordinarias.

Ahora sí que Mr. Trist captaba lo esencial del drama de México: ante los Estados Unidos se abría el camino de Poinsett, con apoyo en el mismo rebaño del que Poinsett fuera director espiritual: los liberales *puros* que auspiciaban la empresa, resueltos a respaldar su programa con la presencia de veinticinco a treinta mil señores, de quienes ellos aspiraban a ser modestos, obedientes y agradecidos segundones. El sueño poinsetista ganaba la batalla decisiva: hacer de México un país crucificado bajo la bota de señores rubios, y de capataces morenos y mentecatos.

Pero no se ocultaba a la conciencia moral de Mr. Trist el riesgo, la grave amenaza del sueño poinsetista: el temor de los señores al virus moral de los esclavos:

Mas independientemente de las grandes dificultades y embarazos que entre nosotros mismos suscitaría la política de ocupación continua, surge un serio peligro que no se podría despreciar, y que se ha grabado en mi mente; me refiero a la inoculación de nuestra raza con el virus de la corrupción española. . .

Con la mira puesta en "su gran propósito", los liberales *puros* parecían dispuestos a pactar con el demonio mismo:

Los puros —escribe Trist a Buchanan— actuarán en combinación con cualquier facción para conseguir el propósito que ahora tienen a la vista, como un medio para el gran fin a que referí en mi Despacho No. 18.

El *medio* a que se refiere Mr. Trist era la ocupación militar de México por el ejército americano, y el *fin*, la posterior anexión a los Estados Unidos. Se imponía, pues, luchar con todas las armas contra el posible tratado de paz de los moderados, ciertos de que la cesación de la guerra era el medio de impedir la desaparición de la nacionalidad. Sus contrarios, los *puros*, no eran menos sensibles al valor de la paz, "pero estimando que su restauración bajo las circunstancias existentes sería fatal para sus esperanzas de regeneración política del país, se encuentran resueltos a evitarla, a cualquier precio y sin importar los medios. En cuanto dependa de sus propios esfuerzos, *la guerra no finalizará jamás, hasta que sea convertida en el medio para la consecución de su gran finalidad*, el propósito que muchos de ellos tenían en cartera antes de que la guerra comenzara, y que, aun en aquel periodo, determinó su conducta en relación con las causas que la suscitaron".

Y así lo hicieron apasionadamente, tal y como Trist lo anunció. Afrontaron como un solo hombre el riesgo de la paz, y en todos los tonos aseguraron no consentir jamás en la extinción de su nacionalidad ni en la conquista de su país:

Se reducen a manifestar aquello a lo que se oponen, a lo que no harían, a lo que nunca consentirán —apunta sagazmente Mr. Trist—. No consentirían en la extinción de su nacionalidad, pero nada dicen de su amalgamación; no consentirán en la desmembración de su país, y tampoco en su conquista, pero nada dicen de su incorporación. . .

Ahora se explica por qué los hombres del partido liberal puro pasaron a la historia con la aureola de los héroes: porque se opusieron a la extinción de la nacionalidad y a la conquista de su patria, se repetirá por muchos años más.

Y no se apostilla que lucharon por su *amalgamación* y su *incorporación* a los Estados Unidos. El programa *puro* fue definido en cuatro palabras por quien lo conoció mejor, o sea por el señor Trist, quien tan repetidas veces disfrutó la compañía de los prohombres del grupo:

"Los puros, o partido de la guerra hasta la anexión. . ."

Así definió Trist al belicoso partido de "la guerra hasta el fin"; hasta el fin de la anexión de México a los Estados Unidos, que diez años después consumaron casi, en Veracruz, los hombres que en 1848 hacían apenas sus primeras armas, entre ellos, Miguel Lerdo de Tejada, Melchor Ocampo y Benito Juárez.

En 1859, "por expresas gestiones" de Mr. Churchwell, agente secreto de los Estados Unidos en Veracruz, Miguel Lerdo de Tejada pasó a formar parte del gabinete de Juárez. Bien sabía Churchwell dónde ponía la mira. Lerdo, hombre de gran talento, y "all american" en la opinión del agente, fue redactor del programa del gobierno "que fue sometido a su consideración (a la de Churchwell) en forma confidencial". Había sido íntimo del ministro americano Forsyth, antecesor de Churchwell, cuyas ideas compartía, y sobre todo una: la tocante a la regeneración de México:

Su regeneración (la de México) —decía Forsyth— en el caso de ser todavía factible, sólo podrá llegarle del exterior, bajo la forma de nueva sangre y nuevas ideas.

"New blood and new ideas" era la consigna. ¡Sangre americana e ideas americanas para el México nacido de padres vergonzosos! El Benemérito de las Américas, al expresar su deseo de que el protestantismo "pudiera mexicanizarse", para así llegar a "conquistar a los indios", como prueba hasta dónde existía en el grupo la decisión de luchar contra el enemigo, contra lo que pudiera significar "corrupción" española, para llevar a su término el viejo anhelo de Lorenzo de Zavala, y fundar sobre otras bases una nueva nación regida por capataces poinsetistas.

Lorenzo de Zavala, el genial yucateco, fue padre espiritual de los liberales *puros*, y al concluir su carrera política como vicepresidente de la República de Texas, les mostró el camino a seguir, el mismo que a última hora abandonaron algunos por falta de oportunidad, y otros por temor o remordimiento. Zavala, más valeroso y congruente, terminó su vida como lo que era, en tanto que los *puros* se defendieron con éxito del estigma, y hoy sus nombres llenan las calles de México.

4. *Nuevamente el mar*

Ante la junta de ministros celebrada en la villa de Guadalupe Hidalgo, mientras los americanos se adueñaban de la capital, Santa Anna renunció a la presidencia de la República, de momento ocupada por don Manuel de la Peña y Peña, presidente de la Suprema Corte de Justicia. En tanto el gobierno resolvía marchar a Querétaro, Santa Anna tomó rumbo opuesto, y al frente de los remanentes del ejército perdido en la batalla de México se apoderó de Puebla sin dificultad.

Antonio, siempre con media docena de planes a su al-

cance para satisfacer cualquier apremio, se encontraba por ahora en blanco. Acarició la idea de capitanear una guerra de guerrillas contra los invasores, aventura del padre Celedonio Jarauta meses antes, pero en el fondo carecía de programa quien fuera dueño de todos los ardides. Ya no era el de antes, y Trist fue de los primeros en percibir el cambio. En La Angostura tuvo el jalapeño su mejor oportunidad, vendida o lastimosamente perdida, y dos meses después se repitió el episodio en Cerro Gordo. Tuvo, por último la ocasión en Puebla, cuando por medios indignos estuvo a un paso de finiquitar la paz, pero entonces le faltó audacia para vencer los riesgos: se mostró resuelto a la hora del cohecho, y se condujo después como un pusilánime. Si en aquella coyuntura hubiese sido Santa Anna el hombre de antaño, explica sagazmente Mr. Trist, "habríamos conseguido negociar el tratado, y él se encontraría ahora en el poder. Pero en el punto crítico le traicionó su corazón, y aunque hasta el último momento personas de su confianza le animaron a consumar el plan, no pudieron persuadirlo para que se arrojara a cruzar su Rubicón".

Ciertamente, se requería mucho valor del malo para cruzar el Rubicón entonces, pero Santa Anna lo poseía con exceso, y era titular, además, del cinismo indispensable. La verdad es que, como de costumbre, su mente concibió la audacia; su inteligencia dócil, húmeda, fecunda, proliferó en añagazas, y el endeble corazón falló finalmente, como de costumbre también.

Ahora, indeciso ante todos los rubicones, se revuelve en intentos desesperados; ocupa Puebla y la abandona; sabedor de que los refuerzos norteamericanos se encuentran en Huamantla, pretende caer sobre ellos, por sorpresa, mas llega tarde, cuando el enemigo se retiraba por el camino de la Venta del Pinal. Probablemente, acarició la esperanza de alcanzarlo y rehabilitar su nombre con una victoria, aunque pequeña, cuando una orden de Luis de la

Rosa, ministro de Relaciones, vino a frustrar el propósito: el pliego le relevaba simplemente del mando, que debía entregar al general Manuel Rincón. El, por lo demás, quedaba en libertad de ir donde le pluguiera.

Por lo más fragoso de la sierra poblana, perseguido a la vez por enemigos rubios y morenos, buscó el refugio de la antigua Antequera, tierra de felices aventuras guerreras en los años de su encumbramiento. Sólo una pequeña escolta y su familia le acompañaban, mas olvidó que los tiempos y los hombres habían cambiado, y que hoy se encontraba al frente del gobierno de Oaxaca un hombre de quien posteriormente oiría hablar a menudo: Benito Juárez.

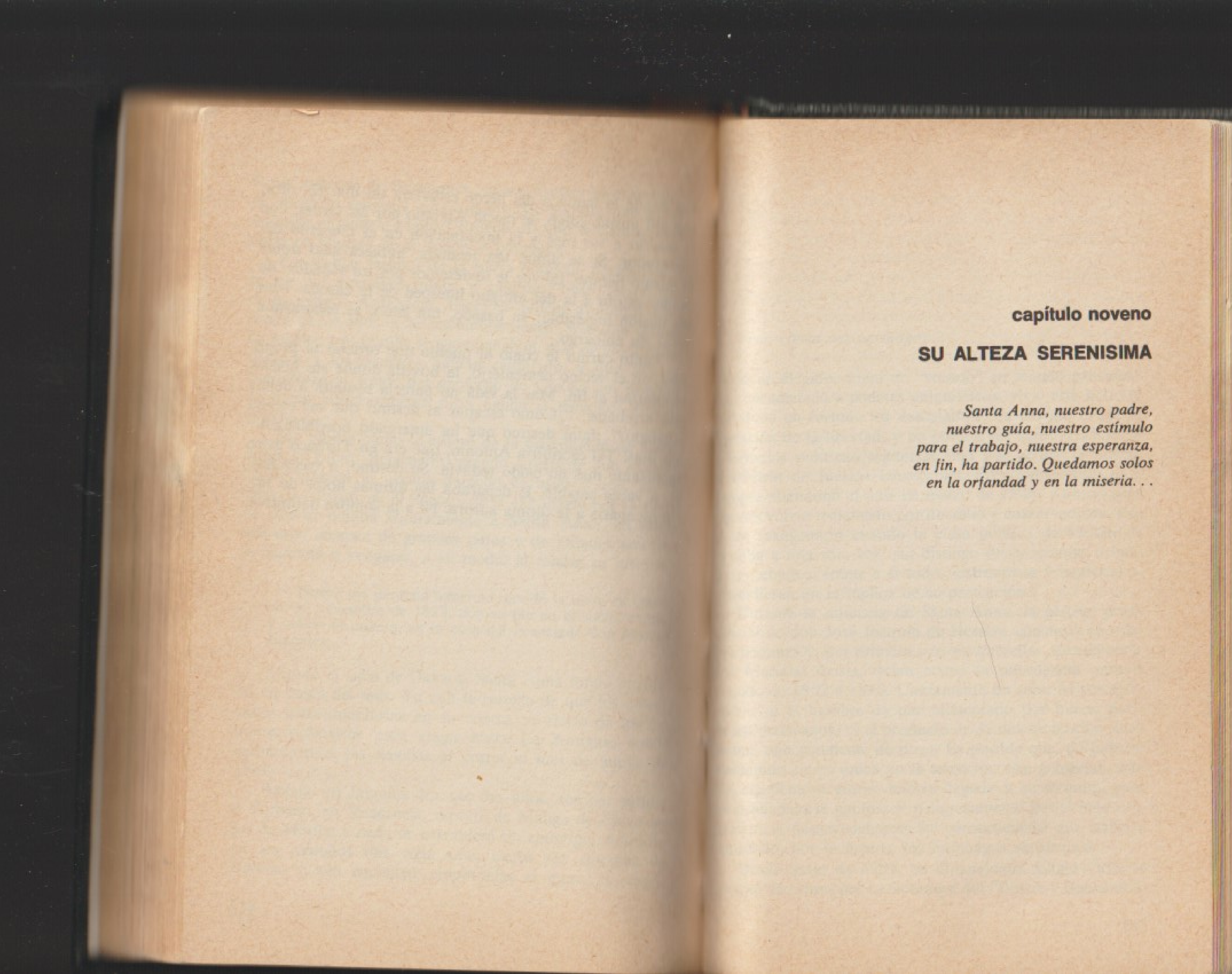
Tan pronto como se enteró de la proximidad de Santa Anna, el futuro Benemérito mandó advertirle que el estado de Oaxaca le negaba derecho de asilo y que, en el caso de persistir en el intento, se le expulsaría por la fuerza. Juárez odiaba cordialmente a Santa Anna, en tanto que éste, incapaz de grandes odios y de grandes amores, se concretó a vengarse, a su modo, al relatar su historia:

> Nunca me perdonó haberme servido la mesa en Oaxaca, en diciembre de 1828, con su pie en el suelo, camisa y calzón de manta, en la casa del licenciado don Manuel Embides.

Negado el asilo de Oaxaca, Santa Anna torció el rumbo en busca del mar. Ya con la certeza de que los americanos nada intentarían en su contra, se sirvió de los caminos ordinarios para viajar hasta La Antigua, donde embarcó para las Antillas al correr el mes de marzo de 1848.

Asilado en Jamaica durante dos años, fue por último a Turbaco, en Venezuela, especie de Manga de Clavo lejos de México y nada de extranjera sin embargo. Adquirió en los aledaños una vieja casa, cierta vez albergue de Bolívar, y aún encontró, empotradas al muro, las argollas donde la hamaca del héroe estuviera un día. En otra, que allí mismo colgó, se mecía Antonio por las tardes, con el pueblo a sus pies y la imaginación en el recuerdo del Libertador. Si su alma, tan fecunda, hubiera sido noble al mismo tiempo, tal vez le tuviésemos por un soñador, de similar estofa a la del antiguo huésped de la casona. Mas era ilusión imposible: su pasado, tan lleno, se encontraba vacío sin embargo.

Tanto cariño le cogió al pueblo que ordenó se preparara, en el vecino cementerio, la bóveda donde sus huesos reposarían al fin. Mas la vida no parecía resuelta a dejárselo arrebatar: "¿Cómo escapar al destino que me estaba señalado?" ¡fatal destino que ha amargado horriblemente mis días! Tal escribiría Antonio, que era en Turbaco astro agonizante mas no caído todavía. Su destino, a veces hostil, a veces amable, le deparaba las últimas horas de luz. No escaparía a la última aurora. Ni a la sombra definitiva.



capítulo noveno

SU ALTEZA SERENISIMA

Santa Anna, nuestro padre,
nuestro guía, nuestro estímulo
para el trabajo, nuestra esperanza,
en fin, ha partido. Quedamos solos
en la orfandad y en la miseria. . .

Vivió cierta vez un mago. . .

Como un elegido, como un "vocado" en sentido providencial, encadenado a poderes enigmáticos, vivió este hombre que trocó en fortuna los descalabros. Su destino evade la impresión de la libertad, y no porque sus actos condujeran a fórmulas políticas vejatorias sino por actuar él mismo al arbitrio de fuerzas inexorables. Presumiblemente para siempre abandonó el país en marzo de 1848, y cinco años después volvía reclamado por liberales y conservadores. Era ya un sexagenario cuando la clase política de México le llamaba a una sola voz, sin distingo de programas o banderías, como si frente a él todos, extremistas y moderados, coincidieran en la súplica de su protección.

Durante la ausencia de Santa Anna, la gestión presidencial de don José Joaquín de Herrera concluyó en relativa bonanza y, por primera vez, sin querellas, sucediéndole don Mariano Arista, quien ocupó la presidencia para el periodo de 1852 a 1856. Ciertamente no supo Arista aprovechar ni el hambre de paz alimentado por buena parte de los mexicanos, ni el producto de la indemnización americana, aún pendiente de pago. Es posible que, de haberse mantenido cierto orden en la tesorería, este gobierno, aunque sin pena ni gloria, habría llegado a su término, pero los problemas se agolparon peligrosamente por el lado económico, y desencadenaron las consecuencias que habrían retardado, por lo menos, los estómagos satisfechos.

Desde junio de 1851, en Guanajuato, Eligio Ortiz se levantó en armas por la dictadura del "Ilustre y Benemérito

General Don Antonio López de Santa Anna", pero fue al año siguiente, a mediados, cuando se desencadenaron los acontecimientos al pronunciarse en Guadalajara el coronel Blancarte, antiguo soldado santanista y miembro, en consecuencia, de la "benemérita clase militar abatida" de que habla el jalapeño en sus *Memorias*. Como de costumbre el soldado proclamó "la vuelta del estado de Jalisco al orden constitucional", y anunció que en término de dos meses convocaría a un congreso extraordinario para reformar la Constitución. Aunque el sistema empleado era santanista, para nada se mencionaba, todavía, el nombre del exiliado de Turbaco.

El 1o. de agosto llegó a México la noticia del pronunciamiento de Guadalajara —cuya paternidad se adjudicaba en un principio a los liberales *puros*—, aunque sin precisar el cariz del movimiento, que sólo un mes después mostraba sus reales alcances: "Los santanistas —comunicaba Antoine y Zayas a España—, trabajan para apoderarse del mando y, proclamar a su caudillo, creando en Guadalajara un núcleo de insurrección". El motín de Blancarte había sido la chispa junto al combustible acumulado bajo la silla presidencial de Arista, y los conservadores, más duchos y mejor organizados, se apoderaron de la conflagración potencial. Comisiones fueron y vinieron entre la capital y Guadalajara, hasta que dos meses después, el 13 de septiembre, el plan de Blancarte exhibió su nuevo objetivo: la vuelta de Santa Anna al poder.

La vuelta del jalapeño no representaba el ideal ni mucho menos, "mas a pesar de los graves errores políticos que cometió en las diversas ocasiones que, en calidad de presidente, ha gobernado la República —apunta sagazmente el ministro español—, la incapacidad de sus sucesores, y el cúmulo de males que sufre el país, le rehabilitan en la opinión pública". Así fue siempre, o casi siempre. Medio siglo de supremacía santanista indica no tanto las excelencias del caudillo cuanto la insignificancia de los de-

más. Esa es lección de la primera mitad del siglo XIX mexicano.

Por lo demás, ahora bajo tutela conservadora, la chispa cuartelaria de Guadalajara cundió como fuego entre pajares. Contra el gobernador Ocampo se pronunció en Michoacán el general Cosío Bahamonde, en apoyo del plan de Blancarte; Mazatlán siguió en turno, sumándose a la revolución, que fraguó definitivamente en el llamado plan del Hospicio, el 20 de octubre, también en Guadalajara. El 29 de noviembre se sumó Tampico; Durango hizo lo mismo el 14 de diciembre, y el 23 de este mes se adhirió Chihuahua al pronunciamiento.

Los conservadores se habían apoderado del hambre de la "benemérita clase militar abatida" para intentar, bajo la dirección de Alamán, el ensayo político largamente acariciado. Arista por su parte, una vez que reclamó, sin éxito, los recursos necesarios para afrontar la revolución, el 5 de enero de 1853 envió al Congreso su renuncia a la presidencia. Sólo faltaba ya el clásico "puente" para el acceso del Benemérito de la Patria a la silla vacante, y se tendió, al siguiente mes, por los generales Uraga, Robles Pezuela y Lombardini, reunidos en palacio para ratificar el plan del Hospicio, y ajustarlo a las nuevas circunstancias. Por lo pronto, depositaron el poder ejecutivo en don Juan B. Ceballos, ministro de la Suprema Corte, mas todos entendieron que su elección no era "más que una transacción entre los partidos que se proponían sacar fruto de la revolución", decía Zayas. El país atestiguaba la cuartelada número mil; el espíritu público estaba muerto y sepultado: "los ambiciosos incapaces, los intrigantes de los partidos pueden todavía agitar la plebe y el ejército, pero sólo como una pila galvánica agita a un cadáver, sin darle vida", agregaba, melancólico, el ministro de España.

Ceballos sólo consiguió sostenerse del 6 de enero al 9 de febrero, pues, al fin, en desacuerdo con los jefes de la revolución, le forzaron la renuncia y nombraron al

general Lombardini para satisfacer el "puente". El 17 de marzo, "el mando sagrado de la legalidad" cubría las llagas del cuartelazo: las legislaturas de los estados emitieron libremente sus sufragios, resultando dieciocho votos a favor de Santa Anna, tres para López Uraga, otro para Ceballos, y uno más, el de Chihuahua, para su gobernador don Angel Trías.

Para la fecha en que se consumó la elección de Santa Anna, éste se encontraba en alta mar, pues había salido de Turbaco el 3 de marzo, fiel a una de las más pintorescas características de la democracia mexicana, consistente en conocer el resultado de un acto electoral antes de computarse los votos. Ya "volaba" el jalapeño en socorro de México, "lleno de noble patriotismo", según el periódico de Cartagena que noticiaba su partida, mientras los turbaqueros quedaban en la mayor orfandad:

> Lo cierto es que se ha alejado de nosotros la mano pródiga, el corazón magnánimo que sabía llevar consuelos y consuelos eficaces y oportunos, allí donde la adversidad había dejado caer su mano de hierro; lo que es cierto, tristemente cierto, es que el ilustre general Santa Anna nuestro padre, nuestro guía, nuestro estímulo para el trabajo, nuestra esperanza, en fin, ha partido. Quedamos solos en la orfandad y en la miseria. . .

El 1o. de abril, un viernes a las cuatro de la tarde, dejaba Antonio el paquete inglés *Avon*. La recepción en Veracruz fue un poco fría, pues no en vano habían corrido treinta años desde el día en que, sobre aquellas arenas, jurara la ruina de los tiranos. Joven todavía la ambición, en medio de uniformes, armas y cajas de guerra aspiraba el taumaturgo los aires familiares, y vuelta la memoria al momento en que Napoleón volvió de la isla de Elba, habló Santa Anna a sus hombres como su modelo al inaugurar los cien días:

> ¡Soldados! ¡Compañeros de armas! Ved nuevamente a vuestra cabeza a vuestro antiguo general. . .

En la capital, mientras tanto, se le confería el nombramiento de "Capitán General del Ejército", grado creado exclusivamente para saldar, en parte, la deuda de gratitud que con él tenía contraída la patria. Y, una vez que tomó ligero reposo en Manga de Clavo, se presentó en México el 20 de abril. El ejército, las corporaciones y dirigentes del partido conservador le esperaban en Guadalupe Hidalgo, en tanto que el pueblo, como de costumbre, formaba el coro y terminó por desenganchar los caballos y arrastrar el carruaje, bajo arcos triunfales, hasta palacio.

Cuatro días después, al tomar posesión del gobierno, dijo:

> No disimulo mi posición; ella hubiera bastado para hacerme vacilar y renunciar a la empresa. . . Estoy persuadido que cometeré errores, que estaré muy pronto a enmendar luego que se me manifieste en qué consisten. . .

A la vista saltaba que no era el Santa Anna de antes y, sin embargo, el cambio no era producto de los años. En Veracruz, sólo dos semanas antes, se le veía dueño de sí mismo y hoy, en cambio, maniatado. Algunos, muy pocos, sabían que durante su breve reposo en Manga de Clavo había recibido la carta que rompía el encantamiento de los cien días. Esa carta, obra de Lucas Alamán, jefe del partido conservador bajo cuyos auspicios volvía al país, era el Waterloo del pequeño Napoleón:

> Tememos a la verdad, por otro lado, que cualesquiera que sean sus convicciones, rodeado siempre por hombres que no tienen otra cosa qué hacer que adularle, ceda a esa continuada acción, pues nosotros, ni hemos de ir a hacernos presentes, ni hemos de luchar con ese género de armas. Tememos, igualmente, que vayan a tener su cumplimiento algunos negocios de que acaso esté usted impresionado por no haberlos examinado bastante, los que han sido ya demasiado onerosos a la República, y que queda pendiente la parte más desesperada, capaz por sí sola de acabar con el crédito de usted. Tememos, no menos, que,

> llegado aquí, vaya usted a encerrarse en Tacubaya, dificultándose mucho verle, haciendo muy gravoso para todos el ir allá, y que por fin haga usted sus retiradas a Manga de Clavo, dejando el gobierno en manos que pongan autoridad en ridículo, y acaben por precipitar a usted, como antes sucedió. Tiene usted, pues, a la vista lo que deseamos, con lo que contamos y lo que tememos. Creemos que estará por las mismas ideas; mas, si así no fuere, tememos que será gran mal para la Nación y aun para usted. En ese caso, le suplico eche al fuego esta carta, no volviéndose a acordar de ella. . .

El partido conservador parecía resuelto a imponerle un programa y encadenar sus ambiciones. Y Santa Anna habría muerto como un buen burócrata, tal vez, encargado de la presidencia de la República, si una providencial pulmonía no hubiese matado a don Lucas el 2 de junio.

2. *La sombra del Plan de Iguala*

En el proceso reorganizador del país, Alamán era la sombra protectora del presidente, el autor de las iniciativas, en tanto que el predominio conservador, en el Congreso, aseguraba la aprobación de los proyectos en cartera antes de que ese grupo se hiciera del poder. Muerto Alamán el 2 de junio, aunque Santa Anna aprovechó la ocasión para evadir la tutela directa, no traicionó, en cuanto al fondo, el programa de quienes le llevaron a la presidencia. Dos eran por entonces las ideas obsesivas de Santa Anna, ambas compartidas por los conservadores: "la centralización del poder, y la aversión a la influencia angloamericana", que implicaba el fortalecimiento del ejército, la "benemérita clase militar abatida".

Enemigo de deliberaciones y congresos, como la mayoría de los militares, respaldado, además, por la inquina de Alamán hacia el sistema federal, antes de iniciarse el mes de mayo se había resuelto ya la desaparición de

las legislaturas locales, previo decreto con las bases de la administración unitaria. Se pensaba, al mismo tiempo, en la creación de un Banco, financiado por el clero y los principales capitalistas y propietarios, destinado a proporcionar mensualmente seiscientos mil pesos al gobierno a cambio de retener las rentas nacionales, estimándose que en esta forma, sobre base cierta, podrían cubrirse los gastos ordinarios de la administración pública. Y, ni por un momento, se dejó en el olvido a la "benemérita clase militar abatida"; diariamente aparecían noticias sobre la creación de nuevos regimientos y escuadrones, mientras el general López Uraga emprendía viaje a Alemania para enganchar, en Berlín, a los oficiales y soldados prusianos que Santa Anna consideraba indispensables para la regeneración del ejército mexicano.

Por otra parte, era lógico que a los problemas económicos se diera una solución de idéntico tono; así, el 14 de mayo, se resolvió que las rentas de los estados quedaran a disposición del gobierno central, mandándose suprimir los ayuntamientos de los poblados de escasa importancia, con el propósito de reducir los gastos generales; el 19 de junio se restableció la Compañía de Jesús, devolviéndose sus bienes a condición de no haber pasado a dominio de terceros y, cinco días después se mandó que ningún habitante de la República pudiera transitar fuera de la población de su domicilio sin el requisito de un pasaporte, autorizado por el prefecto de policía lugareño, más la concurrencia de dos testigos que abonaran la conducta del solicitante, a quien, además, debería proporcionar el derrotero que se proponía seguir, hasta su destino.

Primero el partido, y luego Santa Anna por su cuenta y riesgo, se entregaba con furor a una tarea reorganizadora en la que había de todo, desde medidas inteligentes hasta graciosos decretos ornamentales, dignos de un cuartel modelo o de un admirable museo de trebejos inservibles. "Los alcances legislativos del presidente y su ministerio

lo abrazaron todo, absolutamente todo; ya aparecía un decreto marcando el corte, figura, color y distintivos de los uniformes de los empleados, sin exceptuar ni a los míseros escribientes y aún meritorios; ya se disponía una nueva nomenclatura a la división territorial, que quedó formada de departamentos, distritos, partidos y municipalidades, cuyas autoridades se llamarían prefectos y subprefectos, y tesoreros municipales los recaudadores de propiso y arbitrios; ya otro decreto concedía a los padres maestros dominicos, agustinos y mercedarios el uso del cordón con borlas blancas sobre la capilla; pero donde más amplio campo encontraron sus aficiones legislativas y reglamentarias fue en el restablecimiento de la Nacional y Distinguida Orden de Nuestra Señora de Guadalupe, decretada el 11 de noviembre", dice Olavarría y Ferrari. Los más avisados principiaron a sospechar que, o padecían espejismos, o renacía algo muy semejante al Imperio iturbidista con base en ideas parecidas —o idénticas— a las del plan de Iguala.

Y no se equivocaban, pues la resurrección del plan de Iguala era un sueño que obsesionaba a Santa Anna de tiempo atrás, y fue tan indiscreto que confió su proyecto a quien no se lo guardó. En el vapor que hacía servicio entre Southampton y Veracruz, viajaba don Juan Jiménez de Sandoval, marqués de la Ribera, designado por S. M. Católica para que sustituyera a Antoine y Zayas en la legación de España en México. El barco atracó en San Thomas y allí subió Santa Anna, ya en camino a Veracruz. Simpatizaron los dos viajeros, y Antonio de Padua habló y habló. . . hasta incurrir en confesiones extraordinarias: México, en su opinión, se encontraba en agonía, y sólo el rechazo de los sistemas políticos adoptados hasta entonces podría salvarlo de una muerte segura. El Congreso, particularmente, había llegado a ser un obstáculo insuperable para la buena marcha de la administración, sobre todo por favorecer la inmoralidad de ciertas clases de la sociedad, que habían llegado al colmo de la corrupción, la

venalidad y la mala fe. Contaba, para sus fines, con el auxilio de las grandes potencias amigas, y de España en modo especial, ya que difícilmente podría desenlazarse la cuestión mexicana de la de Cuba: "Quién sabe si dentro de algún tiempo no convendría a España venir a hacer la guerra a su enemigo en un país extraño", agregó para terminar.

El marqués de la Ribera escuchó con la mayor atención, pero no soltó prenda. Se concretó a advertir que en Europa se consideraba asunto muy grave el de las alianzas defensivas y ofensivas, y que, en su opinión, México debía confiar mucho más en sus fuerzas y recursos que en hipotéticas colaboraciones extranjeras, mas el jalapeño no prestó oídos a tan juiciosa advertencia y, en cuanto ocupó la presidencia, envió emisarios a las capitales europeas con el doble propósito de propagar advertencias sobre el peligro yankee, y enganchar soldados y oficiales, para el ejército mexicano.

Poco tardó el ministro de S.M.C. en caer en la cuenta de que, bajo los atavíos de una gran amistad y estimación hacia todo lo español, se ocultaba un fin político: "En mi juicio —escribe—, quisiera (Santa Anna) traer las cosas a hacer posible la realización del plan de Iguala, que originó la Independencia. Aun voy más lejos: me parece que el Conde de Montemolin sería la persona preconizada. . ." Un mes después, aunque el proyecto se encontraba "muy en embrión todavía" y, por ello, susceptible "de mil alteraciones", no se consideraba remota su ejecución, si la fortuna continuaba "siendo propicia a su atrevido autor".

En Europa, mientras tanto, los agentes del jalapeño no resultaron, modelos de discreción, pues varios mexicanos allá residentes sospecharon el cariz de los manejos, uno de ellos Benito Gómez Farías, quien de Londres escribió a su padre:

> Hoy levanta un ejército de cien mil hombres —escribe refiriéndose a Santa Anna—, mañana restablece a los hijos

de Loyola, les devuelve sus bienes, y les invita para que vengan a dominar las conciencias. . . al día siguiente, quizá solicitará apoyo o protectorado en las monarquías del viejo mundo. . . ¡qué importa! Mientras una procesión recorra las calles, se cante un Te Deum en la magnífica catedral metropolitana y se baile en el palacio o en el teatro ¿qué importa lo demás?

Ciertamente no erraba Benito en la más importante de sus previsiones. El plan de Iguala era el sueño común de Santa Anna y Alamán. El jalapeño, que había patrocinado todos los programas y todas las ideas a partir de la Independencia, volvía a él treinta años más tarde, como regresan los malhechores al paraje de su crimen. Partió del plan de Iguala, y adherido a los enemigos de Iturbide lo traicionó poco después; luego, con el apoyo de los federalistas, conquistó el poder en el 33, y les volvió las espaldas al sumarse a los centralistas en 1834; campeón nuevamente del federalismo en 1846, volvió, por última vez, a la presidencia en 1853, bajo la bandera conservadora, a la que permaneció fiel durante diez años, engolfado en el sueño —o en el remordimiento— de su primera traición. Volver las cosas al estado que guardaban el 2 de diciembre de 1822, era como lavar todas las culpas, e iniciar la historia como el niño da principio a la vida, limpio de pecados personales.

Y, sin embargo, los propósitos de Santa Anna se veían bloqueados no únicamente por la resistencia de los europeos a intervenir en los negocios de México sino, sobre todo, por el empeño de burócratas y militares en obsequiarle una corona. Mientras él columbraba un imperio sobre la base del plan de Iguala, sus lacayos maquinaban por un Imperio sin plan de Iguala, a su cabeza un Iturbide redivivo, con una pierna menos y muchos años más. En agosto, mientras el jalapeño tenía a sus agentes en Europa, los militares pensaban aprovechar el aniversario de la victoria sobre los españoles de Barradas —el 11 de septiem-

—, para proclamar el imperio, con Santa Anna en el no. No se consumó el golpe, pero el 17 de noviembre, Guadalajara, exigieron la prórroga de las facultades traordinarias del presidente mientras León, Morelia, ebla, Guanajuato, Toluca, Querétaro, San Luis y demás blaciones secundaban el movimiento, declarando al jalapeño "gran elector de México", "gran almirante", "mariscal de los ejércitos" y aún, por los vecinos del pueblo Santa María de Zoquizoquipan, emperador de los mexinos. El acta levantada por éstos, el 14 de diciembre, sulta de un gracejo sin par:

> Art. 1º Haciendo uso del derecho de invitación a los demás pueblos de la nación, desea se proclame el establecimiento en México de un imperio constitucional.
>
> Art. 2º Usando del derecho de proclamación y oferta, declara emperador de la nación mexicana al ilustre don Antonio López de Santa Anna, General de División, Benemérito de la Patria, Gran Maestre de la distinguida Orden de Guadalupe, Caballero Gran Cruz de la distinguida Orden de Carlos III y Presidente de la República Mexicana.

Pero Santa Anna se negó a convertirse en emperador optó por una solución intermedia, la que el Consejo de stado le ofreció en la misma capital: sería llamado, a partir de ese momento, "Alteza Serenísima", tratamiento que ceptaba, como dirá luego, "no para mi persona, sino sólo para la dignidad del que sea en todo tiempo presidente de la República". Esta dignidad era, por cierto, hereditaria, pues los notables de Guadalajara, para prever la gran desgracia que significaría la muerte del caudillo, decidieron que en caso de fallecimiento, u otro impedimento "que pudiera inhabilitar física o moralmente al Ilustre actual Jefe de la Nación, cuidará éste de escoger persona que crea digna de reemplazarlo, y señalarla en pliego cerrado y sellado". Mientras se resolvía lo del plan de Iguala, se consumaba esta nueva versión del motín de Pío Marcha.

La historia, como el mundo, es redonda. Todo era, en 1853, igual que en 1822.

Con la sola diferencia de dos días conquistó Santa Anna los títulos de "emperador" y "alteza serenísima", que adoptó por fin. Su éxito de ahora, como el de toda su larga vida fue, sobre todo, consecuencia de la inferioridad de los demás, rasgo que excluye toda posibilidad de semejanza entre su caso y el de su modelo, Napoleón, quien se hizo de su trono como esos sitios se conquistan cuando no se nace en ellos. El jalapeño no lo ganó así, porque ni nació emperador ni tuvo brazo para arrogarse el título, y se lo dejó obsequiar, veladamente, por los notables de la capital y los vecinos de Zoquizoquipan.

Que fue superior a su medio político se prueba, además, por la forma de enfrentarse a los Estados Unidos con motivo de las negociaciones que condujeron al tratado de La Mesilla, tema que durante un siglo alimenta la inquina de sus enemigos. Y, sin embargo, la tradicional acritud reclama rectificaciones en beneficio de quien tantas y tan graves culpas carga, mas no ésta. Ni por un momento, perdió de vista su grave responsabilidad; comprendía que pactar nueva entrega territorial significaba facilitar armas de grueso calibre a sus enemigos y, sin embargo dio el paso, y consumó el mal menor para salvar otros más graves. Fanfarrón, pudo haberse rehusado a ceder y despeñar a México en nuevo y definitivo conflicto, donde nada valdría nuestro derecho frente a la voracidad de los hiperbóreos. En su lucha secreta con el ministro Gadsden exhibió patriotismo y fino sentido de lo práctico, elementos que pocas veces entraron en el juego de los gobernantes mexicanos durante los dos primeros tercios de siglo de vida independiente. Revisemos pues, sin prevenciones, los pormenores de la nueva cesión territorial. Del análisis resultará saldada esa deuda aparente que grava la historia de Santa Anna.

Teoría y práctica del "Destino Manifiesto"

Las relaciones entre los Estados Unidos y México se encuentran en situación inestable. . ." Tal es el principio de las instrucciones que William L. Marcy, secretario de Estado, extendió a James Gadsden, en Washington, el 15 de julio de 1853. Nadie mejor que James Gadsden encarnaba en aquellos momentos el espíritu de despojo; no era astuto y talentoso al estilo de Poinsett sino que, como antes Butler y posteriormente John Forsyth, encarnaba la fuerza bruta dispuesta a tomar de México lo que no le entregaran de buen grado.

Las instrucciones iniciales de Marcy no exhibían, todavía, el apetito norteamericano. Se concretaba el secretario de Estado a sustentar el criterio del gobierno respecto de tres problemas de gran interés: en primer lugar, la línea fronteriza del territorio de Nuevo México con los estados de Chihuahua y Sonora, que en opinión americana no se encontraba claramente establecida; luego, la necesidad de construir un ferrocarril para unir al Pacífico los territorios últimamente conquistados, cuya única ruta posible caía, "desgraciadamente", más acá de la frontera mexicana. Por último, el gobierno de Estados Unidos deseaba que se le liberara de las obligaciones contenidas en el artículo XI del tratado de paz entre ambos países, que le imponía la vigilancia y defensa de la frontera común contra las tribus que merodeaban en los parajes inmediatos. La comisión de Gadsden consistía, según esto, en obtener la fijación de una nueva línea divisoria a fin de que los Estados Unidos, por lo pronto, tuviesen acceso al Pacífico a través de un ferrocarril cuya ruta, por exigencias topográficas, rebasaba la línea fronteriza existente, así como en liberar a su país de las obligaciones que le imponía el mencionado artículo XI del tratado de Guadalupe Hidalgo.

No fue sino algunos meses después, en octubre, cuando, ya instalado Gadsden en México, el secretario de Estado

le dirigió las instrucciones definitivas. Considerando peligroso remitirlas por escrito y por los conductos normales se valió de un intermediario, Christopher L. Ward, a quien se ordenó marchar a la ciudad de México sólo para comunicar a Gadsden, *verbalmente*, las exigencias del gobierno de Estados Unidos.

De las instrucciones que Mr. Ward comunicó a Gadsden, resultaba que Washington reclamaba un nuevo tratado para establecer la frontera entre ambos países de acuerdo con alguna de las siguientes cuatro líneas, a cada una de las cuales se asignaba su respectiva compensación económica:

Línea 1:

Partía de un punto en el Golfo de México, a la mitad del camino entre Boquillas Cerradas y la Barra de Santander, y segregaba de la República una gran parte de los estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua y Durango; una fracción de Sonora, y la totalidad de Baja California e islas adyacentes. La superficie de territorio mexicano reclamado ascendía a ciento veinticinco mil millas cuadradas, por la que los Estados Unidos estaban resueltos a pagar una suma no superior a cincuenta millones de dólares.

Línea 2:

Partía también del golfo de México, a la mitad del camino entre los ríos Grande (Bravo) y el de San Fernando, y despojaba a la República de una parte de los estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua y Sonora, en proporciones menores que las segregadas en los términos de la línea 1, sin incluir tampoco la Baja California ni las islas adyacentes. La cesión representaba una superficie territorial de cincuenta mil millas cuadradas, encontrándose dispuestos los Estados Unidos a pagar por ella una suma que podría llegar hasta los treinta millones de dólares.

Línea 3:

Se iniciaba en el cañón del río Grande (Bravo), abajo de San Eleazario, a los treinta y dcs grados de latitud norte.

Esta línea, si bien sólo privaba a México de parte de los estados de Chihuahua y Sonora, sin tocar los de la vertiente del Golfo, en cambio exigía la cesión total de Baja California y sus islas adyacentes. Cubría una superficie de sesenta y ocho mil millas cuadradas, y se autorizaba a Mr. Gadsden para ofrecer por ella una suma máxima de treinta millones de dólares.

Línea 4:

Principiaba, también, como la anterior, en el cañón del río Grande, abajo de San Eleazario, a los treinta y un grados de latitud Norte, y como la línea anterior despojaba a México de una parte de los estados de Chihuahua y Sonora, pero no incluía ni la Baja California ni sus islas, por lo cual sólo abarcaba una superficie de dieciocho mil millas cuadradas, facultándose a Mr. Gadsden para que pagara por ella una cantidad no superior a los veinte millones de dólares.

Mostrábase el apetito norteamericano tan voraz, a sólo cinco años de haber engullido más de la mitad del territorio mexicano, que aun el mismo gobierno de los Estados Unidos admitía la posibilidad de que los vecinos del sur no estuvieran dispuestos a ceder, y para cubrir esa eventualidad se autorizaba a Gadsden, siempre a través de Mr. Ward, para que, de rechazar el gobierno mexicano la cesión de los territorios contenidos en las cuatro líneas propuestas, circunscribiera sus demandas a la adquisición del terreno necesario para tender una línea ferroviaria del río Grande a la California, así como a la liberación de las obligaciones que a los Estados Unidos imponía el artículo 11 del tratado de Guadalupe Hidalgo En este último caso, se le facultaba para pagar una suma máxima de quince millones de dólares.

Consignados los propósitos, sigamos ahora el curso de las negociaciones. Apoyaban la gestión de Mr. Gadsden dos elementos de hecho, ambos poderosos, y ninguno de derecho. Uno de esos hechos era la miseria crónica del erario, el tesoro vacío del último gobierno santanista y de

todos los gobiernos a partir de la Independencia. Gadsden lo sabía, y su mente de hombre práctico, propietario de esclavos en su país, adoptaba una regla infalible como norma de sus actos: "El gobierno mexicano se deja influenciar sólo por el dinero o el temor", escribirá más tarde.

El otro hecho, más decisivo todavía, era el constante amago filibustero sobre el territorio de La Mesilla. Como de costumbre, el tartufismo norteamericano necesitaba una excusa fundada en derecho, y la encontró en la supuesta imprecisión de la línea fronteriza entre los territorios de Nuevo México y Chihuahua. Desde el punto de vista mexicano, sin embargo, el límite austral de Nuevo México no se encontraba indeciso como pretendían los Estados Unidos, sino clara y perfectamente definido. Respecto de este asunto, y en su número correspondiente al 11 de enero de 1851, había escrito el *Correo de Chihuahua.*

> Ha quedado acordado, entre las comisiones de las dos repúblicas, que la línea que forme el lindero austral del Nuevo México pase a los treinta y dos grados y veintidós minutos de latitud norte, es decir cuatro millas al sur del cerro de San Diego, que es el verdadero límite de aquel territorio. La población de La Mesilla, que hoy tiene más de dos mil habitantes, queda por consiguiente de nuestra parte, así como se ha afianzado la seguridad de la presa del Paso, y la provisión de maderas y leña para nuestras poblaciones. . .

Pero dos años después, los norteamericanos mudaban de parecer y se valían del gobernador de Nuevo México —William Carr Lane—, sujeto atrabiliario y montaraz, para consumar la ocupación del territorio. El 13 de marzo de 1853, fechada en Doña Anna, dirigió Carr Lane una comunicación al gobernador de Chihuahua, Angel Trías, manifestándole que el gabinete de Washington había desaprobado la resolución de la comisión de límites, tocante a la línea sobre el río Bravo, en los treinta y dos grados, veintidós minutos, de lo que se concluía que el territorio

de La Mesilla formaba parte del de Nuevo México. Para terminar, Carr Lane corría el cumplido de "suplicar a Trías que diera sus órdenes para que el territorio le fuera entregado inmediatamente".

Al replicar Trías, con indignada vehemencia, se negó a entregar la faja fronteriza y rechazó la posibilidad de que ese territorio pudiera encontrarse fuera de los límites del estado de Chihuahua. Mas como Carr Lane no se concretó a reclamar La Mesilla, sino que, además, procedió a ocuparla materialmente, el 6 de abril, al frente de un cuerpo de tropas del estado, salió a enfrentársele el gobernador Trías, sin más bandera que el derecho violado y el nombre de Santa Anna: "Soldado, a vencer, hurras mil a Santa Anna. . . él es la estrella mágica de nuestra libertad. . ."

El procedimiento de Carr Lane fue tan escandaloso, y la reclamación de México tan fundada, que el gabinete americano resolvió mudar el procedimiento. De momento, retiró el mando al gobernador de Nuevo México; expresó las más sentidas excusas. . . y se mandó a Mr. Gadsden con las instrucciones ya conocidas.

El gobierno de los Estados Unidos seguía en este punto una línea de eficacia probada muchas veces en la práctica. Recuérdese el asalto del comodoro Jones sobre Monterrey, en 1846, bajo la especie de que él "suponía" que ya existía un estado de guerra entre los Estados Unidos y México. Al consumar el atraco, el comodoro Jones se adelantó algunos meses a los acontecimientos, mas posteriormente, en 1847, invadido el territorio de México por el norte y el oriente, Mr. Polk envió a Nicholas P. Trist para que ajustara, "diplomáticamente", los hechos consumados. Ahora, en 1853, Carr Lane reproducía la historia del comodoro Jones en Monterrey, y como en este caso, en aquél el gobierno de los Estados Unidos le retiró su apoyo y le suspendió en el mando. Mas del mismo modo que después del atraco de Jones vino la gue-

rra, en esta ocasión nos enviaron a Gadsden para informar que, de no entregar el disputado territorio de buena gana, el pueblo de los Estados Unidos lo tomaría a como diera lugar.

El 25 de octubre entregó Gadsden a Santa Anna un memorándum en cuyo texto no se sabe qué admirar más si la indiscreción o la mala fe. Posiblemente la indiscreción, pues el documento exhibía los propósitos americanos ostensiblemente y nada dejaba a la tropical imaginación de Su Alteza Serenísima: las dificultades fronterizas entre ambos países, según Mr. Gadsden, sólo podrían ser resueltas definitivamente "mediante la extensión de las fronteras de una de estas potencias, a modo de establecer, entre ambas una barrera permanente y respetada".

Mucho más que los Estados Unidos, deseaba México esta barrera "permanente y respetada", pero no, por supuesto, a costa de la incesante reducción de su territorio. En la opinión de Mr. Gadsden, la famosa y permanente barrera debía quedar establecida por una línea que cercenara la totalidad de nuestros estados fronterizos, línea que, por lo demás, no sería más que la consecuencia de una de las máximas fundamentales del Destino Manifiesto:

> Es una vieja máxima nacional, confirmada por la historia —continúa Gadsden con singular descaro—, que los ríos y los valles unen a un pueblo, en tanto que las montañas y los obstáculos infranqueables lo separan. Ningún poder podrá prevenir, con el tiempo, que todo el valle del río Grande se encuentre bajo el mismo gobierno... y la parte occidental de Texas volverá al gobierno de México o los estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Chihuahua, mediante sucesivas resoluciones o compras, acabarán por unirse a Texas. Estas son solemnes verdades políticas, a las que ciertamente nadie puede cerrar los ojos.

Y para que los mexicanos no rodaran en el terrible error que señalaba —el de cegarse a tan solemnes verdades políticas—, concluía con una candorosa advertencia:

> El tratado de Guadalupe inculca una lección instructiva; es una sabia política la que previene que cuando los acontecimientos son inevitables, mejor se busque resolverlos por armoniosa cooperación, y no precipitarlos por medio de una oposición violenta y sin resultados. . .

Pero los mexicanos, que de sobra conocían la lección del tratado de Guadalupe, no podían, sin embargo, admitir aquellas solemnes verdades políticas. Presumían lo que se les deparaba en caso de no compartirlas, mas, a pesar de todo, Santa Anna se atrevió a resistir y, dos meses después, el apóstol del Destino Manifiesto se desesperaba hasta perder los estribos.

Finalmente, el 29 de noviembre, puso en manos de Díez de Bonilla un decálogo de amenazas, "a las que, ciertamente, nadie podía cerrar los ojos": La resistencia de México, frente a las ambiciones norteamericanas, por ejemplo, más servirá "para estimular el deseo de poseer que para contener el espíritu de aventura"; los impacientes no suelen ni saben esperar, y más audaces y arrojados se vuelven cuantas mayores dilaciones les imponen. El gobierno de los Estados Unidos procura la paz, y trata de contener la ambición de sus ciudadanos, pero llegará el momento en que los mismos obstáculos acicatearán la audacia y los virtuosos "settlers" romperán todos los frenos, a pesar de los sabios consejos de su gobierno. Seguro de tan obvias consecuencias, y para que no se le tachara luego de falta de caridad. Gadsden, muy a tiempo, advertía el riesgo a los mexicanos:

> Anticipando consecuencias inevitables, el gobierno de los Estados Unidos, con sabia previsión, preferirá a cualquier costo los procedimientos legales y pacíficos, a la forzosa admisión de las consecuencias que resultaren de las actividades ilegales e irregulares de sus más ardientes e impacientes ciudadanos.

No carecía el señor Gadsden de filantropía, cuando se tomaba la molestia de anticipar las inevitables consecuen-

cias. ¿Qué cuáles podían ser éstas? El ministro de los Estados Unidos las revelaba candorosamente al puntualizar:

> La posibilidad de que se repita la historia texana en los seis estados fronterizos, incluyendo la Baja California.

Concluidas las amenazas, cobran singular perfil las instrucciones verbales que, a través de Mr. Ward, le transmitiera poco antes el secretario de Estado. Cuatro eran las líneas deseadas, todas a costa de nuestros estados fronterizos, pero Mr. Gadsden, resuelto a rescatar su nombre del anonimato, y entregarlo a la historia como uno de los grandes próceres del Destino Manifiesto, exigía la más ventajosa, con un despojo de ciento veinticinco mil millas cuadradas de territorio, única capaz de remover todas las futuras y posibles asensiones fronterizas: "Una línea divisoria que efectivamente detenga todo posterior deseo de expansión por parte de los ciudadanos, nativos y adoptivos, de los Estados Unidos. . ."

Era, ciertamente, impecable la opinión del señor Gadsden. Si el bandolero merece tal nombre por su ilícito apoderamiento de bienes ajenos, bastará la pacífica entrega de dichos bienes para que su condición bandoleril desaparezca. Póngase de buen grado en manos del ladrón cuanto desea, y el ladrón dejará de existir como tal. . . hasta que se le ocurra adueñarse de otra cosa. Tal era, en pocas palabras, la lógica del inefable representante del gobierno de los Estados Unidos.

Al recibir la nota de Gadsden, Díez de Bonilla fue a ver a Santa Anna, quien comprendió que todas las socaliñas fracasarían ante la decidida actitud del norteamericano. Tenía que resolverse, pues, a tomar al toro por los cuernos no para ganar la controversia —de antemano perdida—, sino para ceder lo menos posible. El 30 de noviembre, o sea, al siguiente de la nota de Mr. Gadsden, Díez de Bonilla le comunicó que el gobierno mexicano

había comisionado a los señores José Salazar Ylarregui, Mariano Monterde y Lucas de Palacio, para discutir con él los términos del tratado y el 10 de diciembre dichos caballeros, más don Manuel Díez de Bonilla, sostuvieron la primera conferencia con el ministro. En materia entraron en su segunda reunión, la del día 16, al presentar Gadsden su proyecto de la nueva línea divisoria, rechazado por los mexicanos.

En la discusión del 22, Gadsden insistió en comprar la Baja California, en tanto que Bonilla, sin poderes para enajenar territorio, expresó que sólo en atención a las necesidades de Estados Unidos, para construir el deseado ferrocarril, México accedía a ceder el terreno indispensable, pero nada más. Propuso, concretamente, una línea divisoria que, respetando la establecida por el tratado de Guadalupe entre las dos Californias, continuara a partir del río Colorado, a lo largo de su canal más profundo, hasta un punto distante dos leguas marinas de la parte más septentrional del golfo de California, y de allí, en línea recta, hasta la intersección del grado treinta y uno de latitud norte con el ciento once de longitud, al oeste de Greenwich, de donde partiría otra línea recta hasta tocar el río Grande o Bravo del Norte en la latitud 31°.47'30". De este punto, y hasta la costa del golfo de México, se respetaría la línea pactada en el tratado de Guadalupe, quedando el pueblo de Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez), y el golfo de California, por entero, dentro de los límites territoriales de México.

Al ceder Bonilla lo que se pretextaba como objeto de las exigencias americanas, o sea, la faja necesaria para la construcción del ferrocarril al Pacífico, Gadsden se desenmascaró definitivamente e insistió en que se le concediera la famosa línea proyectada en Washington, que prácticamente arrebataba a México sus estados fronterizos; pero Santa Anna no estaba dispuesto a ir más allá, y así lo hizo saber Bonilla a Mr. Gadsden en la reunión del día si-

guiente. Así, convencido el ministro de que para conseguir una mejor línea fronteriza sería preciso acudir nuevamente a las armas, aceptó en términos generales la proposición mexicana siempre y cuando se anulara la garantía pactada en el artículo XI del tratado de Guadalupe, que imponía a los Estados Unidos la obligación —y la responsabilidad— de vigilar y contener las depredaciones de las tribus bárbaras sobre la frontera mexicana.

Fracasado Gadsden en sus metas fundamentales, sólo quedábale plegarse a esa transacción y, así, convino en los términos de un tratado que, a cambio de la pequeña cesión territorial, fincaba una compensación de diez millones de pesos, pagaderos a México por el gobierno de los Estados Unidos. El 3 de diciembre de 1853, reunidos los comisionados en la legación americana, firmaron el famoso documento, que se haría público al ser ratificado por el Congreso de los Estados Unidos, propósito que se frustró en gran medida porque los rumores de su otorgamiento inundaron la capital.

Tal fue la historia secreta del tratado de La Mesilla, arma esgrimida sin misericordia por los enemigos de Santa Anna. Aún hoy, se le imputa como uno de sus mayores crímenes y, sin embargo, lejos de gravar su cuantioso pasivo, algo abona ese episodio al renglón activo del jalapeño. Nadie, por cierto, puede llamar un éxito al tratado de La Mesilla, pero fue, sin duda, el menor de los males. El más versátil de los hombres fue digno y fuerte en una circunstancia crítica; se definió como un político sutil, y arrancó a la adversidad ventajas ocultas o mínimas pérdidas. El tratado de La Mesilla no es una vergüenza para Santa Anna ni para México, sino para quienes lo exigieron a lo largo de una gestión bandoleril, sin más título justificante que la falta de escrúpulos y el poder ejercido sobre la inerme nación vecina.

capítulo décimo

UN HEROE EN BUSCA DE BANDERA

Tratándose de salvar
la nacionalidad mexicana,
no excusaré en unirme
con el Gran Turco. . .

1. *Los gestores del imperio*

En el palacio nacional de México nació el Segundo Imperio como drama. Tiempo atrás, con el horizonte cerrado por el "pronunciamiento", la angustia de algunos fue el acicate del sueño imperial, e incluso Gutiérrez Estrada, uno de sus epónimos, llegó a publicar un escrito en alabanza de la monarquía, que le significó el destierro en los días del último gobierno de Bustamante. En 1850, ya en vías de madurez el sueño, fundó Lucas Alamán el partido conservador, autor del llamamiento a Santa Anna para dejar Turbaco y, por última vez, ocupar la presidencia de la República. Ciertamente, no acudían a él por simpatía sino por conveniencia. Por la convicción del que el sueño había de materializar bajo la acción del hombre práctico, brazo ejecutor de los intelectuales.

Al estallar en el sur la revolución de Ayutla, Santa Anna no contaba con la colaboración de su organismo; pesaban sus sesenta años encima, y sólo forzado por la responsabilidad de su fama resolvió el 16 de marzo de 1854 salir de campaña, especie de comitiva armada para recoger agasajos sobre la marcha. Bastó que en Acapulco, con el mar a sus espaldas, los de Ayutla resolvieran el enfrentamiento, para que el "general presidente" diera por terminada una expedición, en rigor no iniciada todavía. Y volvió a la capital, desalentado a pesar de los arcos de triunfo, como si adivinara, en el grito de Ayutla, el principio del fin. Práctico en medio siglo de revoluciones, tal vez intuía que México se preparaba a ventilar la vieja

querella de las ideas; a conseguir que sus entrañas miserables pariesen una nueva nación en la que él, Antonio López de Santa Anna, carecía de papel, aunque su legado, el santanismo renaciera cuando el cuerpo de su autor descansaba ya bajo la tierra del Tepeyac.

Durante las semanas que siguieron a su regreso, no dejó de recibir noticias desconsoladoras sobre los progresos de la revolución. En el capítulo filibusterismo, por otra parte, las noticias distaban de ser satisfactorias, pues, aunque en Sonora y Baja California fracasaron las expediciones de Raousset de Boulbon y Walker, la efervescencia producida por los planes expansivos era tal, en la Alta California particularmente, que los nuevos proyectos cundían como fuego sobre hojarasca. El dictador se revolvía en la intriga palaciega; reñía con sus amigos y atizaba la inquina de sus enemigos, mientras del interior y el extranjero, llegaban noticias más alarmantes cada día. Era el momento para que Díez de Bonilla ahondara en su desesperanza: el momento para sugerir, para agitar la fértil imaginación de otrora. Allí estaba el fantasma de los Estados Unidos. . . la guerra a la Iglesia. . . Juan Alvarez y sus "pintos" en la capital. Y el sexagenario se convenció por fin: Díez de Bonilla, redactó una carta dirigida a José María Gutiérrez Estrada, en París, y Santa Anna la firmó resueltamente. Era el 1o. de julio de 1854. El imperio no sería ya el sueño de los pocos, el de Gutiérrez Estrada o Lucas Alamán. Por fin actuaba el brazo ejecutor, el del hombre, "autorizado por la Nación", para darle la forma de gobierno que a él pluguiera:

—Autorizado por la nación mexicana para constituirla bajo la forma de gobierno que yo creyera más conveniente para asegurar su integridad territorial y su independencia nacional de la manera más ventajosa y estable, según las plenísimas facultades de que me hallo investido; y considerando que ningún gobierno puede ser más adecuado a la nación que aquel a que por siglos ha estado habituada y ha formado sus peculiares costumbres:

Por tanto, y para cumplir ese fin, teniendo confianza en el patriotismo, ilustración y celo del señor don José Ma. Gutiérrez de Estrada, le confiero por las presentes, los plenos poderes necesarios para que cerca de las cortes de Londres, París, Madrid y Viena, pueda entrar en arreglos para hacer los debidos ofrecimientos, para alcanzar de todos estos gobiernos o de cualquiera de ellos, el establecimiento de una monarquía derivada de alguna de las casas dinásticas de estas potencias, bajo la calidad y condiciones que por instrucciones especiales se establecen. En fe de lo cual he hecho expedir las presentes, firmadas de mi mano, autorizadas con el sello de la nación, y refrendadas por el ministro de Relaciones, todo bajo la conveniente reserva, en el Palacio Nacional de México, a 1º de julio de mil ochocientos cincuenta y cuatro.

Mas la gestión resultó inútil al triunfar los de Ayu-
y archivarse por algunos años más los proyectos mo-
quistas. Nada favoreció más el éxito revolucionario que
agobio moral de Santa Anna, hasta la coronilla de
igos y enemigos. En febrero del 55 fue nuevamente
sur, hasta Iguala, sin resultados; en mayo, a Michoa-
n, también inútilmente; al tiempo de pronunciarse en
nares —apoderándose luego de Monterrey—, nada me-
que Santiago Vidaurri. Resuelto a consumar la fuga,
vió Antonio a México el 9 de junio y, sólo dos meses
spués, el 9 de agosto, abandonó el palenque por la puer-
de servicio. Huyó por la noche de Palacio, siguió a la
sta, y entregó el triunfo a los de Ayutla sin probar ba-
lla, dejando en los conservadores la convicción de haber
lo sólo sueño el brazo ejecutor de su programa.

hora corrían los años en el destierro, en "su roca", como
gustaba llamar a la isla de San Thomas, donde tiempo y
ientos salobres purgaban las penas y reanimaban las ilu-
iones. Al tanto de las cosas de México, el encono de la
ucha adquiría, a sus ojos, perfiles fascinadores: la Cons-
titución de 1857, la Guerra de Reforma y el nacimiento

de nuevos caudillos; Calpulapan sellaba la querella doméstica, bajo los manes de Miramón y González Ortega, sin que nadie pensara en invocar el auxilio de su espada. La eminencia de la lucha, y el dolor de verla decidirse sin su arbitraje, sacudían su ambición envejecida. Esperaba la llegada de un feliz pretexto para reincidir, y éste llegó por fin, un día, otra vez envuelto en bandera conservadora.

Cuando el 17 de julio de 1861 se publicó el decreto que suspendía durante dos años los pagos del gobierno federal, incluso, el de las asignaciones para la deuda contraída en Londres y para las convenciones extranjeras, la reacción europea no se hizo esperar y, tanto el ministro inglés Mr. Wyke, como el francés Dubois de Saligny, fijaron el 25 de julio, a las cuatro de la tarde, para que el gobierno derogara el decreto en cuestión. El 27 de julio, al no atenderse su reclamación, Wyke y Saligny declararon rotas las relaciones diplomáticas de sus gobiernos con el de México, acto preparatorio de la Convención tripartita que en Londres, el 31 de octubre, suscribieron los representantes de Francia, España e Inglaterra. La guerra con las potencias europeas era inevitable, como lo había sido desde el 27 de julio, al suspenderse las relaciones diplomáticas.

Inminente el pacto tripartita, Santa Anna se vuelve consejero de la nueva empresa. Escribió a Gutiérrez:

> Ahora lo que convendría es: aprovechar tan feliz oportunidad para la realización de nuestros antiguos deseos, por aquello de que la ocasión tiene un cabello, y no se presenta segunda vez. Cuánto convendría que v. se acercara a esos gobiernos (las cortes europeas), y les recordara nuestras antiguas solicitudes. Sobre todo hacerles conocer que México no tendrá paz jamás si no cura el mal radicalmente, y esta cura debe reducirse a sustituir la farsa de república con un emperador constitucional. . . Hágales v. saber también que hoy, más que nunca, estoy resuelto a llevar a cabo aquella idea, y que trabajaré sin descanso hasta verla realizada; por tanto, puede contarse conmigo. . .

Hacia fines de noviembre, llega a sus oídos el nombre del candidato al trono, y Antonio, embarcado en la misma ilusión que cuarenta años antes le hiciera suponerse "árbitro de los destinos de México", *aprueba* la designación de Maximiliano. Más todavía: pide a Gutiérrez Estrada que comunique al archiduque su beneplácito, aunque con toda reserva, "porque bien sabe v. que en política hay cosas que no se deben publicar antes del momento oportuno, por el mal que podrían producir", y concluye anunciando su regreso a México, "persuadido de que ha llegado el momento de obrar". El año de 1861 marca el apogeo del entendimiento entre Santa Anna y los conservadores. Fue como una luna de miel que culminó en diciembre, con la más dulce de las cartas salidas de la pluma de Gutiérrez Estrada:

> Tampoco dudo que conocerá cuán importante es su presencia en estos momentos, porque nadie podrá negarle que es el que con mejores títulos puede y debe tomar las riendas del gobierno; la persona de v. alentará a sus amigos, decidirá a los indiferentes y llenará de espanto a sus enemigos. Entonces, con mucha facilidad, podrá llevar a efecto, en 1862, la obra que comenzó en 1854.

Repentinamente, la actitud del jalapeño tornóse cautelosa, como si una nube ensombreciera la bella amistad. ¿Razones? Aunque indeclaradas, podemos presumirlas: mientras Gutiérrez Estrada halagaba la vanidad de Antonio, concediéndole los títulos necesarios para sentirse el hombre clave del Imperio, otros se adueñaban del poder y, particularmente Almonte, insoportable a sus ojos por semejar más un procónsul francés, o lugarteniente de Napoleón, que un político mexicano. Y cuando, ya herida la soberbia, supo del desastre francés del 5 de mayo, inesperado para todos, el jarocho se volvió más cauto todavía:

> Mi nombre ni mi bandera no deben aparecer en ocasión tan espinosa como una amenaza. La amenaza sin

prontos efectos no nos conviene. Yo debo ser, en día determinado, para esa infame demagogia, el rayo, no la espada de Damocles.

Sólo tres meses después, en una carta al padre Miranda, Santa Anna marchaba al reencuentro de su alma:

> Tengo los mejores deseos para servir a nuestra infeliz patria, pero no quiero hacerlo con menoscabo de mi honor que estimo más que la vida. . . jamás me rebajaré a hacer el papel de pretendiente, habiendo representado allí el primero tantos años, por merecimientos que me enorgullecen. O vuelvo al servicio de mi patria honrosamente, o acabaré mis días en esta roca: tal es mi resolución irrevocable.

Tal debió ser su resolución irrevocable. En su "roca" debió quedar siempre, o al menos lo necesario para evadir la fugaz aventura que lo llevó a Veracruz el 27 de febrero de 1864. Aunque sólo por un momento, la vanidad herida le aconsejó la cautela, y si aparte de vanidoso hubiera sido razonable, habría analizado la situación y concluido que, entre *gestores y usufructuarios* del Imperio, no cabían relaciones cordiales. Ni siquera la alianza tripartita exhibió unidad de propósitos, pues ¿qué puntos de contacto podían darse entre las miras de Napoleón III y las del gobierno español? ¿Cuáles, entre las de aquél y los ingleses? Y por último, ¿cómo conciliar los intereses de todos ellos con los de los mexicanos conservadores, y aun los de estos mismos entre sí, en cuyas filas militaban desde ultramontanos, al estilo del padre Miranda, Gutiérrez Estrada y los arzobispos de México y Puebla, hasta liberales moderados como Payno y Ruiz Esparza, y republicanos renegados como Vidaurri y O'Horan, pasando por hombres de medias tintas, logreros de todos los partidos, como el general Almonte?

Tan dispar asociación de intereses, sólo, se vinculaba en un punto: en el odio al régimen de Juárez, ese sí compartido por todos. Mas ese lazo, endeble a pesar de su

aparente vigor, no iba a resistir el menor estirón. El primer golpe que debilitó la alianza, como se sabe, lo dio España al retirar su contingente del cuerpo expedicionario. El general Prim abandonó la empresa: reembarcó a su gente y tomó el mar en regreso, salvando así el honor de su patria y su destino en el alma de México. Muchos españolizantes han tratado de cargar a Prim con "la culpa" de la retirada, ignorando que las instrucciones de su gobierno le autorizaban ese paso. Cierto que en Madrid una parte de la opinión y algunos diputados a cortes le desencadenaron menuda tormenta, pero no fue menos patente el respaldo que recibió de eminentes figuras del gobierno, de Calderón Collantes y O'Donell en primer término. Así se explica la desilusión que la conducta española produjo en los prohombres del partido conservador. Arrangoiz, por ejemplo, escribía al padre Miranda, de Madrid, el 27 de marzo de 1862:

> Me manifestó (Calderón Collantes) que había hablado con el general O'Donell; que ambos estaban muy satisfechos de la conducta del general Prim; que las tropas no habían ido a apoyar a ningún partido; que si eso se habían figurado los conservadores, y sobre todo los mexicanos influyentes que había en Europa, se equivocaban; que España no iba a proteger la candidatura del Archiduque, porque no estaba ni en los intereses ni en la dignidad de la nación. . . España no se dejará arrastrar por la política de otros, pues tiene bastante poder para seguir una política propia, y conforme con su dignidad y sus intereses.

Y agrega la revelación luminosa sobre el fracaso del pacto de Londres:

> O'Donell repitió hace tres días, pues lo había dicho antes, que nadie es más a propósito de Prim para desbaratar los planes de Napoleón en México.

Dos años faltaban, todavía, para que Maximiliano aceptara en Miramar la corona de México y la unidad interna

de los conservadores sufría las primeras cuarteaduras. Se iniciaba la funesta escisión del grupo en dos bandos, luego irreconciliables: el de los "conservadores afrancesados" y el de los "conservadores nacionalistas", el primero capitaneado por Almonte, y el segundo con el padre Miranda como cabezas visibles. Para este último, el gobierno a punto de instalarse en México había de representar primeramente los *intereses nacionales*, alejándose de la acción francesa cuanto fuera posible: "Es necesario que aquellos intereses (los nacionales) se defiendan, y no se dejen sacrificar al capricho extraño", escribía Miranda, en angustiada carta, al general Leonardo Márquez. Y en la misma, la interrogante fundamental, la que al fin arruinará la obra: "¿cómo puede emprenderse ahora la obra de nuestra regeneración, sin tropezar con los inconvenientes y dificultades de una guerra de ocupación y de conquista?"

La descomposición interna del grupo había evolucionado tanto, en menos de un año, que el padre Miranda pudo escribir a Rafael Rafael la célebre carta en que a la par de desencanto por el cariz de los acontecimientos, se observa ya la formación, dentro del grupo, de los diversos subgrupos destinados a aniquilarse recíprocamente, tales como afrancesados y nacionalistas, ultraconservadores y moderados.

Por su singular penetración y honradez intelectual, el padre Miranda figura como el mejor de los ultraconservadores; sólo él previó el funesto desenlace de una empresa viciada con sus orígenes y, desgraciadamente, no vivió lo necesario para corroborar, sobre los hechos, cómo se cumplían sus profecías. Percibió claramente que la situación se agravaba porque el afrancesamiento de Almonte involucraba el reconocimiento de los principios sociales, políticos y religiosos que Francia representaba en Europa, y no estaba dispuesta a traicionar en México. Así lo entendía el juicioso Miranda, al referirse a la política "de medias tintas y de amalgamas, una política moderada" de

Almonte, que al privarle de apoyo en el único partido en el que racionalmente podía sustentarse, o sea el clerical ultraconservador, "quedaría aislado entre sus amigos y enemigos, sin más elementos que los puramente franceses, esto es, los que no pueden servirnos esencialmente para formar un partido nacional".

En la historia del Imperio, Miranda fue la lógica y Almonte la política. De premisas ciertas, el primero obtuvo consecuencias ineludibles; en tanto que el otro, plegándose a las circunstancias, resolvía problemas de oportunidad, sin importarle los principios. Almonte sabía que el Imperio carecía de viabilidad sin apoyo francés, y transigía con éste a cada paso. En las instrucciones que Napoleón había dado a Forey, el 14 de febrero de 1863, decía el emperador: "Deberá ser v. el amo, aunque sin parecerlo. . ."

Almonte, por su parte, se encontraba convencido de que a él le tocaba desempeñar el papel contrario. O sea, que bien pudo haberle dicho Napoleón: "Deberá v. parecer el amo, aunque sin serlo".

Habría sido necesario ser un genio para mantener una colaboración imposible en lo substancial, y es probable que ni aun así hubiera sido capaz Almonte de vencer la mítica tozudez de los ultraconservadores y, muy particularmente del arzobispo Labastida, instalado también en la Regencia. ¿Cómo resolver, por ejemplo, el problema suscitado por el manifiesto de Forey a la nación —el 12 de junio de 1863—, en realidad un espaldarazo a la nacionalización de los bienes del clero? Poco después Bazaine, mejor dotado para la acción política, estaba convencido de que Francia no haría largas y buenas migas con los conservadores, "débil y rencoroso poder", que estaba resuelto a mantener bajo su tutela, según decía al emperador. No se iría lejos, en opinión del futuro mariscal, con los elementos del gobierno: Almonte "carece de energía política, y toma muy a lo serio su papel de presidente de

la regencia. . ."; el general Salas "es una momia que se inclinaría preferentemente hacia el arzobispo, pero el general Almonte lo trae felizmente hacia él en las cuestiones decisivas"; por último, monseñor Labastida no parece distinguirse por sus luces, y simplemente "se abstiene en todos los asuntos que puedan lastimar los antiguos derechos del clero".

Da grima la poca deferencia por los conservadores —el desprecio, para ser más exactos— en las notas oficiales del general Bazaine. Una y otra vez les llama rencorosos, ineficaces, retrógrados, y nada sorprende, por eso mismo, su audaz intento de conciliar los intereses franceses con los de la República peregrina. A través de J. Napoleón Saborío, mexicano desconocido y autor de una de las gestiones más extraordinarias de ese tiempo, Bazaine estableció contacto con los juaristas, aunque el avenimiento fracasó, porque si Francia podía transigir en todo con los republicanos, a condición de que aceptaran la intervención y el Imperio, a su vez los republicanos pudieron coincidir en todo con el espíritu francés, salvo en esos dos puntos. El intento muestra, sin embargo, hasta dónde se encontraban divorciadas las miras de Bazaine y los conservadores, el "débil y rencoroso poder" que el jefe francés aseguraba mantener en jaque. Posteriormente, Maximiliano adoptará conducta parecida, rodeándose de moderados, y aun de liberales republicanos, simplemente enemistados con Juárez, hasta llegarse al extremo de que los conservadores —sobre todo los extremistas— quedaron finalmente tan lejos del Imperio como de la República peregrina.

De ese modo, al presentarse el emperador en Veracruz, con la ilusión de que los mexicanos le habían llamado, la querella franco-conservadora cerraba el horizonte. Además de la guerra de intervención, en amplio sentido, existía una lucha civil entre republicanos e imperialistas, y otras más, resultado de la falta de entendimiento

e protectores y protegidos, que podríamos llamar *fran-onservadora.* Los franceses eran los peor librados, al os de momento, pues luchaban con los republicanos largo y ancho del país, y con los conservadores en el cio de México. Luchaban, por último, los conserva-es entre sí, los "ultras" contra los moderados, los afran-dos con los nacionalistas. Nunca se combatió más en ismo cuartel, ni se exhibió mayor desunión frente al migo supuestamente común.

Maximiliano llegaba a instalarse no en un trono, sino na hornaza cuyo fuego atizaban todos: franceses, con-adores, radicales, moderados y liberales. Intentó la sacción, siguiendo los pasos de Bazaine, y fracasó como Acudió a todos los arbitrios para conseguir la paz, y la se le fue de las manos por lo menos hasta llegar su rpo a la "Kaisergrust" de la iglesia de los Capuchinos, Viena, donde descansa todavía. Un día llegué a la vera sarcófago, que por cierto lleva encima, en bronce, un ila mexicana. Bajo el símbolo, la leyenda:

Fernando Maximilianus. Archiduc Austriae.
Natus in Schoenbrun. VI-IVLII-MDCCCXXXII
Qui Imperator Mexiconorum anno MDCCCLXIV electus.
Dira et cruenta Nece Queretari XIX-IVNII-MDCCCLXVII
Fidem ac Vitam Religiossime Confessus Heroica Cum
Virtute Interiit H-S.E.

No exagera la inscripción: "heroica cum virtute" fue muerte, simplemente la de un Habsburgo que supo cum-con su deber.

La fugaz aventura

mo todas las ausencias, el destierro inflamó las espe-zas y durante diez años vivió con la ilusión de que su mbre hiciera estremecer a los verdugos. Esperó la opor-

tunidad para caer como rayo “en medio de la infame demagogia”, y topó con la indiferencia de los combatientes, que en rigor no tenían por qué desearlo. El Imperio creaba intereses sin relación con el antiguo santanismo, y si ni Almonte, Salas o Labastida deseaban su cercanía, menos aún el alto mando francés, en querella constante con liberales y conservadores, regentes y altos dignatarios de la Iglesia. ¿Podría Bazaine ver con buenos ojos al hombre cuyo solo regreso presagiaba nuevos problemas? Tiempo atrás, Napoleón había sido el más poderoso de sus favorecedores: “El general Santa Anna, creo, podrá desempeñar un papel útil a nosotros”, escribió un día al mariscal Forey, y Bazaine, el sucesor de éste en el mando de México, no encontraba salida al conflicto, presionado por el deseo del emperador y la responsabilidad de la paz, el fardo sobre sus espaldas.

La presencia del jalapeño en La Habana, a principios de 1864, dispuesto a regresar sin importarle cómo, agravó la situación. Ya no ambicionaba presentarse como árbitro, ni tampoco como “rayo en medio de la infame demagogia”. Se conformaba con un permiso para volver. Ante los apremios del cónsul francés en La Habana, Bazaine cedió por fin, aunque *sub conditione*, pues, el hombre tendría que olvidar, para siempre, que México le recibiera como rayo, relámpago o tempestad. Y, sobre todo, nada de proclamas; nada de manifiestos. Regresaría, sí, pero como quien ha vivido una historia sin resurrecciones:

> El general Santa Anna está autorizado para volver a su país natal como un simple ciudadano; como un general del ejército mexicano que viene a filiarse a su bandera. . .

Tal fue la advertencia de Bazaine al cónsul habanero. Cualquiera habría rechazado la condición de huésped indeseable que se le asignaba, pero el jalapeño no, y a bordo del paquete inglés *Conway* se presentó en Veracruz el 27 de febrero.

Hasta el último momento esperó que su pueblo —sus amados jarochos— estaría en el muelle, las autoridades civiles y eclesiásticas, tropa y jerarquía castrense. Hasta el último momento, espero que renaciera la gloria y la historia volviera sus páginas para principiar de nuevo. Ni siquiera padeció la angustia de dudar: él no dudó jamás; no dudó en los días de gloria, ni tampoco ahora, cuando la historia le mostraba los dientes como a un intruso. Mas la realidad se imponía sobre el gran despistado, y el muelle seguía desierto. Nada tan hostil como el silencio. El silencio se apodera del alma y la reseca, como extraña sed con cien lenguas buscando la caridad de una palabra. Él había sido la algarabía, una especie de ruido animal, y hoy, frente a Veracruz, la historia vengadora le dejaba en su purgatorio de silencio.

Al fin, de improviso, un grupo de hombres fríos y corteses llegaron a su lado, sobre cubierta. Frente a él ensayaron una reverencia, y sin mayores preámbulos pusieron ante sus ojos un libro, con el acta redactada por las autoridades de la plaza en obsequio de las instrucciones de Bazaine. Tendría que firmar para desembarcar, y Antonio, siempre inescrupuloso, suscribió el texto sacramental:

> Declaro, por mi honor, dar mi adhesión a la Intervención francesa, y reconocer como único gobierno legítimo la monarquía proclamada por la Asamblea de Notables, con el título de Imperio mexicano, y con el príncipe Maximiliano como emperador de México.
>
> Me comprometo, igualmente, a abstenerme de toda demostración política y a no hacer nada, sea por escrito, sea verbalmente, que tienda a hacer suponer que regreso a mis país de otro modo que como un simple ciudadano. A bordo del paquete inglés *Conway* a 27 de febrero de 1864.

Ya en el puerto, escribió en primer lugar a Juan de Dios Peza, encargado del ministerio de Guerra y Marina, para participarle su deseo de cooperar a la consolidación de las instituciones adoptadas por la nación “bajo la som-

bra benéfica del trono en que ha de colocarse el ilustre príncipe designado por los altos consejos de la Providencia". No sólo violaba, instantáneamente, los términos de su admisión —al hablar de *cooperaciones* que nadie le pedía—, sino que fue, además, a la oficina del prefecto, en busca de su autorización para publicar el manifiesto que llevaba en el bolsillo. El prudente funcionario se rehusó, aduciendo tener instrucciones de consultar el caso, mas ¡cuál no sería la sorpresa del buen hombre, pocas horas después, al recibir los primeros ejemplares del manifiesto impreso en *El Indicador*, de Orizaba! No se había equivocado Bazaine: Antonio no prestó el menor cuidado a las condiciones de su admisión y cedía, una vez más, a la suprema inclinación de su vida. El emperador Napoleón habría quedado satisfecho con los arrebatos líricos del recién llegado:

> Al monarca magnánimo que os ha extendido su mano poderosa, tan oportuna y generosamente, conservadle en vuestra memoria. . . La gratitud es una virtud propia de las almas nobles. . .

Y la pieza entera reflejaba su vieja decisión: la de caer en México como un rayo, no como un comparsa más:

> El que hoy os dirige la palabra desde este recinto, teatro en otro tiempo de sus glorias, es aquel caudillo de la Independencia que en 1821 acogistéis con frenético entusiasmo: el vencedor de Tampico, el que de un extremo a otro del territorio nacional adquirió el honor de dar prez y gloria a la patria sin economizar su sangre, por lo que tantas veces lo favorecísteis con vuestros sufragios, confiándole el mando supremo de la Nación, y lo cubrísteis de consideraciones. Acogedlo, pues, como al hermano querido, sin dudar un momento de su sinceridad.

El manifiesto no contrariaba los intereses galos salvo, si se quiere, en punto a su entusiasta alusión a la iglesia y sus inviolables derechos. Halagaba a los franceses, y en

fondo se proponía recuperar el ascendiente sobre quie-s, en su ausencia, se adueñaron de la situación, mas zaine ya le tenía ojeriza. Había ordenado al general ceaga, comandante de Jalapa, vigilar de cerca al recién gado, y estuvo a punto de mandar fusilar al subordina- tan pronto como tuvo a la vista un ejemplar del *Indi-dor*. E, instantáneamente, ordenó que Santa Anna fuera embarcado sin demora.

En palacio, mientras tanto, Juan de Dios Peza, encar-do de la secretaría de Guerra, contestaba la carta del lapeño: "La regencia felicita a Ud. por su regreso al suelo tal, y ve con sumo aprecio la decisión en que se halla, prestar sus importantes servicios. . ."

La delicada bienvenida, redactada de su puño y letra r el padre del futuro "poeta del hogar", llegó a Vera-uz al mismo tiempo que los franceses ponían a su des-natario a bordo de la corbeta *Colbert*, de paso para La abana. Mientras los émulos del "monarca magnánimo", ra quien Antonio reclamara la gratitud de los mexica-s, concluían a empellones la fugaz aventura, Antonio ncluiría que la bella carta era de la regencia, y el pun-pié de los dueños del país.

"Sed el amo sin parecerlo. . .", había recomendado apoleón al mariscal Forey. Bazaine, altanero, invirtió el ograma, y a más de ser el amo, se condujo como eso mbién. Por cierto que, no satisfecho con el reembarco Santa Anna, y enterado de la carta de Juan de Dios za, endosó a la regencia, el 13 de marzo, una repri-enda de pronóstico:

> Vuestra Excelencia comprenderá, sin esfuerzo, que en el momento mismo en que aplicaba al general Santa Anna una medida rigurosa, forzada por las circunstancias en las cuales se produjo su falta de lealtad, me ha sorprendido saber que la Regencia, con la que creo y debo marchar en acuerdo perfecto, le dirigía cartas de felicitación, precisamente con motivo del acontecimiento que yo reprobaba.

Tengo el honor de rogar a Vuestra Excelencia que se sirva enviarme copia de la carta de felicitación de que se trata. . .

Mientras Santa Anna, con su vanidad partida en dos volvía al destierro, la regencia, y concretamente los pobres de Almonte y Juan de Dios Peza resistían heroicamente el despliegue de la ira francesa. Mas la fugaz aventura de Antonio tenía carácter docente: enseñaba hasta donde era ilusorio el entendimiento entre el protector y los protegidos, y cómo el trono severo y estable que se ofreciera a Maximiliano, en Miramar, era en realidad un barquichuelo sujeto a la furia de todos los vientos.

3. *Juguete de la adversidad*

El 10 de abril en 1864, en el castillo de Miramar, Maximiliano de Habsburgo aceptó la corona de México, y el 28 de mayo, en unión de Carlota, desembarcó en Veracruz. Son de recordarse las palabras del príncipe al bajar a tierra: "Mexicanos —dijo—: ¡Vosotros me habéis deseado! Vuestra noble nación, por una mayoría espontánea, me ha designado para velar de hoy en adelante sobre vuestros destinos. . ."

Parece inexplicable su resolución de abandonar, en aras de su paraíso soñado, el paraíso que disfrutaba. Con mejor estofa de poeta que de estadista, le punzaba la esterilidad de su vida, regia unidad biológica en el jardín de Schoenbrunn o en la playa de Miramar y, tal vez, bajo el acicate de ser un indeseado en su familia y en su patria, acarició la ilusión de ser deseado alguna vez y en alguna parte. Movido por resortes generosos, se embarcó en la aventura; dejó el sueño, Viena y rada luminosa de Miramar, para enfrentarse a la realidad de un pueblo que le llamaría intruso y le haría pagar un crimen que en rigor no fue suyo. Porque el crimen no fue el de Querétaro sino el de

Miramar, cuando entre los notables y Napoleón le engañaron como a un desventurado. Sólo seis meses había corrido del día de su llegada, y ya sus medidas políticas le enajenaban las simpatías del clero y los conservadores radicales, sin que apartarse de éstos le aproximara a los republicanos. Un nuevo problema, tal vez el mayor de todos, agravó, luego, la situación, y ese fue el creciente sentimiento nacionalista en el círculo de sus adictos, dirigido precisamente contra la ocupación y maniobras del ejército francés. Con su habitual agudeza, señalaba Bazaine los términos del nuevo problema:

En suma, el Consejo de Estado está formado de elementos liberales y de elementos casi reaccionarios, por partes iguales; pero lo que, sobre todo, debe llamar la atención, en la constitución de este cuerpo, es el espíritu puramente mexicano, quiero decir, hostil a los extranjeros, que anima a todos sus miembros. No debemos contar con el concurso del Consejo de Estado para el arreglo de las cuestiones que interesan especialmente a Francia.

Esta táctica del emperador es, ciertamente, muy hábil por lo que se refiere a su pueblo, pero deja entrever una dirección política poco favorable a nuestros intereses. . .

El gobierno imperial, al apartarse conscientemente de la influencia francesa, adoptando una táctica "muy hábil por lo que se refiere a su pueblo", según el decir de Bazaine, buscaba también evadir ligas incondicionales con los conservadores, particularmente con los representantes de la postura más radical en ese grupo. La constitución del Consejo de Estado, por ejemplo, no satisfizo a los unos ni a los otros por incluir personalidades nada de fiar en punto a los fines perseguidos. Estaban allí Lacunza, Ortigoza y Siliceo, liberales moderados, al lado de López Uraga, político de oportunidad, y de Fonseca, Elguero y monseñor Francisco Ramírez, adictos a la causa del clero, mas, al mismo tiempo, enemistados con la ocupación francesa.

Bazaine, que se daba perfecta cuenta de la situación, multiplicaba comunicaciones al mariscal Rendón y visitas a Maximiliano, haciendo notar a este último los peligros que entrañaba la formación de un "partido nacional", que principiaba a encontrar desagradable la presencia, en México, del ejército francés, por suponer que con sus propios medios podría concluir la empresa en la que estaban embarcados.

Contemporáneos a las inquietudes francesas fueron los imperiales decretos sobre libertad religiosa y confirmación de la desamortización de bienes clericales, siendo tan tremenda la impresión producida por este último que casi pasó inadvertida la importancia del primero. Si al coquetear con el "partido nacional" Maximiliano se enemistaba con los franceses, al sancionar aquellos decretos actuaba en la dirección grata al progresismo francés, a cambio de acelerar su distanciamiento frente a los grupos nacionales que le apoyaban.

Hacia mediados de 1865, el Imperio alcanzaba su mayor asentamiento, por los éxitos militares franceses, pero exhibía también los primeros síntomas de su descomposición. Maximiliano se alejaba más aún de los clericales, y prefería a la cercanía de liberales, quienes por querellas personales con Juárez, no vacilaron en prestarle su colaboración. Curiosamente, los actos del gobierno imperial lo apartaban rápidamente de los intereses franceses, al mismo tiempo que el régimen dependía de Francia, cada día más para su sostenimiento. Hacia junio de ese año, los oficiales franceses vueltos a su patria aseguraban que, en México, el número de los partidarios de la Intervención y el Imperio disminuían en vez de aumentar. La situación, por lo demás, era lógica, pues colocado Maximiliano en el despeñadero por su generosidad y escaso tino, no era capaz de atraer la simpatía de los republicanos, y por otro lado se quedaba sin amigos entre los conservadores, enemistado con los franceses por añadidura. Al mediar 1865, el

sol de mediodía anunciaba el principio de la tarde, 1866 será la tarde. La noche se inició en 1867, y culminó el 19 de junio, en un pequeño cerro frente a Querétaro.

Mientras en la capital y a todo lo ancho y largo de México se sucedían los acontecimientos que sellaban la suerte del Imperio, en el destierro de San Thomas, en "su roca", Antonio López de Santa Anna se encontraba sometido a radical metamorfosis. Cuando a bordo de la *Colbert* marchaba al ostracismo, pisoteada su soberbia de primitiva sencillez, ya eran de preveerse las mutaciones: frente a él, ¿qué significación podían tener Almonte, Bazaine, Juan de Dios Peza, o simplemente el resto de los hombres? Frente a su vanidad herida, ¿no resultaba minúscula la causa de la Intervención y el Imperio? Cierto que por escrito constaba su adhesión; cierto que había circulado también su Manifiesto de Orizaba, y que decenas de cartas con su firma podían ser exhibidas en cualquier momento, pero él era hombre ducho en la evasión de callejones sin salida.

Como la oruga en la morera, Santa Anna, en "su roca", elaboraba su nueva vivienda. En el capullo se forma la crisálida, destinada a resumir la materia del pasado en el vigor de una vida reciente, sin nexos antiguos. Con las carnes marchitas, mas dueño todavía de imaginación ardorosa, estaba en su isla nuestro héroe, ante el misterioso mensaje del mar. ¿Qué tiene de gusano la mariposa? Pues todo y nada. Resume una vida vieja y contraria, lo que se arrastra en máximo apego a la tierra por un lado, y por otro la mariposa, tan intangible y superior como una idea ligeramente animal. Y debió pensar que lo mismo ocurría entre humanos, pues, ¿quién podría reconocer en el hombre de hoy al que apenas ayer murió entero, en el interior de ese mismo cuerpo? Frente al mar, en "su roca", Antonio resolvía su antinomia. Mas olvidó que la fundamental diferencia entre orugas y mariposas y hombres, radica en la fatalidad de estos últimos, que al hacer historia la tienen, y la arrastran; que la historia es un lastre para los hom-

bres, y que, una vez vivida, la historia de la oruga es el plomo que no deja a la mariposa levantar el vuelo.

La metamorfosis de Santa Anna se producía gradualmente, hasta consumarse del todo. Doce meses después de reembarcarle Bazaine en la *Colbert*, la mutación de su alma anunciaba los primeros frutos, y fue su correspondencia con Manuel María Giménez, fiel ayudante de campo, la exacta gráfica de su cambio a la nueva bandera: "Si llegara el caso de tomar las armas en defensa de la independencia amenazada, lo haría con la dignidad que lo he hecho siempre. . ." Se refería el jalapeño a los excesos de los franceses en México, donde se conducían como en tierra de conquista: "Los franceses están diezmando el país, y consiguiente será el odio y la execración que les seguirán".

Con pesadumbre observaba Giménez el cambio, y dolíale la tremenda inconsecuencia:

> ¿Pues qué, mi general, ha olvidado v. ya el carácter y las cualidades de los mexicanos en general después de haberlos mandado tantos años. . . ? Por otra parte, ¿dónde existen los elementos para derrotar la Intervención y el Imperio? ¿Dónde el ejército nacional? ¿Dónde los inmensos recursos pecuniarios? ¿Dónde los generales de instrucción y valor, para preparar a v. el camino? En la pérfida imaginación de los que escriben a v. en este sentido, y no en otra parte. ¿Serán acaso los yankees filibusteros, con los que quieren esos supuestos amigos de v. que sean las huestes con que v. ataque la Intervención? Puede ser, pues en tales términos se ha expresado uno de ellos. Pero no; v. no es capaz, aunque lo crea ese imbécil, de unir su causa a la de los americanos del Norte. v. no es capaz de manchar su patriotismo ni la brillante página que ocupará en la historia de su patria, a pesar de sus enemigos, con un borrón tan negro y tan infame. No, mil y mil veces no; el general Santa Anna no se unirá jamás, ni por ningún motivo, a los enemigos naturales de su patria, y a quienes combatió con tanta tenacidad, cuanta escasa fortuna, en los años de 1836 y 1847. . .

Y a pesar de tener ante sus ojos la respuesta confirmatoria de sus temores, un año después no podía creer Giménez que su ídolo hubiera lanzado un manifiesto favorable a la República. Mas no tardó en llegar a sus manos el pliego confirmatorio: la mariposa levantaba el vuelo, y el primero de sus actos, en función de la nueva vida, era un residuo de su existencia antigua: una proclama. En el fondo, la metamorfosis dejaba intacto el estilo de vida: "Mi manifiesto es un guante arrojado al usurpador, al verdugo de mi patria. . . muy pronto oirá Maximiliano, por el norte, el estallido del cañón que le anuncie su partida del territorio mexicano, que nunca debió pisar. Tratándose de salvar la nacionalidad mexicana, no excusaré de unirme con el Gran Turco. . ."

Ignoramos si al hablar del *Gran Turco* pensaba en Juárez o en los Estados Unidos o, tal vez, en los dos, ya que con ambos tramaba la nueva alianza. El 15 de julio de 1865 escribía a su hermano Manuel: "Estoy decidido a incorporarme en las filas de los patriotas, tan luego como tenga un punto seguro para hacerlo. Es una necesidad absoluta que vuelva a imperar la República en ese suelo. . ."

No cedía el ardor de la imaginación, a pesar del tiempo aún dínamo del ensueño, tal y como en la juventud —siendo un aprendiz apenas— cubría todos los caminos y ensayaba todos los ardides del poder.

En el anciano se agudizaba el *bovarismo*, y hoy, en mayor grado que ayer, de hechos indudables desprendía conclusiones imaginarias: de un hecho cierto —el de que los Estados Unidos no transigían con el Imperio ni con los franceses en México—, concluía que lo necesitaban a él, precisamente a él, para finiquitar sus planes: "Mi animación era tanta —escribirá años después, en sus *Memorias*—, que me dirigí al presidente de aquella República, pidiéndole su ayuda. . ."

Y, sin embargo, pese a las apariencias, Santa Anna no

obraba ahora por su exclusiva cuenta. Un geniecillo diabólico, de nombre Darío Mazuera, atizaba las ambiciones y pinchaba en la carne viva de los sueños. Construidos ambos de la misma estofa moral, este criollo neogranadino llevaba, sobre el mexicano, la ventaja de la juventud; imaginativo, ambicioso sin medida ni escrúpulos, fue una especie de otro yo del jalapeño, y mucho más congruente que él, pues al fin murió fusilado en alguno de los motines revolucionarios de su patria. Santa Anna le califica como "monstruo de maldad", mas en rigor, sólo fue su *alter ego*, destinado a comprobar, a su costa, que el hombre es un animal escasamente dotado para defenderse frente a quien le ataca con sus mismas armas.

Darío Mazuera le hizo acariciar la certidumbre de que el gobierno de los Estados Unidos sólo esperaba su conformidad para decretar un empréstito y formar, bajo su mando, un cuerpo expedicionario contra los franceses y, en cuanto a la carta que nuestro hombre se resolvió a dirigir al presidente de la Unión, en solicitud de ayuda para la empresa, también fue Mazuera el encargado de llevarla a Washington personalmente. De aquí que la extraña visita del secretario de Estado Seward a San Thomas, en el mes de enero de 1866, sirviera a Santa Anna para acreditar las excelencias de su nuevo amigo, aunque hoy sepamos que nada tuvo que ver el neogranadino en el fallido entendimiento entre el antiguo héroe de Tampico y el gobierno de los Estados Unidos.

Respecto al viaje de Seward, para visitar a Santa Anna en San Thomas, la correspondencia cruzada entre el ministro francés de Asuntos Exteriores, M. Drouyn de L'Huys y Mr. Seward, por una parte, y, por la otra, entre este último y el marqués de Montholon, embajador de Francia en Estados Unidos, proporciona la clave de tan sonado acontecimiento, sobre todo relacionada con la que don Matías Romero, ministro plenipotenciario de México en Washington, dirigía a su gobierno, entonces instalado en la

udad de Chihuahua. Todo ello, si se quiere, sumado la notoria debilidad que los dirigentes norteamericanos perimentaban hacia el jalapeño, a quien ahora, como 1846, tenían por idóneo personaje par dar cerrojazo los acontecimientos.

Volviendo al viaje de Mr. Seward, diremos que el 4 enero de 1866, por ejemplo, Romero comunicaba a su obierno que el 30 de diciembre anterior había partido secretario de Estado con destino a San Thomas. Inquie-, don Matías se había lanzado por los mentideros de la apital americana para desentrañar el propósito del misrioso viaje. El barón de Stoeckle, ministro de Rusia, le ijo que Mr. Seward iba a San Thomas para convenir con anta Anna en la organización de un gobierno en México, la salida de Maximiliano, a fin de eliminar a Juárez y al abitual Habsburgo al mismo tiempo.

El rumor recogido por el ministro de México en la asa del barón de Stoeckle parece verdadero, y encuentra poyo, además, por las comunicaciones reservadas que en curso de los dos últimos meses de 1865 dirigiera a su obierno el marqués de Montholon. Todavía en octubre e ese año, pretendía el ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón que los Estados Unidos reconocieran como gobierno legítimo al de Maximiliano, mas Seward, en su respuesta del 6 de diciembre, le hizo perder toda esperanza en se arreglo, aun con la promesa de Drouyn de L'Huys, n el sentido de retirar de México, inmediatamente después, al cuerpo expedicionario.

Con estos antecedentes en la mano, es, pues, explicable ue el astuto Seward supusiera que Napoleón haría cuestión de honor el sostenimiento de Maximiliano en México, del mismo modo que los Estados Unidos hacía lo propio con la solución contraria. Entonces, lo razonable, lo lógico en un político de altura —y Seward era eso con los mejores títulos—, consistía en buscar una tercera solución, especie de síntesis para resolver la antítesis planteada por

las exigencias extremas, incompatibles entre sí, patrocinadas por Francia y los Estados Unidos. Si aquélla sostenía a Maximiliano con su poderoso cuerpo expedicionario, y éstos respaldaban a Juárez por todos los medios, sería imposible un acuerdo entre ambas potencias *sobre la base de Juárez o Maximiliano*. La eliminación *de ambos*, en cambio, resolvía la antítesis sin deshonor, pues de sacrificar los franceses a Maximiliano podía esperarse que Washington hiciera lo mismo con Juárez. Se imponía, pues, el tercero en discordia, y éste ¿no podría ser Antonio López de Santa Anna, desterrado de México diez años antes, ajeno a los rencores de ese periodo? Seward era un hombre que unía el pensamiento a la acción. Lo primero sería ver a Santa Anna, conocer sus disposiciones y puntos de vista, para resolver después sobre macizo.

Un buen día ancló un barco de guerra americano en la bahía de San Thomas, y de él descendió el secretario de Estado, quien, inmediatamente después de presentar sus respetos al gobernador de la colonia, tomó el camino de la casa del famoso desterrado. Hablaron. Mejor dicho habló Santa Anna, mientras Seward se concretó a escuchar. El jalapeño, según su vieja costumbre, dejó ir la lengua; habló, como un César, de su sangre vertida por la patria, de la fundación de la República, de su heroicidad a las márgenes del Pánuco, de su pierna amputada por la metralla francesa. . . Mr. Seward le dejó ir y venir, sin despegar la boca. Acabó por felicitarlo por tan brillante historia, y dio por concluida la entrevista. Mas cuando, al siguiente día, Santa Anna se disponía a devolverle la visita, encontró que el secretario de Estado y su barco habían desaparecido de San Thomas. Mr. Seward volvía a Washington con la mala nueva: no podía pensarse en Santa Anna como tercera solución. Juárez y Maximiliano eran dos hombres de ideas y programas; representaban principios enemigos, pero vigentes. Santa Anna no. Su lugar estaba en el museo, no en la presidencia de país alguno; era hombre de

recuerdos. En ellos agonizaba todos los días con la esperanza de vivir un poco más.

El 28 de enero estaba Seward de regreso en Washington, y Matías Romero se apresuró a solicitar audiencia. Preso de mortal inquietud, le sorprendió encontrar al secretario de Estado ameno y locuaz. Más todavía: Romero se asombró de que, sin haberlo sugerido, Seward le diera explicaciones sobre su excursión a San Thomas. Principió por asegurarle que el propósito de su viaje no había sido la política, sino motivos de su salud; que tomó el camino de San Thomas como pudo haber seguido otro cualquiera; que al llegar a este puerto, recibió una carta de Santa Anna, invitándolo a su casa, y que a él, a Seward, le había parecido poco noble no atender los deseos de un antiguo enemigo de los Estados Unidos, caído en desgracia. Agregó, finalmente, que al conocerlo le produjo la impresión de ser "un hombre de muy buen entendimiento, de una voluntad muy firme, y de muy buenas dotes para ser jefe de partido". En este punto, Matías Romero apunta con agudeza: "Creo que por engañado que esté Mr. Seward respecto a los méritos y cualidades de Santa Anna, no lo está tanto como lo estaba antes de verlo. Si realmente creyó que podría ser el hombre para la situación, me parece que ha tenido motivo para cambiar de opinión."

Y la mudó, efectivamente. Llegó a la conclusión, luego la de su gobierno, de que respecto al problema de México no cabía hablar de un "tercer hombre". Inadmisible Maximiliano, no quedaba otro camino que respaldar a Juárez por todos los medios, y así lo hicieron hasta el fin.

En San Thomas, mientras tanto, a pesar de que la inesperada partida de Seward debió ponerlo en guardia, el jalapeño apresuró los preparativos de la aventura. Mazuera, siempre a su lado, tuvo la fortuna de encontrar explicaciones a lo inexplicable; endulzó su oído con el cuento de sus relaciones de amistad con el presidente de los Estados Unidos y con Mr. Seward, cuya visita a San

Thomas prestaba ostensible apoyo a la farsa, y se apoderó por entero de la voluntad de Santa Anna, quien pocos días después, asaltado por antiguas fiebres, estaba resuelto a iniciar la marcha:

> ¡El edificio monárquico se desploma! Sus obreros no han tenido cabeza para dirigir los trabajos. . . yo estoy a la expectativa y en vísperas de moverme. El grito unísono de "¡abajo el imperio!" "¡viva la república!" resonará por todas partes, y hará estremecer a los verdugos. . .

Se reconciliaba con los Estados Unidos, definitivamente al parecer, y abría la generosidad de su corazón a los "puros", sus antiguos, feroces enemigos; éstos "al fin son mexicanos", y aquéllos, en 1847, "respetaron a la Iglesia y a las personas de los mexicanos, no obstante entrar al país en son de guerra". Por último, "¿por qué no decirlo de una vez?: los yanquis no fueran tan insolentes y asesinos como los que dominan hoy a ese país desgraciado".

El 15 de abril, el rejuvenecido César sólo esperaba el santo y seña de sus nuevos amigos: "Mi movimiento sólo depende de la última resolución de los Estados Unidos, con quienes estoy enteramente de acuerdo para salvar a México de sus verdugos".

Partió el 3 de mayo, a bordo del *Georgia*, adquirido por Mazuera en los Estados Unidos. Poco antes de levar anclas firmó pagarés por doscientos cincuenta mil pesos, precio de la nave, pagaderos en el plazo de dos meses, y Báez, un comerciante de Nueva York, socio de Mazuera, todavía le sacó cuarenta mil más, en oro, que dijo adeudar al capitán del *Georgia*. No sin quebranto, resistió este golpe la fortuna de Santa Anna y, sin embargo, no sospechaba encontrarse apenas en el comienzo de los días amargos.

Ya navegaban rumbo a Nueva York. Junto a Santa Anna, Mazuera y Báez, Miguel Lozano como secretario, Angel, hijo del jalapeño, el escribiente Manuel Meza y por

último Vidal y Rivas. Seis días de tranquilo viaje aproximaron al *Georgia* al puerto de destino, donde las baterías romperían en salvas de homenaje al ilustre viajero, según lo aseguraba Mazuera. La nave entraba de nuevo en contacto con la historia, y Antonio bajó a su camarote, se enfundó en el uniforme de gran gala, y se colgó el sable de benemérito de la patria. En un alhajero, cubierto de terciopelo rojo, estaban las condecoraciones, la mayoría marchitas por el ambiente salobre, pequeño cementerio de glorias ajadas por el tiempo. Todo en orden, como si estuviera a punto de comenzar el gran desfile hasta la catedral y el palacio. Cumplía setenta años el hombre cubierto de cruces, placas y collares, erguido en el puente y en espera del homenaje, mas la nave surcaba las aguas del río, y los cañones permanecían silenciosos. Y así quedaron hasta que bajó del *Georgia*. Sólo estibadores, y algunos niños, en espera de lo extraordinario que pudiera llegar del mundo misterioso más allá de las aguas, se agolparon en torno al viejo ataviado como un héroe, cubierto el pecho de cascabeles.

Con mala espina clavada en el alma se instaló en la casa que Báez le tenía preparada en Elizabethport. Allí dio los últimos toques a la proclama que había redactado durante la travesía, como si el desembarco hubiera de consumarse en playas jarochas, y no en la patria de hombres fríos, metódicos, cerebrales:

> La providencia ha querido que mi historia sea la historia de México desde 1821, en que figuré como uno de los caudillos de la Independencia, y que esa tierra heroica escribiese su nombre, con mi ayuda, en el mapa de las naciones. . . ¿Qué mexicano, sin provocar el ceño de la historia, pudiera rechazar mis servicios. . . ? Creed en la sinceridad de mis palabras. . . busco para mi tumba un laurel nuevo, que la cubra con apacible sombra. . .

La gran desgracia de Santa Anna fue llegar cuando Mr. Seward finiquitaba los tratos con el marqués de Mon-

tholon para el retiro de las tropas francesas de México. Corrían los días, por lo mismo, y a la casa de Elizabethport no llegaban emisarios del presidente ni del secretario de Estado. Un día no resistió más, y suplicó a Mr. Trunvoll, persona de su reciente conocimiento, y a la vez amigo personal de Mr. Seward, comunicarse con éste para definir las razones del prolongado silencio. Gentilmente, Mr. Trunvoll fue a Washington, donde Seward le dijo que ni conocía ni recordaba haber visto jamás a Darío Mazuera; que se encontraba ya en arreglos con el marqués de Montholon para concluir definitivamente el negocio de México y que, por lo mismo, ni siquiera podría recibir al general Santa Anna. Regresó Mr. Trunvoll a Elizabethport, portador de la terrible nueva. Antonio al conocer la verdad, quedó como herido por un rayo. Le habían engañado como a un chino o, más bien, como a un pobre viejo, con el alma llena de vanidad y de recuerdos.

Le quedaba todavía una esperanza, pues aún no recibía respuesta de Juárez, a quien escribió ofreciendo su espada, mas la ilusión se frustró cuando el Benemérito, por medio de Sebastián Lerdo de Tejada, rechazó fríamente sus servicios. Por ese tiempo vencieron los pagarés firmados en San Thomas, y aunque pudo recuperar algunos hubo de pagar fuertes sumas para que le dejaran en paz; se valió de los servicios de un abogado neoyorquino, quien, por cierto, lo explotó sin misericordia, y hasta la cajita que contenía sus alhajas personales quedó en Nueva York, en prenda del cumplimiento de sus obligaciones. El invierno de 1866 le sorprendió todavía en el puerto, cargado de deudas, ridículo y arrepentimiento: "Ah, viaje funestísimo que me arruinó, y que no puedo recordar sin amargura. . ."

Y, sin embargo, ninguna lógica podía preveer hasta dónde le arrastraría la vanidad herida, máxime ahora, cuando nombre y fortuna naufragaban en la trampa. Buscó la escapatoria, sin embargo, y no encontró arbitrio mejor que. . . ¡ofrecer de nuevo su espada a Maximiliano! El

único documento que conocemos, y exhibe esta postrera debilidad del hombre, es una carta del emperador a su ministro Fischer:

> Febrero 15 de 1867. Mi querido D. Agustín Fischer: Tendrá usted la bondad de contestar a Santa Anna con la próxima posta la carta que ese señor nos envió, amablemente pero llevándolo a la larga por ahora, sin quitarle las esperanzas, y cuidará mucho la carta de Santa Anna no devolviéndola a nadie bajo ningún pretexto, colocándola entre los papeles secretos, en la caja de hierro, y sacando de ella una copia legalizada para Europa.

El comentario republicano no pudo ser más sangriento. Y más merecido:

> Hemos pues descubierto que Santa Anna, el cojitranco que ofreció su espada a la República, al ver que ésta la desechó, porque más que espada parecía ya un anzuelo de pescar bobos, se dirigió al Tudesco para ver si pescaba capellanía ¡infeliz inválido. . . !

El 6 de mayo de 1867, un año después del día en que abandonó "su roca", Santa Anna, fortuna y salud cuantiosamente mermadas, enloquecido por los desaires, zarpaba de Nueva York a bordo del *Virginia*, en ruta de carga y pasajeros a La Habana, Veracruz y Yucatán. En realidad, ignoraba dónde terminaría por desembarcar. Era sólo un desperdicio humano y, sin embargo, a pesar de los últimos meses terribles, sólo había concluido un acto de la fatal aventura. Aún quedaba por dramatizar el siguiente, no menos amargo, el que pudo y debió haber resuelto, con la muerte, la tremenda inconsecuencia de su vida.

Proa al sur, navegaba a bordo del *Virginia*.

"Darío Mazuera, monstruo de maldad. . .", escribió.

Cierto día de junio fondeó la nave a Sisal, el puerto a donde llegara cuarenta y dos años atrás, cuando árbitro de la querella entre campechanos y emeritenses, tejiera las ambiciones en torno a la liberación de Cuba y el apresamiento de San Juan de Ulúa. Jamás volvió a la península, y aun olvidaba que Yucatán fue, durante sus años cesaristas, madriguera de sus enemigos. Su memoria carecía de toda docencia. Hasta los animales aprenden algo del recuerdo; Santa Anna, nada.

Ahora Yucatán era teatro de nuevas y enconadas luchas. Imperalistas y republicanos, por una parte, y, por la otra, juaristas y republicanos propiamente "yucatanistas", inclinados a la segregación peninsular, y desafectos al Benemérito. Aquí, como en todas partes, carecía Santa Anna de función y bandera, pero todavía soñaba con adueñarse de alguna. Desaparecidos los franceses de la escena, escribía a bordo: "otra muy diversa es la perspectiva, y otros los sinsabores y conflictos de los mexicanos".

Su memoria, tan viva frente a la luz era totalmente roma vuelta a la sombra. Recordaba todo, menos cuanto le convenía recordar en beneficio de la cordura y la seguridad de su persona. La independencia, Tampico, El Alamo, La Angostura, estaban frescos, vivos en el recuerdo. Olvidaba en cambio, por ejemplo, que su antiguo conocido Martín F. Peraza era el jefe militar de Yucatán. Peraza, el mismo de 1835, el refugiado en Nueva Orleáns con Mejía y Gómez Farías, mezclado como ellos en el "negocio" de Texas, ahora era juarista, como no podía ser de otro modo vistas sus antiguas relaciones, y la presencia de Santa Anna acicateaba sus rencores dormidos. Aunque a bordo de nave extranjera, el viejo enemigo se encontraba a tiro de la inquina.

El 12 de junio le invitó Peraza a desembarcar, pero Santa Anna temió la celada, y se negó. Fracasado, el yucateco se resolvió por la violencia: dos lanchas cañoneras asaltaron el *Virginia,* a pesar de encontrarse protegido por la bandera de los Estados Unidos, y se apoderaron del viajero, que atado codo con codo fue conducido a tierra, y enviado a Campeche cuatro días después, a disposición del presidente de la República. De las manos de Peraza pasaba a las de Juárez. Ciertamente, nadie aventuraría un peso por su epidermis.

A pesar del atraco al *Virginia,* los Estados Unidos permanecieron quietos. Con fina habilidad, Matías Romero neutralizó en Washington los manejos de los enemigos de Juárez, propuestos a convertir el apresuramiento violento de Santa Anna en "casus belli" entre ambos gobiernos, y todo terminó con la declaración del gobierno americano en el sentido de no existir motivos para reclamar, oficialmente, por los actos consumados frente a Sisal. El 30 de julio, finalmente, el bergantín *Juárez* atracaba en Veracruz, y en él, acompañado de su esposa Dolores, de su cuñado Tosta, Vidal y Rivas y otras personas más, llegaba preso el jalapeño quien, al siguiente día, pasó a las celdas de San Juan de Ulúa con Vidal y Rivas.

Bajo los muros húmedos quedó el jalapeño en desventura. "Los cerrojos de una fétida mazmorra guardaron mi persona", escribirá más tarde. Solicitó permiso y medios para escribir a sus amigos de Veracruz, en demanda de fondos y alimentos, pero sus carceleros le negaron la gracia. Manuel Santibáñez, administrador de la fortaleza, no le distinguía con su afecto: "Aquí se halla D. Antonio López de Santa Anna, en unión de su secretario Vidal y Rivas. No crea V. que estos pollos me jueguen una campaña, pues V. demasiado me conoce", escribió a Porfirio Díaz.

El tal Santibáñez tuvo que ser un troglodita, pues el 8 de agosto, sólo tres días después de su carta a Porfirio, ordenaba a los cancerberos en servicio: "Los expresados señores no tomarán ningunos alimentos, quedándose desde

hoy sin comer". Las penas del jalapeño y su amigo Vidal y Rivas, sin embargo, tocarían alguna fibra del gobernador y comandante de Veracruz, pues el 14 de agosto advirtió éste a Santibáñez que en el caso de carecer los prisioneros absolutamente de recursos, "lo que no es creíble", se les proporcionara la menestra común al resto de los presos.

En México y Veracruz, mientras tanto, influencias iban y venían en beneficio del reo; su hija, doña Merced López de Santa Anna de Arrillaga escribió a Porfirio Díaz, rogándole interceder ante Juárez en favor de su padre. Porfirio habló de buena gana con el presidente, pero sus esfuerzos fracasaron pues don Benito contaba ya con un definido plan para deshacerse del jalapeño. Para la consumación de este propósito siguió Juárez un camino absurdo, pero también seguro: juzgarlo nada menos que de acuerdo con la ley del 5 de enero de 1862, destinada a castigar con la máxima pena, en vísperas de la Intervención, a cuantos le prestaran apoyo. Juzgar a Santa Anna con base a esa ley no sólo significaba colocarlo frente a un paredón sino, sobre todo, violar escandalosamente la Constitución, como lo comprobaremos de revisar brevemente el interesantísimo caso.

El 19 de agosto, Mejía, ministro de la Guerra, ordenó al gobernador y comandante militar de Veracruz procediera a enjuiciar a Santa Anna, *precisamente en los términos de la ley del 5 de enero de 1862*. El propósito de Juárez era bien claro, y Santa Anna nada tonto, entregó al fiscal una protesta fundada en la incorrecta aplicación, a su caso, de la ley del 5 de enero, "que no conozco (pero) sospecho que se intenta algo en mi daño". Algunos días después, trocándose la sospecha en certidumbre, el jalapeño parecía resuelto a su cita con el destino:

> Si la suerte de los ilustres próceres de la Independencia, Iturbide y Guerrero, mis compañeros de Iguala, se me prepara, me someteré a ella sin desdén, supuesto que

> tal es el destino de los que se distinguen en servicio de la Patria.

Sus desahogos, por supuesto, no evitaron que el 14 de septiembre se le sujetara a interrogatorios cuyo tema central versó sobre su adhesión al Imperio, en Veracruz, en el mes de febrero de 1864. Santa Anna, convertido en un viejo pícaro y desvergonzado, contestó que no sólo se había rehusado a prestar su adhesión al gobierno imperial sino que, más aún, "le fue hostil en todo lo que pudo como consta en sus manifiestos de julio de 1865 de San Thomas, y de mayo de 1866 en Nueva York, y que si el presidente de la República hubiera accedido a su solicitud, se le habría visto entonces en las filas de los patriotas, como lo deseaba".

El fiscal de la causa, don José G. Alba, se ocupó luego del problema candente: el de las cartas que a partir de 1854 se cruzó con Gutiérrez Estrada, y otros imperialistas, a fin de procurar el establecimiento de un gobierno imperial en México, sobre todo, aquella del 1o. de julio de 1854, en la que Santa Anna dio poderes a Gutiérrez Estrada para entrar en arreglos con las cortes de Londres, París, Madrid y Viena, e hiciera los debidos ofrecimientos para que esos gobiernos, o cualquiera de ellos, proporcionaran su apoyo para el establecimiento de la monarquía. Santa Anna negó y volvió a negar, no tres veces como Pedro sino todas las recomendables en su circunstancia. Más la ya citada carta del 1o. de julio del 54 a Gutiérrez Estrada era prueba tan concluyente que no bastaba negarla. Acudió, entonces, a la disculpa de su ingenuidad, aduciendo que su ministro Díez de Bonilla le presentó el pliego, sorpresivamente, y él se concretó a firmarlo como un asunto de trámite, sin prestar atención a su contenido.

El 15 de septiembre amplió su declaración, y preguntado sobre el acto de adhesión al Imperio, a bordo del

Conway, Santa Anna, como un sofista joven y consumado, admitió haber firmado el acta, más *sub conditione*: "si los mexicanos han aceptado la Intervención y a Maximiliano por emperador, yo estoy con ellos". Obviamente, si los mexicanos estaban contra el Imperio y por la República —y sus jueces no podían partir de otro supuesto—, Santa Anna no se sumó en Veracruz a aquél sino a ésta.

Al rendir declaraciones, varios testigos dijeron que al pasar Santa Anna por Veracruz en mayo, a bordo del *Virginia* y en ruta a Yucatán, mandó decir a los militares de la Junta de gobierno del puerto que venía a establecer la *República Liberal Moderada*, y para ese fin contaba con dos millones de pesos y un millón de extranjeros bien dispuestos a secundarlo, así como con el indirecto respaldo de los Estados Unidos, mas que los miembros de dicha Junta rehusaron cooperar con él porque nada querían saber de nuevas intervenciones extranjeras —o de extranjeros— en los asuntos interiores de México.

El dramático incidente parecía concluir el 7 de octubre, al pedir el fiscal que los jueces impusieran a Santa Anna la pena de muerte, prevista por el artículo 13 de la ley del 5 de enero. Ese mismo día, en el mejor teatro veracruzano, con la asistencia de público numeroso, se instaló el tribunal. Santa Anna, en su elemento, se encontraba como pez en el agua. Si toda su vida hizo teatro fuera de las tablas, ahora, en ellas, tenía el dogal sobre la cabeza.

Mas el fallo sorprendió a tirios y troyanos. Contra expresas órdenes de Juárez, los juzgadores declararon inaplicable la ley del 5 de enero de 1862; hallaron a Santa Anna solamente culpable de *connato de infidencia* en 1854 y 1864, y por ello le impusieron ocho años de destierro. Notificada la sentencia, el defensor ejerció el derecho de gracia en tanto que el Benemérito, perdidos los estribos, ordenó el arresto de los jueces, durante seis meses, en las mazmorras de San Juan de Ulúa.

En el calendario de los días reconocidos oficialmente omo patrios falta uno, el 24 de octubre, con todos los onores como "día de la legalidad juarista". Lleva esa feha el arresto que Mejía comunicó a los jueces de Santa nna, delincuentes por fallar la causa de acuerdo con la ey, no con las órdenes del presidente. El 29 pasaron a fortaleza de Ulúa para meditar largamente, entre huedad y bichos, sobre la decisión de quien muy poco anes, fincara la paz en el estricto respeto al derecho ajeno.

Cuando el 19 de octubre notificaron a Santa Anna la entencia, objetó que no podría partir por absoluta falta le recursos, secuestradas sus propiedades en 1855, susendido su sueldo a partir de entonces, amén de los cuaniosos gastos erogados en los trece años de ostracismo: 'Sentenciado a destierro, la humanidad, el honor de esta nación demanda imperiosamente que a un viejo veterano le la Independencia inválido en guerra extranjera, se le auxilie suficientemente".

O mentía en lo tocante a la completa falta de recursos, o alguien se los proporcionó finalmente, pues el 1o. de noviembre embarcó para La Habana en el paquete inglés. Al amanecer el día de difuntos —2 de noviembre—, Antonio López de Santa Anna perdía otra vez la tierra de México. Era ya un cadáver, aunque físicamente muriera varios años después.

Concluía la aventura en que invirtiera tantas ilusiones y dinero, mas si a la pérdida de éste podía sobrevivir no en cambio al aniquilamiento de las primeras en largo camino de amarguras.

Una vez más sobre cubierta, dejó que los recuerdos hincharan su memoria como el viento el velamen de la nave. Aventuraba en el pasado remoto; en aquel año de 1810, con los cabos de plata de caballero cadete sobre sus hombros. Y terminó con palabras nacidas de su alma sangrante:

"El hombre es nada, el poder es todo. . ."

Quedábale por delante sólo el camino de la verdad, mas volvía sin embargo a la mentira, sombra que empañó su vida entera y la frustró al fin. Con sólo reconocer que el hombre es todo, y nada el poder, habría conseguido aliviar el yugo de la soledad.

Quedaba el pervertidor de la gloria, el más desafortunado entre los grandes amados de la fortuna. Jamás dudó que la historia de México fuera la historia de su nombre. ¡Siempre de su nombre! Y en aras del nombre, entregado al goce pasajero de verlo en arcos de triunfo y boatos oficiales, despreció el cultivo del hombre, que es pasado y futuro, historia y eternidad.

Barruntó hallarse a la puerta de su aventura última, la que no podía evadir el héroe de cien martingalas, y amó la muerte por primera vez:

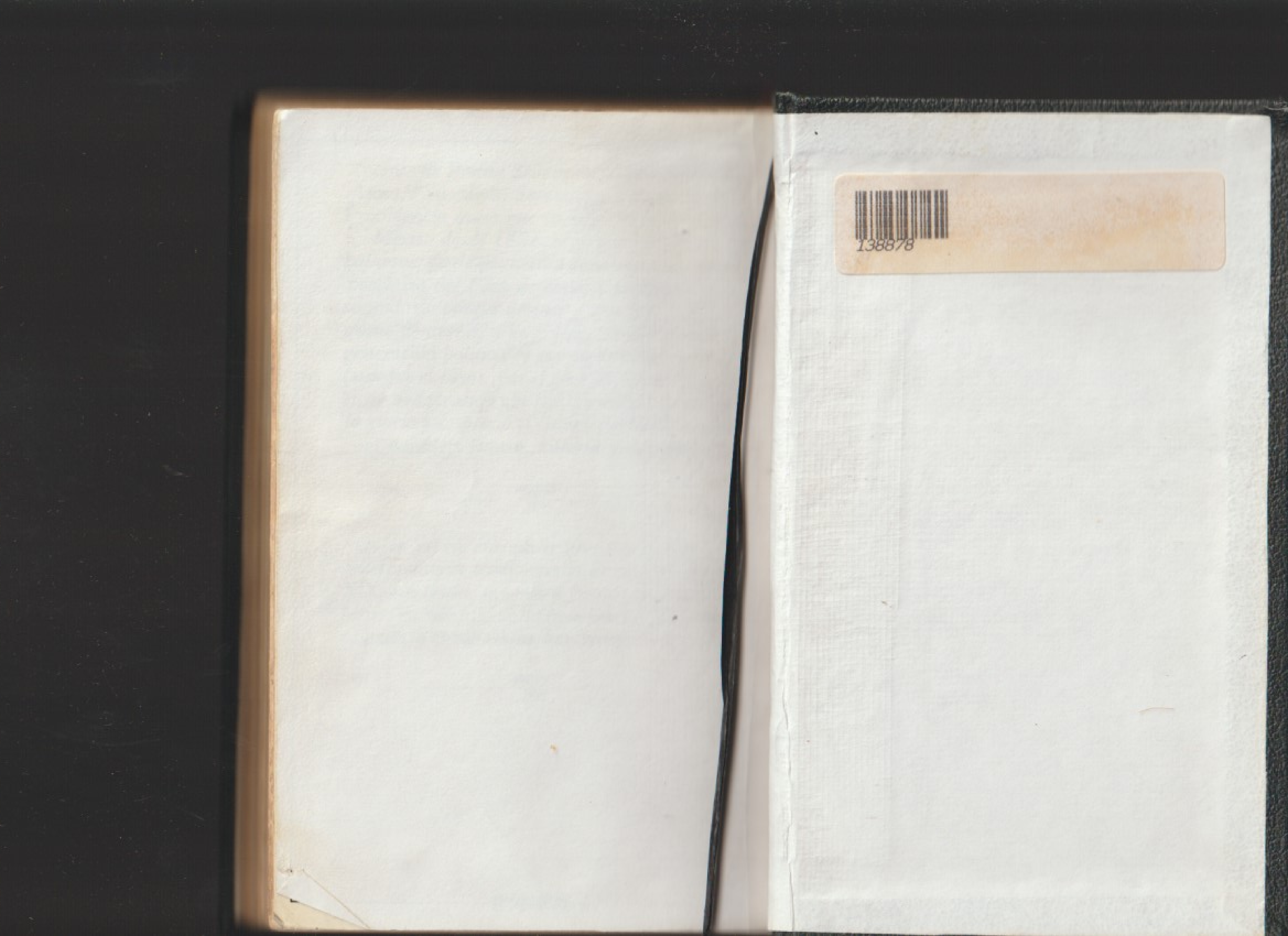
"El cáliz de la amargura, gota a gota lo he bebido. . ."

Navegaba el paquete inglés.

Antonio, sobre cubierta, estaba solo y vacío, como el tiempo en la región del mar.

Esta obra se terminó de imprimir
en Marzo de 1986,
en Ingramex, S.A.
Centeno 162, México 13, D.F.

La edición consta de 3,000 ejemplares


138878